Universitat Autònoma de Barcelona

Receptividad y legitimidad de las políticas públicas en Chile:

Divergencias y resistencias frente a las prácticas de intervención social

Nombre:

Marco Astete Cereceda

Tutores:

Dra. Ana Garay Uriarte

Dr. Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse

Barcelona, Septiembre del 2014.

Universidad Autónoma de Barcelona
Doctorado en Psicología Social
Departamento de Psicología Social
Facultad de Psicología

Receptividad y legitimidad de las políticas públicas en Chile:

Divergencias y resistencias frente a las prácticas de intervención social

Nombre:

Marco Astete Cereceda

Tutores:

Dra. Ana Garay Uriarte

Dr. Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse

Barcelona, Septiembre del 2014.

Dedicada a Ana Isabel Garay Uriarte (1967-2014).

Agradecimientos

Agradezco a mis incansables guías de Tesis, Ana Garay Uriarte y Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse, no sólo por prodigar sus inestimables conocimientos y experiencia profesional y académica, sino también por el cariño y generosidad para animarme y apoyar en cada una de las etapas de la tesis.

A Pamela, mi amada compañera, a ella le debo la claridad y la luz que irradia este texto, a su incansable ánimo y su amor del bueno.

A mi hija Amanda, musa inspiradora en la última fase de la investigación, su sonrisa y ternura infinita me empujaron por fin a buen puerto.

A las Lotinas y Lotinos participantes interpelados en esta tesis, gracias por la infinita amabilidad, sus tiempos e invaluables testimonios.

Agradezco también al Departamento de Psicología Social de la UAB, a sus profesores y en especial a Cristina Prats por su indestructible disposición en todos los oficios académicos y administrativos.

A mi amada y extraordinaria madre Otilia por depositar siempre en mí su infinito amor, su confianza incondicional y su exquisita amistad a lo largo de mi vida.

A mi padre José por su especial y vehemente forma de mirar el mundo.

A mis hermanas y hermanos Gladys, Estrella, Edgardo, Guisela, Fátima, Juan, Francisco y Patricio, héroes silenciosos que me acompañan siempre.

A Edith Jiménez por su incondicional apoyo y cariño y a Rolando Vaccari, por sus valiosos aportes y sugerencias aportadas como editor.

A mi familia chilena en Barcelona, Gladys, German y Cristóbal, por la comprensión, calor de hogar, cariño y sentido del humor para sobrellevar el exilio voluntario.
A la familia Catalana, mis primas y sobrinas Ruti, Carolina, Helena, Mónica y Elna, por la hermosa e incondicional compañía, gracias infinitas por estar y compartir todos los momentos alegres y difíciles vividos en Catalunya.

A la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile (CONICYT) por concederme la Beca de Estudios Capital Humano Avanzado cuyo financiamiento me permitió vivir y estudiar en Barcelona.

1 INTRODUCCIÓN 3

2 PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN 7

3 VINCULACIÓN PERSONAL CON EL ESTUDIO 8

4 JUSTIFICACIÓN DEL ESTUDIO 10

5 FOCALIZACIÓN DEL ESTUDIO Y CARACTERIZACIÓN 13

6 OBJETIVOS 22

6.1 OBJETIVO GENERAL 22

6.2 OBJETIVOS ESPECÍFICOS 24

7 MARCO CONCEPTUAL Y TEÓRICO 25

7.1 PROGRAMAS SOCIALES COMO POLÍTICA DE ESTADO 25

7.2 EL OTRO LADO DE LOS PROGRAMAS SOCIALES: DESPLAZANDO LAS NOCIONES DE CIUDADANÍA, SOLIDARIDAD Y COMUNIDAD 31

7.2.1 Subjetividades en riesgo 32

7.3 PROGRAMAS SOCIALES ENFRENTADOS A LA COMUNIDAD Y LOS BARRIOS POPULARES, VISIONES DEL DESENCUENTRO 38

7.3.1.1 Capital social 49

7.3.1.2 Políticas de Estado en transformación 53

7.3.1.3 Gobernanza 56

7.3.1.4 Empowerment 57

7.4 DESPLAZAMIENTOS EN LOS CONCEPTOS DE CAPITAL SOCIAL, GOBERNANZA, PARTICIPACIÓN Y EMPODERAMIENTO 60

7.5 LAS PSICOLOGÍAS QUE HAN ACOMPAÑADO A LAS POLÍTICAS SOCIALES 62

7.6 POLÍTICAS PÚBLICAS EN CHILE Y SUS REFERENTES TEÓRICOS 71

7.7 PARTICIPACIÓN COMUNITARIA 83

7.8 LO COTIDIANO EN LA COMUNIDAD 88

7.9 POBLADORES: ACTOR MULTIFACÉTICO, MOVIMIENTO SOCIAL ESQUIVO 91

7.9.1 Los pobladores en Chile 94

7.9.2 Los pobladores bajo la dictadura 99

7.9.3 Los pobladores después de los noventa 110

8 METODOLOGÍA 117

8.1 ASPECTOS ÉTICOS Y REFLEXIVOS EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL 123

8.2 LA VOZ DE QUIENES INTERVIENEN 129

8.3 TÉCNICA DE RECOGIDA DE DATOS 134

8.4 PROCEDIMIENTO DE CONTACTO 138

8.4.1 Breve descripción de personas entrevistadas 139

8.5 PRODUCCIÓN Y ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN 145

8.6 ETAPA DE ANÁLISIS, CODIFICACIÓN Y FRAGMENTACIÓN DEL TEXTO 147

8.6.1 Construcción de la malla temática 150
8.6.1.1 Esquema de estructura temática y subtemática: 151
8.6.1.2 Definición de las categorías emergentes 152
8.6.1.2.1 La comunidad intervenida, prácticas de subordinación y resistencia comunitaria 152
8.6.1.2.1.1 Factores técnicos y administrativos como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones 152
8.6.1.2.1.2 Desfases y tensiones locales entre la comunidad y las políticas de intervención 152
8.6.1.2.2 Prácticas comunitarias y memoria organizativa 153
8.6.1.2.2.1 Sentidos de comunidad y solidaridad como proceso histórico 153
8.6.1.2.2.2 Comunidad como red de relaciones afectivas 153
8.6.1.2.2.3 Vida cotidiana y movimiento de pobladores como experiencia de saber popular 153
8.6.1.2.3 Prácticas de solidaridad comunitaria 154
8.6.1.2.3.1 La emergencia del concepto de solidaridad 154
8.6.1.2.3.2 Solidaridad comunitaria como acción política informal y espontánea 154
8.6.1.3 Síntesis de la construcción de la malla temática 155
8.6.2 Consideraciones previas sobre cómo leer las entrevistas 156
8.7 ANÁLISIS 160
8.7.1 Comunidad Intervenida, Las estrategias de desarrollo local 160
8.7.1.1 Factores técnicos y administrativos como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones 161
8.7.1.2 Desfases y tensiones locales entre la comunidad y las políticas de intervención 171
8.7.2 Prácticas comunitarias y memoria organizativa 175
8.7.2.1 Sentidos de comunidad y solidaridad como proceso histórico 176
8.7.2.2 La comunidad como red de relaciones afectivas 185
8.7.2.3 Vida cotidiana y movimiento de pobladores como experiencia de saber popular 189
8.7.3 Prácticas de solidaridad comunitaria 194
8.7.3.1 La emergencia del concepto de solidaridad en este estudio 194
8.7.3.2 Solidaridad comunitaria como acción política informal y espontánea 206
9 CONCLUSIONES 212
10 REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS……...…223

1 INTRODUCCIÓN

Esta tesis indaga en las prácticas cotidianas de la comunidad de Lota, VIII Región del Biobío, República de Chile, en contextos de intervención de los programas sociales públicos. El interés por el tema se sustenta en mi experiencia personal como poblador, estudiante, profesional y trabajador, en las cuales se dieron, especialmente en esta última etapa, condiciones para analizar de forma integral la relación entre el Estado y las organizaciones sociales, el barrio y la comunidad.

Como ciudadano chileno debo advertir que en mi país, aún en la actualidad, las intervenciones públicas presumen de las mejores intenciones frente a la pobreza, inequidad y falta de acceso a servicios básicos en comunidades que, por lo general, se ven forzadas a buscar soluciones alternativas a las que se plantean desde el Estado. En base a estas situaciones y a mi particular experiencia, me propuse por tanto, conocer en profundidad cómo se desarrollan las referidas intervenciones y esclarecer por qué subsisten los problemas sociales desde que se reanuda en Chile la vida democrática.

A modo de guía para la lectura de este trabajo, en la primera sección presento el desarrollo de mi experiencia personal con este estudio, la justificación y los objetivos de la investigación. En la segunda sección expongo el marco conceptual y teórico que consideré pertinente para el análisis de los programas sociales, las subjetividades que promueven, la resistencia a esos conceptos, la capacidad de agencia de los integrantes de la comunidad, determinados marcos teóricos provenientes de la psicología social, la construcción social en relación a los pobladores como individuos y como movimiento, así como los estudios de las relaciones que se establecen.

Más adelante, describo la metodología utilizada, intentando la mayor precisión en los detalles y el desarrollo de los acontecimientos durante mi experiencia de diseño, ejecución y cierre del trabajo de campo, la interpretación de los datos y el proceso de definición de los temas a tratar.

En cuanto a los resultados de mi estudio, en general puedo señalar que dan cuenta de un movimiento de pobladores que hace frente a las instituciones, diseñando formas comunitarias espontáneas y abiertas, que por trance vital de cotidianidad precaria, van decidiendo y haciendo en el día a día, desplegando soluciones allí donde se demanden.

Entre estas descripciones una de las primeras conclusiones de mi trabajo, es que las estrategias de los programas de acción contra la pobreza aplicados en Chile desde mediados de los noventa, muestran un claro distanciamiento de las conceptualizaciones originales de la Psicología Comunitaria Latinoamericana, especialmente de su modelo de participación de la comunidad.

A cambio, estos programas de acción contra la pobreza han ofrecido una perspectiva de la participación social débil, como una forma de integración y generación de recursos, para cumplir con una expectativa de intervención, que se enfoca a activar las habilidades personales mediante la incorporación a un plan o programa de trabajo y no a considerar una articulación sinérgica con las organizaciones comunitarias ni menos una perspectiva multidimensional de estos problemas.

Si además aplicamos una mirada histórica en torno a los movimientos de pobladores, también es posible comprobar que en estos programas, aparece de forma explícita o implícita la intención de estimular la experiencia de participación popular, pero acotada y funcional al programa, en donde finalmente los objetivos se centran en las carencias y necesidades individuales de los beneficiarios, en donde la intervención no tiene efectos

sobre las causas más profundas de los problemas de los pobladores. De este modo asistimos a la presentación de estos programas, que si bien se ofertan como una opción para provocar procesos de desarrollo local, no obstante proceden con lógicas que no favorecen el ritmo de vida de las comunidades.

Para el caso particular que exploré en este estudio, la comuna de Lota, queda claro que los efectos de la intervención social no son neutros y que prevalece una constitución de personas intervenidas como sujetos pasivos, lo cual influye en la mantención y reproducción de su condición de excluidos o permanentes tutelados. No obstante lo anterior, constato que existen experiencias que han logrado generar acciones colaterales a las exigidas por este tipo de modelos, siendo grupos de pobladores que durante el desarrollo de las intervenciones han sabido sortear la rigidez de las mismas anteponiendo su batería de "activos sociales" para enfrentar las contingencias y solucionar los problemas más reales a esa situación determinada. En este sentido, los pobladores saben utilizar extensivamente las redes de autoayuda, muchas veces marginalizadas e invisibilizadas, reviviendo un trabajo comprometido con el espacio local que recupera las experiencias de solidaridad implementadas desde años en la comunidad.

Estas experiencias nos permiten reflexionar por tanto, cómo emerge un modelo de organización local que resiste o cuestiona a las políticas públicas que no fomentan la participación de los pobladores en la política local. De esta manera, otra de las conclusiones de este trabajo, es la urgencia ineludible de rediseñar los programas sociales del gobierno intentando incorporar otras y nuevas perspectivas que otorguen sentidos más coherentes al tema de lo local y lo comunitario.

Los pobladores participantes en mi estudio han sido claros en expresar a través de sus relatos, que en las organizaciones populares existe el deseo de ser reconocidos como un otro en el diálogo horizontal, que les releve y fomente la capacidad de construir un proyecto barrial desde un sí mismo

abierto al otro, pero sin tutelas que les estigmaticen ni rotulen en categorías subalternas, puesto que la mayoría de las personas entrevistadas coincide en que las políticas sociales implementadas en Chile en los últimos decenios son técnicamente incompatibles con la participación de la comunidad, puesto que se basan en sus carencias y necesidades más que en las capacidades endógenas de las propias personas.

En la trayectoria de los pobladores de la comuna de Lota pude observar estas potencialidades y capacidades, basadas en la consolidación histórica de una cultura social de autogestión y cogestión de los actores vecinales, que puede entenderse como la validación de un protagonismo cívico y de un sentido local de autonomía, así como la presencia activa de una memoria social focalizada en las luchas y realizaciones de las propias organizaciones y redes vecinales.

Sin duda ésta y muchas otras caracterizaciones que se han hecho de los pobladores en diversos territorios de Chile y Latinoamérica, nos invitan a comprender cómo se activan estas redes en contextos de tantas dificultades, en donde los sectores populares descubren sus potencialidades al recién desplegarlas. Y es en esa cualidad de despliegue de esas potencias, en donde se visibilizan los sedimentos sociales divergentes y creativos, construcciones y prácticas sociales que han sido mi objeto de estudio durante estos últimos años.

A partir de este punto, mi invitación es a comprender profundamente por medio de la experiencia de Lota, cómo las personas podemos ser capaces de resistir, difractar y transformar lógicas que parecen externas a nuestra forma de vivir, pensar y sentir la comunidad que nos hemos creado.

2 PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Los movimientos vecinales y los movimientos de base local, de base territorial, han sido elementos fundamentales y generalmente ignorados o deformados en la visión histórica con respecto a lo que eran los grandes actores de la historia, ya fuesen el Estado y las fuerzas públicas o bien las grandes fuerzas económicas.

Manuel Castells, 1992.

Desde que en Chile se reanudó la vida democrática en 1990 luego de diecisiete años de dictadura militar, se puso en marcha un conjunto de planes y programas como estrategia de intervención de las nuevas políticas públicas que entre otros objetivos buscarían superar la pobreza, extender la equidad social y fortalecer la participación de los pobladores en su comunidad.

En relación a ello, he sido testigo de lo complejo que significa aplicar las políticas públicas en planes y programas destinados a una comunidad, porque las dinámicas, relaciones e interacciones que se desarrollan suelen devenir en resultados inesperados, incluso con efectos negativos si no alcanzan a producir cambios significativos. En este sentido, Mideplan (2006); Salazar (2008) y Raczynski (2008) indican que las probables causas de este problema serían:

- Procesos artificiales de gestión en los grupos sociales
- Decisiones unilaterales sin participación de protagonistas o beneficiarios
- Desconocimiento de particularidades de las comunidades
- Falta de flexibilidad para adaptarse a las características de las comunidades
- Desconocimiento de las capacidades autónomas de los grupos sociales hacia los cuales se dirigen las políticas sociales

Lo anterior, da cuenta por tanto, de que las políticas públicas tienen escasa relación con la vida cotidiana de las comunidades y los grupos sociales, lo que estaría pervirtiendo el objetivo de las intervenciones

programadas. Se trata de acciones que no logran los objetivos que se anuncian, lo que supone una pérdida importante de recursos y tiempo, afectando las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. Por esta razón, considero que es relevante saber por qué las políticas públicas no alcanzan sus objetivos en materia social o por qué parece insalvable la brecha entre el mundo real, cotidiano y palpable de la comunidad, frente al ideado, diseñado y aplicado desde las instituciones del Estado, la cual como intervención social tiende a ser controversial, lo que corroboran diversas investigaciones (Salazar, 2008; Raczynski, 2008; Mideplan, 2009; Barrientos y Santibáñez, 2009).

De esta forma, con la finalidad de aportar mayor reflexión al debate, es necesario analizar lo que ocurre con estas intervenciones sociales, y que papel juegan por ejempo el fortalecimiento de la sociedad civil y la participación, puesto que sin estos puntos de inflexión, está siendo cada vez más difícil cumplir con los objetivos transversales que se proponen las políticas públicas que actualmente luchan por terminar con las diversas brechas de desigualdad existentes en nuestro país.

3 VINCULACIÓN PERSONAL CON EL ESTUDIO

Mi experiencia laboral en Chile entre los años 2000 – 2005, me permitió una inserción directa en diversas redes sociales y comunidades locales con problemas complejos, motivándome a permanecer alerta ante las formas de entender la intervención de los programas públicos de lucha contra la pobreza.

Lo primero que se observa cuando uno trabaja en estos contextos, es la resistencia que la comunidad presenta a los intentos de someterla a una determinada visión científica y política, externa a su propia especificidad, comunidad que se asienta en un territorio o localidad, entendida por Gainza y Pérez (1993) como:

> El espacio usado, vivenciado y personificado por un conjunto de actores sociales relacionados entre sí y con identidad de grupo. En lo local se convive y se produce cotidianamente, existen dialectos y cosmovisiones semejantes, se desarrolla una sociabilidad específica y se aspira a intereses compartidos. En los actores que allí crecen y viven se desarrolla un conocimiento eficaz sobre el contexto vital y la tendencia a desarrollar un control y poder sobre el mismo (p. 392).

La naturaleza particular de esa resistencia de las comunidades surge con claridad en las evaluaciones de impacto de las políticas focalizadas y los programas sociales. Los resultados señalan que los proyectos no logran insertarse ni en los procesos ni en las redes locales. Concluido el tiempo administrativo, no queda más huella de las intervenciones que el informe de los ejecutores acerca del cumplimiento de los "objetivos de cobertura", dado que el proceso local no registró una modificación significativa. El rechazo a los modelos de participación e intervención social indican que su forma de acción, aunque remarca una definida opción por la comunidad, sigue configurada como una lógica externa y que la comunidad contiene tal especificidad en su dinámica de acción que resulta impenetrable para todo evento que no respete el contenido de esa particularidad, o que no emane de ella misma (Salazar, 1997).

Un segundo problema al que me he visto enfrentado es que inclusive los programas de intervención más participativos, referidos a la autogestión del desarrollo, obtienen resultados contrarios a los propuestos por el programa. Las evaluaciones basadas en el testimonio de los beneficiarios, indican que esos proyectos han precipitado el desarrollo de procesos locales distintos a los previstos, lo que revela la autonomía con que las redes locales

utilizan los productos de las intervenciones sociales (Salazar, 1997; Blauert, 2000). Esta situación ha sido identificada en sucesivas evaluaciones como formas de impacto: rechazo o reticencia a los proyectos, generación de procesos divergentes y desborde de objetivos originales (Salazar, 1997; Mokate, 1999; Mideplan, 2006).

Con estas experiencias, junto con la revisión de los estudios en torno a la intervención como política pública, pude constatar que los procesos de modernización socioeconómica, política e institucional finalmente producían unos efectos de corte autoritario, unilateral, generando momentos críticos en lo social. Estas y otras cuestiones son las que me motivaron a realizar este trabajo para conocer cómo los pobladores las han vivido y procesado en cada uno de esos momentos.

4 JUSTIFICACIÓN DEL ESTUDIO

Además de mi propia experiencia, donde constaté la existencia de organizaciones que se resisten a los poderes externos de intervención del Estado, tomé nota de la noción de falta de encuentro y entendimiento de acuerdo a lo que señalan algunos autores al respecto (Salazar, 1997; Guareschi, 2004; Reyes, 2005; Raczynski, 2008; Krause, Jaramillo, Monreal, Carvallo, y Torres, 2011).

En estos estudios se infiere que en la mayor parte de los casos, las resistencias no provienen de organizaciones funcionales o políticas expresamente fundadas para ello, sino que han emergido desde las propias redes de la comunidad (Salazar, 1997). En relación al concepto de comunidad, suscribo la propuesta de Krause (2001), que la caracteriza por la inclusión de tres elementos, pertenencia (sentirse parte y estar identificado con ella); interrelación (comunicación, interdependencia e influencia mutua de sus integrantes) y cultura común (existencia de significados compartidos).

En este sentido la comunidad se trata de una realidad local, plena de subjetividades resistentes que cuestionan la eficacia del Estado y la naturaleza de las alianzas que ha propiciado con ellos mismos, la comunidad. Es necesario precisar hasta dónde esas dificultades derivan de la ineficiencia y si se trata, sobre todo, de una cuestión de legitimidad (Salazar, 1997; Cordero y Rocca, 2007). En ese sentido, señala Raczynski (2005, p. 35): "hay conciencia de que en esta área faltan estudios de procesos, de actores, de alianzas, conflictos de poder y toma de decisiones".

Los trabajos de investigación en Chile son escasos y limitados; los pocos existentes aportan alguna información sobre las intervenciones públicas y sus efectos en las condiciones de vida de las personas. No existen evidencias suficientes para avalar una mejora de las relaciones Estado - sociedad civil, en relación a la ampliación de las libertades y encauzamiento de procesos participativos que fortalezcan las capacidades autónomas en la resolución de problemas. Tampoco hay estudios que den cuenta de las relaciones privadas y comunitarias entre civiles (calle, esquina, barrio), donde también se fraguan relaciones sociales y se construye ciudadanía (PNUD, 2012). Por estas razones, se justifica realizar más estudios que puedan aportar algunas pistas de cómo repensar y redefinir la intervención social. En este caso, se observa que los planos interpersonal y comunitario coexisten y se constituyen recíprocamente en el espacio común. Así también se señala desde la psicología social comunitaria latinoamericana (Montero, 2006). Desde ese punto, mi estudio tiene el interés de comprender cómo se desenvuelve una comunidad y las razones de su dinámica cuando interviene el Estado.

Las dificultades en los barrios que crecen en las periferias de las ciudades a menudo se manifiestan por la falta de acceso a los recursos y servicios sociales, siendo la lucha por vivienda una batalla que se libra todos los días. En Chile es particularmente sensible, puesto que la desigualdad se estructura como base de la sociedad (CEPAL, 2012).

De acuerdo con las investigaciones de la OCDE, Chile se encuentra entre los diez países más desiguales del mundo, y el de mayor índice de desigualdad social en América Latina. De acuerdo al informe *Panorama Social de Latinoamérica 2012* de la CEPAL, Chile posee un coeficiente de desigualdad social Gini de 0.55, en tanto que la media es de 0.31. Por otro lado, se alcanza un total de 18,9% de pobreza, lejos del 10% que registran los países miembros de la OCDE.

De otro lado, la encuesta Casen de 2009 señala una brecha considerable entre los ingresos promedio. El 10% del sector demográfico más rico incrementó sus ingresos mensuales en un 9,1%, bordeando los 3 millones de pesos (3.846 euros, €=780 pesos), en tanto que el 10% por ciento más pobre, redujo este ámbito en un 26%, alcanzando cerca de 63 mil pesos (80,77 euros). La encuesta también reveló el aumento de la pobreza: de un 13% a un 15%.

Chile está estratégicamente estructurado para reproducir esta situación, puesto que la élite económica y política se consolida en el poder con la creación de mecanismos financieros y legislativos para mantener el control y obtener mayores ventajas. Esto significa que la única alternativa de transformación social, incluyendo la igualdad de acceso a bienes y servicios, sólo podría venir desde abajo, desde las bases, lo cual ha motivado las intervenciones del Estado y organismos privados en los barrios y grupos sociales (Garcés, 2002; Hardy, 2004).

Sin embargo, lo que debería ser un aliado en el interés del Estado por establecer mejores políticas públicas, la intervención, se ha diseñado y aplicado en forma irreflexiva porque en general proviene de agencias que nunca han experimentado la situación que pretenderían remediar. En la mayoría de los casos, no están interesadas por las experiencias concretas de los pobladores, ni en su organización, ni en sus estrategias de sobrevivencia.

Establecen así una relación vertical, dominante, reproductora de la desigualdad (Freire, 1983; Freitas, 1996; Montero, 2000; Raczynski y Serrano, 2003; Spink, 2004).

Es importante conocer estas historias, porque pueden dar un sustrato hasta ahora desconocido en las intervenciones. En este sentido, planteo mi estudio como una investigación descriptiva e interpretativa de prácticas construidas y negociadas en un espacio específico, donde la vida cotidiana y la cultura local juegan un rol fundamental para el análisis y conclusiones.

Establezco mi opción de aprender a construir un conocimiento desde el saber práctico, donde el lugar escogido debe reunir características particulares de historia, trabajos e intervenciones, para contribuir al debate en torno a la relación Estado - sociedad civil y el papel de las intervenciones sociales.

5 FOCALIZACIÓN DEL ESTUDIO Y CARACTERIZACIÓN

Luego de esta reflexión, en base a las características mencionadas y mis condiciones biográficas, me queda señalar que el lugar elegido para realizar este estudio fue la comuna de Lota, VIII Región del Biobío, Chile.

Lota es una de las comunas más pobres del país, según la encuesta Casen 2009, con altos índices de indigencia, múltiples historias de luchas sociales, huelgas obreras y fundación de sindicatos (Silva, 2011). En años recientes Lota se reestructuró a partir de diversas transformaciones económicas y productivas, derivadas de procesos de modernización que marcaron el fin de la explotación del carbón en 1997, una de las actividades económicas más importantes de la comuna, gran generadora de su identidad cultural.

En relación a la crisis social que significó para Lota el cierre de la mina, el Estado dispuso de diversos programas de intervención que deberían paliar la cesantía. Sin embargo, hubo amplio consenso (Rehren, 2008) para señalar que esos planes fueron un fracaso ante la resistencia de esa comunidad que por largas décadas estaba exclusivamente dedicada a la explotación del carbón.

La Reconversión Laboral del Carbón cambió radicalmente la percepción que los trabajadores tenían sobre el trabajo, fracturando las relaciones sociales comunitarias, caracterizadas por una cultura de ayuda mutua y dotada de una densa red de relaciones donde la cooperación predominaba sobre la competitividad y la lógica del beneficio individual.

Para conocer más profundamente la relación Estado - sociedad civil, investigué en Lota cómo la afectaron los procesos de reconversión laboral luego de desatarse la crisis del carbón y cómo las nuevas formas de producción generaron procesos y espacios de individualización, dejando ver cambios sustantivos en la organización del espacio comunitario. Así una de las preocupaciones que guiaron mi investigación, fue observar cuál era el llamado del Estado a la incorporación de los pobladores en la lógica local, para administrar políticas públicas de acuerdo a esa fórmula de gestión de eficiencia.

Lota es una muestra de las políticas públicas de intervención social que desarrollan procesos complejos y resultados que se alejan de los estándares de logro y éxito que plantea el Estado. Además de mi vínculo personal con el territorio, la elección de trabajar en Lota cobra sentido porque afianza mi compromiso con la investigación social y los pobladores capaces de ser contraparte y antagonistas de una institución poderosa y hegemónica: el Estado. De este modo, el compromiso es la actitud que asumo como un valor transversal en la realización de este trabajo.

Cuando se inicia un estudio en Lota, lo primero que encontramos es un modelo de organización singular que ha sido capaz de resistir y cuestionar las políticas públicas asociadas a un modelo de gestión que promueve la participación individual y técnica y toma decisiones sin la participación de las organizaciones vecinales y gremiales. Un modelo de gestión exitista que fomenta la fragmentación, la desactivación selectiva y el clientelismo, al mismo tiempo que atenta contra la autodeterminación.

Las organizaciones de los pobladores muestran en cambio un tipo de participación deliberante, que combina la adaptación innovadora de sus dirigentes resolviendo las demandas locales urgentes y el uso extensivo de la participación activa de las personas y otras redes comunitarias. Según Cáceres (2003) y PNUD (2012), se propicia la generación de espacios que allanan el camino para que las organizaciones de pobladores amplíen la toma de decisiones en el ámbito local. Es interesante analizar, en el plano de las subjetividades, la interacción de los pobladores con las políticas de intervención.

En los diálogos con los pobladores, nunca estuvo ausente la preocupación y cuidado por los otros, valor ejercido cotidianamente como práctica de amabilidad y cooperación entre pobladores. El uso que hago en este trabajo de la palabra "cotidiano", tiene el sentido de diferenciar las prácticas que se plantean de proximidad, de contacto afectivo diario y habitual entre los vecinos. La emergencia y afianzamiento de una cultura social de autogestión y cogestión de los vecinos, puede entenderse como la validación de un incipiente protagonismo cívico en sentido local y que puede llegar a transformarse en la base de comunidades con una organización distinta a las que se constituyen en el marco de las instituciones estatales, lo que en determinadas ocasiones puede ser motivo de discriminación y hasta de represión.

Es necesario resaltar que las asociaciones de pobladores en su quehacer cotidiano, generan memoria en el sentido que señala Vázquez (2001) quien la define como proceso constitutivo de la realidad que alberga el sentido de reproducción, cambio social e identidad comunitaria, que se expresa dialogando, interaccionando y participando. Es decir, una red significativa de intercambio e información, en que la identidad común se vuelve un logos común: memoria, frases y conocimientos que generan historia y experiencias vitales, un saber social: "el saber de lo que somos por lo que fuimos", en el concepto de una de las participantes del presente estudio.

La comuna de Lota hizo posible acercarme al saber acumulado en la identidad, entendida más allá de su definición normativa (Segovia, 2007) que involucra procesos constructivos, en tanto facilita que cada individuo se presente y conecte con la comunidad a la que pertenece. Se perfila por el reconocimiento de otros, mantengan o no una presencia activa en la cotidianeidad. La identidad es el resultado de la mutua determinación de las formas que el tiempo y el espacio asumen en una comunidad (Segovia, 2007).

A partir de esta aproximación, igualmente considero necesario reflexionar sobre el concepto de "comunidad y prácticas sociales en organizaciones populares", la forma en que se producen sus ciclos de desarrollo y crisis o, como sustenta Salazar (2001) una sociedad civil popular, tanto en sus desfases, como en las tensiones con el Estado, poniendo el foco en el movimiento de pobladores, caracterizado por un modo vecinal de hacer política, cara a cara, participativamente, en red, en torno a problemas, soluciones concretas y resultados visibles (Salazar, 2001; Raczynski, 2002).

En cuanto a la *Reconversión Laboral del Carbón* en Lota, apareció como una especie de solución a los problemas de gastos y pérdidas que estaba

generando la mina al Estado y *Crisis del Carbón* es el proceso por el cual se sustentó oficialmente el cierre de la actividad minera en Lota entre los años 1992 y 1997. Ese desenlace es parte de la desindustrialización del país, impactando en el aspecto social y económico, que acaba con un modelo laboral antiguo cuyo apogeo se vivió en los años setenta del siglo pasado (Aravena y Betancur, 1999; Aguayo, 2007; Iacovone, 2010). En este escenario, se planificaron una serie de medidas para apuntar gradualmente a la reconversión productiva para la Zona del Carbón y disminuir los índices de cesantía que iban a presentarse de manera inexorable. En los últimos veinte años, el déficit de la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR) bordeaba los 20.000 millones de pesos (25 millones 641 mil euros, €=780 pesos), suma cubierta por el Estado, con el consiguiente debate sobre los gastos del país. El principal objetivo de la reconversión laboral del carbón fue favorecer el proceso de reinserción laboral a los trabajadores cesantes en las minas del carbón, que en palabras de Aravena y Betancur (1999) establecía un subsidio de doce ingresos mínimos que debían ser utilizados en capacitación, implementos y herramientas de trabajo para las actividades autogestionadas, así como becas de manutención mientras se acreditara estar en un proceso de reconversión, traslado familiar por el cambio de rubro laboral, entrenamiento para ser contratado con subvención del programa y asesorías profesionales para orientar las postulaciones y preparar los proyectos dirigidos. Sin embargo, debido a sus diversas deficiencias, el programa no logró cumplir con los objetivos propuestos (Aravena y Betancur, 1999).

Una de las deficiencias, según Aguayo (2007), fue que el modelo de reconversión se pretendió instalar sabiendo que otras actividades productivas de la región, como la pesquera y forestal, no lograrían absorber la totalidad de mano de obra no que quedaría desempleada tras el cierre de las minas. Es decir, se rompía con el esquema anterior de empresa estatal preocupada por los trabajadores, a un modelo donde cada desempleado iba a diferenciarse y competir para ganarse un puesto de trabajo o generar sus

propios ingresos. Es uno de los momentos, apunta Iacovone (2010), en que se asume una visión abiertamente neoliberal por parte del Estado, el cual se encontraba en un momento único, post-dictadura, para instituir lineamientos y acciones que podían inclinarse hacia un modelo de bienestar social, y no de libre mercado. En este proceso de consolidación del modelo neoliberal en los años noventa del siglo pasado, se define que el proceso de reconversión laboral del carbón se hace "desde afuera", es decir, desde la perspectiva de un equipo de expertos en reingeniería laboral y no desde las bases sociales y comunitarias.

De acuerdo con Aguayo (2007) fue así como desde estas autoridades, el Estado y los expertos, más las ideas del libre mercado, resolvieron que el único modo de revertir el cierre de las minas y el posterior colapso social que implicaba era, adiestrar a la población local como microempresarios, lo cual significó desconocer las dinámicas culturales presentes desde hacía décadas en la zona. Este hecho marca un cambio radical que contrapone todo lo que caracterizaba a la comuna de Lota y sus habitantes. La reconversión se instala desde un "otro" que no forma parte de la cultura y que sin embargo, "conoce" y "propone" los procesos de modernización que los ex mineros deben asumir. Así se instauró que "modernizar" a los habitantes de la cuenca carbonífera, formados en la existencia de una comunidad industrial, equivalía a impulsarlos a un nuevo "saber - hacer" que adoptaba la lógica del "trabajo por cuenta propia". Ese fue el espíritu del *Plan de Reconversión Laboral,* el cual, a través de programas de capacitación con apoyo estatal monetario, se ejecutaba mediante una entidad particular, AGECA, que organizaba y supervisaba los esfuerzos públicos y privados para la reubicación de los trabajadores.

Como indica Aguayo (2007) la forma de abordar "desde afuera" la modernización es clave para comprender el fracaso del *Programa de Reconversión del Carbón,* porque se intentó transformar en trabajadores independientes a personas que se ganaban la vida bajo una lógica

corporativa, sindical y comunitaria, lo cual profundizó el drama social que conllevó el cierre de las minas y trajo consigo nuevas narrativas y construcciones en sus habitantes, que percibieron siempre este proceso como algo violento y unilateral.

Lota se caracterizaba desde muchas décadas antes del cierre de las minas por ser una comunidad que luchaba en forma conjunta por sus objetivos de justicia social, equidad y bienestar. De alguna forma, los habitantes se sentían unidos por su condición permanente de privaciones, aislamiento geográfico y pobreza. En este sentido, como dice Aguayo (2007) la sociedad carbonífera era una "comunidad de desiguales", pero en donde se compartía el objetivo común de "salir adelante". Trabajar en la mina, a muchos los identificaba positivamente en una actividad que les otorgaba orgullo. Por ello se tornó muy difícil cambiar esta visión por la que proponían "los otros", que era la de transformarse en una comunidad de individuos, de pequeños y micro emprendedores que enfrentan el devenir cada uno por su cuenta. Estos elementos contribuyen a explicar por qué la reconversión del carbón fue resistida y finalmente expulsada del territorio de Lota.

Dado el escaso periodo de tiempo en que se desarrolló, unos cinco años, la instalación de la reconversión y con ella, la nueva propuesta de sociedad, puede apreciarse como realizada de forma "compulsiva", porque estuvo en permanente tensión con las personas que no veían los cambios con buenos ojos. Las grandes movilizaciones que se dieron durante la época, expresan el rechazo que produjo el programa. Definitivamente no se hizo caso al significado que tenía la pérdida de un referente productivo y de sustentación tan importante para los mineros como fue la explotación de carbón. La omisión impidió reconocer la forma en que los mineros y sus familias experimentaban el conflicto, cuáles eran sus principales necesidades y hacia donde apuntaban sus expectativas. Aguayo (2007) recalca que todo este proceso, implicó una ruptura del vínculo social y una

crisis de identidad, puesto que al terminar la extracción del carbón, se pierde la identidad de "minero", y con ello, todos los emplazamientos que configuraban esa imagen, lugares físicos donde reunirse, recrearse, imaginar el futuro, entra en crisis. Por lo tanto, hablar de este proceso no es solamente referirse a una degradación económica, sino también subrayar las transformaciones de las relaciones sociales que ocurrieron en la comuna de Lota.

Para CORFO, en palabras de Iacovone (2010), la cultura del carbón es la cultura de la pobreza, ya que la determina una escasez histórica, que ha construido una sociedad cimentada en estas autorreferencias y en los conflictos que derivan de una estructura productiva débil, con pobreza y marginalidad. Se suma a ello, la identificación de los mineros con el conflicto, en donde también fue difícil luchar contra este prejuicio dentro de las empresas privadas, al tratar de integrar a los mineros en nuevos oficios. En el fondo la orientación de la reconversión apuntó a productivizar la crisis y romper la dependencia económica del carbón y su cultura tachada de "problemática".

Resume Iacovone (2010) que si bien todos los estudios realizados por empresas estadounidenses indicaron que la faena extractiva en Lota no era viable, nunca hubo realmente una iniciativa económica desde el Estado, ni un estudio que buscara el fomento de vetas económicamente alternativas. En cambio, hubo incentivos para que los inversionistas privados se interesaran en la zona, sin llevar nunca un control o un compromiso con ello, ni tampoco fijar condiciones que aseguraran el éxito de la iniciativa. Nunca se evaluó el proceso de capacitación para la reconversión, que abrió las puertas para que las ONGs no cumplieran a cabalidad los objetivos de la misma. Dentro de esta desprolijidad, igualmente se promovió el turismo en medio del drama, porque implicaba un retorno de inversión inmediato, en tanto que centenares de supuestos microemprendedores, costureras, peluqueros, taxistas, entre otros, se desarrollaban dentro de sus hogares,

dejando como consecuencia una crisis social que se prolonga hasta nuestros días sin visos de salida.

La incapacidad de dar respuesta a los trabajadores del carbón estuvo relacionada con deficiencias propias de su implementación. No existió coordinación entre las instituciones involucradas en el programa, ni análisis alguno de la realidad económica de las diversas localidades carboníferas, ni recursos suficientes para acelerar su administración y capacidad de respuesta. Una de las principales críticas apuntaba a la escasa pertinencia con la realidad de Lota. Por ejemplo, se capacitaron a centenares de peluqueros para una ciudad de menos de 50.000 habitantes, que no se encuentra en condiciones de ofertar servicios de este tipo en semejantes dimensiones.

Los únicos beneficiarios de la reconversión laboral habrían sido los organismos de capacitación técnica y no los mineros, que hicieron cuanto pudieron en movilización social para defender su fuente de ingresos y pactar un cierre programado de la mina. Otra de las ideas fue revitalizar el antiguo rol comercial de Lota y Coronel con la creación de dos puertos y una zona franca.

Por su parte, la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR), pretendía diversificar sus actividades hacia el sector marítimo ampliando el muelle de embarque, creando un *holding* de empresas que permitiera almacenar utilidades que lograran suplir el déficit generado en la producción de carbón que incluía un muelle multiusos, termoeléctrica, compañía naviera, a forestal, parque industrial en las bocaminas y desarrollar el turismo. De esta manera se planeaban acciones que absorberían la mano de obra cesante. Sin embargo con el paso del tiempo fueron reduciéndose a su mínima expresión y todas las ideas quedaron en letra muerta.

Para comprender la situación actual es preciso sumergirse en la cultura de Lota y constatar en sus prácticas cotidianas, hasta que punto el proceso de reconversión instaló cambios y transformó la sociedad. Hoy en día continúan existiendo los problemas sociales, cesantía, pobreza y marginalidad.

Aravena y Betancur (1999), Aguayo (2007) y Iacovone (2010) coinciden en señalar que es preciso reorientar la educación en la zona, cambiando los liceos por escuelas técnicas y dirigir programas a la comunidad para mejorar su asociatividad y calidad de vida como un elemento clave para la transformación social. En relación a ello, el programa gubernamental *Quiero mi barrio,* en los últimos años es la única iniciativa que se ha preocupado de reunir a los vecinos y organizarlos para diseñar en conjunto obras que reconstruyan la identidad barrial y local.

No se puede conocer a Lota sin entender su influencia en el contexto de la evolución económica y social, como parte del desarrollo del capitalismo y el movimiento obrero en Chile. He ahí el desafío de apostar y creer en el poder de la comunidad organizada.

6 OBJETIVOS

6.1 Objetivo general

En base a lo planteado, en esta investigación indago desde la mirada de la psicología social latinoamericana, las prácticas de solidaridad y resistencia de organizaciones populares, en contextos de acción y de programas sociales del gobierno de Chile. Lo "popular" aquí tiene un doble significado: al tiempo que revela las privaciones materiales, expresa la riqueza de sociabilidad como práctica de solidaridad existente en la vida de un barrio. Pienso que es el término que mejor representa estas características. Ante esta dualidad, aparentemente contradictoria, mi principal objetivo es investigar la naturaleza de estas prácticas de

solidaridad e identificar, describir y analizar las circunstancias de intervención social en que éstas emergen, así como la importancia que tienen para los protagonistas. Considero que este análisis es de suma importancia, porque solidaridad es un término que se ha generalizado en diferentes situaciones, en diferentes discursos, y a menudo parece mantenerse en un plano de abstracción poco explorado por la psicología social (Singer, 2002; Reyes, 2005).

Para problematizar las políticas públicas de intervención social, he analizado las prácticas de articulación entre los vecinos de una comuna intervenida por programas sociales. En esta tesis, entiendo al "vecindario" como un espacio vivo, geográficamente delimitado, que tiene características en función de su historia evolutiva. Así, en el fondo, me refiero al vecindario como una comunidad. Hago hincapié en el sentido comunitario de espacio y no a su referencia clásica política o administrativa. En general busco comprender las experiencias vinculadas a la vida cotidiana de un lugar específico, para vislumbrar dentro del contexto social que habitan, los procesos a través de los cuales los movimientos de pobladores crean la identidad y solidaridad que defienden, indagando su relación con el Estado y la puesta en juego de sus conflictos.

De esta manera, mi pregunta de investigación se abre de la siguiente manera: ¿Cuáles son las prácticas sociales que sustentan las relaciones cotidianas de las organizaciones populares en contextos de intervención de los programas sociales del gobierno de Chile? Aquí el énfasis lo sitúo en el contexto de un análisis socio-histórico, que da cuenta del desarrollo de las movilizaciones obreras y de la cuestión social (Oxhorn, 1995). Igualmente observo las tradiciones de relaciones que han propiciado una cierta resistencia o divergencia para absorber la intervención externa, reciclándola, o no produciendo el efecto esperado.

Para llegar a ello, examiné los antecedentes sobre las alianzas entre la psicología comunitaria dominante y las política públicas, poniendo en contexto los impactos de estas políticas, igualmente generadoras de procesos de transformación de subjetividades resistentes, frente al tipo de inclusión social que propone el Estado. Aquí trabajé con datos que relacionan el tratamiento de la diferencia y de lo que es entendido como bueno en la comunidad (Rodríguez, 2009; Arrieta y Garita, 2012; Alfaro, 2013). En tal sentido, se trató de delimitar una crítica de frontera, describiendo el proceso de búsqueda que implica la acción de la comunidad. Mi idea fue, por tanto, buscar si es que existía, una alternativa a la ingenuidad o al excesivo optimismo que a menudo encuentro en los textos teóricos sobre intervención social, incidiendo, por ejemplo, en la importancia de los movimientos sociales para generar un cambio social a través de la participación local.

También intento una reconstrucción socio-histórica del movimiento de pobladores que permita visualizar el protagonismo e interpelación permanente hacia el Estado. Así busqué comprender cómo se construye su identidad como sujeto político en tensión y resistencia con la institucionalidad pública. Indagué en los procesos históricos a través de los cuales el sentido social de los pobladores tiende a constituirse y emerger con dificultad en el espacio público, para luego reflexionar y analizar cómo se construyen las actuales dinámicas de resistencia, reciclaje y transformación de las intervenciones sociales dirigidas a estas comunidades (Delamaza, 2005; Bengoa, 2007; Salazar, 2008; Posner, 2008).

6.2 Objetivos específicos

- Identificar a partir del concepto de solidaridad (Spink, 2004) las alternativas de acción que han desarrollado los pobladores, sus resistencias, desfases y tensiones locales que como comunidad han ofrecido a las políticas de intervención neoliberales.

- Conocer la producción y construcción de subjetividades emergentes desde la acción comunitaria, en contextos de sujeción, subordinación y resistencia a la intervención social que realiza el gobierno de Chile.
- Comprender las capacidades autogestionarias locales indagando en la red de relaciones comunitarias de pobladores y los medios por los cuales se organizan, indagando en sus estrategias de protección, de enfrentamiento y reivindicación.
- Comprender la cultura relacional que emerge del saber popular. Esto es, analizar la relación entre la vida cotidiana y los procesos a partir de un sentido de comunidad, identificados por un *nosotros*.
- Describir los contextos biográficos de interacción específicos y las dinámicas relacionales de identificación, reconocimiento y diferenciación que han ido configurando los actores sociales en su relación cotidiana con el Estado.

En general, mi investigación se inscribe en el interés por describir y comprender cómo los procesos de solidaridad y resistencia se pueden dar en contextos de reestructuración productiva, en donde como señala Garretón (2000) el tránsito de un paradigma productivo taylorista - fordista a otro flexible ha jugado un rol central en términos del tránsito desde la sociedad industrial del Estado a la sociedad globalizada, y cómo impactan en las subjetividades de actores sociales de comunas pobres en Chile y cuáles son los efectos psicosociales y sociopolíticos producidos.

7 MARCO CONCEPTUAL Y TEÓRICO

7.1 Programas sociales como política de Estado

A partir de la década del noventa del siglo pasado, las políticas sociales en Chile se fijaron como objetivo mejorar la equidad, fomentar la integración social y fortalecer la gobernabilidad del país. El modelo económico imperante desde los tiempos de la dictadura había extendido el hambre, la violencia social y la violencia de género, lo que era necesario enfrentar tras

largos años de crisis. Al inicio de los noventa, Chile tenía un índice de pobreza del 38% (Pacheco, 2006). Las directrices del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional orientaban a los gobiernos de los países en desarrollo sobre qué estrategias se debían seguir para enfrentarla, mejorando la equidad, pero sin dejar de lado el crecimiento económico.

Desde principios de los noventa, ha estado encargado de ello el Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN), a quien se le concedió la misión de ayudar en el diseño y aplicación de políticas, planes y programas de desarrollo nacional, proponer las metas de inversión pública y evaluar los proyectos de inversión financiados por el Estado, coordinando además las diferentes iniciativas del sector público destinadas a erradicar la pobreza. De este modo y con el objetivo de encabezar la acción pública hacia los territorios y sectores más necesitados de Chile, MIDEPLAN asumió la responsabilidad de un *Programa Nacional de Superación de la Pobreza,* cuyos ejes fueron la integralidad, la descentralización y la participación (Ministerio de Desarrollo Social, 2013).

Esta apuesta ha tenido importantes logros en la disminución del índice de pobreza, que hacia el año 2000 descendió a un 20,4% con la aplicación de diversos programas sociales que coordinaba el MIDEPLAN. Uno de ellos es el Fondo de Solidaridad e Inversión Social, FOSIS. El FOSIS es un servicio del gobierno de Chile, creado el 26 de octubre de 1990. Cuenta con 15 direcciones regionales y 20 oficinas provinciales; y se relaciona con la Presidencia de la República a través del Ministerio de Desarrollo Social. El FOSIS apoya a las personas en situación de pobreza o vulnerabilidad que buscan mejorar su condición de vida. Actualmente y según las necesidades que detecte, implementa programas en tres ámbitos: emprendimiento, trabajo y habilitación social. El FOSIS trabajaría bajo la supuesta confianza en las capacidades de las personas, otorgándoles oportunidades para desarrollarlas. Cada año, FOSIS trabaja con unos 120 mil usuarios y para ello, cuenta con un presupuesto de más de 50 mil millones de pesos (64

millones de euros, €=780 pesos) (Fondo de Solidaridad e Inversión Social, 2013).

Además del FOSIS que ha estado desde el principio vinculado al MIDEPLAN hoy Ministerio de Desarrollo Social, el esfuerzo por optimizar las políticas públicas en beneficio de quienes viven en condiciones de pobreza y marginalidad en el país, motivó la creación, en 2002, del *Sistema Chile Solidario,* que entrega un apoyo integral a las personas y familias en extrema pobreza. Tres años después, en 2005, se asume la responsabilidad de crear, coordinar, difundir y promover el *Sistema de Protección Social,* que cambia radicalmente el enfoque de las políticas sociales, dejando atrás la visión asistencialista y reemplazándola por un enfoque de derechos. Esta nueva institucionalidad garantiza por tanto, el derecho de las personas más vulnerables a contar con una red de prestaciones sociales en las áreas de salud, educación vivienda, trabajo, cultura y previsión social:

> Chile Solidario es un sistema de protección social cuyo objetivo es la superación de la extrema pobreza a partir de la activación de las capacidades de las familias que son sujetos de la política. No se trata de un programa social más, sino que articula el acceso de los participantes a un numeroso conjunto de programas y beneficios sociales, adscritos a diferentes ministerios y servicios públicos. El objetivo de reducir la pobreza futura a través de la inversión en capital humano es tanto o más importante que el alivio de la pobreza presente por la transferencia de dinero. Chile Solidario, en cambio, se centra en la reducción de la pobreza presente a través de la formación de competencias en los pobres y su eje es el trabajo que se

realiza en torno al apoyo familiar (Larrañaga y Contreras, 2010, p. 4).

En este contexto, *Chile Solidario* amplía su cobertura hacia otros grupos, personas en situación de calle, familias con personas privadas de libertad, personas mayores que viven solas y otras situaciones que provocaban su estado de vulnerabilidad. Siguiendo esta línea de acción, en 2006, se funda el *Sistema de Protección Integral a la Infancia Chile Crece Contigo,* dirigido a todos los niños y niñas del país y la familia, desde la gestación hasta que cumplan los cuatro años de edad, a través de acciones y servicios de carácter universal, así como focalizando apoyos especiales a aquellos que presentan alguna vulnerabilidad mayor (Ministerio de Desarrollo Social, 2013). Por otro lado, se amplían las facultades y roles de MIDEPLAN de manera progresiva a fin de realizar evaluaciones de políticas y programas públicos, tanto en su creación como en su posterior seguimiento. Desde octubre de 2011, MIDEPLAN pasa a llamarse *Ministerio de Desarrollo Social*, ampliando sus facultades y posicionándose como coordinador, articulador y fiscalizador de todas las políticas sociales del país.

En relación al sistema *Chile Solidario* se destaca uno de sus ejes de acción más importantes: el *Programa Puente,* instalado el año 2002, que cuenta con una metodología de intervención psicosocial, centrada en incorporar a las personas de extrema pobreza al desarrollo y entregar los mínimos sociales necesarios en las dimensiones consideradas básicas en un estándar de vida de calidad y con integración social. En tal sentido, las acciones apuntan a distintas dimensiones necesarias para la superación de la pobreza, tales como: educación, vivienda, empleo, ingresos, dinámica familiar e identificación. La estrategia de trabajo se centra fundamentalmente en que son las familias las que adquieren capacidades propias de superación de su condición de extrema pobreza.

El marco teórico que sustenta estas acciones está centrado en los conceptos de "capital social", "redes sociales" e "intervención en crisis", que orienta de esta manera la intervención cualitativa hacia un abordaje integral y no sólo en variables de *ingreso/egreso.* Esto marcó un cambio profundo en la política, puesto que se cambia de una noción basada en los subsidios, hacia otra diferente, de redes sociales, generación de capacidades y capital social. Es decir, desde la visión de un cliente del Estado, con profunda dependencia en la asistencia social, hacia otro que tiene la posibilidad de realizarse personalmente en los ámbitos que fueran posibles.

Pacheco (2006) expresa que el *Programa Puente* en cierta forma aparece como respuesta a la crítica que se hace a los modelos tradicionales de medición de la pobreza, tales como la encuesta CASEN o la Ficha CAS 2, porque consideran solamente indicadores de ingreso y necesidades básicas insatisfechas, que no son suficientes para abarcar todas las dimensiones del problema, lo que podría explicar tanta persistencia de una pobreza dura y resistente al cambio. De ahí que otro de los cambios sustanciales, es que las fichas de medición, también han ido sufriendo modificaciones para seguir la línea de empoderamiento, pasándose ahora a definir más bien como una *Ficha Familiar* que incorpora elementos psicosociales.

De esta forma la apuesta del *Sistema Chile Solidario* y su *Programa Puente* es la "habilitación social" para superar las crisis y problemas permanentes por las que pasan las familias en situación vulnerable. Esta visión fundamenta por tanto una metodología centrada en la participación y la integración, que busca construir desarrollo, generar bienestar y potenciar las capacidades humanas que permitan generar un cambio cualitativo en las capacidades del país. La metodología se aplica mediante una persona denominada como "apoyo familiar" que en este caso tiene la tarea de ser una especie de "gestor" o "facilitador" de los procesos de integración que se llevarán a cabo con cada familia, que se reconoce como el profesional que

interviene, quien accede a este trabajo con un determinado perfil y orientación hacia lo social.

El trabajo de intervención comienza con la llegada del "apoyo familiar" al hogar de la familia en condición de indigencia y vulnerabilidad, que ha sido calificada previamente por las fichas de medición (CAS 2 y Ficha Familiar), hay una presentación del programa y una invitación de participar voluntariamente. Si la familia accede, se firma un contrato simbólico de cooperación entre ambas partes. Posterior a ello y con el material didáctico exclusivo del programa, se despliega un tablero que grafica un "puente" y siete tableros más que desarrollan las dimensiones básicas o "siete pilares" como se denominan en el programa. Estas dimensiones son: *identificación, dinámica familiar, habitabilidad, educación, salud, empleo y trabajo.* Todas se abordan siguiendo un esquema de trabajo por periodos de tiempo con visitas domiciliarias, las que al principio se realizan todas las semanas por dos meses, luego cada 15 días por un período de otros dos meses y luego una mensual hasta completar los seis meses. El acompañamiento global continúa por un máximo de 24 meses espaciando las visitas cada tres y seis meses, en donde se va entregando los beneficios y cotejando los avances y desarrollos del grupo familiar (Pacheco, 2006).

En cuanto a cómo ha ido funcionando el *Programa Puente,* Cordero y Rocca (2007) señalan en un estudio cualitativo realizado en la comuna de Macul en la ciudad de Santiago, con personas que participaban en programas de inserción social y monitores encargados localmente del programa aludido, que existen muchos temas pendientes de resolver en la implementación del programa. Uno de los principales es trabajar las resistencias, el desamparo aprendido o las defensas que se construyen en torno a la "pobreza extrema" que se considera imposible de solucionar. Las personas perciben una contradicción entre las metas y los objetivos del programa, donde no se recoge todo el proceso puesto que siempre se priorizan los datos más urgentes. Otra situación que se puede dar es que no

siempre las redes sociales funcionan con tanta eficacia como se necesita. Muchas veces, tanto las de organizaciones sociales, como de instituciones privadas que trabajan en el ámbito social, se encuentran debilitadas y las redes de ayuda mutua no tienen las vías apropiadas de participación y canalización de las inquietudes. Se requiere, por tanto, de componentes adicionales de estas redes, en especial gestadas desde las bases, para fortalecer la intervención del programa. Cuando ello no ocurre, las personas no generan confianza, ni permanencia en el grupo social debilitándose con en el tiempo la movilidad social y la participación. Igualmente se solicita la disminución de algunas exigencias administrativas que entorpecen los resultados que esperan los participantes (Cordero y Rocca, 2007). En tal sentido, resulta clarificador de lo que sucede en el transcurso de cualquier programa de intervención social en nuestro país y por la misma razón es importante indicar en qué contextos esto va sucediendo.

7.2 El otro lado de los programas sociales: desplazando las nociones de ciudadanía, solidaridad y comunidad

En relación a los problemas de las políticas, autores como Larrañaga y Contreras (2010) señalan que en realidad a partir de la década de los 90 del siglo pasado, los cambios en el sistema de protección social en Chile en forma de políticas públicas para combatir la inequidad, la pobreza y la desigualdad, han estado siempre dirigidos por reformas orientadas al mercado que apuntan a la disminución de las responsabilidades sociales del Estado, en donde se han individualizado los costos de protección y la transferencia de funciones y servicios sociales de la sociedad civil hacia el mercado.

En este contexto, se indica que es importante reflexionar sobre el significado y las consecuencias de la aplicación de las políticas de intervención, que promueven un tipo de participación solidaria “dirigida” o “tutelada” (Duschatzky, 2002) con el argumento de promover un sentido de responsabilidad de costos compartidos, que permita apoyar acciones en la

lucha contra la pobreza. Es posible ver que la inserción y articulación de esas políticas han dado lugar a un nuevo significado o desplazamiento del sentido de ciudadanía y la noción de solidaridad. Cabe preguntarse qué condiciones han permitido tales desplazamientos y cómo movilizan aspectos distintos a los declarados en las políticas públicas dentro de las organizaciones populares.

7.2.1 Subjetividades en riesgo

Las acciones focalizadas con las que trabajan actualmente las políticas públicas, tienen similitud con las antiguas formas de asistencia que establecían categorías de sujetos dependientes de un régimen especial, dentro de una especie de sociedad benefactora, porque determinan identidades o categorías de carencias totales, donde se han diluido los referentes de identidad productiva, cultural y social. Son las necesidades básicas insatisfechas las que sustentan la asignación de recursos, como cuando se habla de "poblaciones desfavorecidas", "necesitadas", "carenciadas", "en desventaja", modos válidamente aceptados para designar a los beneficiarios (Duschatzky, 2002).

En consecuencia, si es sólo la condición de privación lo que puede decirse de los sujetos, no hay espacio para que quienes viven en condiciones de pobreza se identifiquen como sujetos de demanda, ya que implicaría una posición de autonomía respecto a la evaluación. Del mismo modo, cuando la etiqueta sobre "el otro" se entiende solamente en términos de carencias, el lugar que ocupa en las relaciones sociales es de mera invalidez. Esta operación no sólo resta posibilidades de convertirse en sujeto de enunciación sino que licua las identidades colectivas. Para cada carencia existe un programa disponible, configurándose nuevos significantes de identificación, como cuando señalan: *"yo soy Familia Puente", "yo soy Programa Productivo", "yo soy del Plan Trabajo"* (Duschatzky, 2002; Arriagada y Mathivet, 2007).

Sin duda es paradójico que este tipo de políticas sociales produzca a la vez, subjetividades "agradecidas" y la emergencia de la cultura del riesgo. No obstante, ambas coinciden en la disolución de un sujeto político, pensado como identidades colectivas de demanda. En el primer caso, el sujeto agradecido, reproduce una relación dependiente con el dador, en donde lo que se percibe no se aprecia como un derecho, sino como un acto de gracia, puesto que son sutiles y subrepticios los mecanismos de producción del agradecimiento. En el caso del sujeto del riesgo, se acoge a la ley de la oferta y demanda y es por medio de diferentes estrategias y performances cómo obtiene ciertos bienes sociales (Beck, 1998; Roberts, 2001; Duschatzky, 2002; Márquez, 2003).

Esto se relaciona con el concepto de "gobierno de sí mismo" que señala Rose (2007) inspirado en Foucault (1999) en relación a las tecnologías del yo, donde las personas nos autorregulamos en función de diversas valoraciones o jerarquías; o Elías (1999), al definir el proceso civilizatorio como una modalidad regulatoria de los comportamientos basada en la autocoacción. Cuando se nos insta a gobernarnos a nosotros mismos, hacemos propia una ley común, aceptándola libremente y dejando de vivirla como una obligación exterior. Así es como nos transformamos en sujetos "educados". En este escenario, lo que ocurre con la economía de mercado es que la desaparición de intermediarios torna frágiles los vínculos sociales, puesto que nos obliga a una cultura del sujeto "individualista", que a su vez, permite la definición progresiva de nuevos mercados de seguridad y nuevos territorios del riesgo (Beck, 2001; Guareschi, 2004).

El "gobierno de sí mismo" es crucial cuando se trata de la apropiación de bienes sociales. Esto se agudiza con la disminución de los estados de bienestar. La sensación permanente es que todos los beneficios están en cadenas de riesgo: *"las cosas cuestan, se pueden perder"* y por ello es importante que los sujetos realicen bien la performance "autorregulada",

que para el caso de las políticas públicas, sería en la demostración de un *"saber - ser - pobre"* (Garcés, 2002; Cáceres, 2003).

Lo anterior, también deja ver los límites y endebles aportes de la psicología comunitaria tradicional en el Chile de los años noventa, atrapado en la deriva de las políticas neoliberales, produciendo tensiones y riesgos en la relación Estado – comunidad. Esto se traduce en el planeamiento de proyectos y políticas sociales con énfasis asistencialista en base a conceptos subsidiarios del rol del Estado y pone de relieve la necesidad de tener en cuenta que los principales actores, con sus luchas e influencias, juegan un papel crucial que afecta las conexiones entre el contenido de las políticas, programas, teoría e investigación. La generación de conocimientos científicos sobre las políticas no es neutral. Por lo general, su efecto es difícil de valorar. Sería simplista pensar que a mayor uso del conocimiento social, se pueda tener efectos inmediatos en una mejora en las decisiones del gobierno y, peor aún, pensar que la aplicación de una política pública siempre tendrá efectos positivos para la comunidad (Irarrázaval, 1995; Arrieta, y Garita, 2012).

Cabe resaltar por tanto, que la construcción de las comunidades marginales como población objetivo, a modo de nueva panacea contra la pobreza, no constituye mero procedimiento técnico para categorizar beneficiarios, sino que revela un encuadre ideológico subyacente, que ha sido propositivo de una forma de intervención específica. En defensa de los intereses de la comunidad, se hace necesario que todos los aspectos del proceso de formulación, ejecución y evaluación estén presentes a la hora de medir los impactos en la población objetivo.

Resulta relevante que la psicología comunitaria sea consciente de las dinámicas políticas que participan en este proceso. No sólo que se sienta involucrada con la organización, sino también al tanto de incluir a los

actores en la implementación de esas políticas (Hardy, 2004; Márquez, 2005).

Es importante tener en cuenta que, en general, no existe un consenso sobre cuál es la definición exacta del problema que las políticas pretenden afrontar. A menudo los ejecutores de los programas lo interponen con urgencia para justificar posiciones y consideraciones políticas. Por tanto, una contribución relevante de la psicología comunitaria a las políticas públicas, debería comenzar por reconocer los intereses de los principales actores.

En Chile las ideas asociadas a la solidaridad prosperaron porque se asentaron en la crítica al Estado, gracias al legado de muchos años de luchas sociales. Esto llevó a que durante la transición democrática, fuese una demanda permanente. Todos los temas en torno a la democracia, la solidaridad y la participación, se entendieron siempre dentro de la gestión de acciones sociales vinculadas a las exigencias derivadas de las políticas de ajuste (Ministerio de Desarrollo Social, 2012). La solidaridad propiciada por el Estado buscaba, y busca aún, promover valores de participación y ciudadanía, entre otros, presentándose como una estrategia que reconstruye el sentido de la responsabilidad pública en la vida en común en general, y sobre las condiciones de pobreza en particular, que si bien ha sido implementada, igualmente se coincide en que hay resistencia por parte de las organizaciones populares que en diversas ocasiones no han encontrado sentido a este tipo de solidaridad tutelada o dirigida.

Así las estrategias de la lucha contra la pobreza, se estructuran bajo el principio de la participación, y las controversias que pudieron generar, fueron reducidas, porque hay que defender y sacar adelante a los proyectos. En tal sentido, se interpone el principio de "solidaridad dirigida" en defensa del sentido de responsabilidad pública de los problemas sociales.

Por estas razones, seguir la pista a la promoción de este tipo de solidaridad se torna relevante porque se da asistencia a la problemática de los derechos como lucha y, de otro lado, deja ver cómo el sentido de responsabilidad pública y la construcción de ciudadanía, son influenciados por las políticas neoliberales (Cáceres, 2003).

Todos estos cambios que afectan a las políticas sociales, debido a la disminución de las responsabilidades y participación del Estado, son acompañados por otros que permitieron hace un tiempo, incluir el tema de la integración social como parte de una política de derechos de protección social (Roberts, 2001).

Es importante reflexionar también sobre cómo, en la actualidad, los problemas sociales se redefinen por las reformas orientadas al mercado, y a otras nociones de solidaridad, que hacen pensar en un devenir pragmático de los mismos. Roberts (2001) refuerza la idea de transferencia de responsabilidades al señalar que en Chile la política pública se ha impuesto siempre desde el Estado, dejando fuera toda expresión de participación social.

No obstante que los programas sociales lo enuncian en sus textos, la participación social no acaba siendo una realidad material en el proceso de la intervención. El análisis clásico que se ofrece con las intervenciones es prometer una relación de "oportunidades y ventajas" como resultado de una buena relación entre actores sociales y el Estado, mediante el afianzamiento de la política social. De acuerdo con Krause et al. (2011), esto termina en un discurso neocolonial de subjetividades resistentes, en donde no caben los análisis sobre las tensiones que generan. En las políticas sociales de intervención prima la mirada ingenua, derivada de un supuesto consenso democrático implícito entre el Estado y una pluralidad de actores sociales que expresarían e interpretarían libremente las luchas y las negociaciones

de poder, asunto que de ninguna manera ocurre de forma tan simplista como mostraré en este trabajo (Cordero y Rocca, 2007; Alfaro, 2007).

Se puede decir que la relación entre políticas sociales e iniciativas de la sociedad civil constituye un bucle difícil de resolver, terreno de encuentros y desencuentros de racionalidades distintas cuya combinatoria por lo general produce resultados asimétricos de poder entre los diferentes actores involucrados. Garcés (2002), Cáceres (2003) y Alfaro (2013) señalan que es fundamental considerar que los actores sociales preceden a las políticas y programas, y que tienen una memoria de lazos sociales antagónicos, en conflicto con el clientelismo. La clave para afrontar tales tensiones, es comprender cómo es la adopción de las conexiones esenciales, cómo la pobreza puede ser amplificada cuando existe esta dependencia, y sobre todo, cómo se pueden construir relaciones de clientelaje en contextos desfavorables. Enfocar estas relaciones permite analizar con detalle situaciones concretas donde los agentes sociales son traducidos y reducidos en la implementación de una política. Existen formas particulares de interpretar reglas y de procesar oportunidades, lo que permite exponer relaciones subyacentes Estado - sociedad civil que favorecen el desarrollo de unas políticas sobre otras.

Para el caso de Lota, las políticas sociales implementadas tienden a construir la relación entre Estado y agentes sociales, en base a la asistencia territorial sobre determinados perfiles de la población. Este lazo vinculante muestra la naturaleza de la relación que se adopta y el tipo de vínculo que el sistema habilita entre sectores socialmente desiguales. Aquí prima una asistencia basada en diagnósticos, diseños e instrumentos técnicos de intervención hacia poblaciones categorizadas según indicadores estadísticos (Serrano, 2005; Arriagada y Mathivet, 2007; Raczynski, 2008).

Es la forma en que funciona el mecanismo cuando se validan identidades subordinadas y dependientes de la ayuda estatal, donde

finalmente las personas se configuran como “sujetos asistidos” (Duschatzky, 2000).

Al ser las comunidades interpeladas, la contingencia social deviene en un estigma personal, y lo único que se logra es fragmentar discursiva y materialmente a la población en vez de reparar la desigualdad. Así los programas sociales reproducen y mantienen el monopolio sobre las familias con una pertenencia fragmentada, porque tampoco hay conexión entre las políticas provinciales, municipales y nacionales. Y mucho menos, condiciones para permitir la participación de los sujetos destinatarios en la definición de las políticas públicas centradas en la persona y la familia, aunque luego se conviertan en ejemplo “de bienestar” al mostrar cómo se insertan en la economía bajo precarios proyectos de micro emprendimientos de baja sustentabilidad (Cáceres, 2003).

7.3 Programas sociales enfrentados a la comunidad y los barrios populares, visiones del desencuentro

Para Montero (2004) y desde su visión dada por la psicología comunitaria, las comunidades tienen su propio ritmo y un carácter dinámico, de continua construcción y reconstrucción. La comunidad es una cualidad que se atribuye a un espacio de vida, geográficamente delimitada, donde hay una dinámica de relaciones derivadas de contactos estrechos y frecuentes entre sus residentes. Se trata de una red de relaciones que se caracteriza por la práctica de la ayuda mutua y el sentido que ésta tiene para los residentes, es un espacio en donde las redes están estructuradas, y de acuerdo a ello, Montero (2004) señala que la “Red” es una forma de organización social en donde se produce el intercambio continuo de ideas, objetos y experiencias, que permite la difusión y detención y un dejar de actuar, en donde las personas pueden encontrar apoyo, refugio y los recursos que necesitan.

Bengoa (2007) en *La comunidad reclamada* analiza el concepto de comunidad desde la opción de una teoría crítica que interpreta el mundo con la intención de transformarlo, y, de otro lado, desde la propuesta de una utopía romántica del retorno a un pasado idealizado, arquetipo de la situación que habría ocurrido a principios de la humanidad y que el hombre ha perdido. Esta idea de la utopía fue influyente en la psicología tradicional, que abordaba la comunidad como un campo de consenso, distante del objetivo de esta investigación.

Montero (2004) señala al mismo tiempo la importancia que tienen los aspectos constitutivos de una comunidad y lo que ella llama "sustrato psicológico" de la misma, referido a las condiciones comunes que se dan en la pertenencia a un espacio geográfico que se comparte, que a su vez determina y es determinado por las relaciones allí construidas, partiendo de una perspectiva psicosocial de comunidad, donde las personas se relacionan y se reconocen como identidad social producto de una historia compartida. En este punto hay un significado que va más allá de la cuestión de "lugar", dirigiéndolo también a una cuestión de "afectividad" y a partir de este sentido de comunidad, construido colectivamente, se desarrollan diversas prácticas que merecen atención. Hablar de organizaciones populares significa poner de relieve las prácticas que se dan a nivel de proximidad, contactos afectivos y habitualidad entre los vecinos, donde la solidaridad que mantiene la dinámica de estas prácticas en el plano interpersonal y comunitario.

En la comuna de Lota es difícil hacer esa separación, porque a mayor frecuencia de prácticas en el ámbito interpersonal como es el caso de las personas elegidas para este estudio, hay mayor implicación comunitaria. Se trata de pobladores que han alcanzado en conjunto grandes conquistas sociales y laborales, como la regularización de sus viviendas después de largos años de tomas de terrenos. De acuerdo con los relatos de antiguos

vecinos, muchos de los barrios de la comuna tienen su origen a través de la ocupación de terrenos.

Las movilizaciones no siempre fueron debidamente organizadas, ni planificadas. Las ocupaciones se realizaban a través del boca a boca, atrayendo a personas de diferentes sectores y de todas partes, cada una por su cuenta, y esto fue el inicio de la comunidad. Los testimonios recogidos revelan que las personas han invertido enorme energía y buena parte de su vida en resolver el problema de la vivienda, desarrollando con ello habilidades y capacidades de autogestión. Y haciendo eso, no sólo han acumulado memoria social, sino que han forzado al Estado a reconocer públicamente su calidad de actores y su emergencia como ciudadanos protagónicos en los procesos de construcción de nuevas redes de organización social (Salazar, 2008).

En Lota existe una organización social, vecinal y política permanente, a pesar de la escasa participación de los pobladores en las reuniones. Poco a poco se ejecutan pequeñas acciones a partir de grupos formados para ayudar a un residente a construir su casa, apoyar a una familia sin recursos, construir veredas o un parque infantil, entre otras tareas comunales.

En relación a ello, los enfoques de la psicología social latinoamericana pueden permitir analizar la "solidaridad" que se da en los barrios de Lota. Se entiende que la cooperación de apoyo mutuo aparece como una expresión de solidaridad, pero no como un sinónimo absoluto de ésta. El análisis apunta a comprender, con mayor profundidad, las prácticas solidarias en la comunidad.

En relación al concepto de solidaridad, rescato la que señala Zibechi (2011) porque sirve para contextualizar lo que ocurre actualmente en Lota que al presente no tiene grandes proyectos, movimientos, ni acción colectiva, pero sí variados gestos de cooperación y reciprocidad entre los vecinos. Esto

es una consideración interesante porque expresa algunos significados de la solidaridad presente: una que se da en el plano interpersonal, funcional, y otra, comunitaria, que emerge del movimiento social donde las personas pasan por un proceso de concientización, en que la solidaridad se ve como la espina dorsal que estructura y mantiene la asociatividad del movimiento de pobladores.

El concepto de movimiento social puede parecer como un obstáculo adicional para entender la realidad de los barrios. Según Zibechi (2011) existe poco trabajo sobre el terreno latinoamericano sustentado en bases propias, lo que sumaría conocimiento importante en la comprensión de estos barrios: "en la ardua tarea de descolonización del pensamiento crítico, el debate sobre las teorías de los movimientos sociales resulta de primera importancia" (Zibechi, 2011, Pág. 30).

La solidaridad en los barrios se materializa en un tipo de asociatividad regida por los escasos recursos y los momentos intensos, gobernándose por su propia ley, antes que por la legalidad oficial; y a su propio poder de supervivencia, más que al poder del Estado. En palabras de Salazar (2008), para la política institucional esto constituye, por su resistencia autonomista, un peligro subversivo y delictivo.

Por otra parte, estos grupos comunitarios igualmente dejan ver una orientación progresista al ligar sus reivindicaciones más allá de su propia comunidad. A ello se refiere Harvey (2001) al describir este tipo de luchas de solidaridad local:

> El problema crítico para la amplia gama de luchas es trascender sus particularidades y alcanzar una concepción política de mayor amplitud, incluso universal. Para los movimientos de oposición (opuestos a aquellos que en un

> principio están orientados a reforzar el actual estado de cosas) implica definir una alternativa general al sistema social que es la fuente de sus problemas (Harvey, 2001, Pág.193).

La emergencia y afianzamiento de una cultura social de autogestión y cogestión del movimiento vecinal, puede entenderse por tanto, como la validación de un incipiente protagonismo cívico en un sentido local, pero eso no significa que no reflexione en torno al sistema social general, es más, piensa la política nacional, pero con una sensibilidad vecinal, lo cual dota al movimiento de pobladores de contenido político propio.

Con frecuencia el tema de la solidaridad se trata como una acción que viene de afuera y se extiende hacia quienes supuestamente la necesitan. En este punto, me gustaría introducir un enfoque diferente, en concordancia con lo que se observa en Lota. De acuerdo con Spink (2004), la solidaridad es una práctica de horizontalidad, se articula en condiciones sin detrimento de las diferencias personales, en relación a las posiciones sociales. Singer (2002) y Coraggio (2011) aportan en similar sentido a los conceptos desarrollados en torno al movimiento de la economía solidaria al proponer con esta corriente una nueva organización social y económica para superar los males producidos por el capitalismo, y se ensamble la producción industrial con la organización comunitaria de la vida social. Esto es, una "economía solidaria" que supere los objetivos puramente económicos, para generar mejorías en la calidad de vida de las personas que, en lugar de someterse a la tensión y ansiedad propias de la competitividad, encuentren auxilio entre sus iguales.

Singer (2002) subraya que la solidaridad aparece como una alternativa de superación de los ideales competitivos, mediante la propuesta que los participantes en la actividad económica "cooperen" en lugar de "competir". Esta forma de solidaridad se halla en el trasfondo de una organización

comunitaria y autogestionaria, que dependa de las personas implicadas y su voluntad de adherirse a los principios de solidaridad, igualdad y democracia en la vida cotidiana. La clave es la asociación entre iguales, cuya aplicación de principios produce una sola clase de trabajadores poseedora del capital en cada cooperativa o sociedad económica, lo cual daría como resultado la solidaridad y la igualdad.

Esta descripción pone de relieve una solidaridad no tutelada que ocurre "entre" los trabajadores y no "para" los trabajadores. No es la solidaridad la acción vertical que proviene de los agentes externos, sino la horizontal que emerge entre los participantes del propio grupo o comunidad. Ambas son relaciones distintas y no pueden ser analizadas como si fueran la misma cosa, por lo que se debe poner atención a los distintos discursos en relación con la solidaridad (Coraggio, 2011).

En los medios de comunicación social, la solidaridad ha sido objeto de amplia cobertura a través de programas de recaudación de fondos o reclutamiento de voluntarios para el trabajo social, siendo destacada en el discurso político como algo que a los ciudadanos les debería importar.

Si se mira más de cerca el motivo de esta presión, una de las conclusiones a las que es posible llegar, sustenta Hardy (2004) es que se estimula una transferencia de responsabilidades desde el Estado hacia la sociedad civil, lo cual, sumado a la política neoliberal de privatización de los servicios básicos, deja a la sociedad desprotegida frente a las obligaciones que antes eran de un Estado que se torna benevolente con la empresa privada, porque la "responsabilidad social" de las empresas se ha convertido en un activo para atraer consumidores, clientes y subvenciones estatales. En este contexto, se observa la irrupción del tercer sector representado en una serie de organizaciones filantrópicas, ONGs, especialistas en recaudación de fondos para tareas que también deberían estar garantizadas por el Estado. El peligro de estas prácticas radica en la anulación de los derechos

conquistados a lo largo de la historia, a cambio de verlos actualmente como una cuestión de beneficencia o de solidaridad, y no como una obligación del Estado (Hardy, 2004).

Indagando en los motivos que hicieron posible que se promoviera la idea de Estado mínimo, Márquez (2005) señala que hoy se observa que el sistema capitalista neoliberal basado en las fuerzas del mercado, propaga la pobreza mediante la discriminación y la explotación, teniendo la competencia como principio mediador de todas las relaciones sociales. En esta era del "sálvense quien pueda", el individualismo impera como una lógica de supervivencia y hace difícil la solidaridad. El capitalismo promueve un debilitamiento de las relaciones sociales y contribuye a la fragmentación de los sentimientos de igualdad y de responsabilidad colectiva que las acompañan. La intervención social neoliberal genera acciones rigurosamente circunscritas al tratamiento casuístico de los problemas. Es así que el Banco Mundial promueve una red Fondos Sociales para estimular la "reorganización del vínculo Estado - sociedad" desde la acción privada del mercado con agencias que mercantilmente compiten entre sí (Harvey, 2007).

Freitas (1996) muestra que esta preocupación se ha planteado en otras ocasiones por la psicología. Según la autora, actualmente se ha generado una pobreza, una miseria y un hambre mucho más cruel e inhumano, que debilita y destruye las formas básicas de convivencia humana y la solidaridad. No obstante las experiencias de solidaridad como es posible apreciar en Lota, hay pocos estudios que dirijan su atención a la comprensión de lo que se califica como "convivencia solidaria no dirigida" (Garcés, 2002).

En este contexto es donde la práctica de la psicología en la comunidad, debe ser discutida de modo que favorezca a la construcción de identidad, memoria colectiva y al desarrollo de una conciencia crítica de las personas en su vida cotidiana. En el caso de Lota, como comuna con múltiples

dificultades sociales, se ejerce la preocupación y el cuidado por el otro en forma recurrente. De acuerdo con Singer (2002) y Coraggio (2011) esto remite al supuesto que detrás de un modo de vida precaria, la organización popular expresa la cooperación en prácticas de solidaridad como una actitud que impregna la vida cotidiana de la comunidad, la cual podría ser también la base de un trabajo más complejo como es el autogestionado.

En esta investigación, no profundizaré en el estudio de los diversos factores que disgregan las relaciones humanas y sociales, pero si esbozaré un análisis de los aspectos que los sostienen y refuerzan dentro de una comunidad. Es decir, como señala Krause (2011), los motivos que mantienen a la gente solidariamente integrada y resistente a la cultura del individualismo, puesto que sabemos poco de los saberes y prácticas en organizaciones populares (Cordero y Rocca, 2007).

Según Spink (2004) la capacidad de organización siempre existe en una comunidad, independientemente de la intervención de agentes externos. Para el autor, uno de los problemas de la psicología tradicional es no reconocer esta capacidad, ni entender de más cerca cómo la gente suele hacer las cosas. El autor sugiere que hay que abandonar las ideas de imponer lo que es "auténtico" o "correcto". Otros autores como Wiesenfeld (1998), Arrieta y Garita (2012), afirman que se debe considerar la existencia de todas las potencialidades endógenas de un barrio y en ello la psicología comunitaria en América Latina ha dirigido mucho su atención. De acuerdo con Wiesenfeld (1998), estos acercamientos no pretenden idealizar el barrio, sino reconocer que ahí existen valiosos recursos y capacidades que a través de la lucha logren alcanzar sus derechos. Estas prácticas de solidaridad entre vecinos de un barrio sin duda son un insumo que las comunidades poseen para auto-organizarse y tal como indican las teorías de los movimientos sociales, pueden ser un factor importante para la acción y la lucha en la esfera política (Gohn, 1997; Salazar, 1999, 2001).

Según Gohn (1997) la mayoría de los "nuevos movimientos sociales" cubren dimensiones subjetivas de la acción social, relativas a los sistemas de valores de grupos sociales, no comprensibles para explicaciones macro-objetivas. La cuestión de necesidades económicas y la amalgama de las acciones que se producen en este plano, son de orden subjetivo, expresado por sentimientos y acciones de solidaridad, construidas sobre un proceso histórico de lucha, en la que la experiencia del grupo es un factor fundamental al compartir los mismos valores.

Wiesenfeld (1998) también apunta a que hay un vacío en el conocimiento de los "barrios populares", que suelen describirse en términos de características físico-estructurales a partir de datos socio-demográficos de sus habitantes y no se tiene en cuenta la dinámica de su vida cotidiana. Se hace necesario conocer la dimensión humana y social del barrio, con énfasis en los modos de vida cotidianos, que busque conocer, a partir de los habitantes, su propia realidad.

Otra mirada en el mismo sentido es la de Cunill (2002) quien en su estudio sobre la "reconceptualización de ciudadanía y participación", advierte que la ciudadanía siempre aparece como algo que debe ser dado a la comunidad popular, lo cual invalida la imagen de los pobladores, porque aparecen como personas que deben ser llevadas a "la civilización", cuyos estilos de vida no tienen nada que puedan contribuir a la sociedad. Según el autor, esto revela una concepción sobre los pobres que enfatiza la carencia, viéndolos como inferiores y potencialmente desmedrados o incluso delincuentes. Al trabajar en barrios pobres Cunill (2002) observó que sus espacios representaban un proyecto más humano de ciudad. Un ejemplo es la alta sociabilidad que acompaña la vida cotidiana del barrio, donde casi todos los vecinos practicaban la solidaridad en tiempos de dificultades. En contraposición a la mirada economicista que se aplica a las comunidades pobres, Cunill (2002) pregunta:

> ¿Por qué insistir en definirlas siempre en forma negativa? ¿Por qué no se refieren a ellas como comunidades de alta sociabilidad? La barriada tiene mucho que decir a la ciudad, sólo basta tener apertura intelectual y emocional para percibir esto (Cunill, 2002, p. 42).

Al igual que Wiesenfeld (1998) y Spink (2004) comparto la idea que existe riqueza en las experiencias cotidianas de la comunidad. Es asombrosa la capacidad que las clases populares demuestran a diario, puesto que son capaces de resistir y persistir, haciendo de la vida un arte marcado por las culturas y prácticas diversas, que comparten con dignidad y solidaridad. En relación a ello y según Alfaro (2000), la cultura se constituye como un conjunto de procesos psicosociales importantes, con prácticas específicas para determinadas poblaciones y significados compartidos entre sus integrantes. El autor señala, desde una revisión de la literatura de la psicología social comunitaria, que las categorías de la "conciencia y la cultura" son por lo general, focos de estudios y de intervenciones.

Por lo anterior y como forma de problematización me atrevería a señalar que la psicología comunitaria también forma parte de la alianza *Estado - política pública - actores sociales,* puesto que en las últimas décadas se ha planteado como única la reflexión en torno a la producción de "sujetos de derecho" o producción de "sujetos tutelados funcionales" en relación a determinada política social. En ese sentido, en ocasiones se ha trabajado con una psicología comunitaria que en sus planteamientos ha pasado por alto la memoria colectiva y subjetividad popular, desplegando un saber técnico que construye a los sujetos como carentes de la historicidad que tanto sustento entrega a las prácticas de solidaridad. Así parece promoverse desde el Estado una acción vertical que da mayor énfasis a la alianza entre organizaciones, personas y mercado como una condición necesaria para la lucha contra la pobreza (Arriagada y Mathivet, 2007). Es necesario poner en

cuestión las definiciones de problema social y comunidades pobres, que son por tanto, históricas y contextualmente situadas, en el entendido que son construcciones momentáneas y dinámicas. Las construcciones que configuran ciertas prácticas sociales como problemas, tienen efectos de verdad para otras nuevas concepciones y prácticas sociales (Ibáñez, 2002). Esto ayuda a entender la forma en que determinadas prácticas disciplinarias en distintos contextos y sostenidas por redes de prácticas y discursos, se combinan con las tecnologías del conocimiento.

Arriagada y Mathivet (2007), consideran que las comunidades se mueven entre esta promoción de relaciones que hace el Estado entre los grupos, las personas y el mercado, como requisito indispensable para la superación de la pobreza. Es necesario, sin embargo, problematizar los procesos de intervención externos, caracterizados por el corte neoliberal que destruye las prácticas organizativas locales. No es casualidad que muchos de los programas de intervención en Chile se afiancen en las supuestas ventajas de los emprendimientos individuales y en la radicalización del individualismo. Señala Beck (2001) que ya no nos orientan hacia la sociedad, sino que nos sitúan como individuos al centro de toda iniciativa y acción sin cuestionar el orden social. Nos fuerzan a construir una biografía individual, a elegir dentro de un entorno cambiante e inestable, a prescindir de los marcos colectivos de referencia y enraizamiento puesto que nos retrasan en los objetivos personales (Beck, 2001). Para el caso de Chile y sus políticas públicas, las condiciones que permitieron llegar a esta forma de "solidaridad dirigida", tienen relación con el desafío de sustentabilidad de las políticas orientadas al mercado y por el respaldo que han tenido este tipo de ideas dentro del debate académico sobre participación y pobreza (Arrieta y Garita, 2012).

En comunidades similares a Lota es una resistencia a los programas la que asoma como una eclosión de sinergia local de resistencia o difracción, permitiendo que los objetivos aparezcan proyectados en una dirección

distinta a la planificada, con formas organizativas generalmente anárquicas porque construyen sus estructuras no en torno a rutinas, sino más bien en acciones directas. Se trata de redes intersubjetivas sin integrantes fijos, ni reglas rígidas de organización.

La sinergia local, llamada también *capital social*, además de ser el gran descubrimiento político del postfordismo, se ha mostrado como un factor sociocultural de difícil producción o reproducción en el corto plazo. No se puede enseñar desde arriba ni construir por decreto, puesto que la sinergia local es un capital comunitario, autoproducido por un grupo o una comunidad local; un "potencial" acumulado por sus propias acciones y experiencias o como señala Castells, 1997 (en Salazar, 2008, p. 7), "una fuerza de identidad que pervive a toda exterioridad". Se trata, por tanto, de redes intersubjetivas, en ocasiones esquivas y enmarañadas, generadoras de estrategias y repertorios diversos para relacionarse con el Estado.

7.3.1.1 Capital social

El término *capital social* lo han abordado diferentes autores, pero fue el sociólogo James Coleman a principios de los noventa del siglo pasado quien se convirtió en el referente actual para el debate acerca de los efectos de la participación y la cooperación en los procesos de desarrollo. Coleman es citado por Putnam (2000) en su discusión sobre el capital social. Este concepto se ha utilizado con frecuencia en el debate sobre las políticas de lucha contra la pobreza y como un medio de poner de relieve la necesidad de un nuevo paradigma de desarrollo que combine objetivos económicos y sociales, el fortalecimiento de los lazos sociales y la estabilidad de instituciones democráticas (Raczynski y Serrano, 2003).

El término fue popularizado tras la publicación de la obra de Putnam (2000) a principios de los noventa en Italia, para analizar las condiciones que determinaban el éxito o fracaso de la aplicación de sus gobiernos

regionales. Putnam (2000) concluyó que en aquellos lugares donde hubo una gradual acumulación de capital social, el cambio institucional fue exitoso. Tocqueville (2002) acepta que el dinamismo cívico es la premisa de progreso económico y estabilidad política. Es importante recordar que el Banco Mundial (2008) en medio de sus reformulaciones del concepto de pobreza, contribuyó para que el capital social se tornase una referencia en la discusión académica, e invirtió recursos en investigación para analizar el potencial de los pobres en procesos de desarrollo (Sunkel, 2003).

Desde esta perspectiva, la *cultura* aparece en el debate como una dimensión a ser valorada en proyectos de desarrollo, porque es a partir de ella desde donde se generan los valores sedimentarios, es decir, los valores de los lazos de reciprocidad que propician la promoción de la productividad y la estabilidad política. Esta particular manera de centrarse en el papel de la cultura, ha ganado un espacio en el campo intelectual.

Es significativo que Evans (1996) y Putnam (2000) aunque con intereses analíticos diferentes, utilicen perspectivas similares para reflexionar sobre el papel de la cultura contemporánea. Según algunos análisis, si las cuestiones que están involucradas con reflexiones sobre capital social, como la combinación de democracia política y prosperidad económica vienen de larga data, la característica peculiar del concepto está en el hecho de valorizar, más explícitamente, las relaciones entre los distintos órganos institucionales como medio de abordar esos problemas.

En el concepto de capital social, están las ideas de sinergia, cooperación, asociaciones o alianzas estratégicas, permitiendo el análisis que abordan las diferentes lógicas de Estado, mercado y sociedad civil. Y en este sentido, el mercado y la sociedad civil no aparecen como antagonistas, sino como alianzas con lógicas complementarias. Esta complementariedad suele aparecer en las preocupaciones respecto a la eficacia y eficiencia de los

programas sociales (Tomassini, 1998; Hardy, 2004; Krause, 2011; PNUD, 2012).

Sin embargo, Drake (1999), observa que junto con proporcionar eficacia a las acciones de programas sociales específicos, las asociaciones o alianzas estratégicas aumentan el capital social, promoviendo un clima político y cultural para el surgimiento de nuevos tipos de pactos sociales. En esta línea de argumentación, capital social y las asociaciones que surgen de ella, estarían limitadas a ofrecer nuevos instrumentos y técnicas de gestión social, pero con valores contrapuestos a los que son promovidos en la actualidad por la lógica del Estado y del mercado.

Es preciso problematizar, la manera en que el poder y la política son excluidos de las elaboraciones que fundamentan las ideas de capital social y del tercer sector y principalmente indicar las implicaciones y los efectos políticos que discurren de aquellas exclusiones. Considero pertinente traer algunas consideraciones que Mouffe (1999) ofrece para pensar el lugar que debe ocupar el poder en una política democrática. Para Mouffe las relaciones de poder son constitutivas de lo social y en ese sentido, todo consenso por más democrático que se pretenda, siempre resultará de una estabilización del poder, de una hegemonía que vincula irremediablemente, alguna forma de exclusión.

En esa concepción, no se acepta la tesis que mientras más democrática sea una sociedad menos poder en ella existe, sino lo opuesto: una sociedad es considerada tanto o más democrática cuando constituye formas de poderes compatibles con los valores democráticos (Mouffe, 1999). Esto implica admitir que en una democracia, el consenso construido esencial en cualquier orden político, debe estar abierto a las voces disidentes. Lo que está en juego es que la democracia cuanto más plena sea, más anclada está en una cultura que valore la disidencia y las instituciones que permiten su emergencia y su negociación en la esfera pública. Lo que hay de importante en estas

reflexiones es que nos invitan a "desconfiar" de aquellos consensos sedimentados que pasando a tener eficacia simbólica, transforman lo que es resultado de construcciones políticas en objetividades siempre permeadas por actos de poder.

Para el caso de las comunidades y su particular forma de enfrentar el poder externo de las políticas públicas, Arriagada (2003) indica que al mismo tiempo que existe la tensión entre la comunidad autoorganizada y un Estado que hace invisible esa acción, igualmente se ha generado una especie de consenso sobre la necesidad de recuperar la capacidad activa, en clave de *capital social*, de sectores pobres y vulnerables como principios rectores de las políticas públicas, pero que al mismo tiempo cumplan con los objetivos de las políticas neoliberales, especialmente con las propuestas que promueven los desafíos de garantizar condiciones de sustentabilidad:

> Las políticas públicas basan su existencia en la intervención promovida desde los poderes públicos sobre un área determinada de lo social. Para ello, lo social debe recortarse de manera que sea posible su intervención, deben identificarse aquellos factores que participan del problema, y al identificarlos, enmarcarlos en una esfera de sentido, atribuir responsabilidades a aquellos agentes y factores considerados como causantes del problema, dotándolas de fidelidad narrativa, y señalar aquellas poblaciones que serán objetivo prioritario de intervención. La definición del problema es denotativa y formativa: la política en su formulación no identifica únicamente un problema, sino que lo construye a partir del qué, el cómo y el porqué se define algo como

problema. No es lo mismo definir la estructura social de un barrio desfavorecido en términos de marginalidad y desviación social que hacerlo en términos de pobreza o exclusión (Bonet, 2011, p. 33).

7.3.1.2 Políticas de Estado en transformación

La formulación de principios que guiaron una *primera generación* de reformas orientadas al mercado, estuvo enmarcada en el debate sobre la "crisis de gobernabilidad del Estado en América Latina" desde mediados de los setenta del siglo pasado, con argumentos esgrimidos por científicos sociales de la época que identificaron como problema principal los excesos de la participación y de la explosión de demandas dirigidas al Estado, que causaban crisis en el "frágil" sistema político latinoamericano (Alcántara, 1995; Matthews, 2001).

A este respecto, Velasco y Cruz (2004) subrayan que en un informe de los años ochenta ya se anunciaban los ejes de la *segunda generación* de reformas, con nuevas demandas en relación a la función reguladora del Estado para responder a capacidad regulatoria, creación de dispositivos legales reforzadores de disciplina fiscal, incentivos a la profesionalización de la administración pública, cambios en el sistema judicial y fortalecimiento de la sociedad civil, lo cual fue apreciado entre las organizaciones sociales. Se acentuaba entonces la brecha entre estas dos posiciones, una que criticaba el intervencionismo estatal que fue el sello distintivo de la primera ola de reformas, y otra que rescataba la importancia del respaldo político estatal y social en un proyecto de desarrollo, cuyas propuestas trabajaban las cuestiones de legitimidad, participación y pluralismo. En este sentido existía una preocupación por los efectos desestabilizadores de las políticas de desregulación y ajuste fiscal, entendiendo que las políticas económicas no podían desconocer las dinámicas sociales que desencadenan este tipo de

ajustes y que el principio del mercado no debía anular el papel regulador que los Estados pueden desempeñar (Alcántara, 1995).

Si bien, como dice Baylis (2001) las propuestas de los años ochenta para el área social se resumían en recortar gastos, deshabilitar programas y reducir el papel del Estado, desde los años 90 la agenda pasó a enfatizar la necesidad de invertir en recursos humanos y por ende, en fortalecer las políticas sociales como educación y salud, admitidas por el Estado como elementos integrales de la sostenibilidad del crecimiento económico. El énfasis parece revertir las tesis sobre la reducción del papel del Estado que se había mantenido hasta entonces. Las fuerzas que impulsaron las reformas orientadas al mercado durante este período, se presentaron como parte de un nuevo modelo de desarrollo que proponía un equilibrio entre Estado, mercado y sociedad civil (Oppenheim, 2007; Mideplan, 2009).

Pereira (1998) afirma que estos cambios representan la nueva hegemonía internacional conquistada por las fuerzas de origen socialdemócrata de centro-izquierda o social-liberal, que adoptaron las propuestas más pragmáticas, obedeciendo a los fundamentos macroeconómicos y adoptando las reformas orientadas al mercado. Al mismo tiempo, fueron asumiendo las lagunas y deficiencias de esas propuestas para garantizar el desarrollo y la paz social. De esa manera, se planteó la reconstrucción del Estado para que pudiese complementar y corregir las fallas del mercado, pero manteniendo un perfil de intervención más bajo que el inicial. La centroderecha pragmática y las élites internacionales, luego de un breve período de incertidumbre, percibieron que esa línea de acción era correcta y adoptaron la tesis de la reforma o de la reconstrucción del Estado, que se transformó en el lema del decenio de los noventa, apelando a políticas públicas de ajuste estructural (CEPAL 1995; Drake, 1999), pudiendo implicar a otros agentes públicos y privados para su abordaje. No obstante, a menudo estas soluciones son presentadas bajo un manto de racionalidad

tecnocrática que encubre asépticamente algunos conflictos subyacentes (Bonet, 2011).

El caso de Chile fue emblemático en la aplicación de esa primera ola de reformas neoliberales. Según Delamaza (2005) con la reactivación de las políticas sociales en los años noventa, en los sectores educación y salud fue posible aumentar el gasto público en contraposición a la orientación antiestatista de los setenta y ochenta. Sin embargo, esto no se tradujo en la recuperación del principio de universalización de esas políticas, sino en el refinamiento del principio de focalización como señala Roberts (2001, p. 14):

Los pobres son miembros de la sociedad, pero la ayuda que reciben del Estado no es otorgada para asegurar su igualdad como ciudadanos, sino para mantener el tejido social. La ayuda que reciben los categoriza como dependientes y puede contribuir a su aislamiento social.

Raczynski (2008) advierte que este fue el contexto que dio pie a las acciones formuladas hacia los llamados "nuevos grupos prioritarios". En términos institucionales, le dio continuidad a un modelo de ejecución de programas en el cual, el poder público entra como financista de proyectos y las organizaciones sociales, como sus ejecutores. Otro sello importante de esta generación de reformas (Alcántara, 1995) implicó privatizar servicios públicos y transferir servicios sociales para la sociedad civil, en la idea de garantizar la sustentabilidad de políticas de ajuste, que buscaban equilibrar los niveles de pobreza y favorecer un clima para la implementación de un conjunto amplio de reformas en la administración pública (Garretón, 2002; French-Davis, 2003).

De ese modo, la política encubierta del Estado mínimo dio paso a las asociaciones entre el sector público y privado, cada vez con más dedicación, como únicas estrategias de afrontamiento de los problemas sociales. El cambio provocó la reversión de los fundamentos que han guiado la primera

ola de reformas, aunque traducido en el nuevo consenso para garantizar las condiciones de aplicación en el marco de la sostenibilidad de las políticas de ajuste. La transferencia de las responsabilidades de la sociedad civil al mercado se presentó como una nueva propuesta de desarrollo y con el rol del Banco Mundial, pasó a ser utilizada la idea de *gobernanza*, para expresar los desafíos involucrados con esa propuesta (Morales, 1992; Oppenheim, 2007).

7.3.1.3 Gobernanza

El concepto de gobernanza según Oppenheim (2007) estableció los requisitos sociales, organizativos y políticos necesarios para asegurar la eficacia de las políticas de Estado. Dentro de las fuerzas comprometidas con políticas orientadas al mercado, la idea de gobernanza se tradujo como la capacidad gubernamental para superar resistencias políticas y llevar adelante las reformas que se consideran esenciales, justas y meritorias, siendo para el Banco Mundial casi como un sinónimo de democracia (Tomassini, 1998; CEPAL, 2007).

Así la idea de *participación*, antes vista como un problema, fue incorporada en las agendas de los organismos internacionales como un principio a ser incentivado y valorado, donde las iniciativas fueron creadas para fomentar la participación de la sociedad en programas sociales, siendo incluidas como un prerrequisito para la aprobación de proyectos. El Banco de Desarrollo Interamericano (BID, 1995) fundó un programa denominado *Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo,* cuyo objetivo era involucrar a universidades, gobiernos y organizaciones sociales de América Latina, en la discusión de temas sobre dimensiones éticas de la gestión económica y desarrollo.

Del mismo modo, se organizaron seminarios y eventos de diverso tipo para discutir los temas que conformaron lo que se ha denominado como "desarrollo ético", que busca incluir la participación y la lucha contra la

pobreza en proyectos de desarrollo. En estos términos llegó a valorarse la idea de un crecimiento ético y productivo, que movilizara las energías de la gente en razón de las directrices de la política económica (Kliksberg, 2002). Dicha cooperación llega a ser un potencial de control y reducción de los problemas sociales y se estableció para promover un entorno propicio para la productividad y la eficiencia económica, donde las comunidades fuertes, autónomas, empoderadas y participativas se considerarían como prerrequisito para las economías *saludables.* Fue así como también se comenzó a difundir el concepto de *empowerment.*

7.3.1.4 Empowerment

De acuerdo con Posner (2008) en esta perspectiva de desarrollo que se estaba fundando, muchos documentos del Banco Mundial pasaron a enfocar el desarrollo como un proceso basado en la interacción de múltiples instituciones y agentes, cuyo presupuesto dependería de cuatro tipos de capitales. *El primero,* relativo al universo de recursos productivos disponibles en la naturaleza; *el segundo,* al conjunto de recursos creados por los seres humanos, conformando la infraestructura que sustenta la economía; *el tercero,* se traduciría por el infinito potencial de habilidades y capacidades que pueden desarrollar los individuos; *y el cuarto,* sería el capital social, expresado por su capacidad de movilización y participación social en forma de redes, propiciando una mayor convergencia de esfuerzos hacia el logro de objetivos comunes.

En relación a este último, las modalidades participativas promovidas y exaltadas por los organismos internacionales pasaron a ser el voluntariado, el compromiso de los empresarios en acciones sociales y la movilización y organización de la población pobre en el sentido de su *empowerment* (Narayan, 2002; CEPAL, 2007). En tal sentido, el propio concepto de pobreza utilizado por el Banco Mundial fue reformulado. En su informe 2000-2001 el tema de la pobreza fue retomado y se buscó analizar las

experiencias acumuladas de los noventa y proponer nuevas estrategias para combatirla.

En ese documento la pobreza es conceptuada de un modo diferente al informe de 1990 que evaluaba la pobreza por ingresos, priorizando el lado monetario, mientras que el informe 2000-2001 la define como un fenómeno multifacético, consecuencia de múltiples privaciones generadas por procesos económicos, políticos y sociales que se relacionan entre sí. Así, además de la forma monetaria de pobreza, se le considera como carente de capacidades, acompañada de la vulnerabilidad del individuo y de su exposición al riesgo (Ugá, 2004; CEPAL, 2007; Banco Mundial, 2008). A partir de esas reformulaciones, el Banco Mundial pasó a recomendar estrategias de combate a la pobreza basadas en la expansión de las capacidades humanas de las personas pobres para que ellas pudieran integrarse en la sociedad *y en el mercado* de forma autónoma, sin necesitar de una intervención más amplia o continua del Estado.

Se puede observar que en medio de los desafíos de garantizar sustentabilidad a las políticas de ajuste, tanto las directrices que se establecieron desde las instituciones internacionales, como las propuestas del capital nativo comprometido con esas políticas, convergieron en un único movimiento: presentar la deconstrucción de los derechos, la individualización de responsabilidades en los costes de protección y la transferencia de servicios sociales y de protección a la sociedad civil y para el mercado, como partes de un nuevo modelo de desarrollo participativo, en el que las responsabilidades para su construcción y mantención serían compartidas a partir de un equilibrio entre Estado, mercado y sociedad civil (BID, 1995).

En esta perspectiva, se exalta la capacidad individual de las personas para asumir sus responsabilidades en relación a las condiciones de precariedad experimentada y los riesgos a los que están sometidas durante

su trayectoria de vida. Sin embargo, en esa definición de promover la capacidad activa de las personas vulnerables como condición fundamental para la lucha contra la pobreza, subyacen disímiles planteamientos políticos y propuestas de intervención social.

Por ejemplo, la noción de *empowerment* del Banco Mundial (1995) que puntualiza de forma general el empoderamiento de comunidades e individuos vulnerables o pobres como estrategia de intervención para superar sus condiciones, puede por una parte, recibir un tratamiento estrictamente instrumental, encaminado a dotar de herramientas que les permitan sobrevivir en un orden competitivo sin tener que demandar servicios públicos y protección social, y por otra, puede integrar proyectos que busquen transformar a las personas y sus comunidades en sujetos políticos capaces de ofrecer resistencias y alternativas a ese mismo orden. Es bajo esa última perspectiva que el uso de esa noción por el Banco Mundial, con contenido instrumental, es resistido por las organizaciones vecinales y sociales (Cáceres, 2003; Raczynski, 2008).

Así mismo, tanto el principio de *participación* como el principio de recuperación de la capacidad activa de las personas pobres o vulnerables, conforman un terreno en el que se han venido desarrollando las disputas políticas que encierran los cambios instrumentales de las políticas sociales. La existencia de este terreno con aparente consenso, orientado supuestamente al "bien común" podría estar ocultando otras intenciones de políticas que sustentan conceptos relacionados al tercer sector y al capital social, cuyos efectos políticos contribuirían a circunscribir los debates en un discurso participativo, sintonizado con los desafíos formulados desde la segunda oleada de reformas neoliberales (Arriagada, 2003, Arriagada y Mathivet, 2007, CEPAL 2007).

7.4 Desplazamientos en los conceptos de capital social, gobernanza, participación y empoderamiento

En este punto es posible observar, que generalmente el bien común y los fines públicos son formulados en el registro de las ideas del tercer sector, aceptándose de una forma naturalizada, como si ella contuviera una esencia prepolítica, o como si aquello que se define por *bien común* no fuera fruto de hegemonías provisionales que, resultantes de luchas políticas, expresan las tensiones presentes en un determinado contexto y tiempo histórico.

De la misma forma, bajo la referencia del capital social, las ideas de sinergias, confianza y cooperación sustentan enunciados en los cuales la democracia, la estabilidad política, la inclusión social, la productividad y la prosperidad económica figuran como objetivos políticamente neutros, como si sus contenidos no conformaran terrenos de divergencia y conflicto. En ese registro, aquellos objetivos aparecen elaborados como si estuvieran por encima y al margen de intereses y proyectos políticos que cruzan de forma transversal la sociedad (Barrientos y Santibáñez, 2009). En el ámbito de la intervención, los movimientos de pobladores son oscurecidos y los actores principales pasan a ser aquellos que no interpelan la forma en que el poder se distribuye en la formulación de las políticas.

En síntesis, aunque pudiendo ser usadas por orientaciones teóricas y políticas diversas y asumir énfasis variados, la presencia de las referencias al capital social en el debate académico y político han producido efectos comunes en las políticas sociales que promueven principios orientados a un tipo de "participación solidaria dirigida" reconociendo y explotando la capacidad activa en los sectores pobres y vulnerables que están íntimamente sintonizados con las políticas neoliberales (Roberts, 2001; Hardy, 2004; PNUD, 2012). El capital social, convergiendo en sus efectos y significados políticos, constituye un principio integrante de un mismo marco discursivo que confiere otro escenario para el debate acerca de la cuestión social (Campero, 1998; Boltvinik, 2005).

En ese marco, las asociaciones entre el Estado y la sociedad civil emergen como una nueva esfera pública que da origen a pactos descentrados y flexibles que por medio de una red de relaciones, activan vínculos sociales desvanecidos y corroídos por la burocratización estatal, pero en la lógica del mercado. A partir de ello se reformula una determinada visión de mundo tripartito que ofreciendo un encuadre global para la realidad, ordena el conjunto heterogéneo y multifacético de las relaciones y de las experiencias sociales y es en ella donde se fragua la transformación o el desplazamiento desde el sujeto activo y portador de derechos, al sujeto pasivo y en riesgo de exclusión social permanente, como principio desde la cual la sociedad debe organizarse (Delamaza, 2005; Bengoa, 2007).

La "participación solidaria dirigida" ha promovido desplazamientos importantes: el sujeto portador de derechos da lugar al sujeto cuyas potencialidades necesitan ser desarrolladas y la posición digna de asalariado cede espacio a la posición digna del emprendedor. Tales cambios han acompañado el proceso de sustitución de las políticas de integración por las políticas de inserción, con una legitimidad que desmorona la integración y la vida en común.

Esta problemática fue formulada mediante el reconocimiento que los pobladores estando inscritos en los circuitos más amplios de intercambios colectivos, podían demandar su reconocimiento como un participante igual y legítimo del contrato social (Castel, 2004). Sin embargo, bajo las exigencias del mercado, extensas capas de pobladores pierden su oportunidad de participar de aquellos cambios, es decir, no logran ser integrados a la dinámicas centrales que los rigen y constituyen. La participación solidaria dirigida, aparece así como la oportunidad de una determinada medida de igualdad, como por ejemplo, cuando los objetivos de cobertura de un programa social, en los límites de tiempo de implementación, permitirían a

todos aparecer como “participantes iguales y “legítimos” del contrato social (Raczynski, 2008).

Considero importante reflexionar sobre el papel que ha jugado la psicología comunitaria en la implementación de este tipo de políticas sociales, en lo que llamaré “intervención social neoliberal”, porque son estas cuestiones enmarcadas en estrategias de intervención las que han terminado por socavar las pretensiones de validez de los movimientos de pobladores o de vecinos. Desde esta perspectiva, es posible analizar los efectos de las alianzas entre políticas sociales y algunas teorías con influencia en las orientaciones de la política social, ya sea orientada en la promoción de sujetos de derechos, o en la producción de beneficiarios dirigidos y tutelados.

7.5 Las psicologías que han acompañado a las políticas sociales

Spink (2003) pone de relieve a la psicología social como un campo ampliado de actuación del psicólogo en las instituciones públicas. Este campo ampliado se caracterizaría por el contexto histórico y social de las intervenciones de estas instituciones y la inclusión de la perspectiva colectiva, el compromiso con los derechos sociales y la construcción de ciudadanía. De esta manera se persiste en la búsqueda de una comprensión psicológica del proceso de intervención, con el objetivo de no formular leyes causales, entendiéndolas como históricamente construidas. El supuesto que subyace es una psicología social que privilegia el proceso de producción de conocimiento y la construcción de las intervenciones a partir de las prácticas sociales, los procesos interactivos y la cultura. En tal sentido, cualquier comprensión del proceso de intervención debería analizarse a partir de un contexto. Recuerda Spink (2003) que este paradigma emergió como resultado del cambio de paradigma científico - profesional iniciado en América Latina, se centra en la búsqueda y construcción de una psicología que permita ayudar a las personas a entender su realidad y liberarse de las

restricciones que impone su estructura social tal como lo indica Martín - Baró (1998).

Para Martín - Baró (1998) esta orientación lleva hacia la liberación de las estructuras sociales, en lo que después se conoció como *psicología social de la liberación* en América Latina, que ayudó al fortalecimiento de los movimientos populares. Entre sus objetivos estaban la recuperación de la memoria histórica de pueblos, colectividades y comunidades, la potenciación de las virtudes populares, el estudio sistemático de las formas de conciencia popular, la desideologización de la experiencia cotidiana y el análisis de las organizaciones populares como instrumentos de liberación. La construcción de este paradigma, como nueva búsqueda de psicología social, se nutre de los que Martín - Baró (1998) propuso como realismo crítico, que consiste en una postura metodológica, epistemológica y política, fruto de la crítica al "idealismo metodológico imperante" en los paradigmas dominantes de la ciencia psicológica. El autor rechazaba la neutralidad de la ciencia psicológica, pues consideraba que los valores siempre estaban por detrás del desarrollo de las disciplinas científicas (Martín - Baró, 1998).

Según Martín - Baró (1998) la psicología social dominante tiene una vinculación ideológica con los centros de poder que en función de sus intereses, determinan las cuestiones que deben investigarse. Estas cuestiones por lo general no están en sintonía con los intereses de la mayoría de la sociedad, sino con las minorías desfavorecidas. El idealismo metodológico aparece aquí como la tendencia de la ciencia social para convertirse en sostenedora de valores que no ha elegido. Otra característica del idealismo metodológico es la actitud que lleva al científico a dar prioridad a la teoría frente a la realidad social a la hora de definir los problemas a ser estudiados, porque al hacerlo "el científico social pierde toda visión crítica respecto a la teoría elegida: el problema real al que se acercó queda reducido a los términos en los que la misma teoría lo explica" (Portillo, 2005, p. 452).

Ideológicamente, este modelo metodológico parte de una concepción fatalista y ahistórica de la acción humana, que fundamenta la sumisión y la adaptación al sistema social y político hegemónico. Por el contrario, si el científico adopta un claro compromiso con determinados valores en el proceso de elección y desarrollo de determinada perspectiva teórica, se hacen más explícitos las limitaciones y el potencial de su enfoque, así lo indica Martín-Baró (1998):

> Lo que faltan no son los conceptos de la psicología, sino el momento dialéctico de su vinculación; lo que termina por distorsionar la visión de la realidad no es la teoría que se aplica sino el objeto al que se pretende aplicar (...) A los psicólogos latinoamericanos nos hace falta un buen baño de realidad, pero de esa misma realidad que agobia y angustia a las mayorías populares (Martín-Baró, 1998, p. 314).

Al contraponer el "realismo crítico" al "idealismo metodológico" opera la inversión marxista del proceso de construcción del conocimiento, donde no son los conceptos los que convocan la realidad, sino que es la realidad la que genera los conceptos. No son las teorías las que definen la realidad social, pero esa realidad exige teorización y producción de conocimiento (Martín-Baró, 1998). Es necesario dentro de esa perspectiva, un posicionamiento ético-político claro que refiere a la asunción de un compromiso con una ética de la liberación dentro de la praxis científica. Para Martín - Baró (1998) tenemos que luchar contra las prácticas alienadas y descontextualizadas construidas a partir de aportes teórico-metodológicos importados acríticamente de realidades diferentes basadas en sujetos que se tornan abstractos en nuestras realidades. Por contraposición, deberíamos construir

un modelo para interpretar y actuar en sintonía con el movimiento de construcción histórico-cultural de los pueblos latinoamericanos.

La psicología social en América Latina inspirada en la *teoría de la liberación* se caracterizó por situar el énfasis en el carácter histórico de la psicología, trabajar con la realidad social, combatir el objetivismo con base en las ciencias naturales, reconocer el carácter activo de los seres humanos como productores de la historia, incluir en el estudio psicológico el punto de vista de los oprimidos y considerarles sujetos epistémicos, considerar al conflicto como parte de la acción humana, reconocer la importancia de la ideología como un fenómeno psicológico, incorporar una concepción dinámica y dialéctica de los seres humanos, fomentar la autonomía y la emancipación social, incluir la relación entre individuos y vida cotidiana, comprender el rol del lenguaje en la construcción social y rechazar la noción de progreso científico (Montero, 1994).

Así también la psicología comunitaria que nace en América Latina es partícipe de la construcción dialéctica de esa perspectiva metodológica y epistemológica de las ciencias sociales y humanas, que cuestiona las concepciones de sujeto y de mundo vigentes y se preocupa con la construcción de métodos que impulsen un hacer científico de relevancia social genuina para las mayorías populares. Siguiendo esa perspectiva política y epistemológica, el término "liberación" gana relevancia. La liberación se constituye como un proceso histórico y colectivo necesario dentro de la realidad latinoamericana que nace de la autodenomización de los sujetos, del rescate y fomento de las virtudes populares, así como del proceso de concientización individual - grupal y el fortalecimiento de los grupos (Martín - Baró, 1998), un proceso principalmente colectivo en la búsqueda de una vida más digna.

En ese proceso de liberación, hay una transformación dialéctica de las condiciones sociales de explotación, miseria económica y opresión política en

las cuales están insertadas las organizaciones populares. La liberación por tanto, inspira la construcción de un nuevo mundo posible y necesario, en una sociedad donde la participación activa construye nuevos sujetos, situando como objetivos la justicia social, el respeto y el compromiso con la vida.

Gois (2008) señala que esta *praxis* busca que seamos pueblos libres y construir así una sociedad de personas libres. En este contexto se instala la idea de participación comunitaria, en la búsqueda de fortalecer la organización como instrumento de transformación social democrática y por tanto, es preciso conocer bien la realidad de la comunidad. Gois (2008) añade que es necesaria una ciencia situada en la realidad: "toda ciencia social y humana, al bucear en el drama de los pueblos colonizados y explotados, se rehace como ciencia liberadora" (Gois, 2008, p. 24).

Partiendo de esas ideas, la psicología tiene responsabilidades y compromisos con el mejoramiento de la calidad de vida de las personas, tal como lo enfatizaba Martín - Baró (1998) en relación a que la psicología debe constituirse como una ciencia situada en la realidad histórica y comprometida con las mayorías populares, contribuyendo con una praxis científica y profesional que busque la desnaturalización del proceso de producción social de la pobreza. En ese contexto, la psicología se transforma. Contra los análisis reduccionistas se presenta la perspectiva dialéctica, donde la estructura psicológica se plantea en una íntima relación dialéctica con la estructura histórico – cultural. Contra el modelo de explicación de la conducta, se contrapone la comprensión de la acción como conducta dotada de significado y sentido, que se conecta con las estructuras sociales de significado. Aquí el significado es concebido como ideológicamente condicionado, donde la legitimación de un orden social también se da por las estructuras de significados socialmente compartidos (Ibáñez, 2005).

A partir de estas aproximaciones, es posible explorar los procesos de ajuste y resistencia del tejido social comunitario, la configuración de la red social y la producción de sus ciclos de desarrollo y crisis como comunidad de pobladores, entendida por Salazar (2001) como una sociedad civil popular, en su relación con el Estado (Raczynski, 2002). De acuerdo con Freitas (1986) y Montero (1994) todo trabajo que adopte como marco de referencia la psicología social comunitaria latinoamericana debe tener una posición política claramente definida. Cuando se estudia es preciso asumir un compromiso a través de la acción en el contexto que se estudia o bien actuando como catalizador de movilizaciones o mediante la producción de una ciencia popular.

Siguiendo a Montero (1990) el contexto de la preocupación sobre la desigualdad social ha persistido a lo largo de la historia de los países latinoamericanos. En el campo específico de la psicología social comunitaria tal interés se inicia en los años setenta del siglo XX, gracias a la inquietud de los psicólogos en responder a las necesidades concretas de la población. Para ello fue necesaria una importante revisión de la ciencia psicológica, en especial de las teorías de la psicología social, para adecuarlas a los propósitos de cambio y cumpliesen con el objetivo de ver a las personas como sujetos activos, capaces de enfrentar problemas y de transformar el ámbito social (Montero, 1990).

Considero que la psicología comunitaria nacida en América Latina es el resultado de un movimiento de crisis y transformación de la psicología social que se desarrolló entre los años setenta y ochenta del siglo pasado bajo la influencia de los problemas sociales que experimentaba el continente, provocando una crisis que se desarrolla a partir de cuestionamientos sobre la repercusión y el impacto del trabajo científico de la psicología en nuestros contextos. Estos cuestionamientos, que nos llevan a reflexionar sobre un nuevo quehacer científico, contribuyeron a un nuevo paradigma en psicología social, compartido por varias escuelas en América Latina, que se

remite a cuestiones filosóficas y epistemológicas acerca de la actividad humana formando un todo, con sentido en la ciencia y fundamental para la construcción de la *praxis* científica y profesional (Montero, 2002).

El contexto histórico anterior al desarrollo de esta área focalizada en los años cincuenta y sesenta, fue un proceso desordenado de modernización y desarrollo, marcado por la brusca formación de barrios en la periferia de las grandes ciudades, fruto del empobrecimiento rural. Conocer el impacto generado por estos cambios y sus consecuencias negativas, se convirtió en el objeto central de estudio por los científicos sociales. Sin embargo, los métodos tradicionales de investigación, marcando distancia entre investigador y objeto de estudio, no eran suficientes para entender las nuevas dinámicas sociales. Se buscaba una comprensión de la realidad que permitiese intervenciones dirigidas para cambiar aspectos concretos. Esta búsqueda dio lugar a dos caminos distintos: el del desarrollo de las comunidades promovidas por las agencias estatales o el de la investigación - acción (Montero, 1990).

En este último camino, se destacó la investigación de Orlando Fals Borda (1995) cuyos principios metodológicos y objetivos se extendieron rápidamente a las distintas disciplinas científicas del continente: investigar para transformar a partir de la actividad de las personas involucradas, desechando todo el diseño pasivo de los mismos. Fals Borda (1999) describe el proceso de búsqueda de este método que serviría para las causas populares, sin suspender la ciencia. Fue quien definió el papel catalizador de los profesionales según Montero (1990) para describir las directrices de las prácticas en el trabajo comunitario que estaban al servicio de los intereses populares. Si bien reconoce la influencia decisiva del sociólogo para compensar el campo en América Latina, Montero (1990) señala que las primeras ideas de investigar estos aspectos las aportó Kurt Lewin con su libro *Resolving social conflicts (La resolución de los conflictos sociales)* en 1948, de manera que la psicología consideró el trabajo en las comunidades

como un ámbito de actuación a partir de los años sesenta en los Estados Unidos y setenta en América Latina.

Esta psicología estudia, como señalaba Gois (2008) en relación a la teoría de la liberación, los significados, sentidos, sentimientos individuales y colectivos del modo de vida de la comunidad y se orienta hacia el cambio social y para la construcción de sujetos críticos, afectivos, problematizadores y transformadores de la realidad (Gois, 2005; Montero, 2004). Y aquí el término comunitario "incluye el rol activo de la comunidad, su participación. Y no solo como invitada, o como espectadora aceptada o receptora de beneficios, sino como agente activo con voz, voto y veto" (Montero, 2004, p. 67). Una psicología que concibe la comunidad "como ente dinámico compuesto por agentes activos, actores sociales relacionados constructores de la realidad en que viven" (Montero, 2004, p. 72). Uno de estos procesos se basa en la acción comunitaria y cómo las personas implicadas deben definirse en términos de autogestión. Además de autogestión, la idea es introducir una concepción de comunidad que sea capaz de desarrollar nuevas relaciones entre los pobladores para planificar y ejecutar acciones que mejoren su calidad de vida. Este principio define la posición que los agentes externos deben tener si esperan que la comunidad realice acciones. Si no les permiten decidir sobre la suerte o las condiciones de esas acciones o si les imponen con mayor o menor sutileza la tarea a realizar, las circunstancias alienantes seguirán manteniéndose y el poder y el control continuarán siendo una utopía.

Las prácticas de la psicología comunitaria comenzaron a ser desarrolladas, junto a la población, en el fortalecimiento de las iniciativas de autogestión, las actividades que promueven la conciencia y la liberación de las relaciones de dominación y explotación a las que están sometidas (Campos, 1996).

Como afirma Martín-Baró (1997), si un psicólogo no es llamado a intervenir en los mecanismos socioeconómicos que articulan las estructuras de la injusticia, de una u otra manera, igualmente participará de los procesos subjetivos que apoyan y permiten esas estructuras injustas. Así es como la psicología puede operar en las bases subjetivas de mantención de las relaciones de dominación. En este sentido, se promueve una intervención que busca despertar la conciencia crítica acerca de las desigualdades e injusticias sufridas por la promoción de la liberación del estigma históricamente construido, posibilitando acciones destinadas a la transformación social.

Para Freire (1992), no es una liberación que llega al azar, sino más bien un resultado que da la *praxis* de búsqueda, obtenida a través del conocimiento y el reconocimiento de la necesidad de luchar por ello. La liberación es un proceso histórico colectivo, basada en la idea que "los hombres se liberan en comunión", a partir de una relación de diálogo no jerárquica y no autoritaria (Freire, 1983). En consecuencia, la *Pedagogía del oprimido* propuesta por el educador, no puede ser elaborada o planificada por los opresores, porque es una herramienta esencial para el descubrimiento de los mismos oprimidos.

Según Gois (2005) la psicología comunitaria está dirigida a la comprensión de la actividad comunitaria como actividad social significativa, consciente, propia del modo de vida objetivo y subjetivo de la comunidad y que abarca su sistema de significados y relaciones, modo de apropiación del espacio comunitario, la identidad personal y social, la conciencia, el sentido de comunidad, los valores y los sentimientos. Así su objetivo es la construcción de la comunidad, profundizando la conciencia afectiva - reflexiva de los residentes en cuanto a su estilo de vida y forma de vida de la comunidad.

Se trata de una psicología comunitaria que contribuye a ampliar la comprensión de elementos subjetivos y socio-psicológicos característicos de la forma de vida comunitaria, que nos ayudan a entender el proceso dialéctico de la integración en la sociedad y la comunidad residente en la que vive, así como la construcción de la identidad de los pobladores a través de su acción en la realidad. Esos factores subjetivos y factores socio-psicológicos están presentes en los procesos interventores, relaciones de opresión política y la sumisión, así como en los procesos de desarrollo humano, crecimiento personal y organizativo. La psicología comunitaria es una disciplina que se guía por una *praxis* liberadora, a partir de las condiciones actuales y potenciales de desarrollo de la comunidad y sus habitantes. La clave es entender la forma de vida de la comunidad y la realización de sus potencialidades de desarrollo personal y social (Gois, 2008).

En este sentido se valora a la psicología comunitaria como una de las disciplinas que pone de relieve la participación comunitaria, donde los habitantes se posicionan activamente en el proceso de construcción del lugar, de la comunidad y de sí mismos, siendo políticamente activos, cuestionadores y propositivos frente al Estado. Dentro de esa perspectiva, la relación entre desarrollo comunitario y bienestar es profunda, en donde la transformación de las condiciones comunitarias constituye el eje estratégico de actuación. Así la psicología comunitaria, entendida y trabajada como área de la psicología social de la liberación, es un marco coherente para el estudio de las comunidades y sus procesos.

7.6 Políticas públicas en Chile y sus referentes teóricos

Durante mucho tiempo se nos ha querido hacer creer que el problema de la pertinencia de las intervenciones sociales implementadas en Chile, no es un problema y por tanto, se ha postergado un estudio que dé cuenta de las consecuencias que generan para la comunidad.

Como he señalado anteriormente, las políticas neoliberales a partir de los años ochenta en Chile, transformaron y trastocaron a la organización económica, social y política de la comunidad. Eran corrientes que se apoyaban en discursos políticos neoconservadores y dieron supremacía a las libertades individuales por encima de los valores de solidaridad o acción colectiva que venían gestándose entre los años sesenta (Roberts, 2001; Hardy, 2004; Harvey, 2007; Raczynski, 2008; George, 2011).

En el marco de la dictadura militar que se inició en 1973, se define un tipo de Estado altamente represivo, basado en el mercado y la familia, que propició la jerarquización y la exclusión (Salazar, 2008). A partir de ello se estimuló al mercado, tarifando la protección y la política social, cubriendo apenas las demandas de quienes son incapaces de proveérselas a través del mercado o de la familia (Esping - Andersen, 1993). Todo ello derivó en una marcada desigualdad en el país, que evidencia diferencias y jerarquías entre los distintos segmentos de la sociedad, las que reproducen diferentes tipos de relaciones sean estas de jerarquización y exclusión, pero también de solidaridad, cooperación, a modo de resistencia a ese modelo. Así la lógica socio - política e histórica de las políticas públicas en Chile permite que se soporten valores que omiten un reconocimiento oficial de determinados derechos, condicionando la experiencia social y la subjetividad de los beneficiarios (Garcés, 2002). Esto es importante a la hora de analizar la tensión comunidad - Estado y de cómo desde el inicio de la dictadura militar se socavó la posibilidad de destacar o favorecer los logros colectivos de los movimientos de pobladores (Arriagada y Mathivet, 2007). En este contexto se cambia una forma completa de hacer política y por supuesto tiene consecuencias en la intervención social que se realiza para su implementación.

Para Zibechi (2011) las ciencias sociales, y en particular la psicología comunitaria tradicional, no han logrado comprender las realidades de los barrios marginales donde las organizaciones populares han fluctuado entre

la dependencia y la resistencia, y donde los modelos de intervención persisten en mostrarlos como irracionales, despojándolas *a priori* de sus virtudes y potencialidades. En relación con el impacto de la política social en el desarrollo de la psicología social comunitaria dominante, la literatura pone énfasis en las prácticas, especialmente en aspectos discursivos y su impacto en el contexto de intervención social. En cuanto al proceso de desarrollo y la política social, cambia con la evolución de la psicología social. Las directrices para la acción comunitaria, están vinculadas a estrategias de desarrollo, tratándose en este caso de prácticas caracterizadas por la intervención social neoliberal (Alfaro et al., 2007; Rodríguez, 2009). De ahí la necesidad de poner de relieve la gravitación ideológica que las políticas sociales comportan, al punto que la propia existencia del campo comunitario como espacio de acción depende por completo del espacio que las políticas públicas le otorguen (Rodríguez, 2009).

Una de estas visiones que han terminado por socavar las pretensiones de validez de los movimientos de pobladores, es la perspectiva de la intervención psicosocial implementada a partir de 1990 en Chile (Arriagada y Mathivet, 2007), siendo necesario analizar los efectos de los marcos, orientaciones y discursos sociales de la política social, tanto sobre el tipo de intervención social implementado en ella, como en la constitución y producción que desarrolla hacia un tipo de sujetos de derecho, o bien como personas tuteladas y funcionales.

En cuanto a los efectos de las políticas sociales en el campo de la psicología social dominante, las políticas sociales generan un nivel de influencia programática que afecta a la psicología. Una muestra de esto es la generación de procesos de politización de la participación social en las políticas de pobreza (Rodríguez 2009).

Sin embargo, hay tensiones en el modelo, tal como señala Montenegro (2001) quien identifica que tras una intervención, se traslucen las diferentes

formas de entender el diagnóstico, la participación y la transformación social. Esta transformación no se plantea en relación al cuestionamiento de las lógicas con las que opera la sociedad, sino que simplemente busca integrar colectivos con carencias por medio de la normalización de los espacios problemáticos, utilizando diversos conocimientos y técnicas. Las relaciones y objetivos tras estas intervenciones, demuestran que la intervención desnaturaliza y despoja las dimensiones políticas de los problemas reproduciendo identidades tuteladas (Duschatzky, 2000).

Al parecer en la relación Estado - sociedad civil los intereses del primero estarían definidos por el asistencialismo, donde no se logra ver a la contraparte como un actor político de demanda y negociación. En cuanto a lo que focalizan las políticas, para Roberts (2001) existirían problemas derivados de la concepción dominante de pobreza, uno de ellos relacionado con la individualización y el otro, con la reducción de los problemas a mera distribución. El primero se refiere a mantener a los sujetos en posición de "subordinados", limitándolos a ser depositarios de lo segundo, receptores de prebendas de los programas sociales. Esto deja fuera el carácter social del problema, puesto que no se trata sólo de resolver el problema material, sino de atender a las tradiciones cívicas de las comunidades, comprenderlas e incorporarlas en toda su complejidad.

Para entender la compleja relación entre la psicología comunitaria y las políticas públicas en Chile, es esencial aceptar que los actores públicos, políticos e investigadores y por otra, los actores receptores de los programas, pertenecen a culturas diferentes, por lo que el éxito o el fracaso no sólo depende de lo que se ha llegado a definir como relevante para la comunidad, sino de la pertinencia y legitimidad que estas intervenciones tengan para la comunidad. Y aquí el principal problema no es que la psicología comunitaria genere conocimientos que puedan ser capaces de influir en la política social, sino de entender las dificultades y discutir las tensiones generadas entre

agentes políticos y actores sujetos de esas políticas (Alfaro et al., 2007; Alfaro, 2012).

En estas dinámicas operan políticas, ideas y valores que se deben considerar cuando se trata de ejercer influencia. No se puede ignorar este proceso ni las características de los funcionarios, profesionales, responsables políticos y científicos sociales que participan, por tanto se debe asumir el riesgo que conlleva todo este engranaje de relaciones. Si se desea generar cambios en la política social hay que deconstruir, determinar a quién está afectando la misma y establecer los contextos que circundan a los participantes. En otras palabras, hay que situar el funcionamiento de los grupos de participantes en un contexto local, social, histórico y político.

Cuando se excluye la posibilidad de cooperación, se requiere la ampliación del concepto de política social como indica Goma (1996), la existencia histórica de organización social, donde las familias y las redes informales tienen papel determinante en la protección social, porque las redes comunitarias son esenciales para generar bienestar (Alfaro, 2012).

Afirma Barrientos (2004) que en América Latina en las últimas décadas, la región ha transitado desde un régimen de bienestar conservador informal a otro liberal informal, puesto que el mercado y el sector informal, compuesto por redes familiares y sociales se han convertido en el principal dispositivo de protección. Aquí el objetivo es fomentar los vínculos entre los sujetos y su comunidad inmediata, familia, barrio, ciudad y reconstruir la relación entre los individuos y el mundo del trabajo para que los sectores más pobres cubran autónomamente sus necesidades. Se trata de una política social sujeta a la consecución de objetivos mercantiles para contribuir al crecimiento económico, cuya distribución del ingreso está dada por el desbordamiento de riqueza. El supuesto que hay en esta perspectiva, es que las políticas sólo deben propiciar acceso al trabajo, pero regulado por la libre competencia (Alcántara, 1995; Alfaro, 2012). Si ponemos atención al

lenguaje de la política social según el aspecto que se focalice, lograríamos comprender si esta apunta a una función de asistencia, de control social, de reproducción de la fuerza de trabajo o de garante de los derechos sociales. A menudo estos conceptos se dividen en formas mixtas, la asistencial normalmente se mezcla con el control social en áreas como la educación y la salud, centrándose en unos derechos y en otros no (Herrera y Caston 2003; en Alfaro, 2012).

En el diseño que se basa en la función asistencial, las políticas sociales se componen de mecanismos de protección social para los pobres, enfermos y no enfermos, buscando cumplir las necesidades en el mercado e incluyendo para este fin una serie de beneficios y recursos de los gobiernos nacionales, además de las autoridades locales, éticas y políticas. En otras palabras, se transforma en una organización benéfica con políticas diseñadas en torno a las necesidades y no a los derechos, relegando los principales cambios en las estructuras sociales, por lo que su visión tiene esencialmente un papel paliativo, de corto plazo y subordinado al mercado.

En el diseño que se centra en el control social, la política social se entiende como un conjunto de herramientas para ayudar a los pobres a que regulen las condiciones sociales y de vida para garantizar la paz y la integración social, es decir para resguardar el orden público, el control de los conflictos de clase, la gestión de la relación entre incluidos y excluidos del trabajo, la salud y la educación (Herrera y Caston 2003; en Alfaro, 2012).

La mirada individual o centrada en la familiar pesa sobre esta forma de pensar la política pública y oculta un saber acumulado de reproducción económica alternativa que las comunidades de pobladores han venido implementando al margen del Estado. Persiste la idea que en los países subdesarrollados las redes de organización popular sólo se vinculan con programas de protección económica para mantención de la subsistencia básica y esto muchas veces se concreta a través de intervenciones que

buscan aumentar los ingresos de las familias vulnerables para evitar caer bajo de la línea de la pobreza (Mokate, 1999; Barrientos y Santibáñez, 2009).

Estos programas incluyen las transferencias de fondos principalmente a través de donaciones monetarias directas o subsidios para el transporte, la electricidad, el agua o los alimentos los precios o de transferencias monetarias condicionadas, como las transferencias en especie, en alimentos, o en programas de alimentación complementaria, mediante cupones y vales, útiles escolares y uniformes y las exenciones fiscales, la salud, la educación y otros servicios públicos. El objetivo principal, alejado de una universalidad, es destacar el papel del Estado sólo para los más pobres, utilizando al mercado como apoyo individual al riesgo y como estrategia de la política social que asume una responsabilidad pública con protección social mínima, financiamiento y prestación de otros servicios relacionados con el bienestar social (Sunkel, 2003; Sojo, 2004).

Este punto de vista de la política social es el que se ha instalado en los últimos 30 años en Chile, a la sombra de las políticas neoliberales que creen que el desarrollo económico es prioridad. Por lo tanto, las políticas sociales y la inversión social que necesitan se han postergado y carecen de financiación para mitigar los efectos adversos de los cambios económicos, en lugar de promover activamente el desarrollo social (Sojo, 2004). La política pública en Chile no permite ofrecer a los ciudadanos los derechos sociales, que son una extensión y complemento de los derechos civiles, como libertades individuales y colectivas, y políticos, como representación electoral y política.

Por lo consiguiente, se requiere de la introducción de nuevas herramientas para ajustar la intervención del Estado en tres dimensiones: la dimensión ética, basada en los principios de los derechos humanos, la dimensión procesal, que consiste en mecanismos para facilitar y promover el diálogo entre los agentes políticos y sociales y el contenido de la protección

social que guía las acciones concretas en salud, educación, seguridad social, entre otros (CEPAL, 2006). Tales propuestas son un reconocimiento a las personas como ciudadanos y la institucionalización de una política social que supera la dependencia de las políticas específicas del gobierno. Lo ideal sería establecer una relación distinta entre el Estado y los ciudadanos, que abandonarían su rol de receptores pasivos, tutelados para constituirse en titulares de derechos (Abramovich 2006; CEPAL, 2006; Alfaro, 2012).

El principio de la universalidad, incluye otros principios como la igualdad, la no discriminación y la participación, que crea un sentido de pertenencia y de comunidad que busca reforzar la cohesión y la integración social, dos de los objetivos fundamentales de las políticas sociales (Abramovich, 2006; Alfaro, 2013). Este derecho preexiste en las comunidades y resulta inalienable cuando se tiene la oportunidad de conocer en profundidad a una comunidad autogestionada, por tanto, actúa como un principio que antecede a cualquier formulación institucional. El Estado no podría asumir el monopolio de su definición cuando no permite una relación horizontal con los ciudadanos.

Esto está en consonancia con la necesidad que los ciudadanos y los movimientos de pobladores dispongan de mecanismos de regulación de su relación con el Estado, esencial para los instrumentos de política, y para proteger las sensibilidades y movimientos cívicos de acción colectiva resistentes que demandan transparencia y mayor democratización de los servicios públicos y las acciones de los gobiernos. Este cambio requiere de la participación activa de los ciudadanos en sus proyectos y de su derecho a exigir la rendición de cuentas del Estado respecto de sus derechos, fuera de las exitosas prácticas de clientelismo y paternalismo (Solimano, 2005).

Por otro lado, la política social debería establecer los mecanismos prioritarios para responder a las necesidades de los ciudadanos que dan lugar a la potenciación de las comunidades locales a través de la mejora del

acceso a los recursos productivos, el conocimiento, la formación y la innovación (Arias y Muñoz, 2008).

Esta perspectiva plantea que la protección social es un derecho, no una mera asistencia, donde el Estado tiene obligaciones jurídicas claras, entre ellas, asegurar la protección social bajo normas internacionales sobre derechos humanos. El diseño integra las políticas de derechos sociales como la igualdad, la no discriminación y la participación; y de obligaciones, así como responsabilidad por parte del Estado y de los lugares de la ciudadanía y de la importancia de la comprensión de la política social como centro social y político. El tratamiento de las políticas sociales, prevé la concesión de derechos de las funciones relacionadas con la creación e implementación de un sistema que combina bienestar, protección, inclusión y participación en una comunidad en la que el eje de la protección social debería ser eje de bienestar y ciudadanía (Piron, 2004; Alfaro, 2012).

Sobre la relación entre la psicología social y las políticas sociales, es posible ver en su dimensión interventora, los diversos problemas, divergencias y resistencias que la comunidad ha generado en contextos de programas de lucha contra la pobreza. Se trata de programas que promoviendo metodologías participativas pretenden implementar un tipo de promoción del cambio social en el contexto de reformas estructurales. En ese sentido, la psicología ha jugado un rol clave:

> La psicología comunitaria ha tenido presente la idea de recurso de los agentes de intervención, en contraposición a la idea de déficit de los actores-objeto. Por ello, es que su idea de participación propone como su más alto escalón la autogestión de los sujetos. Se podría pensar que sería la idea rectora de los trabajos de la psicología comunitaria de los últimos años, pero

> debido a los cambios políticos se hace evidente la necesidad de revisarla a la luz de las nuevas políticas impulsadas por el Estado. (…) Las políticas de *Nuevo Trato* se establecen como una línea de trabajo cuyo énfasis está en fortalecer el tejido social, es decir el tercer sector y su capacidad de asociación para generar vínculos de confianza para una nueva institucionalidad. Este trabajo busca potenciar el capital social mediante una concepción de la participación impulsada desde el Estado (Leiva, 2003, p. 14).

Parece ser que en modelos de colonización de subjetividades, el vínculo entre psicología comunitaria tradicional y las políticas públicas se funda en el interés común por los grupos más vulnerables y marginados, universo hacia el que se orientan las políticas y programas actuales, que apuntan cada vez más a las intervenciones que buscan reducir sólo los factores de riesgo en juego. Rodríguez (2009) sostiene que la creciente participación de la psicología comunitaria tradicional en materia de política social, constituye una emergencia a espacios peligrosos para intervenir en lo social. Identificar y comprender los procesos psicosociales de las políticas e intervenciones son esenciales para las políticas resultantes. Sería crucial para entender cómo pueden afectar con dinámicas internas destructivas a una comunidad. Se trata por tanto de problematizar lo que las políticas conllevan, así como la producción de subjetividad que generan, las concepciones sobre el papel del Estado, las organizaciones y la sociedad.

En Chile se reconocen experiencias de trabajo comunitario en los años sesenta en el ámbito de la política de salud mental, que proporcionaron los bosquejos conceptuales originales, para hacer frente a los problemas sociales. En los años noventa, desaforada la dictadura, las políticas sociales

se centraron en la dimensión psicosocial y programas de vulnerabilidad, para enfrentar el aumento de la pobreza y la exclusión social. Este proceso se derivó directamente de la diversificación de los criterios de selección, sobre todo económicos, que se tradujo en una lógica conceptual y operacional de la noción de "pobreza humana", cuyo objetivo era mejorar las áreas no cubiertas previamente en el análisis de la pobreza, denominado "dimensiones intangibles" que reúne las características personales y sociales de los afectados, bajo una mirada al individuo y la familia. Para definir estas categorías, se determinó que la pobreza y el acceso limitado al sistema económico están relacionados con variables psicosociales tales como el género, la edad, la etnia y la territorialidad, que llegó a ocupar un lugar central, así como los criterios para la determinación de los grupos prioritarios quienes serían los principales beneficiarios de estas políticas (Raczynski, 2008; Barrientos y Santibáñez, 2009).

Se trata más bien de un tipo de intervención, cuyo eje no es la participación de la comunidad. Esto pese a que el propio concepto de participación de esta disciplina, haga hincapié en la importancia del liderazgo y la movilización sobre la base de metas colectivas, en las que se pretende incorporar a tantas personas diferentes como se pueda, promoviendo un conocimiento compartido de igual a igual entre los participantes, el que no debiera distinguir entre miembros de organismos gubernamentales, organizaciones no gubernamentales y la comunidad (Arriagada, 2003; Montero, 2010). Lo que ocurre en realidad en la aplicación de programas sociales en alianza con enfoques tradicionales o conservadores de acuerdo con lo que señalan Cordero y Rocca (2007), es que finalmente se consolida una visión de la participación supervisada y guiada. Las políticas públicas serían entonces una forma de administrar la energía en diferentes direcciones y la psicología comunitaria, gestionaría el poder de la comunidad, con la misión de determinar cuáles son las condiciones que facilitan o limitan los procesos de colaboración no participativa, fortaleciendo las políticas y sus efectos públicos (Zibechi, 2006; Alfaro, 2013).

Se trata de una intervención social dirigida y tutelada para lo cual se han implementado programas que buscan reconocer la importancia de incorporar actores diversos, más allá de la comunidad, para mejorar las condiciones de negociación en la formulación de políticas (Duschatzky, 2002). Lo importante es que se alcance una representación de toda la comunidad y que los grupos no desaparezcan una vez que se alcanza un objetivo, dejando por tanto memoria de organización y su experiencia histórica en la solución de problemas (Arriagada, 2003 Hardy, 2004; Alfaro, 2012).

Al examinar el papel de la psicología comunitaria tradicional, se pone énfasis en la importancia de una amplia participación, llamado el proceso de participación social, que puede ser seguido por los líderes de la comunidad. Es común leer en estos manuales lo crucial que es tomar la actitud de escuchar a la comunidad y superar la tendencia a adoptar el punto de vista sólo de los profesionales (Alfaro, 2012). Lo que ocurre es que a menudo los psicólogos de la comunidad tienden a ser más leales a los objetivos que les son impuestos por el proyecto y a la contraparte institucional que financia el programa, lo que se traduce en una hiper-profesionalización crítica y en una negación de los conocimientos de las organizaciones populares.

Se trata más bien de prácticas profesionales de lógica clientelar, lo que no ha permitido que en diferentes programas a nivel barrial o vecinal hayan tenido un impacto significativo en la intervención. La cuestión es, si en realidad los principios de la psicología comunitaria tradicional han calado en la acción social y política, en particular con respecto a la importancia que se da a las comunidades locales en la planificación y la participación de los diferentes grupos de interés de la comunidad.

7.7 Participación comunitaria

Para abordar el tema de la participación, comienzo por enfatizar posibles desvíos ideológicos del término, encontrados en algunas políticas públicas pasando después a dialogar con concepciones importantes para la delimitación más clara del concepto adoptado en este estudio. Benno de Keijzer (2005) es un investigador que aporta importantes contribuciones a la discusión sobre la participación y nos alerta sobre la existencia en el contexto latinoamericano de una contradictoria "evangelización interventiva" constituida por prácticas de intervención que se diseminan contaminadas por elementos ideológicos de subordinación de las clases populares.

Existen deficiencias en las prácticas de intervención en lo relacionado a la contextualización de las acciones en la realidad de los sectores populares. Esto se produce por una visión limitada de los profesionales ante la realidad sociocultural de la población, las formas en que los sectores populares se oponen y resisten a las formulas externas. Ugalde (2006) viene a destacar también las dimensiones ideológicas de la participación comunitaria en los programas sociales en América Latina. Según su estudio, la participación comunitaria es un término que viene siendo incorporado en los programas internacionales. Estos programas presentan contradicciones entre el discurso oficial de las políticas implementadas y la estructuración y las prácticas concretas, diseñadas por un ideario que valora y destaca la importancia de la participación y organización comunitaria, pero se guían por una propuesta de modernización de los valores locales manipulando culturas y valores.

Utilizando experiencias guiadas en el ámbito del desarrollo urbano y agrícola en varios países de América Latina y haciendo paralelo con las políticas de desarrollo, el autor pone de relieve el sentido ideológico de la participación comunitaria de las políticas sociales patrocinadas por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Naciones Unidas (ONU), Organización

Panamericana de la Salud (OPS) y otros. Estas instituciones tienen influencia en los modelos de desarrollo adoptados en Chile, sin embargo no han logrado las mejoras que discursivamente se proponen. En virtud de estas políticas, la participación comunitaria ha sido configurada más que nada, como un vehículo para la introducción de valores modernos del consumo y la proletarización del campesinado como una forma de estructurar los programas de autoayuda, que des-responsabilizan al Estado frente a los problemas sociales y reducir los costes, facilitando el direccionamiento de presupuestos hacia el capital. Esta participación también aparece como un medio de dominación y desmovilización social a través de la captación de líderes como señala Ugalde (2006):

> En resumen, la experiencia en Latinoamérica, con excepción quizá de Cuba y Nicaragua, es que la participación comunitaria ha fracasado en mejorar la calidad de vida de las mayorías. Por el contrario, la evidencia sugiere que la participación de la comunidad produjo explotación adicional de los pobres por extracción de trabajo no remunerado, contribuyó a su empobrecimiento cultural y a la violencia política, por la expulsión y supresión de líderes y la destrucción de las organizaciones populares (Ugalde, 2006, p. 25).

Para el mismo autor, la participación comunitaria en Latinoamérica ha sido simbólica, ubicando la divergencia entre discurso y práctica en las políticas sociales en la permanencia de estructuras sociales opresoras en los países latinoamericanos. La definición de la participación de la comunidad requiere siempre de una claridad y precisión que dejen clara la influencia ideológica que impregna la construcción teórica, cómo se describe a continuación:

> La participación comunitaria es el proceso en el cual los individuos y las familias asumen responsabilidades en cuanto a su bienestar propio y los de la colectividad, y mejoran la capacidad de contribuir a su propio desarrollo económico y comunitario. Llegan a conocer mejor su propia situación y a encontrar incentivo para resolver sus problemas comunes (Ugalde, 2006, p. 146).

Se trata de una conceptualización que deja margen para una interpretación conservadora y neoliberal pautada en algunas perspectivas de promoción social (Carvalho, 2005) donde el autocuidado individual, familiar y comunitario es argumento para la reducción del papel del Estado como responsable del bienestar de la comunidad. Para Valla (2000) la participación popular es una cuestión de perspectiva que presenta múltiples concepciones y comprensiones:

> De forma general, participación popular comprende las acciones que diferentes fuerzas sociales desarrollan para influenciar la formulación, ejecución, fiscalización y evaluación de las políticas públicas y servicios básicos en el área social (salud, educación, vivienda, transporte) (Valla, 2000, p. 47).

A pesar de concordar que la participación popular debe influenciar de forma decisiva las políticas públicas, no puede restringirse a una presencia en esas políticas, envolviendo otras esferas referentes al modo de vida de las colectividades. Dentro del campo de la psicología comunitaria, el término "participación" remite a formar parte de algo, donde el fenómeno pasa a ser

"nuestro" para los participantes. Montero describe una relación de doble transformación, dialéctica, donde "el participante construye y modifica al objeto o hecho en el cual participa, y por el hecho de hacerlo, es también transformado" (Montero, 1996, p. 8). La participación es, por tanto, un proceso de profundización de la integración social y la transformación de la realidad, donde el sujeto deja su huella en la historia y es transformado.

Como señalaba Gois (2005) la participación social implica que la persona influenciada por las condiciones materiales, existenciales e histórico-sociales, decide participar en actividades socialmente significativas en el lugar en que vive (Gois, 2005). Y es en este punto donde se delimita un concepto de participación comunitaria, donde el modo de implicación en las actividades comunitarias se presenta como fundamental para la construcción de este concepto. Para Gois (2005) el modo de participación en las actividades comunitarias se muestra extremadamente relevante para el desarrollo de la conciencia. Mientras más activa es la participación, más se evidencia la conciencia transitiva (Gois, 2005). Para la concientización se destaca el modo de participar, la comunicación y el diálogo, así como el papel de liderazgo que la persona ejerce en la actividad envuelta. La participación comunitaria es un tipo de participación social comprendida dentro del ámbito de las actividades comunitarias, la cual debería constituirse como proceso dialógico y concientizador para los partícipes. La fuerza motriz de una genuina actividad comunitaria configurada como *praxis* de liberación se encuentra en lo que Gois (2005) llama modo de participación social activa, lo que remite a una implicación con determinado objeto de la realidad a través de compromiso, problematización, diálogo, acción-reflexión y profundización de la conciencia.

En este sentido, las organizaciones vecinales de Lota han aprendido de esta acción reflexiva, significados y sentidos, sentimientos, cooperación, diálogo acerca de los problemas, vida comunitaria, participación activa en todos los ámbitos, implicando el acto de hablar, debatir ideas, dar

sugerencias al grupo ejecutar las decisiones y ejercitar funciones de liderazgo (Gois, 2008). Concuerdo con el autor en que el movimiento de pobladores ha desarrollado una doble conciencia, individual y colectiva. La primera es condición intrínseca a su actividad social, la segunda es condición creada colectivamente a través de la participación, lo que ha garantizado la gestión social de lo político, condición para la potenciación de la colectividad. La participación social está en la actividad colectiva, solidaria, y en la superación de sus problemas como pobladores. De esta manera es como los pobladores se constituyen como el sujeto colectivo que se posiciona en el control de la acción del Estado y de la propia comunidad (Gois, 2008).

En cuanto a las cuestiones comunes relativas al movimiento de pobladores y a la participación, encontramos el proceso de concientización en su dimensión psicológica, como construcción de sujeto y en su dimensión social, como cambio social, donde una va implicando a la otra. La participación y la movilización apuntan en el sentido del desarrollo de una comunidad que se pretende democrática y apunta en el sentido de la participación del individuo y de la movilización de la colectividad, cuyas necesidades y sueños son afectados por decisiones gubernamentales en cuanto al uso de los recursos públicos y a la propia ciudadanía (Gois, 2008).

La participación social de la que dan cuenta los pobladores, habla de un sujeto situado delante de sí y de las condiciones materiales de su vida, en su proceso de inserción dialéctica en un contexto histórico - cultural, que le hace decidir por procesos afectivos y volitivos, así como participar de determinadas actividades sociales significativas (Gois, 2008). Se trata, por tanto, de organizaciones vecinales que en el contexto comunitario ha supuesto algunos aspectos ideológicos, que de acuerdo con Montero (2001) son:

- Actuación conjunta de un grupo que comparte intereses y objetivos

- Proceso pedagógico que reúne enseñanza y aprendizaje
- Acción concientizadora y socializante, colaboradora
- Relación compartida que requiere la acción física
- Aporte de ideas, recursos materiales y espirituales, organización, dirección, ejecución y toma de decisiones compartidas por los participantes
- Comunicación horizontal
- Agenda de reflexión sobre el trabajo y organización del grupo
- Solidaridad interna y externa al grupo.

Desde esta perspectiva, la participación comunitaria debe generar la sensación de ser parte, tener parte y tomar parte de actividades socialmente significativas y las condiciones citadas vienen a reflejar un compromiso y sentido de identidad compartida, experimentada por los pobladores en sus procesos vitales (Montero, 1996). En el proceso de participación comunitaria, según Hernández (1996), los actores locales deben constituirse como fuerza para exigir, construir y conquistar la satisfacción de todas sus necesidades.

7.8 Lo cotidiano en la comunidad

De acuerdo a lo que he revisado hasta aquí, es posible señalar que la definición de comunidad indica la existencia de acciones e interacciones en donde las personas se sienten parte de un colectivo. En relación a ello Montero (2004) enfatiza que son relaciones construidas por la proximidad, la especificidad de un contexto socio-histórico y cultural, en donde las personas comparten ciertos intereses y necesidades, y para reconocerse a sí mismas como participantes del proceso, las personas desarrollan una identidad social y se construyen a partir de un sentido de comunidad identificado por un nosotros.

Aquí vuelvo a lo que Montero (2004) parafraseando a Heller (1988, en Montero, 2004) dice en torno a la necesidad de enfocar la comunidad como

sentimiento y no como lugar, puesto que este sentimiento es generado por lo que la autora denomina sustrato psicológico de la comunidad, que viene a ser la cohesión y la conciencia de un *nosotros* común que vive y comparte un proceso histórico semejante. La cohesión se traduce en la solidaridad y unidad de las personas que se enfrentan a diversas circunstancias diarias, en disposición a colaborar entre sí y con lo colectivo en actividades difíciles, de peligro o de necesidades. La conciencia del *nosotros* nace del reconocimiento de una igualdad que se percibe porque se comparten condiciones de vida similares. En este sentido, es interesante estudiar las interacciones que se construyen en el espacio de la comunidad y que incluye los afectos, las construcciones simbólicas y los significados de vida cotidianamente compartidos.

Según Montero (2004), para la psicología comunitaria importan los procesos psicosociales de opresión, transformación y de liberación que se producen en personas que por convivir en un contexto con características y condiciones específicas, desarrollan formas de adaptación o de resistencia y transformación de la realidad. Sin embargo, como se verá, los procesos de adaptación y resistencia se desarrollan simultáneamente y no de manera excluyente. Por lo tanto, las prácticas de solidaridad pueden ser vistas tanto como una forma de adaptación, en el sentido que representan las estrategias de sobrevivencia, como de resistencia, en relación a la cultura del individualismo. Para Montero (2004) el sentido de pertenencia e identidad social es la consecuente conciencia grupal y son los signos que definen una comunidad y se puede suponer que son los mismos que están detrás de las prácticas solidarias.

Bolívar (1994, en Wiesenfeld, 1998), nos explica que cada barrio tiene características específicas, representando una determinada realidad social con aspectos culturales e históricos que les son propios. Wiesenfeld (1998) a propósito de la investigación sobre la consolidación de los barrios de la zona metropolitana de Caracas, Venezuela, definió a la comunidad como algo que

emerge hacia una afirmación, es decir, no está acabada ni definida únicamente por las condiciones físico - estructurales y geográficas del espacio, sino por las relaciones que allí se establecen. Se vuelve a retomar la idea que la comunidad no es estática ni en el tiempo ni en el espacio, como afirma la visión funcionalista - positivista (Guareschi, 2004) sino más bien, una construcción histórica, dinámica y colectiva, derivada de la interacción entre sus habitantes. Los procesos grupales de pertenencia, de ser miembro y de identificarse, analizados también por Wiesenfeld (1998) resaltan aspectos que dan sentido a la comunidad, inherentes a su desarrollo físico.

A lo largo de las etapas de la consolidación de un barrio, Wiensenfeld (1998) señala que la última fase consiste en la construcción de un sentido de comunidad en base a relaciones grupales. Según la autora, es una parte esencial de un proceso que posibilita la resistencia y construcción de estrategias para hacer frente a amenazas. Con ello se rompe el aislamiento y la preocupación exclusiva por la vida de su familia y se introduce la idea de que la satisfacción de las necesidades individuales depende de las prácticas sociales que suscitan encuentros, reciprocidades y negociaciones con otros que comparten las mismas carencias.

Del mismo modo, Márquez (2005) vincula a la comunidad con un sentido de proceso y convivencia de relaciones en cuanto a articulación de las igualdades y diferencias que se construyen en base a valores compartidos por sus miembros. Existe para este autor un fortalecimiento de los valores de solidaridad, a partir de un reconocimiento de condiciones comunes de carencia. En el curso de sus contactos e intercambios, los mecanismos de acción son creados y es cada vez más claro que el éxito de la movilización está relacionado con la dependencia y unión de unos a otros, a lo que Wiesenfeld (1998) llama red social. Con esto, subraya que la formación de un grupo a partir de la consolidación de un barrio, representa una construcción que es tanto social como psicológica.

7.9 Pobladores: actor multifacético, movimiento social esquivo

Si bien los asentamientos humanos presentan características comunes en Latinoamérica, debemos precisar que los pobladores urbano-marginales de Chile tienen determinadas singularidades sociales y políticas. Feres (2001) los describe como:

- Personas que viven en zonas urbanas
- Personas cuyas viviendas están en precarias condiciones
- Sus casas se agrupan para formar un enclave de vivienda identificada, llamada población
- El enclave de vivienda es el resultado de las apropiaciones de tierra o de las acciones realizadas en conjunto con el Estado que concedió la tierra a los pobladores
- Residen en zonas periféricas urbanas

La descripción puede coincidir con lo que reconocemos como pobladores, No obstante, desde que los barrios comenzaron a asentarse en las ciudades de América Latina a fines de 1950, sus habitantes han sido llamados de múltiples formas: no organizados, inmigrantes rurales, marginales, entre otras. Su rol ha sido clave en la historia de las ciudades siendo el colectivo capaz de unirse a los obreros en la búsqueda revolucionaria de mejores condiciones de trabajo, vivienda y salud.

En cuanto a su relación con el sistema político de Chile desde la década del cincuenta del siglo XX hasta fines de los noventa, a lo largo de este período, dieron lugar a modos diferenciados de incorporación sociopolítica. Esas inscripciones sucesivas han tenido un doble efecto en los pobladores que afectaron profundamente la acción colectiva de los pobres urbanos y posteriormente, gravitó en las posibilidades de convertir el poder social en influencia política. El movimiento de pobladores es más que una colección de pequeñas organizaciones de "pobres", que comparten un pasado de acción colectiva de resistencia. Su historia se extiende por décadas soportando las

intervenciones del Estado en diferentes momentos políticos de la historia de Chile. Son movimientos sociales formados por personas con desafíos colectivos y propósitos comunes de solidaridad en una interacción de resistencia con las élites y las autoridades políticas (Garretón, 2002).

La proliferación de la acción colectiva de resistencia en el último tercio del siglo pasado según Castells (1983) y Fox (1996) hizo de los movimientos sociales el objeto favorito de estudio de muchos investigadores sociales, separando el conocimiento entre movimientos sociales con análisis de la estrategia y acción colectiva con el estudio de la identidad (Cohen, 1995). En general, la literatura sobre movimientos sociales se ha elaborado en gran medida en la evolución de los ciclos de protesta y no ha prestado mayor atención a los actores sociales durante los períodos de inactividad una vez que su energía ha sido absorbida por la política institucional. Uniendo la figura del poblador con los fenómenos de los movimientos sociales y las acciones colectivas, es posible encontrar un sujeto con gran capacidad y diversidad organizativo-colectiva para lograr sus objetivos, que lo habilita para adaptarse a las nuevas circunstancias, lo que habla de su flexibilidad y heterogeneidad y de cómo ha sido su proceso en la relación histórica con el Estado (Campero 1989, Oxhorn, 1995).

La importancia de comprender estos movimientos y relaciones desde una perspectiva de larga duración emerge de la necesidad de analizar los procesos subterráneos que forman parte de los mismos, repletos de microhistorias. Es relevante mostrarlos desde su historicidad, porque permite visualizar el protagonismo e interpelación permanente que han sostenido con el Estado y cómo han ido construyendo su identidad como sujetos políticos en tensión y resistencia con la institucionalidad pública.

Los pobladores en sus barrios han sido protagonistas de la emergencia y afianzamiento de una cultura social de autogestión y cogestión entre vecinos, que los ha validado para asumir protagonismo cívico en un sentido

local, pero que igualmente ha influenciado al sistema social general, es decir, interactuar con la política nacional desde una sensibilidad vecinal, lo cual ha dotado al movimiento de pobladores de contenido político propio. Cuando autogestionan sus recursos, los pobladores carecen de toda homogeneidad estratégica con el Estado. Son comunidades que pertenecen a una forma de organización distinta a las que se constituyen en el marco de las instituciones formales, lo cual ha sido motivo de discriminación y excusa para la represión sistemática.

También es interesante poner de relieve, según señala Vázquez (2001), que las asociaciones de pobladores en su quehacer cotidiano, generan memoria como acción social que actúa como proceso constitutivo de la realidad que alberga el sentido de reproducción, cambio social e identidad comunitaria, que se expresa dialogando, interactuando y participando en una red significativa de intercambio e información, en la que la identidad se vuelve un *logos* común. Una memoria, palabras y conocimientos que generan su historia y experiencias vitales y un saber social.

Es importante acercarse a estos procesos para sistematizar el saber acumulado en la identidad de los pobladores que han sido parte de importantes movimientos sociales y acciones colectivas. En este sentido, se entiende a la identidad más allá de su definición normativa, involucrando procesos constructivos, en tanto posibilita que cada individuo se presente y conecte con la comunidad a la que pertenece, así la identidad se perfila por el reconocimiento de otros, mantengan o no una presencia activa en la cotidianeidad. De acuerdo con Segovia (2007), la identidad es el resultado de la mutua determinación de las formas que el tiempo y el espacio asumen en una comunidad. Esto es, un saber referido al ser y hacer de los pobladores y que tiene la particularidad de dejar ver una continuidad entre la memoria subjetiva, la necesidad de asociarse, el lenguaje común y la acción colectiva. Por todo eso, no es un saber que cristalice como "saber en sí", ni se trata de un saber "objetivo", sino más bien es un saber vivo que encuentra la

realización en la multiplicidad y movimiento que circula en los proyectos de vida colectivos del barrio (Segovia, 2007).

La importancia de los movimientos sociales para generar cambios sociales a través de la participación local, ha sido crucial y de ello un buen ejemplo son las experiencias de organización de los pobladores en torno al problema de la vivienda y la batalla en la ocupación de terrenos para la construcción, propiciando procesos de conciencia y activación del movimiento social, permitiendo llevar adelante importantes innovaciones a nivel local.

7.9.1 Los pobladores en Chile

Los pobladores entraron en la vida social y política cuando comenzó a fallar la matriz sociopolítica asociada con la industrialización impulsada por los gobiernos Radicales y de corte centro-izquierdista desde la primera mitad del siglo XX, debilitada luego por las importaciones y las principales transformaciones políticas y económicas que se ponían en marcha. Las ocupaciones ilegales de tierras, tomas de terrenos o poblaciones *callampa* (chabolas) comenzaban a ser conocidas, pero aún no comprendían un gran número de personas. En 1952, este número ascendió a un 20% de la población, mientras que los habitantes de los barrios marginales de la ciudad alcanzaron a más del 60%. A mediados de la década del sesenta, el aumento de la migración rural-urbana, junto con las políticas de renovación urbana por los terremotos recurrentes que destruían parte del centro de la ciudad, empujaron a los nuevos inmigrantes a los márgenes de las ciudades. Así por ejemplo en Lota, las ocupaciones ilegales de tierras habían llegado a representar el 25% de los habitantes de la ciudad (Espinoza, 1988).

La toma es un proceso de ocupación de tierras lleno de tensiones que supone una fractura radical con las lógicas institucionales y el principio fundamental de las democracias liberales: la propiedad privada. Es un primer intento de construcción de barrio y en ese proceso, las historias y las

relaciones entre los pobladores se iban construyendo. Como analiza Wiesenfeld (1998) todos los esfuerzos de las personas que luchan por la vivienda conviven con el riesgo de desalojos violentos y esto les obliga a vivir en un estado de constante incertidumbre y miedo, pero también de mucha cohesión. La lucha colectiva por la vivienda y la propiedad de la tierra convirtieron las tomas en símbolo de la acción que omite los canales institucionales para abordar la cuestión de la vivienda. No pocos factores políticos y económicos se combinaron para reorientar la estrategia colectiva de la lucha por la vivienda (Espinoza, 1988). En general los pobladores fueron percibidos como un sector popular que todavía no había establecido alianza política alguna, en contraste con el mundo del trabajo industrial que había desarrollado una larga identificación con los partidos de izquierda. Fue así como poco a poco se acercaron a ellos, no obstante que el objetivo de los partidos políticos era establecer una relación clientelista con los pobladores (Espinoza, 1988; Pastrana y Castells, 1983).

A principios de 1960 considerables recursos públicos se dedicaron en Chile, a establecer una red de organizaciones intermedias para promover la autoayuda y la participación política entre los pobladores percibidos como marginales de la política formal. En un contexto dominado por la guerra fría y la revolución cubana, la pobreza se percibe como un peligro considerable para la estabilidad política y un terreno fértil para la penetración comunista de las sociedades en desarrollo. La respuesta de la política pública en la década del 60 y principios del 70 fue tratar de poner en práctica diversos programas para incorporar a los sectores marginales excluidos de los frutos del desarrollo. El énfasis en el carácter marginal de los pobladores era una variante de la teoría de la modernización en boga, que afirmó que la migración rural-urbana se determinó mediante un proceso de distorsión de la modernización. Esto se explicaba afirmando que en países de desarrollo tardío, las tendencias demográficas fueron distorsionadas por la adquisición de tecnologías modernas que frenaron las tasas de mortalidad, mientras que las de natalidad no experimentaron el descenso natural asociado con la

modernización. Estos acontecimientos dieron lugar a una fuerza de trabajo agrícola impulsada a trabajar a las ciudades. Gran parte de esta migración fue causada por la búsqueda de mejores oportunidades de vida en las zonas urbanas. Los mercados de trabajo eran incapaces de absorber los nuevos migrantes, alegando que las personas presentaban un marcado "atraso cultural" o falta de habilidades socioculturales y laborales para insertarse (Eisenstadt, 1968; Germani, 1961). Con este escenario, influenciados por la "cultura de la pobreza" católicos intelectuales latinoamericanos desarrollaron la teoría de la marginalidad para dar cuenta de toda esta pobreza que se expandía debido a los procesos de modernización (Lewis, 1959, 1965).

La toma de terrenos se desencadena a partir de 1967 debido al apoyo de los partidos a esta forma de acción colectiva. Sin embargo, a finales de la década del sesenta las relaciones entre los pobladores y el gobierno se habían deteriorado, porque el gobierno había recurrido a la intervención de los carabineros, policía militarizada, para detener las tomas de tierras, lo que trajo como consecuencia episodios de violencia con pobladores heridos o muertos, como en Santiago (*Herminda de La Victoria,* 1967) y Puerto Montt en 1969 (Pastrana, 1974).

El gobierno de Salvador Allende (1970 - 1973) con el apoyo de la Unidad Popular (UP), coalición de partidos de izquierda, lideró las capacidades del Estado productivo fomentando al mismo tiempo el proceso de organización y movilización popular con la finalidad de impulsar una revolución socialista por la vía democrática. El período de la Unidad Popular se ha definido como el intento heroico de imponer una transformación radical de la economía capitalista. De hecho, muchas de las medidas siguieron la profundización de la democracia y la intervención estatal en la economía establecida décadas atrás, como la reforma agraria y el control de la gran minería del cobre.

De 1970 a 1973 las tomas de terrenos se multiplicaron, con el consentimiento implícito de las autoridades. En este contexto, las tomas se percibían como instrumento para reivindicar un derecho legítimo. Durante esos años los partidos de izquierda y los pobladores se vincularon a plenitud y algunas poblaciones llegaron a experimentar formas alternativas de gobierno como la comunidad popular. Para apoyar estos procesos se crea la Promoción Popular, programa del Estado que consideraba la prestación de asistencia técnica, financiera y jurídica a las organizaciones de pobladores y obedecía a la racionalidad de la incorporación de grupos marginales en el sistema político y socioeconómico (Espinoza, 1988; Flota, 1985). Pero este esquema de organización nueva no impidió que los pobladores mantuvieran los vínculos con los partidos de izquierda y los sindicatos, de manera que la tramitación de las demandas a través del sistema de partidos, impidió una relación de patronazgo entre el Estado y los pobladores.

No era inusual que las tomas de terreno se organizaran con la ayuda de determinado partido, porque en aquel entonces era fundamental ganar la lealtad política del "campamento". La estructura de oportunidades es relativamente favorable para el movimiento de los pobladores hasta la década de 1970. La población urbana pobre había sacrificado parte de su acción autónoma para unirse a un movimiento popular más amplio en el extremo de una transmisión que conectaba con el Estado, el sistema de partidos políticos y organizaciones de masas. Pese a perder la autonomía, esta estrategia parece haber dado alto rendimiento a los pobladores organizados. Entre 1969 y 1973 un gran porcentaje de familias tuvo acceso a la tierra a través de las tomas de terreno (Espinoza, 1988).

La Unidad Popular puso sus esfuerzos en lograr el aumento de los pobladores con "conciencia" para unirse al proyecto de transformación dirigida por el proletariado industrial. En este sentido, los pobladores fueron definidos en relación con el mundo de la producción. Nadie podía ignorar el carácter territorial de los pobladores, lo que se convirtió en una condición de

relieve para la aplicación de políticas gubernamentales orientadas a hacer frente a la distribución de los bienes básicos, la unificación de precios y los abastecimientos. La fracción más radical de la UP también reforzó ese carácter, afianzando el control militarista de comandos comunales. La estrategia del poder popular refuerza las prácticas alternativas en las poblaciones, que pretendían la construcción de otros sistemas de relaciones sociales, para alcanzar una justicia y administración local que se apartara del diseño tradicional.

Los pobladores habían encontrado su identidad emergente en su interacción con el Estado y los partidos políticos dentro de una coyuntura específica, que reflejaba la polarización del sistema de partidos y una gran competencia por captar nuevos grupos. En cierto sentido a los pobladores se les concedió un perfil en el sistema de gobierno en donde estaban "vagamente definidos" en relación a las organizaciones urbanas pobres, cuya acción colectiva ayudaba al proceso de transformación de la sociedad. Su autonomía acusó los embates del proceso tal como señala Castells (1983, p. 209):

> [...] El movimiento de pobladores en Chile era potencialmente un elemento decisivo en la transformación revolucionaria de la sociedad, ya que podría haber logrado una alianza de la clase obrera organizada con los sectores no organizados e inconscientes del proletariado, así como con la pequeña burguesía en crisis. Por primera vez en América Latina, la izquierda entiende el potencial de los movimientos urbanos, y se enfrenta con la ideología del movimiento popular en su propio terreno, la instalación de la hegemonía política de los sectores populares urbanos. Pero minaron su unidad la forma

de esta iniciativa política, el exceso de politización y el perfil de organización de cada partido dentro del movimiento. En lugar de ser un instrumento para la reconstrucción de la unidad, el movimiento de pobladores se convirtió en un amplificador de las divisiones ideológicas.

El aumento de la competencia no se limitaba a la oposición al gobierno de la Unidad Popular. Reflejó también la división entre las facciones de la coalición divididas entre la más radical que apoyaba la difusión del "poder popular" para llevar a cabo la estrategia revolucionaria y la otra que quería seguir adelante con el programa de reformas graduales de la UP. La relación más estrecha con el Estado implica una compensación para los pobladores. Su capacidad para presionar por sus demandas se mejora por su inserción en la clase política del momento, en tanto que la autonomía de los pobladores también pagó las consecuencias de su sujeción a los partidos políticos. Sin embargo, la complejidad y heterogeneidad de los pobladores, así como las nuevas unidades territoriales les permitieron sobrevivir a la dictadura militar.

7.9.2 Los pobladores bajo la dictadura

La derecha se opuso activamente al gobierno de la UP mediante la retención de las inversiones y articulando las fuerzas sociales y políticas para propiciar el boicot. Junto con ello, la política de Estado que había impulsado la toma del control público sobre los principales sectores productivos, tensa las relaciones con los Estados Unidos que jugó un papel activo en el derrocamiento del gobierno del Presidente Salvador Allende en 1973. La influencia de los pobladores sobre el sistema político fue quebrada por la dictadura militar (1973-1990). En medio de la represión y el cambio del modelo de desarrollo, se produce el cambio del Estado de bienestar al subsidiario. La vivienda, que había sido la demanda principal y unificadora

de los pobladores, dejó de ser un motivo de preocupación del Estado, pasando a ser objetivo del mercado. La dictadura inicia una política de represión y exclusión hacia los pobladores a lo que se suman diversos procesos de racionalización y tecnificación de la política social. Se rompe la red de las organizaciones sociales y partidos políticos que servía como eje articulador en torno al Estado. La mayoría de las organizaciones comunales de los pobladores fueron disueltas entre 1979 y 1985 (Garretón, 2007).

A partir de ello, se obstruyeron sistemáticamente las oportunidades de participación política, lo que provocó la aparición de nuevas respuestas de supervivencia de los pobladores, ahora en forma de una vasta red de organizaciones pequeñas, de múltiples funciones, con identidad territorial y el apoyo de organizaciones no gubernamentales. Esto en un contexto político indiferente a sus demandas, con una drástica reducción de la prestación de servicios sociales. La mayoría de esas organizaciones con miras a preservar las condiciones básicas de vida y mantener una identidad popular, se vieron permanentemente asediadas y amenazadas por la censura. De esta manera, esas organizaciones añadieron una nueva dimensión al movimiento de pobladores en la medida en que alentó las prácticas de autonomía con respecto al sistema social y político más amplio (Hardy, 2004).

Al mediar la década del ochenta, los pobladores cumplen una nueva tarea. En el apogeo de la movilización social que precedió al proceso de transición en Chile, las pobladoras y los partidos políticos cerraron filas apoyando masivamente las protestas antidictatoriales. Posteriormente esta relación se deteriora cuando el movimiento popular percibe que las negociaciones políticas lo excluyen de sus intereses para volver a un gobierno civil.

La dictadura introdujo cambios radicales en las estructuras de representación y organización social. El sector privado se convirtió en el motor de la economía, mientras que el Estado mantenía un mínimo de

funciones de regulación abriendo la economía al comercio internacional, la desregulación y la privatización masiva de empresas públicas, tareas que se realizan en los primeros cinco años del régimen militar. El tejido social elaborado por las organizaciones sociales articulados en torno al Estado anterior se destruyó por completo. Las organizaciones tradicionales de los sectores populares, tales como los sindicatos de empleados industriales y públicos, fueron los más afectados. Las organizaciones empresariales, sin embargo, superaron los efectos de debilitamiento de su dependencia corporativista anterior y llegaron a ser más coherentes en este período, desempeñando un papel primordial después de la crisis económica de 1983 (Silva, 1998; Campero, 1991).

La represión fue otra de las características sobresalientes de la relación en la relación entre el Estado autoritario y los pobladores. El régimen militar reprimió toda actividad política. La persecución, el encarcelamiento, el exilio o la muerte se convirtieron en una amenaza diaria de los antiguos dirigentes sociales y militantes de la izquierda chilena. Las organizaciones de pobladores fueron prohibidas. El cierre del espacio político anuló el papel de los mediadores políticos entre los actores sociales y el Estado. Frente a la represión intensa, la reconstrucción de las confianzas entre los pobladores y los partidos políticos se convirtió en una actividad paralela y clandestina y las relaciones de los pobladores y el movimiento obrero se rompieron.

Pese a que las organizaciones territoriales, tales como los consejos vecinales y centros de madres no fueron aniquiladas, gran parte de sus dirigentes fueron removidos y luego, rigurosamente controlados para impedir la actividad política. En este contexto, las tomas de terreno desaparecieron hasta mediados de 1980. El movimiento social de base territorial, cuyas demandas principales se centraban en demanda de servicios básicos y de vivienda también se desarticuló porque que el gobierno militar inició la descentralización para lograr el control sobre los actores sociales de base territorial como los pobladores, lo que además se adecuó a la

nueva ideología neoliberal que apoyaba la reducción del papel del Estado en el área social y la privatización de los servicios.

La descentralización y el nuevo objetivo de la política social a la lucha contra la pobreza extrema también tuvieron un fuerte impacto en la vivienda y en la unidad histórica de las poblaciones. En 1975 el gobierno creó en la comunidad comités de vivienda encargados de diseñar "soluciones de vivienda social". Organizado por el alcalde de un consejo de comunidad, el comité tenía facultades para expropiar, vender, alquilar, construir inmuebles, conceder préstamos y entrar en acuerdos legales con el apoyo técnico del Servicio Nacional de la Vivienda (Castañeda, 1992; Pozo, 1987). En la práctica, los comités eran bastante arbitrarios e intervenidos por el gobierno autoritario y de este modo se convirtieron en la primera herramienta para el reasentamiento de pobladores hasta su disolución en 1979, cuando el SERVIU asumió su función. El programa continuó, centrado especialmente en poblaciones de comunas acomodadas. Con la desregulación de los mercados del suelo urbano, los pobladores fueron expulsados de los terrenos que empezaban a adquirir mayor valor. En 1982, los datos del censo de población se utilizaron para construir un Mapa de Pobreza Extrema, que reveló su distribución espacial, lo cual se utilizó para un programa de erradicación y reubicación de campamentos (Legassa, 1992). De acuerdo con Morales y Rojas (1987) entre 1979 y 1985, más de 30 mil familias que vivían en precarios campamentos fueron retiradas por la fuerza y reubicadas fuera de los límites de las comunas en las zonas periféricas.

No obstante, los reasentamientos no disponían de todos los recursos esperados para aliviar la pobreza, así los municipios más pobres se convirtieron en receptores de la mayor parte de la reubicación, causando gran presión sobre los escasos presupuestos municipales y en los índices de criminalidad. Mucho se ha debatido con el paso del tiempo, que el propósito subyacente de los desalojos era ejercer un control más estricto de los movimientos territoriales urbanos. Los reasentamientos finalmente

rompieron los lazos de comunidad histórica de muchas poblaciones, cuyos habitantes aislados de cualquier potencial acción colectiva, tenían que estar definidos a unos nuevos límites territoriales, lo cual incidió también en la identidad y memoria colectiva que habían forjado juntos (Morales y Rojas, 1987; Pozo, 1987; Morales, 1987).

A pesar que el perfil político de los pobladores se fue desfigurando y muchas de las organizaciones que surgieron durante el período militar no lograron consolidarse, para muchas otras el trabajo en las organizaciones populares continuó durante la democracia el mantenimiento la identidad, a pesar de todas las predicciones. Oxhom (1995) argumenta que en los pobladores se desarrolló una identidad colectiva en torno a lo popular, que comprendía un concepto de prójimo o vecino, o un sentido de pertenencia a una comunidad y las consiguientes prácticas de reciprocidad, demanda del consumo, o un conjunto de necesidades insatisfechas como el empleo, salud, vivienda, servicios urbanos, oportunidades de vida o el derecho a la educación y a la integración y finalmente, un concepto de los derechos humanos que involucran la vida, la organización y la libertad de expresión.

El desarrollo de esta identidad es a la vez una reacción y una superación creativa de las exclusiones dictatoriales (Oxhom, 1995). La exclusión radical de la que fueron objeto los pobladores en tiempos de la dictadura, reforzó los componentes básicos de esa identidad. Antes del régimen militar, los sectores populares incluyendo pobladores, campesinos y obreros industriales, habían afirmado su peso y valor en lo político, social y cultural. Frente a la dictadura surgió la resistencia de los sectores populares. El espacio de lucha contra esta "invisibilidad" social, dado el estricto control sobre el espacio público y el lugar de trabajo, fue naturalmente el barrio y la población. Oxhorn (1995) señala que el movimiento de pobladores se sustentó sobre dos variables: el nivel de la acción colectiva y la fuerza de la identidad colectiva, logrando mantenerse autónoma para definir sus objetivos.

El espacio natural de las luchas sociales contra esta invisibilidad dado el estricto control sobre el espacio público fue el barrio, la población, la toma de terreno, donde en palabras de Zibechi (2011):

> La legitimidad ocupa el lugar de la legalidad y el valor de uso de la tierra prevalece sobre el valor de cambio. Con esa acción un colectivo invisibilizado se convierte en un sujeto político social (…) la autoconstrucción de viviendas y del barrio significa la apropiación de los pobladores en un espacio en el que habita en adelante un "nosotros" que se erige como autogobierno de la población (Zibechi, 2011, p. 35).

Siguiendo con el tiempo de la dictadura, en consonancia con la disminución del papel del Estado, la inversión pública en las políticas sociales también descendió, como indican Raczynski y Cominetti (1994, p. 32) se redujo de 22% del PIB en 1970 a un 14% a finales de 1980:

> Salud, educación y vivienda fueron los más afectados por la reducción de la inversión pública. No obstante, dos ámbitos políticos no experimentaron una rebaja significativa de los recursos fiscales, la seguridad social y los programas de emergencia y de asistencia dirigidos a la extrema pobreza. La nueva reorganización del Estado en administraciones locales y regionales, además de la disminución de los recursos, tuvo como resultado un fuerte deterioro de la salud y los servicios educativos, especialmente de las zonas más pobres, lo cual

aumentó la inequidad (Cox y Lemaitre 1999).

Las reformas de política social trajeron consigo cambios radicales en la relación Estado - sociedad civil. El Estado de bienestar se transformó en Estado subsidiario que reduce su participación en las políticas sociales, transfiere la responsabilidad de la prestación de servicios al sector privado y promueve la retirada de todas las áreas de bienestar público que se habían definido como derechos sociales. Esto terminó con la idea de un Estado como objeto de las demandas sociales.

Con la adopción de la técnica de selectividad en la política social, el Estado promovió su aislamiento de la presión social o política organizada. La definición de los beneficiarios de las políticas sociales quedó sujeta a los criterios técnicos de acuerdo a los parámetros proporcionados por los indicadores de pobreza. Esta orientación dispuso redefinir a los sujetos de las políticas sociales como grupos específicos de la población que compartían un conjunto común de necesidades no cubiertas. Se abandona la idea de los grupos sociales como los principales temas de atención estatal en políticas sociales.

Para los pobladores, finalmente, el Estado se convirtió en un objetivo difícil de alcanzar. En ese contexto, las tensiones, desigualdades, injusticias sociales eran permanentes:

> Una menor participación del Estado en la refundación de la política social, avala la erosión de la red de seguridad pública, que vinculada con tasas sostenidas de desempleo desde 1975 produce el deterioro de las condiciones de vida en las poblaciones. El déficit habitacional aumentó de un poco más de 500.000 unidades en 1970, a 857.600 en 1980 y 1.130.600 en

> 1987, afectando respectivamente a 27,6%, 36,1% y 39,8% de las familias chilenas. En 1984, se estimó que casi 60 mil familias vivían con otros familiares como allegados (Hardy, 1989, p. 251).

Al final de los diecisiete años de oprobio, crímenes de espanto y saqueo de fondos del Estado, el 41,2% de las familias chilenas sobrevivían en pobreza extrema, en comparación con el 28,5% de 1969 (Schkolnik, 1989, p. 419). A mediados de 1980, los municipios eran el vínculo entre el Estado y los pobres urbanos. El papel de los municipios en la aplicación de las políticas sociales generó este vínculo, en donde la aplicación de la ficha CAS, índice para medir las necesidades socioeconómicas, era requisito de aplicación a cualquier programa social, ya fuera de servicio social o de subsidios. El municipio se convirtió en ruta casi exclusiva de los servicios sociales para los pobres. El clientelismo no estuvo ausente de la aplicación de los programas sociales del gobierno y en algunos casos hubo abierto intentos para obtener el apoyo popular al gobierno militar.

La relación de los pobladores con los gobiernos locales nuevos durante el gobierno militar fue una mezcla de control y clientelismo. Los pocos indicadores con los que se contaba, mostraban una participación limitada de los pobladores en las instituciones de los gobiernos locales, tales como las juntas de vecinos y una mayor tasa de participación con los proveedores de servicio, tales como los centros de madres. Esto no sorprende, teniendo en cuenta que los espacios de participación fueron estrictamente controlados en los primeros años de dictadura. A modo de ejemplo, debido a consideraciones estratégicas, el gobierno autoritario designó a todos los alcaldes de los municipios, así como a todos los representantes de las organizaciones sociales.

Frente a la política de exclusión territorial, los pobladores desarrollaron nuevas prácticas de organización que desafiaron la fragmentación y la desmovilización impuesta por el gobierno militar. Poco después del golpe de 1973, aparecen las organizaciones de autoayuda en las poblaciones como una respuesta de supervivencia para hacer frente a las necesidades básicas, el desempleo, la escasez alimentaria y las necesidades de protección frente a la represión. Se organizan comedores comunitarios, infantiles y populares, organizaciones de desempleados, bolsas de cesantes y talleres comunitarios. A modo de ejemplo, en 1985 había más de mil organizaciones de base no oficiales en las poblaciones de la Región Metropolitana de Santiago. El 46% eran organizaciones para gestionar las necesidades básicas de consumo, comedores comunitarios, cooperativas de alimentos, el 30% fueron talleres, el 18% grupos de mujeres, salud y vivienda. Estas organizaciones eran integradas en su mayoría por mujeres (Razeto et al., 1986).

Alrededor de 1978 y tras la constatación de que el régimen autoritario no iba a ser de corta duración, las organizaciones trataron cuestiones anteriormente vistas por el Estado, tales como la educación, la vivienda, la nutrición y la salud. De acuerdo con Razeto (1989) estas prácticas de organización que realizaron los pobladores se pueden agrupar en dos tipos de estrategia: en desarrollo comunitario, que se centró en el fortalecimiento de la comunidad independiente del Estado, y en una estrategia de supervivencia, destinada a hacer frente a necesidades urgentes como el hambre, el desempleo y la salud (Espinoza, 1985). Estas organizaciones, basadas en los principios solidarios de ayuda mutua y la defensa de una identidad comunitaria, se extendieron por todos los barrios populares (Razeto, 1989).

De 1983 a 1986, las protestas contra el gobierno se propagaron por todo el país, ayudando a viabilizar la transición a la democracia (De la Maza y Garcés, 1985). Esto implicó la recomposición de alianzas políticas iniciadas

en 1983 para oponerse a la dictadura y el posterior retorno a la democracia. Los pobladores participaron activamente en esta fase encaminados a presionar al Estado dictatorial a través de acciones de confrontación. Las tomas de terreno se reanudan poco a poco, los pobladores no sólo organizan y promueven el movimiento de protesta, también comienzan a sumar a más organizaciones políticas, como el Movimiento Poblacional Dignidad, el Movimiento Poblacional Solidaridad y la Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales (COAPO). Cada una de estas organizaciones estaban vinculadas a los partidos políticos: Dignidad a la Izquierda Cristiana, Solidaridad con la Democracia Cristiana y la COAPO al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Espinoza, 1985; Morales y Rojas, 1987; Pozo, 1987).

Estas organizaciones parecían ser la respuesta adecuada a los pobladores que iban a participar con su propia voz en las negociaciones para poner fin al régimen militar. Sin embargo, el nuevo compromiso de la política y el mundo social resultó ser un proyecto complejo. Hay poca discusión sobre la ingratitud con la que actuaron los partidos políticos hacia las organizaciones de pobladores. El caso más conocido es el Comando Unitario de Pobladores (CUP) creado en 1986 para garantizar la participación de los pobladores en el proceso de transición, pero llevado a su desaparición en 1988 por los partidos políticos, en donde, la directiva fue desgarrada por luchas internas partidistas, hasta que hubo una solución de compromiso que ayudó a conservar cierta autonomía para el movimiento de pobladores (Campero y Cortázar 1988; Oxhorn, 1991, 1994 y 1995; Angell 1991).

La separación prolongada de los acuerdos con los pobladores instituyó un nuevo abismo entre ellos y las élites políticas que pronto iban a gobernar. La participación de los pobladores en las protestas había puesto a trabajar las prácticas de defensa territorial que habían desarrollado durante los años

de exclusión. Bloqueos de carreteras, barricadas y la resistencia a la violencia del Estado convirtió a muchas poblaciones en campos de batalla.

Durante las protestas, el gobierno movilizaba tanques, helicópteros, policía y ejército para reprimir. La reacción de los pobladores era compatible no sólo con la violencia que el Estado ejercía en su contra, sino también en sintonía con una de las alternativas de competencia política para poner fin a la dictadura: la insurrección de masas, impulsada principalmente por el Partido Comunista, que había adoptado una estrategia insurreccional desde principios de los 80. A diferencia de otros actores sociales, el éxito del PC reflejó su influencia entre los pobladores contra la violencia institucional. La represión del movimiento obrero tuvo la consecuencia involuntaria de la mejora de las raíces del PC en las poblaciones, puesto que se abocaron a la defensa organizada de las mismas durante la dictadura. (Schneider, 1988; Oxhorn, 1991).

Con la exposición mediática que el gobierno autoritario difundía sobre la violencia de las protestas en las poblaciones, llegó un fantasma casi olvidado de los pobladores "el estigma de las masas marginales", que aparecían con una desorganizada violencia por su prolongada exclusión social. Las clases medias y el Partido Demócrata Cristiano en particular, expresaban sus temores en torno a la exclusión radical de los pobladores, la cual podía explotar en cualquier momento con demandas y violencia desmedida. En 1985, Eugenio Ortega, entonces secretario general del partido DC, advirtió: "[…] hasta ahora nadie puede imaginar los niveles de agresividad que puede estar creciendo en el mundo popular que ha experimentado un proceso tan largo de la opresión" (Oxhorn, 1995, Pág. 208). No obstante, muchos pobladores no apoyan la estrategia de acción colectiva para superar los problemas, ni la participación en la violencia de las protestas contra el régimen (Schneider, 1988). Lejos de abrazar un proyecto de transformación radical, según Tironi (1989) los pobladores ansiosamente esperaban su incorporación política y económica al sistema:

> Sobre la base de una encuesta realizada en 1989, son los principales interesados en la obtención de la protección garantizada por el Estado de Derecho, así como las oportunidades de integración social que una política democrática institucionalidad les ofrece (Tironi, 1989, Pág.431).

La postura insurreccional puso en tensión las relaciones de los pobladores entre ellos y con la oposición política y terminó por separar las organizaciones políticas de los pobladores y otras formas de organización. Las relaciones de los pobladores y los partidos políticos de la Concertación estaban plagados de un sentido de desconfianza, especialmente después de su participación en el movimiento de protesta de masas, lo que implicó costos muy altos. La percepción generalizada entre los pobladores sobre los partidos políticos es que en lugar de respetarlos en su autonomía organizativa y ayudarlos a alcanzar sus metas, manipularon las organizaciones para conseguir sus propios objetivos partidistas.

7.9.3 Los pobladores después de los noventa

Posterior al plebiscito del 88 se pudo dar pie a una transición negociada en donde se habilitó a los políticos de la Concertación (coalición de opositores a la dictadura) para iniciar la democracia. En el caso de los pobladores, se socavaron en gran medida sus posibilidades de lograr sus demandas, pese a que Oxhorn (1995) afirma que este movimiento de pobladores estuvo a punto de convertirse en un movimiento social en 1987, pero que no obstante dos años más tarde, luego de la influencia del plebiscito del 88 y el comienzo de un reordenamiento político, los niveles de la acción colectiva disminuyeron haciéndoles más propensos al clientelismo (Mideplan, 2001). La transición pactada, impone limitaciones institucionales a la participación

política de los sectores populares que pone freno a la movilización social y a la demanda de derechos civiles, en palabras de Torcal (1998): "Fue una transición pactada y uno de los precios del pacto era que las cuestiones de redistribución se tomaron fuera de la agenda y al margen de las organizaciones sociales" (p. 17).

De este modo, el período de transición postdictadura no trajo grandes beneficios para los pobladores. La mayor parte de su energía social se había invertido en el movimiento de protesta que a pesar de que ayudó a conseguir el período de la transición, configuró una imagen de los pobladores como aliados políticos "poco fiables" debido a la percepción de violencia de su acción colectiva. Además, eran próximos al Partido Comunista que mantuvo una presencia permanente y leal en las poblaciones, pero cuya estrategia política fue finalmente condenada. Las organizaciones políticas de los pobladores fueron suspendidas o excluidas por los imperativos de una transición que requirió muchos sacrificios, en el sentido de ir recuperando los espacios democráticos a cambio de no enjuiciar el pasado. Así cuando se retornó a la democracia los pobladores tuvieron que manifestarse al margen de la incorporación política y muchas organizaciones ya no buscaron a las instituciones políticas como un referente para la acción del movimiento. De este modo señala Cohen (1995) estas organizaciones dejaron al Estado fuera del terreno social, desarrollando aún más la autonomía de los pobladores con las instituciones públicas, lo cual en palabras de Valdés (2000) era un signo de la extraordinaria flexibilidad demostrada por el movimiento de pobladores.

La "modernización" del Estado a partir de los años 90 redefinió las políticas sociales. El énfasis se puso en una asistencia dirigida a los más necesitados, bajo normas de estricta focalización y privatización de los servicios sociales, en lo que Castañeda (1992) resume:

> Todas las reformas sociales de Chile se basan en cinco

> principios comunes que definen los roles del Estado y el sector privado, los principales beneficiarios de los programas sociales, y la financiación y el funcionamiento de programas. *En primer lugar* el social, el gobierno debe orientar los subsidios a los sectores más pobres de la población y no a satisfacer las necesidades básicas de toda la población, muchos de los cuales pueden satisfacer sus necesidades básicas por sí mismos. *En segundo lugar,* los servicios sociales deben ser proporcionados por los municipios y el sector privado, que están más cerca de los beneficiarios que en el gobierno central. *En tercer lugar,* la financiación de los servicios sociales debe basarse en los servicios prestados y no en las asignaciones presupuestarias de base histórica. *En cuarto lugar,* las subvenciones se deben dar directamente a los beneficiarios y no a los proveedores y debe estar en la forma más directa, las subvenciones por adelantado (como bonos) en vez de indirecta, subsidios (por ejemplo, menor a las tasas de interés de mercado). *En quinto lugar,* el sector público debe realizar sólo aquellas actividades socialmente rentables y que ninguna de las partes del sector privado está dispuesto a ofrecer (Castañeda, 1992, p. 13).

El supuesto que subyace en estas políticas es la comprensión de la pobreza como individualización de los problemas, desatendiendo la experiencia acumulada del capital organizativo de los pobladores, homogeneizando, estigmatizando, y concediéndoles una territorialidad en la que se asume que los sujetos no podrán separarse de su precariedad. De

este modo, trasladar el problema de la pobreza a los márgenes parece ser más sencillo que intervenir en los procesos que la producen, teniendo en cuenta que esto exige un tratamiento político. De ahí que la política de los programas sociales no sólo sean insuficientes para la integración social, sino que representan un dispositivo de legitimación de las coordenadas política-económicas que a partir del mercado producen fragmentación social y marginalidad.

Las reformas del Estado en Chile, llevan a las organizaciones de pobladores a utilizar su experiencia organizativa en el autogobierno y la autogestión de servicios de pequeña escala. Esto deja ver la emergencia de un modelo de organización local que resiste las políticas públicas asociadas a una gestión elitista que favorece la participación individual-técnica y que toma decisiones centralizadas que se oponen a la deliberación pública, esto es, sin propiciar la participación de las organizaciones de pobladores en la política local.

Las políticas desde ese momento favorecieron la fragmentación organizativa, la desactivación selectiva y el clientelismo. No obstante ello, las organizaciones de los pobladores desarrollaron un tipo de participación deliberante que combinó la adaptación innovadora de sus dirigentes para resolver las demandas locales más urgentes a través del uso extensivo de las redes y la participación directa. Esto propició la generación de espacios pre-políticos que allanaron el camino para que las organizaciones de pobladores ampliaran la toma de decisiones a nivel local. En sus lógicas internas de cooperación, la comunidad y sus pobladores dieron cuenta de una demanda local de participación a partir del uso extensivo de las redes de autoayuda.

El modelo de intervención impulsado por el Estado ignoró de esta forma las virtudes de la política social que surgió en las poblaciones. Los pobladores emergen así de la transición con una mezcla de organización

compleja, lejos del movimiento social unificado del pasado. Sus opciones en la transición, así como el carácter negociado de la misma, no dio lugar a sus demandas, así a mediados del 90 el movimiento poblacional permanece en su mayoría al margen de la política nacional.

Posteriormente, más de dos décadas de gobierno democrático por una coalición de centro-izquierda no logró un contexto político de oportunidades. Actualmente, en el contexto de las políticas sociales ejecutadas por el gobierno y el conocimiento sobre las situaciones del movimiento de pobladores es mínimo. Abocados a la profesionalización de la pobreza, desde el Estado ahora aportan un discurso técnico más sofisticado. La retórica de las políticas sociales sigue siendo inspiradora sea cual fuere la escala de impacto del programa o proyecto que se postule: "el trabajar con sentido de urgencia por erradicar la pobreza y disminuir la vulnerabilidad en Chile" (FOSIS, 2012). No obstante, en la práctica este sentido de urgencia tiene como característica central la promoción de un tipo de subjetividad que se tutela desde la lógica de lo inmediato y de acuerdo al mercado.

El uso y abuso del carácter declarativo de estos proyectos lleva a interrogarse acerca de cómo y en qué medida estos modelos ponen en juego los criterios de inclusión social que hay tras estos programas, así como la concepción del otro en situación vulnerable y los códigos de relación que validan el estilo del vínculo entre el Estado y sus "usuarios". En muchos sentidos, estas intervenciones logran finalmente cristalizar las identidades de los usuarios.

Estas nuevas identidades (o no tan nuevas) son por ejemplo los agentes sociales entrevistados en este trabajo. Líderes y dirigentes comunitarios de organizaciones de pobladores, antaño actores políticos relevantes, hoy demandados para resolver, apoyar e incentivar la participación comunitaria como eje para la resolución de las necesidades, como pequeños proyectos productivos, alumbrado público y construcción de veredas. Así el Estado

pareciera apoyar su ejecución en programa de focalización para pobres "exclusivos" y adecuados para ir desde la marginalidad a una "pobreza meritoria".

La importancia dada a los agentes sociales no es casual, sino que se enmarca en los signos de los tiempos, regidos por la filosofía neoliberal en donde la movilización social ya no es el eje de las políticas participativas. La participación hoy responde más a una "representación" despersonalizada en donde los actores sociales o dirigentes son representantes ineludibles de la población objetivo, así la política pública también precisa de representantes o subalternos. Spivak (2009) ofrece una reflexión sobre el dilema de los subalternos y del déficit de legitimidad, proponiendo una ruptura tal que nos permita generar condiciones de posibilidad que den más cabida a los mundos de vida cotidiana de los pobladores. En palabras de Marinas (2007) se trata de saturar esa distancia si es posible, entre las decisiones sistémicas y nuestros espacios vitales, personales y comunitarios.

En este sentido, si bien los programas a los que se alude en este trabajo tienen referencias concretas a proyectos que se implementan desde el Estado chileno, son demostrativos de las lógicas que subyacen muchas de las políticas compensatorias que recorren América latina, con gran influencia de los organismos bilaterales de cooperación, especialmente del Banco Mundial (BIRD). Así comparten una misma concepción y construcción de la alteridad pobre y una misma prioridad en las acciones basadas en el "incremento del capital humano" que es la noción de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). También cabe recordar que es Sen (2000) quien incorpora la perspectiva de capacidad humana, aludiendo al capital humano, en donde se localizan las acciones de las personas para aumentar las posibilidades de producción, esto es, las cualidades humanas utilizadas como capital para la producción (Stein, 2003).

Todas estas construcciones se han situado en el corazón del imaginario social sobre la pobreza y sus instrumentos, constituyendo en ese universo representaciones cristalizadas y legitimadas de las jerarquías, los estilos de dominación y los conflictos que se despliegan en el escenario de actuación de los programas. Cada actor, cada agente social tiene su razón de ser, una identidad en la que se comparten valores, se modelan conductas individuales y colectivas. Así las formas simbólicas conforman un campo común en donde se articulan las imágenes, las ideas y las acciones de las personas. Siguiendo esta línea, los proyectos y programas que descansan en la figura de los agentes sociales, se constituyen en dispositivos políticos y sociales que promueven un modo de relación de las organizaciones, propiedades y otras pautas naturalizadas, que repercute en la subjetividad de todos los actores implicados. Así estos programas más allá de los resultados que obtienen, actúan en lo que se podría llamar el "espacio formativo" de la población a la que se orientan.

En este escenario es donde se propicia un estilo de relaciones entre el Estado y las organizaciones de pobladores que estimula la gestión cooperativa de las necesidades básicas de la población. No obstante, aún bajo esta nueva subsidiariedad el poder gubernamental en la constitución de las identidades de los "beneficiarios" es total, incluso cuando la intervención sea sutil, indirecta, o menos ligada a aparatos administrativos (Castells, 1997).

El Estado termina imponiendo visiones y divisiones en capacidad de influencia para determinar la focalización de personas y grupos beneficiarios dentro del espacio social y para negociar e imponer criterios de apoyo técnico y económico. Más allá de los beneficios logrados por los pobladores cabe preguntarse si ello cambia radicalmente lo que ya estaba constituido antes por ellos mismos, o si cambian sus grados de autonomía en un mercado asistencial despolitizado y con una agenda prefijada de propuestas, o si los proyectos contribuyen a la consolidación de nuevas formas de organización

social y de defensa de identidades colectivas o si es preciso agradecer al Estado por facilitar fondos o por permitir que los pobres manejen el dinero para las obras, porque ello tiene algo que ver con una relación horizontal o es justamente lo contrario.

En este sentido queda la interrogante sobre que tipo de subjetivación es la que se construye efectivamente entre beneficiarios y benefactores bajo una representación de la comunidad con débil autonomía y acotada al campo de la pobreza. Sin duda, estos programas y proyectos sociales no apelan a la revalorización de las organizaciones de los pobladores, sino más bien, adscriben una concepción de ciudadanía acotada y referenciada por una agenda restringida y centrada en el fortalecimiento de las capacidades y habilidades individuales de los más pobres para adquirir bienes, servicios y capacidad de gestión para demandar y tramitar lo que los programas proponen. Y es así como el ciudadano objetivo de las propuestas aparece como un "cliente" de la oferta estatal de programas y no como un sujeto de derechos políticos y sociales.

8 METODOLOGÍA

Este estudio se enmarca en los métodos de carácter cualitativo-descriptivo, presentando el desafío de trabajar con estrategias comprensivas que reconozcan la diversidad de mundos de los sujetos sociales. Rescata los procesos reflexivos de los sujetos estudiados, en quienes la dimensión biográfica adquiere un rol básico para describir la realidad que se está abordando (Denzin y Lincoln, 2005; Flick, 2006).

La investigación la realicé en la comuna de Lota entre los meses de abril y septiembre del año 2010 con dirigentes vecinales de largos años de experiencia y trayectoria de interacción con organismos gubernamentales y no gubernamentales para la implementación de diversos programas sociales.

La decisión de usar esta metodología, es porque se trata de una orientación coherente y consistente con el objetivo de la investigación que desarrollo y especialmente adecuada a los sujetos de investigación, comunidades urbano - populares y rurales con amplia experiencia que rescatar en sus relatos y su cotidianeidad. Este tipo de aproximación ayuda a comprender el proceso vivido por una comunidad durante el recorrido de su relación con el Estado. Es una perspectiva que busca comprender el sentido que los narradores dan a sus acciones, lógica que organiza su vida cotidiana, forma de relacionarse con los otros y vínculo con las instituciones. La investigación no es un estudio de impacto, ni de evaluación, o de sistematización, sino un trabajo cualitativo, sustentado en una muestra significativa, que aporta una mejor comprensión de los procesos de intervención estatal en localidades pobres. Es un trabajo que escucha los testimonios biográficos de los involucrados en procesos de intervención social. En la práctica, se sustenta empíricamente en la opinión y la memoria de pobladores participantes, todos actuales representantes de organizaciones de la sociedad civil.

A modo de aclaración conceptual en esta tesis, entenderé este tipo de organizaciones como un movimiento social que ha de comprenderse en sus propios términos, es decir, definidos desde "sus prácticas y discursos", en relación a los procesos sociales a los que parecen estar asociados, no situándolos desde un componente teórico extrínseco, sino más bien, desde su vinculación con el contexto histórico al que pertenecen. Esto es, organizaciones que actúan colectivamente en la esfera pública para expresar sus intereses colectivos, alcanzar sus metas colectivas y demanda de decisiones del Estado. Lejos de idealizarlo, es necesario tener presente que un movimiento de este tipo no es homogéneo, sino por el contrario, está siempre referido a su contexto, haciendo suyas las contradicciones a las que puede enfrentarse. Es posible situar el análisis desde sujetos concretos, quienes a lo largo de la historia de Lota han tenido protagonismo en el curso

que ella ha tomado y que permiten ejemplificar y dar contenido empírico a mi reflexión.

Por su parte, desde la psicología social se han implementado y legitimado diversas formas de investigación cualitativa que buscan ahondar en acercamientos más comprensivos e interpretativos a la realidad social, situando como componentes principales las dimensiones subjetivas e intersubjetivas de las problemáticas sociales (Garay et. al, 2002). La pretensión inicial de estas formas de acercamiento, buscan visualizar la voz de los actores sociales marginados, social y políticamente, de modo de producir saberes disidentes, apartados o en franca resistencia a los oficiales. Es en este sentido que me interesa la aproximación biográfica, ya que permite establecer, en el desarrollo de la investigación, relaciones de implicación entre el investigador y los sujetos involucrados, es decir, permite una relación más horizontal en la forma de entender la producción de conocimientos. Sin embargo, la ética y la reflexividad de la investigación me invitan a detenerme un momento y advertir que estas herramientas han sido utilizadas en diversas oportunidades para fines de intervención y que ello, por paradójico que parezca ha mermado otro tipo de ordenamiento:

La década de los ochenta se caracterizó por los estudios testimoniales de los sin voz y la efervescencia de los movimientos sociales en el país. En este contexto, se recopilaron historias de vida de mujeres y hombres, pobladores y campesinos, que solitaria u organizadamente encontraban los medios para sobrevivir a las duras condiciones que esos tiempos imponían:

> (…) Hacia finales de los noventa, los estudios biográficos se constituyen fundamentalmente un método de investigación, pero también una herramienta de formación y diagnóstico en experiencias de intervención social y formulación de políticas principalmente desde entidades estatales encargadas de

formular políticas públicas para sectores sociales definidos por el Estado como prioritarios, como las mujeres, los jóvenes y los pobres (Márquez y Sharim, 1999, p.9; citado en Fernández, 2006, p. 2).

Todo dispositivo metodológico puede ser orientado hacia el modelo intervencionista, con la focalización de los problemas sociales bajo la forma de programas sectoriales, lo que puede significar un retroceso de los movimientos y transformaciones que se puedan estar gestando, movimientos que en general tienen su base en los movimientos populares. De esta manera, se trata de observar y analizar cómo se ha transitado desde la promoción de un saber crítico y de la acción colectiva, hacia un modelo del tratamiento individualista de la pobreza, centrado exclusivamente en las unidades familiares, con políticas de focalización sectoriales que orientan los proyectos hacia emprendimientos autónomos. En este sentido por ejemplo, el estudio de Cordero y Rocca (2007, Pág. 122) llama a estas formas modelos de desesperanza que son "formas cognitivas aprendidas de responder a la marginalidad (…) anclas de la lógica de la pobreza, basadas en la desconfianza aprendida como una estrategia de sobrevivencia".

Sin duda como he intentado describir, todo esto se relaciona con lo que ocurrió en Chile. Durante la década de los noventa, la transición a la democracia y el giro de la investigación cualitativa hacia el diagnóstico de los problemas sociales y la elaboración de políticas públicas tuvieron como consecuencia neutralizar el carácter muchas veces contestatario de las voces de los actores sociales en pos de la gobernabilidad, aunque muchas veces esto no era tan sencillo, puesto que como señala Salazar (1999) se trataba de "sujetos que ya no eran dóciles portadores de datos objetivos, sino díscolos generadores de infecciones intersubjetivas, como autonomía, movimiento social, soberanía, comunidad local, etc." (Salazar 1999, p. 203), así también Fernández (2006) señala:

> La voz de los actores sociales se convierte en un elemento incómodo cuando ésta se aleja de los preceptos de una política pública que busca la inserción de estos actores en una estructura social cada vez más alejada de la conflictividad social. (…) Al mismo tiempo que la política estatal convertía a estos actores sociales en meros beneficiarios de las políticas públicas, la utilización de métodos cualitativos para investigar los convertía en meros informantes, quitándoles toda la agencia y el protagonismo logrados en las luchas de la década anterior (Fernández, 2006, Pág. 3).

En este sentido, espero haber seguido la recomendación que señalan algunos autores sobre la imposibilidad de pretender asepsias políticas en los estudios cualitativos y biográficos. Si bien estos nos permiten dar la voz a los agentes, son también unos dispositivos de saber y de poder y como tales, a la vez un instrumento de dominio mediante el acceso al conocimiento de la vida (Denzin, 1991). Así estos autores sostienen que: "el proceso de investigación cualitativa comienza con el reconocimiento, por parte del investigador de su condicionamiento histórico y sociocultural, y de las características éticas y políticas de la investigación" (Denzin y Lincoln; 1994, Pág. 12, en Valles, 1998).

Otro aspecto que me gustaría agregar, es al que refieren Ruiz Olabúenaga e Ispizúa (1989) quienes ponen el acento en un tipo de investigación en el que el sujeto asume una posición de observador, investigador y participante, implicado en el contexto social al que se accede. Esto significa en resumen, poder "situarse, orientarse, sumergirse,

acercarse, contactar con el núcleo, el foco, el centro del problema" (Ruiz Olabúenaga e Ispizúa, 1989, Pág. 63) y también por ello, es importante poner de relieve la posición del investigador, tal como Montenegro y Pujol (2008, p. 87) nos comentan:

> Teniendo en cuenta que el conocimiento es inmanente a nuestra posición, lo relevante de la investigación etnográfica no se localiza en la otredad del objeto de estudio, sino más bien en la otredad que emerge desde la posición de la persona que investiga. Tener en cuenta las interpelaciones del campo y los efectos corporeizados de tales interpelaciones supone incidir en la posición del investigador para poder comprender las posiciones de sujeto que se pretende estudiar. Desde esta perspectiva, el diseño de investigación debe tener en cuenta las posiciones de sujeto que se toman y las comprensiones localizadas y corporeizadas que de ellas se derivan (Montenegro y Pujol, 2008, p. 87).

Así el enfoque asumido en mi investigación no solo se centra en analizar las narrativas individuales o sociales, sino también en contribuir con la coproducción de nuevas narrativas las que "como prácticas discursivas, no sólo son palabras sino acciones que construyen, actualizan y mantienen la realidad" (Cabruja, Íñiguez y Vásquez, 2000, Pág.68). En este mismo sentido podemos decir que las narrativas, como acción conjunta:

> Generan resultados involuntarios e impredecibles (…) que generan un entorno organizado que no puede ser atribuido a las

> intenciones de ningunas de las personas participantes en particular. A pesar de ello, cada una de ellas confiere a dicho entorno una cualidad intencional (Cabruja, Íñiguez y Vásquez, 2000, p.70).

De este modo la producción o coproducción de narrativas es especialmente relevante ya que es constitutiva de agencia política potencialmente productiva y alternativa a las narrativas dominantes (Cabruja, Íñiguez y Vásquez, 2000). Su constitución productiva viene dada especialmente con el reconocimiento de su carácter parcial debido a la posición situada de quienes las producen, como señalan Pujol, Montenegro y Balasch (2003, Págs.65-66): "Desde una perspectiva corporeizada, se enfatiza el carácter productivo de la relación constituida durante el proceso de investigación. La articulación con personas, discursos y prácticas (…) es en sí misma productora de conocimiento".

En cierto modo, se alude aquí a los aspectos éticos y reflexivos que debe tener todo estudio social, y que para mi ha sido una especie de guía o de alerta permanente para encauzar mejor este trabajo. De esta forma mis reflexiones sobre el tema, merecen este espacio previo, de modo que pueda verse esta visión a lo largo del desarrollo de esta tesis.

8.1 Aspectos éticos y reflexivos en la investigación social

Una de las primeras consideraciones o principio general sobre ética es el de bienestar y protección de los participantes de la investigación. Banister et al. (2004); Denzin y Lincoln (2005), Parker (2008) y Mayan (2009) indican que, hay que establecer el respeto y la confianza mutua, considerando los derechos, dignidad y valores fundamentales de quienes participan, debiendo siempre apreciar y agradecer su ayuda. En lo ideal, quienes han colaborado con nuestra investigación debieran terminar con su integridad intacta y

valorando el aporte que han realizado al estudio. Para seguir esto, en mi caso particular cada vez que terminé una entrevista con la persona participante, di mi número de teléfono, de forma que pudiesen localizarme en caso de dudas y conflictos que aparecieran más adelante. Esto finalmente nunca sucedió, aunque sí, como estuve varios meses dando vueltas en la comuna, de forma espontánea quienes ya habían sido entrevistados, me comentaban ciertas reflexiones sobre los temas y podría pensarse que en general, se sentían cómodos y conformes de haber participado.

En cuanto a la confidencialidad y el anonimato, Valles (1998) y Mayan (2009) señalan que esto siempre se debe garantizar, a menos que se haya convenido previamente la identificación explícita de las personas. Fue así como para efectos de esta investigación decidimos en conjunto con quienes participaron, al menos ocultar sus nombres, cambiándolos por otros ficticios, pese a que la mayor parte de la gente conoce a quienes encabezan las Juntas de Vecinos. Denzin y Lincoln (2005) sin embargo, señalan que muchas veces el anonimato podría ser más favorable para quien investiga, porque hay un control unidireccional de la información. En mi caso, por tanto, intenté que este acuerdo fuese lo más equitativo posible y que los relatos de las personas, aún bajo el secreto de su identidad, pudiesen salir de la forma en que los participantes realmente quisieran.

Como parte del debate ético, también es para mí muy importante establecer que esta investigación la realicé con el compromiso político de colaborar con todo lo que se discute y reflexiona en torno a los problemas de la intervención social y especialmente en mi adherencia y simpatía con el movimiento de pobladores en Chile. Con esto suscribo lo que señalan Ibáñez (2001) y Parker (2008), cuando nos invitan a reconocer que jamás podemos "abstraernos" o "librarnos" de nuestros valores, en tanto siempre estamos arraigados en un mundo social que construimos conjunta y continuamente. En este sentido, en mi trabajo admito estas premisas sobre mi compromiso y valores. Esto no quiere decir que esos reconocimientos hayan mermado su

impacto en la investigación, pero por lo menos el admitir su presencia, nos encamina como señala Ibáñez (2001) hacia una investigación más implicada y comprometida. La ética aparece así como una práctica que une la anticipación y la reflexión, así como los significados y sus términos.

El desafío en este sentido, es comprender que si hacemos investigación u otro cualquier trabajo, esto siempre va a ocurrir y que al mismo tiempo, también debemos evaluar las demandas que recibimos del entorno y reflexionar permanentemente sobre qué se espera de uno como la persona que investiga, ya que esas expectativas externas también pueden ceñir, manipular o sesgar ciertas actuaciones, y en ese caso, es imprescindible, tener claros cuáles son nuestros límites y valores, de modo de poder interactuar con estas alertas y negociar los términos en los que hacemos nuestro trabajo de investigación. En mi caso puntual, tuve que estar atento en más de una ocasión, de esclarecer a distintos grupos de la comunidad, que mi trabajo era algo académico y no un programa de gobierno que venía a evaluarles o a elegirles para administrar un proyecto, y de ese modo, pude manejar y conversar lo de las expectativas y establecer los alcances que tenía mi actuar en esos momentos.

Todas las decisiones que uno toma al realizar una investigación, desde el diseño hasta su implementación y cierre, invariablemente presentan influencias sobre los resultados. Distintas técnicas de investigación, generan distintos tipos de material, distintas preguntas y distintas respuestas (Parker, 2008).

Lo que realmente importa señala Ibáñez (2001) independientemente de qué o cuál técnica o enfoque se maneje, es el fin de los resultados de la investigación. Y esto nos remite al tema de "para qué o para quién" se investiga. Indudablemente, no es lo mismo trabajar para el mundo privado que para el público, o para una organización autogestionada y/o colectiva. Cada característica va a influir en el desarrollo de un trabajo y en los

marcos de actuación de quienes diseñan y/o participan. Aquí en este punto, como señala Parker (1996) el debate ético debe consentir una mirada acuciosa a las relaciones de poder que se dan en la situación clásica "entrevistador-entrevistado", "interventor-intervenido", etc.

Para mi estudio por tanto, intenté cuidar esto poniendo siempre por delante la disponibilidad y tiempo de quienes colaboraron, por lo que todo lo fui haciendo en estas medidas, desde sus intereses, sus preguntas, sus dudas, la propuesta de día y hora de entrevista, el momento de la post-entrevista, etc. Esto tiene especial importancia porque Lota es una comuna que se caracteriza por ser resistente a las intervenciones y por ese motivo era crucial visibilizar con ellos mismos estos resguardos éticos, para que en lo posible todo quedase en los términos de equidad que me había propuesto. Esto comprendiendo además, como dice Haraway (1996), que siempre debemos ser conscientes de quién podría utilizar los resultados y con qué fines, puesto que muchas veces es en ese punto donde ocurren los malentendidos y un mal uso de la información. Por esta razón, es vital comprender que no se puede forzar ni obligar a las personas a determinados esquemas que no corresponden con su idiosincrasia (Ruiz Olabuénaga e Ispizúa, 1989; Pujol y Montenegro, 2008).

Igualmente es ilusorio pensar que un trabajo pueda ser completamente transparente porque, en cierta forma, necesitamos de las teorías para hacer comprensibles las cosas. Tomando en cuenta ello, se puede aspirar al menos, a hacer más inteligible lo que trabajamos y a lo que valoramos en el proceso. Badiou (2001, en Parker, 2008) en esta línea indica que la teoría no debe ser un obstáculo para comprender el mundo, sino una precondición para hacer posible la "construcción de sentido" sobre algo que se está haciendo y que sin duda contiene muchas de nuestras preconcepciones (Ibáñez, 2001). En relación al discurso que utilizamos para describir lo que hacemos en la investigación, en mi trabajo asumo la primera persona y esto es un marcador clave para adjudicarme la responsabilidad de lo que estoy

haciendo, intentando en lo posible, no cruzar los límites hacia una excesiva autorreferencialidad (Parker, 2008).

Otro aspecto relevante, es el que rescato de Spivak (2009) quien señala que es imposible representar la experiencia de quienes participan, puesto que en todo momento, lo que estamos haciendo es construir una aproximación del mundo que exploramos, lo cual implica, una constante producción conjunta con los otros, y que va cambiando de acuerdo a la complejidad que tiene el mundo social. Así es como en mi estudio, intento plasmar estas co-construcciones de subjetividades con quienes participan de mi trabajo, lo que no me autoriza para generalizar sus ideas y posiciones, ni menos representar su voz.

En cuanto al valor de la reflexividad, Denzin y Lincoln (2005) señalan que se relaciona con ser capaz de analizar desde la propia experiencia, considerando que ella siempre forma parte de un proceso más colectivo, puesto que nuestro "yo" se cristaliza con momentos históricos y estructurales, que varían de cultura en cultura, por lo que es imposible referirnos al "yo" como si tuviese características universales. Se trata entonces, de hacer visible lo que muchas veces dejamos de lado o pasamos por alto en la investigación, por ello la reflexividad no es acto de confesión, sino un intento de explicar como la experiencia subjetiva ha surgido durante el trabajo y todo lo que ha posibilitado que ciertas cosas sucedan o no en su transcurso.

Los contextos para describir dónde estamos y qué podemos hacer, tienen desde los trabajos sociales más radicales, una particular visión en cómo ciertas prácticas sociales excluyen otras categorías de personas, donde específicamente sus prácticas han sido inhabilitadas. Por ello se nos insiste, es necesario visibilizarlas para no reproducirlas, ni mantenerlas (Cabruja y Fernández-Villanueva, 2011). En mi caso en particular, para incorporar este aspecto ético, creo que ha sido importante poder contactarme con una

comunidad que desde siempre ha presentado indicadores de marginalidad y pobreza, y encima tiene la fama o el "tópico" de ser una comuna "conflictiva", principalmente por su gente, sus formas de actuar, de reclamar, de protestar, etc. De este modo, realizar una descripción densa de lo que piensan estas personas y que rompe con los estereotipos y prejuicios pre-existentes, puede ser un modo para evitar su invisibilidad, especialmente de las categorías que se construyen en torno a lo que es ser "poblador" y "pobre". Justamente Ibáñez (2001) afirma que en cuanto a la clase social, además de la escasa representación de la clase trabajadora en la mayor parte de los estudios académicos, el *ethos* de las instituciones de investigación académicas, gubernamentales y profesionales, priorizan las actividades competitivas individuales, donde la oferta de recursos privilegiados son para quienes tienen el tiempo y el capital cultural ya dado, de modo que la acumulación de recursos hacia ese sector, termina por boicotear directa e indirectamente otras formas de investigación, por ejemplo, las colectivas, que cuentan con determinadas agendas políticas y que contrarían a las corrientes más tradicionales. En este contexto, Banister et al. (2004) sugieren que es importante considerar si nuestra investigación es capaz de desarrollar formas alternativas de trabajo que vayan en contra de las hegemonías que hacen invisibles a ciertos grupos. Así se establece que un primer paso, corresponde a este estadio de realizar una exploración reflexiva sobre las barreras de emancipación que contiene una investigación. De este modo, el posicionamiento que quien investiga es más fácil de reflejar cuando se explicita como parte de un proceso colectivo.

En el caso de mi investigación he intentado siempre mantener esta idea entre quienes participaron, la idea de que ha sido una construcción entre todos y que nada hubiese sido posible sin su colaboración y apoyo. En tal sentido, el carácter relacional de la subjetividad humana en la investigación social, se toma seriamente y el carácter relacional de la investigación se potencia. La investigación tiene una calidad colectiva, puesto que no puede ser sostenida sin la existencia ni la cooperación de

otras personas. Ello testimonia la progresiva potencia de la autoconciencia, en el sentido en que una investigación no sólo sirve para entender una parte del mundo, sino también para transformarlo, en la línea de lo que señalan algunas investigadoras feministas que "lo personal es siempre político" (Millet, 1975) y así desde ese espacio, todo el trabajo se ve implicado y producido desde la posición de alguien que no quiere reproducir modelos de dominación y opresión.

En mi trabajo como línea transversal intento de esta manera, dar cuenta de muchos juegos de lenguaje, de discursos construidos y reflexionados, sobre las cuestiones que son relevantes para los pobladores y que ellos mismos han visualizado. Las entrevistas analizadas buscan ahondar en la naturaleza social e histórica del movimiento de pobladores el cual ha levantado por medio de profundas redes de transmisión oral directa, a modo de reivindicación desde una subjetividad residual, pero que hasta el día de hoy ha sido indispensable como espacio de resistencia.

8.2 La voz de quienes intervienen

En este punto tengo que conectar con el apartado anterior en donde se invita a que como investigadores, podamos visualizarnos en los trabajos que hacemos. Para mi esto comienza por tanto, como señalé previamente, por reconocer como señalan Denzin y Lincoln (1994, en Valles, 1998) que un proceso de investigación comienza cuando uno logra comprender y explicitar las condiciones históricas, socioculturales, éticas y políticas de la misma, pero además de nosotros, de quienes hacemos el estudio. Así es como al hablar de políticas públicas y programas sociales, me interpelo directamente a mí mismo puesto que me cruzan diversas miradas cada vez que abordo el tema.

En primer lugar cuando lo vinculo con mi biografía personal y mi experiencia de vivir y crecer en una población que recién estaba construyéndose en la periferia de la ciudad. Mis padres y sus

contemporáneos, son parte de una generación que emigró del campo a la ciudad y fueron quienes poco a poco empezaron a definir y estructurar una vida en medio de muchas dificultades económicas, marginalidad y vulnerabilidad social. En plena dictadura de Pinochet, pude y pudimos, mi familia y vecinos, articularnos como organizaciones de base, espontáneas, que tenían como único objetivo liberarse del gobierno autoritario e impuesto a la fuerza por el golpe de Estado. Entre esas organizaciones, tuve mucha relación con comunidades políticas y religiosas, que me entregaron los primeros lineamientos teórico-prácticos de la teología de la liberación y de un cierto ideario político de izquierdas.

Ser pobre en Chile durante los años 60 y 70 no era una categoría residual de "no tener", se orientaba más bien a una clase de virtudes y valores particulares. La importancia cultural tremenda adquirida por las manifestaciones de cultura popular dan fe de este poder, entre ellos, la nueva canción chilena, los murales en las paredes, el teatro popular y el descubrimiento de Chile como un rico mosaico regional y de manifestaciones étnicas en las que participan no sólo artistas de origen pobre, sino también toda una generación de artistas de clase media, alta e intelectuales. "Pobres y con dignidad" era un dicho popular de los tiempos y así la dictadura participa en una sistemática negación de la cultura "popular". Como joven poblador entre los años 1980 y 1990, tuve la oportunidad de vivir la unidad de la comunidad para preservar un sentido de identidad, que resistió todos los días la represión, el desempleo y la sordera oficial. El mantenimiento de esta identidad entonces era un objetivo primordial de las clases populares y dado el estricto control del espacio público y el lugar de trabajo, las poblaciones, el barrio, se convierten en el escenario natural de la cultura popular.

Reflexionando sobre estas experiencias, pienso que las personas, colectivos y comunidades buscábamos en esos momentos, especialmente, tener algún control sobre nuestra vida, nuestro entorno, buscábamos

dinamizar una existencia que tenía muchas ataduras por el contexto sociopolítico que pasábamos y por supuesto que fue una experiencia única sentir después, que habíamos derrotado a la Dictadura y que todos los problemas por los que luchábamos, irían uno a uno terminándose, como la pobreza, la marginalidad, la exclusión social, la inequidad, etc.

Fue una experiencia única, porque pronto comprendimos que pasábamos de una dictadura militar a otra, invisible, pero igualmente perniciosa, la dictadura del mercado, que terminó consolidándose como modelo de gestión y de todo el "hacer" público y privado en nuestro país. También fui testigo de cómo todas esas comunidades, políticas y religiosas, una por una, fueron replegándose y disolviéndose, o transformándose en grupos en los que ya me fue difícil hallar un reflejo de lo que habíamos sido.

Probablemente fueron todas estas experiencias las que me hicieron decidirme por estudiar sociología, esta vez, en un nuevo contexto sociopolítico, con supuestos de mayor equidad e integración social y ya en plena democracia. Muchos como yo, pudimos acceder a estudiar en la Universidad, aunque fuese bajo las reglas del mercado. Independiente de ello, y de todo este resignificado desde ser un sujeto poblador, político, inserto en una comunidad, hacia otro, estudiante, endeudado por el sistema, sin comunidad y con acceso al consumismo, pienso que siempre en estos trances he tenido una constante búsqueda de acercamiento a la comunidad o intentos de permanencia en ella, o quizás de un ida y vuelta, o simplemente de un regreso definitivo hacia ella, que refleja toda la ambigüedad que aparece cuando uno se visualiza con todas estas intersecciones de identidades, experiencias y memorias colectivas.

Otra decisión intuitiva en mi historia fue la de empezar a trabajar una vez terminada la Universidad, nuevamente con organizaciones de base, comunidades, agrupaciones, pero esta vez como profesional. Sin duda, pude haber elegido tantas otras derivas de mi profesión, no obstante, si pudiera

visualizar qué me llevó a ello, no puedo más que volver a esas historias del pasado, de mi niñez, adolescencia y juventud, que me construyen y me articulan como alguien que no sabe explicar racionalmente el sentido que tiene hacer este tipo de trabajos, sino que sólo, puede decir, esto es, puedo decir que es una forma de vida, o un arraigo ineludible a lo social.

El sentido de mi trabajo, que por supuesto no es sólo mío, sino también de quienes han participado y colaborado en él, lo veo en primer lugar como un intercambio. A pesar del supuesto implícito que construye que soy un interventor social, o el profesional que viene a colaborar en el desarrollo de un programa social para determinada comunidad. Sin duda, estos supuestos a mi me incomodan, puesto que siempre he pensado que la intervención es nefasta para las organizaciones ya que pienso y creo que ellas saben perfectamente cómo dirigirse y autodeterminarse. No obstante esta permanente tensión, he trabajado más de 15 años en ello, intentando llevar adelante estos valores, de al menos "equiparar" las relaciones entre "interventor" e "intervenidos". Tampoco sé a ciencia cierta si esto se relaciona con lo que dicen Cordero y Rocca (2007) sobre quienes "apoyan" o acompañan procesos sociales, los cuales tendrían una "fuerte perspectiva ética de lo que es la justicia social" (Cordero y Rocca, Pág. 117), pero al menos, quiero ir en esa dirección.

Para el caso de Chile, los programas sociales tienen el alcance que puede desplegar un Estado que se redujo considerablemente durante los años de la dictadura (Délano y Traslaviña, 1985; Klein, 2008). Durante ese tiempo fue donde se orquestaron todas las medidas neoliberales y se aplicaron en nuestro país a modo de conejillos de Indias. El saldo que arrojó esas operaciones fue un desmantelamiento de empresas estatales para pasar a manos privadas, liberalización del mercado sin resguardos mínimos para la manufactura nacional, cambios en la legislación laboral, depreciación de la moneda, etc. Así el Estado quedó como un mero participante más del

tablero, con poca capacidad de incidir muchas veces en temas como protección social, ambiental, laboral, entre otros.

Con el retorno a la democracia y los amarres propios heredados de la dictadura, ha sido difícil cambiar a un modelo de bienestar social por ejemplo, no obstante, mucho se ha tratado de hacer con los programas sociales. Sin embargo, estos programas sociales como ya expliqué, tienen este matiz más estrecho, estos amarres, estas filosofías, curiosamente casi todas las primeras iniciativas entre los años 90 y 2000 fueron de micro-emprendimiento, algo que estaba muy en consonancia con el modelo de mercado, en general, ha sido difícil implementar una filosofía que apunte más a la competencia que a la colaboración y lo cierto, es que esto también ya se ha diluido en la mayoría de las organizaciones sociales. En general, en nuestra sociedad predomina un fuerte individualismo y cierta apatía con lo que podríamos entender como comunidad. Hay muchas ideas socialmente aceptadas, difundidas y mantenidas que avalan el modelo del esfuerzo personal y del logro de objetivos individuales, una especie de copia de "sueño americano" pero con mucha más desigualdad e inequidades para que eso sea efectivamente una realidad. Definitivamente en nuestro país hay quienes son más "iguales" que otros.

En este contexto más bien áspero, se diseñan e implementan las políticas sociales del Estado, a través de sus programas, y que destilan una especie de autoritarismo endémico, porque son lineamientos que vienen por ejemplo, desde el Banco Mundial y desde esta filosofía de emprendimiento como único camino de desarrollo. Es aquí donde sitúo y observo casi siempre las líneas de fuga de los programas, porque en general, las personas intentan a toda costa, acomodar, redefinir y tratar de hacer calzar un programa externo, artificial, impuesto y delegado a sus sueños y sus motivaciones. Y ahí es donde me observo a mi mismo, como un infiltrado, intentando equiparar lo que más puedo estas relaciones, para que emerja la base, lo comunitario, que interactúe de a par con la institucionalidad. En

todas mis experiencias laborales, siempre hay escape de los objetivos, es decir, se cumplen, no obstante, hay más derivas sobre los mismos, como si muchas raíces o ramas saliesen de un mismo punto y buscaran otro nuevo. Es aquí donde también pienso que la figura de quien interviene, debiera ser entonces un agente de cambio, de transformación, un agente político, comprometido, que contribuya a que cada plan sea instalado por la propia comunidad.

Esto de nuevo me interpela como interventor, actor, sujeto político, puesto que asumo el compromiso, reflexionando además que, este trabajo que considero tan delicado, por trabajar con grupos humanos, requiere entonces de una mínima sensibilidad histórica, cultural, de lenguaje, de conocimiento vivo, que te permite transmitir, conectarte y fluir, también ser comunidad con los demás, puesto que igualmente como trabajadores, accedemos a estas tareas, que tampoco son valoradas en remuneración, derechos sociales o tiempo, sin embargo, tanto para mí, como para muchos de quienes conozco y que trabajan en lo mismo, esto no es un tema, puesto que cómo explicaríamos entonces nuestro afán cotidiano de estar y sentir este andar con los otros, porque estamos en los lugares donde queremos estar, hemos hecho esta opción porque creemos profundamente en ella y en su capacidad de transformación social.

De esta manera, los problemas de la intervención son innumerables, no obstante, cada vez que logramos saltarnos esto, existe una gran posibilidad de que el campo minado de los programas sociales, de un paso hacia la autodeterminación de sus protagonistas como grupo, organización o agrupación, y yo al menos, no me quiero perder cada momento en que ello suceda.

8.3 Técnica de recogida de datos

Para la recogida de datos utilicé los relatos de vida, extraídos mediante entrevistas en profundidad que si bien pueden abarcar toda la amplitud de

diversas experiencias de vida, me permitieron conocer las estrategias de convivencia y resistencia de la comunidad. Son por tanto, narraciones biográficas acotadas a un objeto de estudio.

Varela (en Gordo, 2008, p. 189) subraya que el material biográfico es, "al mismo tiempo, un material histórico de relieve. De ahí su importancia como punto de aproximación al objeto de estudio". Nos demuestra la pertinencia de considerar las condiciones sociohistóricas de producción de los relatos y atender a la influencia que ejercen las estructuras sociales en las biografías. Esto no implica anular la especificidad de cada relato individual, ni soslayar la subjetividad de los sujetos dentro del colectivo.

Junto a su inscripción sociohistórica, los relatos biográficos me condujeron a una mayor coherencia a la hora de orientar el sentido de las entrevistas. La irrupción del neoliberalismo en la ciudad de Lota, comuna minera y monoproductiva, con sistemas de vida decimonónicos y de antigua raigambre comunitaria, dificultó la implementación de la política pública de reconversión del carbón provocando una alta resistencia porque esto significaba una transformación irreversible, derivada del cierre de la actividad extractiva. Enrique de la Garza (2000a) ha señalado que la reestructuración productiva y la flexibilidad laboral constituyen un fenómeno heterogéneo en América Latina, donde coexisten formas prefordistas, fordistas y postfordistas y la matriz neoliberal de los cambios productivos ha privilegiado los procesos de desregulación, tal como ha ocurrido en Lota. Aplicando los relatos biográficos específicamente a la presente investigación, mi idea fue explorar desde la experiencia de los propios involucrados, los procesos, transformaciones sociales y efectos de la crisis que terminaron por configurar una práctica de intervención única en Chile. Así pude ir acercándome a esas experiencias alternativas de reproducción de vida cotidiana y económica, focalizando todos sus aspectos, relaciones sociales, espacios comunitarios, formas de cooperación, habitabilidad, conflictos, relaciones con las autoridades frente al cierre de

las operaciones productivas. En cuanto a las entrevistas, Rodríguez, Gil y García (1999, p. 4) señalan:

> El comienzo de una entrevista en profundidad se asemeja al de una conversación libre en la que los interlocutores hablan de un modo relajado sobre distintos temas cotidianos. El entrevistador poco a poco introduce preguntas buscando respuestas que proporcionan puntos de vista generales sobre un problema, descripciones amplias de un acontecimiento o narraciones que cuentan el desarrollo de una institución, el trabajo en una clase, etc. No es aconsejable, en estos primeros momentos de la entrevista, preguntar por los detalles concretos de una actividad o por las razones que explican determinada conducta. Lo que perseguimos aparte de una primera aproximación al punto de vista de nuestro informante es desarrollar en él un sentimiento de confianza; el dejarlos hablar sobre temas y aspectos que conoce o ha experimentado, contribuye a crear ese sentimiento.

La producción de información se realizó mediante trabajo de campo y documental entre los meses de abril y septiembre del 2010. El primero consistió en la aplicación de entrevistas en profundidad semiestructuradas y notas de campo. El segundo implicó revisión de bibliografía especializada y de organizaciones sociales. Las entrevistas en profundidad se desarrollaron con una duración entre 60 a 80 minutos (que en total significaron 16 horas y 40 minutos de material grabado). Las entrevistas se hicieron con quince dirigentes sociales en relación a sus historias particulares, diferentes unas

de otras, pero entrelazadas por conductores clave: la condición de pobreza extrema y exclusión social que les ha tocado vivir y la vinculación prolongada y activa con la comunidad y los programas sociales del Estado. Respecto a la manera en que se formularon los temas y preguntas, Varela (en Gordo, 2008, p. 198) aclara:

> La clave es saber hacerlas bien y en el momento oportuno en función de la lógica de desarrollo de las entrevistas. Preguntar implica toda una experiencia en el arte de escuchar. Para escuchar es preciso que el investigador se extrañe ante lo que no es el mismo, es preciso no tener prisa, dejar hablar, tener aprecio y consideración al otro, al sujeto que es objeto de la entrevista. Supone, por tanto, una voluntad de aproximarse a un mundo individual y social que en ciertos casos está distante del nuestro, y para ello es preciso estar dispuesto a no ser totalmente un investigador ajeno al modo de vida del sujeto o de los sujetos que informan, entender las categorías que conforman sus estilos de pensar, así como sus modos de expresión, sus sentimientos y sus vivencias.

En cuanto al guion de las entrevistas, para el levantamiento de estos relatos, trabajé en torno a tres dimensiones específicas, que me permitieron comprender la emergencia de los escenarios microsociales y cómo esas disposiciones específicas de organización de un tiempo y un espacio dieron lugar a distintas relaciones sociales:

- *Los procesos y modos de subjetivación;* aquí mis preguntas o interpelaciones buscaron contrastes en las formas de relaciones densas

de solidaridad, desde un pasado reciente al paso de procesos de individualización creciente, que permitieron dar cuenta de experiencias de inclusión y exclusión social y de construcción intersubjetiva de saberes y recursos alternativos de acción.

- *Las relaciones de poder;* aquí buscaba hacer emerger en el relato las formas de relación entre la comunidad, tales como las relaciones jerárquicas o asimétricas con las autoridades oficiales, con el Estado, a lo largo de sus trayectorias vitales, resistencias y posturas críticas. En este punto, busqué la comprensión de los significados y el sentido de las prácticas de resistencia.

- *La línea diacrónica o temporal en la que se inscribe la comunidad;* aquí lo que me interesó fue comprender los cambios en las formas de organización y su relación con el tiempo, las resistencias y divergencias con la política pública, implementada a través del tiempo en los programas, las condiciones de origen y de vida de las familias, desenvolvimiento en la comunidad que compartían y la gestión de la subsistencia, a modo de memoria social.

8.4 Procedimiento de contacto

Para buscar a los participantes de mi estudio, utilicé canales directos, cara a cara y sin intermediarios de las instituciones gubernamentales. Era importante no acceder al campo por la vía institucional, pues se hubiera entorpecido el sentido y coherencia del estudio. A cada participante le expliqué los objetivos de mi investigación, así como los alcances y efectos de su participación tanto para sí mismo como para un supuesto entorno social e institucional. El primer requisito de participación fue acceder en forma voluntaria, sin mediar otras condiciones en esa decisión. Posteriormente firmamos un consentimiento informado en los cuales insistí en la confidencialidad de los datos y la reserva de identidad de los colaboradores.

8.4.1 Breve descripción de personas entrevistadas

- José, Junta de Vecinos Nº 1, 47 años: Fue contactado por medio de informante clave relacionado con mis antiguas experiencias laborales en la zona. Gracias a ello tuve acceso a su teléfono móvil. Cuando lo llamé y expliqué los motivos de la entrevista manifestó gran disposición, comentándome que era hijo de padre y madre comunistas y que desde niño había estado vinculado al tema social, especialmente en lo relativo a organizaciones de barrio. Acordamos el día de entrevista y me citó en su vivienda. En la entrevista aparece que José tiene unos 25 años de experiencia como dirigente vecinal y sindical, y es bastante conocedor de la comuna de Lota y de sus habitantes.

- Justo, Junta de Vecinos Nº 2, 60 años: Lo contacté por informante clave de la zona. Al llegar a la sede vecinal donde Justo generalmente trabajaba, le planteé mis inquietudes relacionadas con la investigación, expresó su disposición para atenderme en ese mismo momento. En la entrevista me percato que Justo siempre ha luchado por el tema de la educación en la zona, siendo uno de los principales promotores del proyecto de la Universidad del Carbón y del monumento al minero, los que aún no se logran. Cuenta con amplia experiencia como dirigente vecinal y sindical, por lo que conoce bien la situación de Lota y los diversos procesos por los que ha pasado desde su época de esplendor hasta la reconversión.

- Héctor, Junta de Vecinos Nº 3, 67 años: Lo contacto por medio de José de la Junta de Vecinos Nº 1. Me dice que fue dirigente sindical y ahora es dirigente vecinal, muy comprometido. Lo llamo y quedamos para la entrevista en su vivienda. Durante la entrevista lo llaman por teléfono y buscan los vecinos. El entrevistado siempre muestra excelente disposición para atender a todas las personas. Entre todo lo que me relata, señala que fue *exonerado* y exiliado político durante la dictadura

de Pinochet y que regresó a Chile en los años 90. Esta experiencia le amplió el conocimiento de las sociedades de bienestar y afianzó su convicción de trabajar por su comunidad manteniendo una visión crítica de los gobiernos y sus políticas poco adecuadas con la comuna.

- Luis, Junta de Vecinos Nº 4, 60 años: Lo contacté por medio de informante clave que trabaja en la Municipalidad de Lota, cuando me acerqué a esa dependencia en busca de participantes para la investigación. Me informaron que fue uno de los dirigentes que había organizado de mejor manera la situación post-terremoto del 2012 en sus barrios. Me recibió en su vivienda para la entrevista y me encontré con una persona con vasta experiencia como dirigente sindical desde los años setenta. Fue especial protagonista de las negociaciones entre la autoridad y los mineros al momento del cierre y la posterior reconversión laboral. Tiene una mirada crítica con lo que fue ese proyecto y piensa que el principal problema es de comunicación y de seguimiento de los programas. Las autoridades no saben llegar a las bases, no entregan las informaciones y tampoco existen buenos mediadores para estos procesos, porque ni como dirigentes les dan consideración alguna. Me impresiona gratamente su optimismo y ganas de continuar en el trabajo con la junta de vecinos, estando con mejores perspectivas después de la organización que hubo tras el terremoto del 2012.

- Cecilia, Junta de Vecinos Nº 5, 48 años: La contacté al salir de la casa de Justo (entrevistado 2), me preguntó si yo era del programa FOSIS. Cuando le expliqué lo que hacía, se interesó porque ella también era dirigente vecinal. Acordamos vernos al día siguiente en su casa. Su experiencia es de sólo cinco años, bastante corta en relación a los otros entrevistados, pero en ese escaso tiempo ha gestionado servicios básicos para su barrio, como la conexión del agua potable y la organización alimentaria a partir del terremoto del 2012. Su relato apunta

principalmente a los problemas que ha observado y vivido en carne propia debido a la falta de seguimiento de los programas de desarrollo social y productivo que se plantean como políticas públicas. La falta de orientación le significa una limitación para seguir avanzando en sus objetivos personales y colectivos.

- Juan, Junta de Vecinos Nº 6, 45 años: Para contactarlo utilicé el listado que había obtenido de dirigentes por medio de informantes clave. Me citó en su vivienda para conversar de su experiencia como dirigente. Es una persona emprendedora y proactiva que ha trabajado como chinchorrero en la minería del carbón y al momento de la entrevista era dueño de tres negocios en Lota dedicados al entretenimiento, además de dedicarse a la actividad comunitaria como dirigente. Sobre la reconversión, sus principales críticas apuntan a la falta de control de las *oenegés* mediadoras entre la gente y el Estado, puesto que se cometieron graves irregularidades con capacitaciones inexistentes, igualmente que los alcaldes privilegien a quienes son de su grupo político. Apoya la autoorganización que se genera en Lota, al percibir que desde la institucionalidad hay poca eficiencia en los programas.

- Jessica, Junta de vecinos Nº 7, 40 años: La contacté por medio del entrevistado Nº 3, quien me dio su dirección. Llegué a su casa y me pidió que regresara al día siguiente. Durante la entrevista enumeró las mejoras que han logrado para su barrio, como el agua potable, luminarias, etc. Como hija de minero soportó el cierre de las operaciones y la posterior degradación del sector. Sindica al Estado como principal responsable de la falta de eficiencia en los programas de reconversión y rehabilitación social en la comuna.

- Soraya, Junta de Vecinos Nº 8, 46 años: Pude llegar a ella, gracias a que Jessica, entrevistada Nº 7, me dio su teléfono. Aceptó ser entrevistada unos días más tarde. En el día y hora señalados, me describió lo positivo

que era la solidaridad de la gente de Lota, transversal a cualquier color político. En relación a la reconversión del carbón, la define como un fracaso: sólo las empresas privadas que impartieron cursos yprogramas fueron las beneficiadas. Considera que nunca debió haberse cerrado la mina, porque es parte de la identidad de Lota.

- Óscar, Junta de Vecinos Nº 9, 75 años: Llego hasta Óscar gracias a un listado de dirigentes que conseguí en la Municipalidad de Lota a través de una informante clave. Voy directamente a su casa pues no aparecía el número de teléfono y lo encuentro en la tercera oportunidad que lo busco porque es una persona extremadamente activa que anda casi siempre fuera de casa, según me relatan sus vecinos. Cuando lo entrevisté, me di cuenta que era un hombre que maneja datos históricos de la comuna. Considera que el problema principal de las políticas del Estado es la falta de participación real. Los políticos no escuchan a la gente, porque él en persona ha tratado en innumerables ocasiones de hacer plenarios y reunir a las personas con los dirigentes y nunca se toma debida nota de las peticiones ni sugerencias de los pobladores. Para Oscar, la reconversión del carbón fue un fracaso por estos motivos. No se escuchó lo que quería hacer la gente realmente y se impusieron cursos que no le agradaban a nadie.

- Jorge, Junta de Vecinos Nº 10, 50 años: Era amigo de mi informante clave y posee gran experiencia como dirigente sindical. Tiene experiencia en las relaciones con los políticos y ha estado presente en los momentos decisivos de luchas sociales en Lota desde antes de la dictadura, en la dictadura y durante el proceso de negociar un justo acuerdo para el cierre de la mina del carbón, en democracia. Ha sido dirigente político y estuvo detenido por manifestarse. Tiene familiares que se encuentran en el exilio. Me citó en su casa y durante la entrevista declaró que el principal problema del país es el cambio que se produce en los políticos cuando llegan al poder, porque se olvidan de los

compromisos adquiridos. La reconversión fue un fracaso para Jorge porque no se hizo una intervención ni un seguimiento pensando en la comunidad, ni en la idiosincrasia de los pobladores.

- Olga, dirigente comunal Nº 11, 43 años: Logré contactarla gracias al listado de dirigentes que me entregaron informantes clave de la comuna. Al llamarla accedió inmediatamente a darme la entrevista y me citó al día siguiente en su casa. Se hizo dirigente luego de una experiencia de vida en la que tuvo que recurrir a sus vecinos cuando se le incendió la casa. Ahí se dio cuenta de lo importante que son las redes y la organización social. Fue la primera mujer que dirigió la asociación de juntas de vecinos de la comuna y ha participado en las negociaciones entre la institucionalidad y la sociedad civil. Piensa que nunca debió cerrarse la mina en Lota y que los programas de intervención o reconversión posteriores no han dado resultado positivo porque fueron muy breves y carecían de seguimiento, pide que en estos procesos participen los dirigentes de las asociaciones vecinales como colaboradores o evaluadores, porque "son como papás de los vecinos".

- Octavio, Junta de Vecinos Nº 12, 66 años: Lo contacté por medio de Justo, entrevistado Nº 2, quien me dio su teléfono y dirección. Fue dirigente y líder social desde que estudiaba en la escuela industrial. El día de la entrevista, me entera que trabajó como minero siendo muchos años parte de la directiva del sindicato. Se declara como un constante luchador social y conoce la historia de los barrios de Lota. Lamenta que los gobiernos posteriores a la recuperación de la democracia no hayan hecho más por la participación y la inclusión de las bases en sus políticas y decisiones, y piensa que la Municipalidad debe ser el principal organismo de los vecinos. En su opinión, la reconversión del carbón no funcionó porque faltó la participación y la cercanía con la gente. Declara tener ideas comunistas, ser creyente en Dios y luchar por la justicia social.

- Leonor, Junta de Vecinos Nº 13, 60 años: La contacto por medio de Soraya, entrevistada Nº 8 y su amiga desde hace años. Desde el año 2005 es dirigente vecinal, motivada por un conflicto de títulos de dominio que tenía en su barrio. Finalmente su dedicación permitió regularizar los terrenos para todos los vecinos, lo cual le producía mucho orgullo. En su relato, refleja el mismo orgullo por ser de Lota, por el estilo de vida del minero, cuando la minería del carbón era la principal fuente de trabajo de la ciudad. Destaca la solidaridad y cercanía de las personas que habitan en la comuna, aunque eso se va perdiendo con los años. De la reconversión recuerda que se trató de cambiar a lo forestal, pero que a los mineros no les parecieron adecuadas las condiciones laborales a las que estaban expuestos, por lo que rápidamente comenzaron a exigir otro tipo de derechos, siendo ésta siempre una característica que Leonor destaca más de la gente del carbón, lo "aperrados" que son *(de muy buena disposición, luchadores, constantes, incluso en condiciones adversas).*

- Carlos, Junta de Vecinos Nº 14, 55 años: Lo contacté por medio de mi listado de dirigentes que adquirí a través de informantes clave. Se trata de una persona con aficiones artísticas, puesto que desde joven participó en brigadas Ramona Parra, talentosos pintores muralistas de las juventudes comunistas en Chile. Se ha podido ganar la vida mediante el oficio de pintor y diseñador. Trabajó en la Municipalidad de Lota y fue dirigente en las luchas sociales de las que ha sido protagonista la comuna. Piensa que Lota murió con el cierre de la mina y que con ello se agudizó la marginación de sus habitantes. Piensa que se engañó a la gente y que se le trató de disuadir por medio del dinero rápido para que no siguieran exigiendo sus derechos cuando se terminó ese trabajo. Junto con ello, piensa que se perdió el capital social de la comuna donde la gente antes era más solidaria y cercana, aunque no descarta que más

adelante las autoridades comunales puedan estar en contacto con la realidad de los pobladores.

- Ramira, Junta de Vecinos Nº 15, 50 años: Logro su contacto a través de la entrevistada Nº 5. Llego a verla y accede a atenderme inmediatamente. Me cuenta que su trabajo vecinal es arduo, intenso y que lleva tres períodos como dirigente. Durante la entrevista reconoce las fortalezas de ser lotina, las características de las personas de su comuna y de lo mucho que se debe hacer socialmente. Declara su escaso conocimiento de los proyectos gubernamentales y políticas públicas. Piensa que falta difusión y que si bien algo conoce de estos programas, siente que todos ellos se quedan en algunos sectores que tienen influencias y contactos con los políticos. De la experiencia como pueblo minero rescata que son luchadores por sus derechos y piensa que hay que seguir adelante aun cuando ya no exista la minería del carbón.

8.5 Producción y análisis de la información

Para realizar el análisis de datos utilicé la técnica del análisis temático que se inserta en el análisis de contenido, que busca alcanzar los significados manifiestos de los datos recogidos. Según Bardin (1977) el análisis de contenido se caracteriza por un conjunto de técnicas de análisis de comunicaciones, que procuran establecer una "correspondencia entre las estructuras semánticas o lingüísticas y las estructuras psicológicas o sociológicas de los enunciados" (Bardin, 1977, p. 31).

El análisis de los datos tiene por finalidad establecer una compresión de los datos recogidos y responder a las cuestiones formuladas: "El análisis de datos es una actividad que implica un conjunto de manipulaciones, transformaciones, reflexiones y comprobaciones realizadas a partir de los datos con el fin de extraer significado relevante para un problema de investigación" (Rodríguez, Gil y otros, 1995, p. 24). Es el momento donde son construidas las consideraciones finales y resultados de la investigación, a

partir de cruzamientos entre el corpus empírico, los objetivos de la investigación y el marco teórico utilizado.

La elección de este tipo de análisis me interesaba porque desde su diseño inicial no exigía el desarrollo de teorías e hipótesis previas que proporcionaran una excesiva atención al proceso de verificación de los conceptos teóricos. Con lo anterior no estoy afirmando que me acerco al problema sin teorías previas, de ahí que suscriba algunos de los planteamientos de los teóricos como Glasser y Strauss (1967, p. 3) cuando afirman: "el investigador no se acerca a la realidad como una página en blanco. Debe tener una perspectiva que lo ayudará a ver los datos pertinentes y el resumen de las categorías importantes de su examen de los datos".

Para estos autores, lo importante está en el proceso de transformación de los datos, entendiendo dicho proceso como algo más que la simple recopilación. Se trata más bien de una mirada en proceso, que otorga a los datos un estatus privilegiado. Se concluye entonces que el mundo es siempre percibido a través de algún marco conceptual y por lo tanto será imposible liberar la observación empírica de toda influencia teórica, donde la mirada hacia los movimientos de pobladores de Lota en mi caso está determinada por el conocimiento y experiencia previa con ellos. Se trata por tanto, que a partir de un cúmulo de experiencias particulares, suficientemente confirmadas por los pobladores, pueda alcanzar inferencias que permitan la comprensión del fenómeno, comprensión no contenida originalmente en las partes examinadas. El hecho de empaparme de los sentidos específicos de sus relatos me posibilitó indagar sobre sus dimensiones categorizables y, por tanto, las posibilidades de su comprensión.

8.6 Etapa de análisis, codificación y fragmentación del texto

De acuerdo con Vázquez (1996) esta etapa:

> Viene definida por el proceso de organización del material que se quiere analizar. Es decir, es la etapa en la cual se diseñan y definen los ejes del plan que permitirá examinar los datos y realizar, efectivamente, el análisis de contenido (Vázquez, 1996, p. 50).

Para esto pongo especial atención a los objetivos, preguntas y conceptos teóricos planteados originalmente en mi investigación, así como en los lentes sensitivos de los que me valgo y algunos hilos subjetivos de los cuales tirar para acercarme a lo que en un primer momento aparece como una selva enmarañada y oscura: *el corpus*. Lo primero es dejarse iluminar por los objetivos del estudio y aquí cabe mencionar que mi investigación recoge los enfoques provenientes de la psicología social latinoamericana, como base sustantiva, así como las prácticas de solidaridad y resistencia de las organizaciones populares en contextos de intervención y aplicación de programas sociales. A partir de estas consideraciones, luego de realizar sucesivas lecturas a las entrevistas en un ir y venir fluctuante (Vázquez, 1996) emergen las primeras reflexiones, pero también las primeras incertidumbres. Se trata de una primera aproximación a lo que Bardin (1977) llama la "ilusión del investigador" refiriéndose a la ingenuidad y proyección de la subjetividad del investigador y los conflictos que esto genera al conseguir la preciada fiabilidad de los relatos de los pobladores. Aquí es donde extiendo el primer manto de suspicacia sobre su elocución y cometo mi primera *traición*. De una u otra manera, al hacer estas consideraciones, suscribo lo que para los estudios etnográficos Feliu (2007, p. 265) llama "antropología emocional" abriendo en este caso, una vía de acceso para dialogar con los datos, lo que reclamaría según el autor:

> Romper la distancia emocional: implicarse emocionalmente en la etnografía, en concreto con la vida de los informadores. Haciéndolo, se rompe la regla de mantener una distancia psicológica que garantice la objetividad y se entra en un mundo de significados claramente subjetivos, pero presentes al fin y al cabo en la vida de los informadores (…) Sentir al otro íntimamente, como parte de uno mismo, cosa que en el fondo reclama una implicación política (Feliu, 2007, p. 265).

Con estas recomendaciones por tanto, pude sumergirme e implicarme con las personas, con sus relatos, sus datos, sus emociones, al mismo tiempo que iba confrontando mis propias ideas, sentimientos, recuerdos y posicionamientos. Fue una tarea intensa, enriquecedora y que me deja aprendizajes importantes, como el de comprender la casi imposibilidad de poder captar, recoger o reflejar lo que experimenta otra persona. No obstante, cobra un alto sentido lo del conocimiento parcial, fragmentado, único (Haraway, 1996), porque de estos trozos se va configurando el mundo de comprensiones hacia lo social.

Luego de haber obtenido datos relativamente homogéneos y una extensión temática con cierta exhaustividad y uniformidad, obtuve los requisitos previos para el análisis y un acercamiento más o menos constante sobre los datos. Igualmente incorporé lo que Vázquez (1996, p. 52) llama "criterio de pertinencia" que busca "la atenta observancia de que el *corpus* mantenga como elemento de referencia permanente la adecuación entre sus elementos constitutivos y los objetivos perseguidos". Vigilando estos aspectos, me acerqué a las entrevistas en una segunda etapa, la llamada *codificación de los datos*.

El proceso de codificación de los datos consiste como señala Vázquez (1996, p. 53) en operar una transformación de "datos brutos" el material original, a "datos útiles" que corresponden a los resultados del análisis en función de los objetivos establecidos. Para trabajar sobre los datos en la búsqueda de segmentos significativos me nutrí de los relatos y de su sistematización en torno a núcleos temáticos que emergen a la luz de los objetivos de investigación. A partir de ahí, decidí enfocar el análisis en los propios entrevistados y en las condiciones sociales en que los relatos fueron construidos. De esta manera todos los recortes realizados, las citas, la elección de los términos utilizados por los pobladores, su modo de ordenarlos en el relato y los efectos que producían en su desarrollo, son para mi, fuentes de información relevantes. Desde esa base, indagué en las prácticas que sustentan la vida cotidiana de las personas, así como las tensiones y estrategias diferenciadas que los pobladores o usuarios de los programas de gobierno, generaban indistintamente hacia la comunidad y hacia el Estado.

Así fue como comencé por identificar los "núcleos de sentido" es decir, los temas que se destacaban en las entrevistas y que además tuvieran relevancia para los objetivos de mi investigación. Para ello consideré las frases y oraciones como unidades de análisis en el *corpus* que dejaban ver las prácticas de solidaridad y resistencia de organizaciones populares en contextos de acción de programas sociales, a partir de un examen de ciertos elementos constitutivos de sus relatos. Aquí la noción de tema, está relacionada con una afirmación de los pobladores sobre un área en particular y cuyo objetivo apunta a descubrir los núcleos de sentido que componen una comunicación cuya presencia o frecuencia signifiquen alguna cosa para el objetivo analítico buscado. Posteriormente consideré pertinente la integración de materiales diversos en el *corpus* de la investigación para facilitar articulaciones interpretativas entre el texto y el contexto histórico de producción, construyendo un ensayo teórico de problematización de los fenómenos estudiados. Como dice Vázquez (1996, p. 2):

> El propósito del proceso de análisis es construir el sentido de los datos. No se trata de descubrir nada, sino de construir a partir de elementos informativos concretos (…) El proceso para la realización del análisis consiste en transformar los "datos brutos" (las manifestaciones directas recogidas en las transcripciones) en "datos útiles". Es decir, sistematizar una información manejable que permita una nueva comprensión de la realidad estudiada (Vázquez, 1996, p. 2).

He considerado trabajar analíticamente en el análisis apoyándome del diseño de una malla temática y sus codificaciones respectivas. Como guía para el análisis, la malla temática busca organizar y sistematizar los temas y subtemas emergentes de la lectura, permitiendo trasladar de forma ordenada los puntos de vista de los entrevistados.

8.6.1 Construcción de la malla temática

La malla temática se realiza a partir de la exploración exhaustiva del material con operaciones de codificación, considerando como unidades de análisis las frases y oraciones del *corpus*. Es un trabajo analítico que en mi caso fue desde el cual emergieron los siguientes temas y subtemas:

- La comunidad intervenida, prácticas de subordinación y resistencia comunitaria
- Prácticas comunitarias y memoria organizativa
- Prácticas de solidaridad comunitaria

Para el trabajo analítico y apoyándome en los temas generales, procedí a un nuevo fraccionamiento temático, esta vez, bajo la forma de subtemas, la que muestro en una tabla a continuación.

8.6.1.1 Esquema de estructura temática y subtemática:

Temas	Subtemas
La comunidad intervenida. Prácticas de subordinación y resistencia comunitaria	Factores técnicos y administrativos como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones
	Desfases y tensiones locales entre la comunidad y las políticas de intervención
Prácticas comunitarias y memoria organizativa	Sentidos de comunidad y solidaridad como proceso histórico
	Comunidad como red de relaciones afectivas
	Vida cotidiana y movimiento de pobladores como experiencia de saber popular
Prácticas de solidaridad comunitaria	La emergencia del concepto de Solidaridad en este estudio
	Solidaridad comunitaria como acción política informal y espontánea

8.6.1.2 Definición de las categorías emergentes

8.6.1.2.1 La comunidad intervenida, prácticas de subordinación y resistencia comunitaria

Refiere los relatos manifestados en torno al conjunto de prácticas y estrategias gubernamentales de intervención y que hacen referencia a las tensiones que ha generado dicha estrategia en el ataque a la pobreza. El supuesto básico que sostiene la estrategia gubernamental, es la superación de la pobreza mediante la descentralización de los procesos, la priorización de la inversión en capital humano, la eficiencia en el uso de recursos locales y externos, el apoyo a la organización y a la participación local y la generación de capacidades de desarrollo sustentable. Desde dicha estrategia, pude sintetizar los problemas y desencuentros con la comunidad desglosados en los siguientes elementos:

8.6.1.2.1.1 Factores técnicos y administrativos como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones

Son los que se consideran habitualmente como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones y hacen referencia a la focalización, sustentabilidad y los resultados de programas gubernamentales.

8.6.1.2.1.2 Desfases y tensiones locales entre la comunidad y las políticas de intervención

Se refiere al desencuentro entre la autogestión e independencia de los grupos respecto de la autoridad central o el Estado. Es la superposición de las tradiciones cívicas barriales, de las dinámicas comunitarias acuñadas desde sus orígenes y su encuentro con el saber técnico del interventor externo.

8.6.1.2.2 Prácticas comunitarias y memoria organizativa

Se trata de la generación de los procesos internos de prácticas locales cotidianas, de las formas organizativas y de las redes intersubjetivas de la solidaridad comunitaria. El concepto básico que la sustenta es la solidaridad como clave para entender los sentidos que los pobladores han otorgado a la vida en común, como redes de autoayuda espontáneas y permanentemente disponibles.

8.6.1.2.2.1 Sentidos de comunidad y solidaridad como proceso histórico

En este punto el análisis se centra en el campo de las interacciones que se construyen en el espacio próximo y en el sentido de comunidad identificados por un "nosotros". Se trata del sentido de pertenencia e identidad social como conciencia grupal y como proceso de prácticas solidarias y construcción histórica colectiva, derivada de la interacción entre sus habitantes.

8.6.1.2.2.2 Comunidad como red de relaciones afectivas

Trata sobre formas específicas de relación humana, entre pobladores unidos por lazos afectivos de identidad que delimitan el sentido de la comunidad. Se trata de considerar los sentimientos y afectos como dimensión distintiva de comunidad, en este sentido, se entiende a la comunidad como un campo relacional y por lo tanto formador de lazos de la identidad.

8.6.1.2.2.3 Vida cotidiana y movimiento de pobladores como experiencia de saber popular

Trata sobre los mecanismos que los pobladores han desarrollado para romper con los procesos de subordinación y tutela, transformando sus experiencias cotidianas en movimientos barriales como experiencias

colectivas educativas, recreando otras formas de asumir los problemas que los aquejan. Es una perspectiva de emancipación construida a partir de lo cotidiano.

8.6.1.2.3 Prácticas de solidaridad comunitaria

8.6.1.2.3.1 La emergencia del concepto de solidaridad

Se trata de acercarnos al sentido del término solidaridad que los pobladores manifiestan en las entrevistas ya sea de forma directa o indirecta. Y aquí en este punto se comprende la solidaridad como algo que va más allá de la ayuda mutua. De esta manera, se intenta a partir de marcos provenientes de perspectivas psicológicas latinoamericanas, interpretar y delimitar lo que los pobladores refieren con el término. Para un acercamiento se indaga en las condiciones de dependencia mutua que rige la vida en los barrios de Lota, en donde la solidaridad se relaciona con un intercambio continuo de los servicios entre las familias, el apoyo a todas horas y con todos los problemas. En los relatos se hace referencia a la existencia de una cultura solidaria como construcción colectiva de un proyecto común.

8.6.1.2.3.2 Solidaridad comunitaria como acción política informal y espontánea

Aquí se destacan las estrategias de sobrevivencia como un principio de las estrategias de acción, de las redes y de las prácticas socio-políticas formales o no entre las organizaciones. Es el surgimiento de nuevos valores en la organización, resaltando las prácticas de solidaridad como unas acciones entre iguales y que es estratégica para garantizar la supervivencia de cada uno y de todos al mismo tiempo, resaltando el protagonismo de los actores colectivos, la solidaridad comunitaria y la cooperación. Es una referencia a una relación horizontal o más bien, como un proceso social de horizontalización. No es por tanto una relación de ayuda o caridad, sino al contrario, es una relación de acción y de compartir (Spink, 2004).

8.6.1.3 Síntesis de la construcción de la malla temática

A partir de estos temas descritos me acerco a un tipo de análisis que tiene como base sustantiva algunos elementos teóricos provenientes de la psicología social latinoamericana, en los que la cooperación, de ayuda o de apoyo mutuo, aparecen como expresiones de solidaridad, pero no como un sinónimo absoluto de esta. El análisis se orienta, por tanto, a comprender con mayor profundidad los dispositivos sociales que sustentan las prácticas solidarias cotidianas en una comunidad. Cada subtema se compone de unidades de significado que comprenden las tres principales temáticas de investigación.

A partir de ello intento la construcción del texto, integrando los elementos teóricos y empíricos, con las inferencias e interpretaciones. Cabe señalar que la estructura de la organización lógica de los análisis que realicé se centra principalmente en cuestiones derivadas del corpus, en donde el uso de una conceptualización teórica tiene el carácter complementario que pretende aportar más elementos a las cuestiones ya planteadas en el análisis.

Debe quedar claro que con el uso de las inferencias en la interpretación del material empírico de esta investigación, no tengo la pretensión de hacer generalizaciones universales absolutas como si la realidad fuera estática. Solamente he pretendido analizar una realidad social vivida en un cotidiano, delimitada espacial y temporalmente, una realidad local situada históricamente, que se configura de forma dinámica y compleja y en la cual me incluyo. Partiendo de esta comprensión, destaco los elementos de esa realidad social, así como el movimiento histórico percibido y estudiado, que tienen una relación de mutua influencia con determinación múltiple. Y es esa determinación la que brota de la interface, llena de elementos locales y globales, en donde se revelan lo específico y lo general, el individuo y la sociedad, lo singular y lo universal.

8.6.2 Consideraciones previas sobre cómo leer las entrevistas

Antes de presentar el análisis consideré importante hacer algunas consideraciones sobre el sentido que me propongo para interpretar las subjetividades de los testimonios y narraciones de los pobladores, es decir, sobre cómo me aproximo a las entrevistas. En el texto que nos propone Garay (2001) nos plantea hacernos la pregunta que justifica nuestra investigación. Así la autora se pregunta con justa razón: ¿Dónde está su verdadero sentido? ¿Qué sistema de significaciones constituye el campo de verdad, en cuyo seno una investigación se hace conocimiento? (Garay, 2001, p. 23) en este sentido el problema ya no es el problema de la verdad, sino la responsabilidad que tenemos para dar cuenta del cómo:

> […] Las subjetivaciones generadas a partir de los fundamentos de la verdad modernos están desplazando el centro desde el objeto a la comunidad. Esa responsabilidad no necesariamente se debe concretar en la propuesta de estrategias de intervención concretas, una nada desdeñable labor, pero otra manera tan responsable como esta podría ser la responsabilidad desde la crítica o desde la denuncia. Una denuncia no precisamente legal, sino humana, sobre lo humanamente denunciable (Garay, 2001, p.23).

En la misma dirección, si la pregunta es por qué abordar estos temas, respondo desde un pretexto, la excusa por ejemplo en mi caso con este trabajo, es que desde el saber de los movimientos de pobladores podré decir cosas que en otros escenarios resultarían invisibilizados. En este espacio hablaremos mis entrevistados y yo, así participaré de la construcción de conocimiento situado, crítico, tomando de referencia el diálogo imaginario

que sostiene Garay (2001) con Ibáñez (1996) sobre la necesidad de abandonar la pretensión académica de producir conocimiento y de la necesidad de volcarse a la producción de herramientas que permitan sobreexponer las estructuras de dominación que nos sostienen. De este modo Ibáñez (1996) afirma:

> […] Una vez que se han abandonado las ilusiones modernas no nos queda, nada más y nada menos, que una preocupación profundamente política, por el arte o la estética de la existencia, una preocupación ética por construir la propia vida como algo que valga la pena, como algo valioso (...) y las estructuras de dominación anulan la posibilidad misma de construir modos de vida valiosos para cualquier persona (Ibáñez, 1996, pp. 154-155, citado en Garay, 2001, p. 25).

En el caso de esta investigación, pienso que los procesos que se discuten son tan idiosincráticos para la memoria y la organización de la vida de cada persona, que se torna imposible definirlas como verdades únicas. Por esta razón suscribo la idea de que las ciencias sociales deben renunciar a la pretensión de verdad y de poder y a arrogarse una autoridad que acapara para sí la producción de significados. La creación de conocimientos no es un asunto privado y en abstracto, sino público, concreto y por tanto, es una práctica social abierta en la que permanentemente todo el mundo y de manera diferente participa. La verdad en este sentido siempre está en proceso de remodelación. Esto posibilita el pensar que estos abordajes no sólo son necesarios para dejar ver las estrategias de dominación, como dice Garay (2001), sino también para analizar cómo la crisis de la modernidad y las nuevas estrategias neoliberales han tendido a atrapar y hegemonizar las experiencias cotidianas con las que constituimos nuestra subjetividad.

Si para Foucault (1999) a partir de su definición de panóptico, el poder vigila y controla a los ciudadanos disciplinando sus conciencias, para la mirada que pretendo proponer en esta investigación, esta noción no explicaría el despliegue organizativo de los pobladores, o de sus condiciones de posibilidad ni de su historicidad. Según las tesis postestructuralistas, los pobladores estarían condenados por tanto, a un perpetuo dominio bajo el poder. En este sentido discrepo de esta visión, porque pienso que la ciudadanía sí tiene sus propios ojos, construcciones y herramientas. Se trata de millones de circundantes y extensos ojos, que están en todas partes vigilando desde todas las perspectivas y también desde diferentes vértices del poder, y si a veces miran pasivamente, esto no quiere decir que mañana no sean capaces de mirar como "jueces", según señala Salazar (2009).

Esta reflexión la hago a propósito de mi necesidad de descubrir en los movimientos de pobladores que describen los entrevistados, el velo de lo que siempre estuvo allí. Es decir, estos juegos de lenguajes, a veces coaccionados por diversas estructuras sociales, en permanente tensión y resistencia con la institucionalidad. Juegos de lenguaje, utilizados por quien es el sujeto popular Salazar (2009) y que a mi entender se trataría de un sujeto histórico que va desde la disgregación al aglutinamiento, dentro de unos mínimos de cohesión que le exige su día a día en la solidaridad espontánea.

La solidaridad espontánea trata de movimientos sin identidad fija que se articulan a veces, como una "masa seguidora" en el espacio político. Otras veces también se mueve como "grupo de acción directa" en el espacio comunal que puede ser la calle, el barrio, la toma, entre otros. Cada mudanza entre estas articulaciones ha significado muchas veces ser esquivo y otras, ser sumiso para escuchar las voces institucionales que le han sido impuestas en el juego de las convenciones (Ibáñez, 1994). Se trata de un sujeto que no invierte toda su energía en la participación formal, puesto que una fracción considerable de su tiempo lo emplea en tejer redes solidarias,

laterales y de profundidad, ya sea de forma autónoma, en modo de resistencia o de trasgresión. Y esto no significa ser voluble ni vulnerable, sino todo lo contrario como afirmaba una pobladora:

"Yo nunca me he sentido vulnerable, a pesar de ser mujer, de ser pobre y de vivir en Lota, pero si ustedes me dicen que soy vulnerable, capaz que me la crea y termine sintiéndome vulnerable y como tal voy a ponerme a pedir cosas, cuando yo sólo estoy dispuesta a trabajar"

Por lo general, desde la academia esta descripción de la pobladora se define como "posiciones de sujeto", no obstante esto se invisibiliza pues siempre hay una tendencia a señalar únicamente cuando estas personas se encuentran en su fase más sumisa, es decir, cuando se encuentran como beneficiarias o en "situación de dominación" reduciéndolas de este modo a una identidad rígida que las sitúa en un polo de victimización. Por este motivo, como comenta Garay (2001) se deben abrir las posibilidades de construir un conocimiento responsable en donde el sujeto se comprende como posición, que depende de un contexto y de las condiciones de posibilidad para que se desarrollen, en este sentido se trata de optar por la no neutralidad e identificar cualquier situación de dominación, reivindicando una subjetividad residual pero necesaria como espacio de resistencia. Ocurre lo mismo con las palabras, en donde si queremos articular distintas formas con las mismas palabras la única posibilidad se encuentra en el marco de esas mismas palabras, que son colectivas y compartidas, desde donde además surge la posibilidad de subvertirlas, como definición misma de la resistencia. Entonces vuelvo a la pobladora que cité anteriormente y busco en su relato lo que trasmite, intentando captar si se decide a nombrar lo no instituido, para que se reencuentre con lo único que tiene, su construcción de subjetividad más íntima:

"Yo nunca me he sentido vulnerable, a pesar de ser mujer, de ser pobre y de vivir en Lota".

Y este es el sentido con el que leí los testimonios recogidos en las entrevistas, intentando hacer emerger la reivindicación de una subjetividad residual. Me parece que reflexionar sobre estas cuestiones tiene crucial relevancia, porque tiene que ver con la ética que es la fidelidad a los compromisos hechos durante una investigación, pero sobre todo para comprender la constitución relativa de la realidad social así como su multiplicidad, el cuestionamiento constante de lo que hacemos, la búsqueda de alternativas y otras posibilidades de interpretar los espacios sociales a los que accedemos.

En base a estas reflexiones y a partir de la tabla de temas y subtemas encontrados en los relatos, sigo a continuación con el análisis de los datos estudiados.

8.7 ANÁLISIS

8.7.1 Comunidad Intervenida, Las estrategias de desarrollo local

En esta primera parte del análisis, se sintetizan relatos de pobladores que han trabajado ejecutando alguno de los programas implementados en la comuna. Cabe mencionar que la estrategia gubernamental, tal como se expone en este estudio, no está explicitada en ningún documento oficial, es decir, no está articulada como tal y no es entendida como cuerpo técnico-metodológico, salvo la mención comunicacional de programas sociales específicos o de proyectos aislados que tampoco son tratados estratégicamente.

Para el análisis de la estrategia de intervención utilicé como principio rector la inversión social mediante la generación de capacidades, entre las cuales están la capacitación, habilitación e integración para el desarrollo, la participación social de la sociedad civil en decisiones acotadas a lo local, y la descentralización, entendida como dispositivo de legitimación de clases políticas regionales, locales y como proceso de incorporación de ciudadanía

en la toma de decisiones con respecto a los resultados. La estrategia fue promocionada por el apoyo a localidades pobres, proponiendo básicamente: a) estimular la capacidad de organización y de iniciativas en las localidades pobres; b) reforzar las capacidades promocionales existentes y coordinar los esfuerzos y recursos institucionales existentes y canalizarlos preferentemente a las localidades pobres, y c) extraer las experiencias concretas de promoción a nivel de las localidades. Una metodología promocional masiva, descentralizada y participativa, apoyada en recursos sociales, técnicos y profesionales a nivel local (Mideplan, 2009).

Para lograr tal desafío, se estaría promoviendo una acción educativa desarrollada en un espacio territorial determinado, elegido por la focalización y caracterizado por su condición de pobreza. Al respecto se señala en documentos oficiales, que los contenidos de la estrategia de intervención en una localidad pobre, implican una acción integral, donde la comunidad genera iniciativas y respuestas, dirigidas a la solución de múltiples problemas vividos colectivamente, sin dejar de lado la colaboración y apoyo de todos los actores locales, instituciones públicas y organismos privados, que permitan actuar uniendo esfuerzos y recursos ya instalados o disponibles. El énfasis de la participación estaría puesto en el compromiso y el esfuerzo de la propia localidad, sin embargo se advierte que las comunidades en condiciones de vulnerabilidad tienen grandes dificultades para desarrollar, por sí mismas, acciones que mejoren las condiciones de vida, de ahí que se incorpore la promoción como herramienta necesaria para poner en marcha la búsqueda de soluciones (Ministerio de Desarrollo Social, 2012).

8.7.1.1 Factores técnicos y administrativos como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones

La primera dimensión que he considerado en el análisis de las entrevistas a los pobladores, es dejar en claro cómo sus organizaciones han

acogido los objetivos institucionales. Se trata de factores técnicos y administrativos que se consideran habitualmente como indicadores de éxito o de fracaso de las intervenciones realizadas. Mediante la línea de "Apoyo a localidades pobres" se ponen de relieve elementos como la focalización, sustentabilidad, resultados, impacto y accesos institucionales (Mideplan, 2009). Se trata de programas que en términos de focalización nacen como instrumento de *inversión social territorial* en localidades pobres y *temáticas* en grupos vulnerables de sectores urbanos.

Bajo el análisis de la información obtenida en las entrevistas, se observa que este punto representa una de las principales dificultades de la puesta en práctica de la estrategia de desarrollo local, porque busca racionalizar los recursos para integrar al desarrollo a los sectores más vulnerables. No obstante, esto crea descontento y fragmentación de la cohesión social. No todas las personas de un barrio presentan las mismas condiciones de vulnerabilidad, por lo que la estrategia debería incorporar al vecindario completo en pos de lograr un beneficio, desarrollando una estrategia que estimule la unión, la cooperación y la solidaridad para lograr la sustentabilidad de los resultados a largo plazo. Al respecto, una pobladora comenta:

"Yo no sé, pero aquí cada año llegan a la población con un programa distinto y lo peor es que le toca a uno y el otro queda mirando pa' la vitrina. Ya sería bueno que el programa sea uno sólo y no vengan un día con uno y después con otro, que lo único que hace es dividir a la población. Este año es el Programa Laboral para Mujeres y el próximo quizás con qué cosa lleguen" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical Nº 15; p. 241, líneas 7-11 de anexos).

"Este programa para la pavimentación de calles focalizó sólo a los vecinos de Lota Bajo donde se arregló un pedazo pequeño de los caminos ¿y qué pasa con el resto? Se crean conflictos. A mi me pasó con la gente de mi

sector. Me culpaban porque yo no estaba en la puerta de la Municipalidad" (Justo, Junta de Vecinos Nº 2; p. 20, líneas 14-17 de anexos).

Otro problema es que los recursos económicos que traen los proyectos no concuerdan con las necesidades reales de la gente. Se esperan grandes cambios y resultados, con una mínima inversión financiera, asunto que traspasa la buena voluntad o motivaciones que puedan tener las personas, porque en lo concreto se necesita que la inversión sea mayor para que abarque a más personas y alcance a financiar todos los gastos:

"Los proyectos que han llegado del FOSIS, ya que usted me ha insistido tanto con el FOSIS, yo le voy a decir que desde hace 20 años conozco los proyectos del FOSIS y han sido muy débiles los proyectos del FOSIS. Esta es una píldora más de este gobierno para supuestamente superar la pobreza, lo cual no es real, porque este programa no es cierto que supera la pobreza, es solo un parche y bien chiquitito" (Héctor, Presidente Junta de Vecinos Nº 3; p. 45, líneas 5-10 de anexos).

"Débil, débil en el sentido que los recursos que llegan a través del FOSIS son débiles. Seguramente serán importantes en otras comunas de Chile, pero aquí en la comuna de Lota, en vez de entregar un millón, un millón y medio, dos millones de pesos a los proyectos que se ganan, le entregan 100 mil pesos, 200 mil pesos que... quién se desarrolla con eso y lo peor es pa' pura pelea..." (Héctor, Presidente Junta de Vecinos Nº 3; p. 45, líneas 14-18 de anexos).

Como síntesis de este punto puedo señalar que los pobladores reclaman los problemas que ha generado una focalización errónea en sus organizaciones que en muchos casos ha entorpecido el trabajo y los logros anteriores, generando de paso muchos conflictos internos. Otro problema de la focalización es que no hay continuidad de los proyectos. Al adjudicarse a un grupo, los demás se sienten menoscabados, porque en el fondo saben que

ese programa no tendrá una repartición progresiva entre todos los sectores. Se señala también que en ocasiones no se han respetados los límites culturales y territoriales que la comunidad tiene, dividiendo sectores que históricamente han trabajado juntos en la resolución de sus problemas. Además hay una observación en cuanto a los recursos económicos que se entregan, puesto que no son suficientes para desarrollar ningún tipo de proyecto que signifique una transformación real de una situación de vulnerabilidad.

Otro factor que ha influido en los errores administrativos, es el desconocimiento de las Municipalidades sobre los distintos programas, lo que deriva en que se postula a organizaciones de pobladores poco pertinentes para ciertos proyectos y esto redunda en el bajo nivel de logro de los resultados. En ocasiones no se ha detectado el analfabetismo de los participantes, lo cual retrasa los objetivos planteados por un programa que generalmente dispone de escaso tiempo para evaluar logros. Esto ha sido un problema para los pobladores que para enfrentar los desafíos formales de los proyectos han generado estrategias cooperativas. Sin embargo, las habilidades de cooperación y solidaridad autogestionadas no son valoradas por el programa, predominando sólo el hecho de que "no se ejecutó adecuadamente", como se puede comprender a través del siguiente párrafo:

"Este programa busca hacer tantas casas, en tan poco tiempo y eso es imposible. Tampoco utiliza lo que nosotros hemos aprendido durante todo este tiempo para resolver nuestros problemas. Si yo no sé leer le digo a mi compadre que escriba y con las otras vecinas nos arreglamos. Claro, porque eso requiere de tiempo para ponerlas en práctica, porque las realidades son diferentes, y en ese caso hay que adecuarlas y eso necesita un plazo mayor" (Héctor, Junta de Vecinos Nº 3; p. 46, líneas 9-12 de anexos).

En general, sobre el tema de la focalización y la administración, queda en evidencia que las organizaciones que llegaban a buen término con los

proyectos tenían desde hace décadas en su haber, altos grados de organización social y política. En cambio las que no cuentan con un historial de organización que implique una identidad y memoria propias, muestran un trabajo insuficiente e inacabado, lo cual apoya la tesis de que *la experiencia social,* es uno de los insumos medulares para una implementación adecuada de planes y programas sociales (Cáceres, 2003).

En cuanto a la sustentabilidad de los proyectos, el gasto social, desde la Institucionalidad se pone acento en la "inversión social", cuya idea se centra en mejorar las condiciones para que las personas sigan manteniendo un cierto nivel de organización y de trabajo local que les asegure mejorar las condiciones de vida de forma autónoma y sin dependencia del Estado. La puesta en marcha de los programas de apoyo a las localidades pobres, debería generar resultados en esta perspectiva, que sean sustentables en el tiempo. No obstante, la sustentabilidad, entendida como la permanencia en el tiempo de los productos logrados en la intervención, es otra de las materias cuestionadas en estos programas sociales, que supuestamente se plantean como generadores de capacidades e iniciativas locales. A pesar de exigir la construcción de un "Plan de Acción" desarrollado por la comunidad y que debería ser sustentable en el tiempo, el programa reduce la evaluación del proceso sólo al proyecto y a la obtención concreta de un bien material, desconociendo las iniciativas paralelas generadas por la localidad, y que se desarrollan al margen de las pautas requeridas por la institución. Los relatos de los entrevistados destacan este punto y es posible apreciar cómo se cuestiona el hecho de que la institucionalidad no valore la organización espontánea de los pobladores, como un insumo agregado a los objetivos del proyecto:

"Junto con la instalación de luminarias como idea priorizada por el proyecto, también trabajamos el problema de la basura en las calles. Nos planteamos una campaña de limpieza y educación casa a casa, compramos tambores para depositar las basuras y nos pusimos normas de

funcionamiento. El único problema es que el programa no se entera de estas capacidades, sólo se interesa por la instalación de las luminarias. Yo tengo mis serias dudas, respecto a los intereses del gobierno. Yo no sé si le interesa conocer estas capacidades que tienen que ver con organización, con personalidad, con la valoración que la gente tiene con lo que llaman autoestima" (Cecilia, Dirigente Junta de Vecinos Nº 5; p. 72, líneas 20-27 de anexos).

Los relatos en torno a los problemas de sustentabilidad, que tienen que ver principalmente con la falta de acompañamiento y seguimiento posterior a la finalización de un programa, también pueden ser referidos como una falta de control de los recursos estatales o como un abandono de las personas, quienes perciben que son dejadas a su suerte con proyectos que nunca antes habían ejecutado:

"Por ejemplo los proyectos FOSIS. En la población postularon unas señoras para hacer un taller de costura y postularon a las máquinas. Uno lo sabe por entredichos, entonces uno mira, como dirigente dice: claro, postularon, pero sólo postularon, y hoy día las máquinas están guardadas... y el dirigente tiene que abocarse, que por qué están guardadas, porque pasa a ser sólo un tema de esas personas que postularon o que vendieron las herramientas de trabajo que les dieron. Y la persona sigue igual metida en el *hoyo, todavía no puede salir" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 163, líneas 37-45 de anexos).*

"Claro que uno ve y dice y muchos postularon, ¿ah?, por eso yo le digo que fue un enorme manejo en Lota de lo que son los proyectos FOSIS. Pero por ejemplo, muchos postularon a las máquinas de maestranza, de máquinas soldadoras... pero usted pregúnteles hoy día, iban a entregarle trabajo a tres, a cuatro personas, pregúnteles. Todas esas cosas están vendidas porque no hubo un control a lo que se estaba haciendo. Si yo entrego recursos del

gobierno, yo tengo que controlar que esas cosas se entreguen como corresponde" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 164, líneas 6-12 de anexos).

"Lo que pasó con la reconversión que eh... la reconversión en sí fue un proyecto del gobierno para ver la posibilidad... la posibilidad de, de que esa gente que iba a quedar sin trabajo generaran ellos mismos como ex mineros del carbón, generaran recursos, o generaran empresas, mini empresas que... que era una cosa que, que era imposible, era imposible que un viejo que... que se comprara tres motosierras con el millón y medio que se le daba, y el viejo se compraba tres motosierras, era imposible que ese hombre, aunque lo capacitaran, aunque fuera un buen motoserrista, él solo se reconvirtiera. Cómo se iba a reconvertir ese hombre con tres motosierras, si él solamente sabía cortar, cortar, usar la herramienta de trabajo a la que él.... lo... lo estaban reconvirtiendo. Pero dónde iba a trabajar, con quién iba a trabajar, cómo él iba a generar los recursos, cómo él iba a entrar a una empresa a prestar servicio como un contratista o un subcontratista. Entonces, qué es lo que se hizo, se le compró las herramientas para que trabajara el minero del carbón, pero lo dejaron solo…" (Luis, Presidente Junta de Vecinos Nº 4; p. 57 líneas 32-44 de anexos).

Los relatos de los entrevistados indican que el proceso de generación de capacidades que se busca lograr, no es sustentable para emprender un proceso a largo plazo. Se observa que los resultados, el impacto y las capacidades, no son sostenibles en el tiempo, y que luego de implementar los proyectos no hay grandes proyecciones para la comunidad. Los testimonios también indican que la situación es más notoria en el caso de los programas que fueron inducidos por la planificación central sin considerar las prioridades que los pobladores reclamaban, ni la cultura organizacional instalada en la comunidad para relacionarse con los proyectos. Sobre estas experiencias, los pobladores indican:

"La gente no está comprometida con el proyecto, no cuida y yo paso a ser el malo de la película, porque les digo "oiga, tiene que regar el pastito" y no lo hacen (...) Yo discuto con los cabros chicos que pisan el pasto, tengo que pescar la manguera y estar hasta las once o doce de la noche regando. Yo les tengo manguera, agua, luces, no hay ninguna cosa por la que puedan decir ellos que no pueden cuidar. Cuando se pusieron los juegos, las luminarias y el pasto, a los pocos días hicieron tira los juegos. Yo con esto no quiero saber más de proyectos" (Justo, Junta de Vecinos Nº 2; p. 31, líneas 2-9 de anexos).

En conversaciones con los participantes de los programas sobre los cambios que éstos han provocado en sus localidades, ellos advierten que los procesos no son conocidos ni controlados, pues desde el Estado la evaluación sólo se centra en los productos materiales de los proyectos, analizando principalmente los aspectos cuantitativos del programa, lo que conlleva un alto costo emocional para las personas y sus dirigentes:

"En lo personal, yo tuve muy mala experiencia, incluso quiero renunciar además que no me siento muy bien, por el mismo exceso de trabajo, yo no quiero saber mas de proyectos (...) Distinto es el caso del otro proyecto de Lota Bajo. Yo iba allá a las once de la noche y veía ocho, nueve personas trabajando, incluso a la una de la mañana. Es más, había gente de otros sectores trabajando. En cambio yo trabajé sola, me fracturé poniendo las estacas y ahí me di cuenta que era mucho" (Cecilia, Dirigente Junta de Vecinos Nº 5; p. 77, líneas 11-16 de anexos).

"A mí me molestó la actitud de ella (supervisora FOSIS), llegó prepotente y desmereció todo lo que habíamos hecho. Nos dijo que éste es un proyecto cacho, aún cuando lo habían evaluado y aprobado, nos habían entregado dinero y todo..., entonces, cómo nos decían ahora que era un proyecto cacho" (Cecilia, Dirigente Junta de Vecinos Nº 5; p. 78, líneas 34-37 de anexos).

También muchas de las comunidades que ejecutaron programas tuvieron un buen nivel de cumplimiento de objetivos, en algunos casos superando la lógica proyectista. No obstante, esto se puede transformar en un problema porque la institucionalidad en cierto modo sanciona la "creatividad" o los procesos espontáneos de las organizaciones:

"La supervisora pedía informes que no daban cuenta de todo. Nosotros sobrepasamos las metas del proyecto. El plano contempla seis asientos, nosotros construimos doce. El riego era proyectado con mangueras y pusimos riego automático. Hicimos jardineras que no estaban en el proyecto, muchos más metros de césped... Pero el FOSIS es muy rígido: si hacemos un cambio que no está en el proyecto, hay que pedir modificaciones y esperar la respuesta de ellos para hacerlo, entonces ¿de qué gestión hablan? Nosotros compramos una máquina cortadora de pasto porque sobraba plata de ese ítem (equipamiento), pero no estaba escrito en el proyecto y por eso recibimos críticas del supervisor FOSIS. Yo creo que sobrepasamos las ideas del FOSIS, pero siempre hubo una contención" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 161, líneas 41-50 de anexos).

"En mi sector, logramos que cincuenta familias activamente cooperaran con el programa en las reuniones dando dinero, ayudando para la celebración de la navidad y plantando arbolitos para dejar más bonito. Un día que venía la supervisora FOSIS, quisimos mostrarle lo que estábamos haciendo, pero ni siquiera se acercó a mirar el sector" (Oscar, Junta de Vecinos Nº 9; p. 131, líneas 33-36 de anexos).

"En una oportunidad, la Junta de Vecinos que es el ejecutor, no rindió cuentas a tiempo, lo que atrasó la segunda remesa desde el Fosis y ya no nos dieron los dos millones restantes" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 163, líneas 19-21 de anexos).

En otro sentido, hay relatos que destacan la excusa del proyecto para volver a reorganizarse como vecindario o grupo organizado. Se trata de organizaciones que tenían mucha experiencia pasada, y que manifiestan un cierto reconocimiento al programa, puesto que las activó la principal cualidad del grupo, como es trabajar en equipo y en pos de un objetivo, luego de haber pasado un largo periodo de inactividad por diversos desacuerdos en torno a las coyunturas políticas del momento:

"Lo bueno es el fortalecimiento de la organización, porque se pueden hacer muchas cosas, independientemente que sean proyectos. La población no necesitó organizarse, nosotros estamos antes que llegaran los proyectos y todo esto lo hemos levantado nosotros con pura autogestión. Es diferente cuando no ha existido organización y se necesita empezar de a poco (...) En este caso las capacidades estaban, pero por primera vez en función de proyectos, porque en tiempo de Pinochet no existieron estos proyectos donde tenemos que ocupar tanto tiempo en papeleo y rendición de cuentas a las autoridades. Claro, en ese tiempo peleábamos por otro tipo de cosas" (Leonor, Junta de Vecinos Nº 13; p. 200, líneas 42-50 de anexos).

Como se puede observar y analizar con los extractos seleccionados, pese a que el objetivo principal de los programas está puesto en estimular y apoyar en la comunidad el desarrollo de capacidades que contribuyan a la superación de la pobreza, los pobladores en sus relatos han dejado ver que la gestión de proyectos no ha sido viable ni sustentable. Aquí el impacto que más aparece es que existirían problemas en la forma de aproximarse a la comunidad por parte de la institucionalidad pública y que su intervención podría estar muchas veces generando conflictos en la cultura organizacional de los pobladores y sus familias.

8.7.1.2 Desfases y tensiones locales entre la comunidad y las políticas de intervención

Como revisé en el apartado anterior, la estrategia de estos programas está puesta en el desarrollo y reconocimiento de las capacidades técnicas, por tanto, no se consideran otras capacidades logradas en el ámbito de lo comunitario, ni de la evolución social que el grupo humano refleja a través de su historia, ni del origen de su asentamiento, sus símbolos culturales, la autonomía, la capacidad de toma de decisiones, la autoestima, la capacidad de enseñar al interior del grupo, la responsabilidad, la identidad con su propia realidad, la autogestión, la innovación, la independencia de los grupos respecto de la autoridad central, la creatividad ni las dinámicas comunitarias acuñadas desde sus orígenes (Montero, 2006). Frente a comunidades que reflejan este tipo de características, es común ver tensiones y desajustes entre las políticas de intervención y la idiosincrasia de las organizaciones de base, las cuales luchan por conseguir los objetivos propuestos que impliquen una mejora de sus condiciones de vida:

"El lugar que nosotros llegamos a vivir aquí, era un pela'ero, pura tierra... logramos hacer cambios verdaderos, hicimos lo que queríamos contra todos los obstáculos impuestos por la Municipalidad. Cuando vinieron de la Municipalidad, preguntaban como lo habíamos hecho con tan pocos recursos, con tan poca plata. Recorrimos a patita buscando y compartiendo lo poco que había. Si me faltaba algo, el vecino sacaba de donde no tenía, y eso no lo da el proyecto" (José, Presidente Junta de Vecinos Nº 1, p. 3, líneas 20-25 de anexos).

"Nosotras además logramos aumentar a 23 el número de luminarias, que en un comienzo el Municipio había definido que necesitaban sólo 15. Logramos aumentar el número por esta capacidad que se generó en el momento. Aunque nuestra población ya en otros tiempos mostró gran capacidad de pelea, de organización, porque cuando tenemos necesidad

peleamos, porque pa' los pobres la única forma de ganar cosas es peleando" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical Nº 15; p. 252, líneas 18-23 de anexos).

En el extracto a continuación, es posible apreciar cómo la capacidad de organización y de convocatoria en pos de un objetivo, facilitó proyectar una idea priorizada por toda la comunidad y disponerla en función del programa:

"Nosotros en nuestra localidad contamos en nuestro proyecto con hombres que son especializados en la materia de construcción, cada uno sabía carpintería, albañilería, gasfitería... todo eso fue importante para el proyecto (…) El proyecto logró ser exitoso por esa capacidad que ya existía y también por la capacitación entregada, pero fundamentalmente por la capacidad de tener ganas de querer surgir, de querer salir adelante" (Cecilia, Dirigente Junta de Vecinos Nº 5; p. 66 líneas 10-17 de anexos).

"Ahora es más fácil, más fácil organizarse en democracia que cuando se organiza en tiempos de dictadura, como que era más complicado, o sea, no cualquier organización podía llegar y salir adelante, porque antes eran muy fiscalizadas las organizaciones, cuando se levantaba alguien como que era muy perseguido, más bien si tenía un pasado, entonces... ee... costaba un poco ser dirigente vecinal. Hoy día no. Hoy día está fácil ser dirigente vecinal, con la única diferencia que de repente a veces uno se encuentra con mucha burocracia nomás... Claro, pero hoy día es fácil. Anteriormente estaba la burocracia y la... y lo difícil que era poder ver de que un vecino quedara mejor que como estaba antes" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 4, líneas 33-41 de anexos).

Los relatos dejan ver que los pobladores, reconocen en la participación los resultados exitosos y esto se fundamenta en la experiencia comunitaria de resolver problemas y la de extender la cooperación y solidaridad a todos, entendida como aquella característica de la organización social que conforman redes de compromisos, normas de reciprocidad y confianza. Los

pobladores están conscientes que todo logro está asociado a la memoria organizativa, colectiva, heredada desde los orígenes de los asentamientos, con normas que regulan la convivencia comunitaria, acuñada por largos años:

"En nuestra localidad existe experiencia práctica como la toma de terreno. ... En aquel tiempo la persona que estaba sin trabajo tenía que hacer turno para cuidar el lugar de la toma, las puertas se cerraban a tal hora, si querían integrarse nuevas personas a la toma tenían que venir recomendadas o ser reconocidas como gente cooperadora, consciente. Nosotros no fuimos capaces de concienciar a toda la gente, porque lo que pasó fue que se despertaron ideas que ya venían de antes, pero eso lo hicimos desde el mismo grupito antiguo. De todas maneras considero que no fui capaz de dar vuelta la tortilla con las personas egoístas que no se integraron, no tuve capacidad de enganchar a todas las personas. Quienes trabajamos fuimos las familias que veníamos de la toma de terreno" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical Nº 15; p. 252, líneas 29-38 de anexos).

Por ejemplo, en el origen de cada agrupación está presente la toma de terreno, que como origen, genera y desarrolla la cohesión de la vida comunitaria. A partir de allí existiría un contrato social, no legal sino moral, que sostiene tal cooperación en la comunidad. Es decir, cualquier sanción para quien no suscriba estos valores no es penal, sino social, cuyas consecuencias implican finalmente la exclusión de la red de solidaridad y cooperación. Normas y expectativas juegan un rol importante. Así una concepción del rol de ciudadano encaja con un compromiso de igualdad política, que es la base cultural de la comunidad:

"Yo creo que existe una forma de hacer las cosas que se formó en un momento en que teníamos una buena organización. Eso fue cuando comenzó la población. En ese tiempo (1970) elegimos delegados y una directiva que luego se transformó en una Junta de Vecinos. Esa organización se dio porque

todos requeríamos de un lugar para vivir, es decir se da a partir de una necesidad. Teníamos Comité de Allegados que en ese tiempo eran de los "sin casas". Cada comité tenía su nombre. Teníamos una organización que giraba en hacer guardia. Incluso si un marido se portaba mal, el presidente le llamaba la atención. No existía delincuencia, nadie robaba. Desde ese tiempo se comienza a organizar lo que hoy es la población. Pero llegamos organizados por el Comité de los Sin Casas de diferentes lugares. Tú llegabas al campamento y las condiciones para ser aceptado eran que tenías que traer certificado de antecedentes y aceptar la organización y la forma de funcionar del campamento. Muchas de esas normas se basaban en la solidaridad, en la limpieza y en el buen uso de los recursos que teníamos" (Carlos, Dirigente Sindicato Nº 14; pp. 230-231, líneas 43-45 de anexos).

Como se puede leer a continuación, ha sido un conjunto de capacidades colectivas lo que les permitió sobrevivir en mejores condiciones y ser menos vulnerables frente a cualquier evento:

"Para nosotros, esta experiencia es básica para la convivencia y la comprensión entre vecinos. Es la hermandad que nos ayudó a luchar primero por lograr nuestras casas, luego para soportar la represión y hoy volvió a renacer esa hermandad en las familias que aun vivimos aquí" (Luis, Junta de Vecinos Nº 4; p. 63 líneas 20-23 de anexos).

"Esta historia nos ha ayudado mucho para saber convivir. Hoy las poblaciones nuevas no tienen idea como funciona la Municipalidad, nadie orienta o ayuda. En aquel tiempo no faltaban las celebraciones comunitarias, las pascuas populares para los niños y mejor que ahora… la delincuencia llega después, en parte desde afuera y por otro lado como consecuencia del sistema económico, de la falta de trabajo y perspectivas" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical Nº 15; p. 244, líneas 27-32 de anexos).

Aquí el concepto de colaboración entre iguales cobra importancia vital, esto a la luz de los relatos y resultados positivos en la implementación de algunos proyectos. En general, en cuanto a la participación de vecinos en la vida comunitaria de las organizaciones entrevistadas, se puede señalar que si bien no siempre es receptiva a los programas de gobierno, muchas veces cuando estos programas presentan fisuras operacionales y son lo suficientemente flexibles, emerge desde los pobladores sinergias organizativas importantes, generando grados de cohesión y participación vecinal mayor. Se trata de subjetividades que se reconstruyen con ritmos propios y con dinámicas y lógicas de participación mucho más a su medida y que a partir de la capacidad de autogestión del sustento vital, trasgreden los objetivos de los programas o proyectos de una forma heterogénea.

8.7.2 Prácticas comunitarias y memoria organizativa

Los procesos de intervención externos, analizados anteriormente, están caracterizados por las tensiones y desfases que las organizaciones de pobladores plantean con el Estado, debido a intervenciones técnicas y circunscritas al tratamiento casuístico de los problemas. En este punto analizaré los procesos internos y cómo las prácticas locales generan formas organizativas y redes de solidaridad comunitaria. Para ello es importante indagar en la historia de la consolidación de los barrios y el origen de sus habitantes. Llama la atención que en la mayoría de los barrios la manifestación más recurrente de relación social es la preocupación y cuidado por *el otro*. Ejercitados como una simple práctica de amabilidad y cooperación entre los pobladores, es coherente con el supuesto que tras un modo vida precaria la organización popular promueve prácticas de solidaridad como parte de la vida cotidiana, pudiendo surgir o no de un movimiento social donde no pocas personas pasan por un proceso de conciencia política. La solidaridad es la espina dorsal que mantiene la estructura y el movimiento de la comunidad de pobladores.

8.7.2.1 Sentidos de comunidad y solidaridad como proceso histórico

Al incursionar en los sentidos de comunidad, la revisión bibliográfica indica la existencia de acciones e interacciones tanto en las actividades que se llevan a cabo como en lo que las personas sienten y en general, son relaciones construidas por la proximidad y por la especificidad de un contexto socio-histórico y cultural donde las personas comparten intereses y necesidades. Para reconocerse a sí mismas como participantes en este proceso, las personas desarrollan una identidad social y se construyen a partir de un sentido de comunidad, identificados por un "nosotros" (Montero, 2004b).

Como mencioné en la revisión de antecedentes, Montero (2004b) destaca la importancia de comprender la comunidad como un "sentimiento" y no como un "lugar". Este sentimiento es generado por el "sustrato psicológico de la comunidad", que es la cohesión y la conciencia de un "nosotros" común que vive y comparte un proceso histórico semejante. La cohesión se traduce en la solidaridad y la unidad entre las personas que se enfrentan a circunstancias diarias en actividades difíciles, de peligro o de necesidades. La conciencia del "nosotros" nace del reconocimiento de una igualdad que se percibe porque compartes condiciones de vida similares. Estas ideas tienen relación y pertinencia a esta sección del análisis. En el siguiente fragmento, es posible ver el relato sobre los inicios del barrio, la toma de terreno y la autoconstrucción de sus viviendas, articulando de paso las bases sociales de su comunidad:

"Entonces aquí nosotros fuimos capaces de organizarnos de tal manera que aquí participaron todos, sin excepción. Incluso llegó gente de otros lugares. Teníamos miedo de que no pudieran participar algunos vecinos, que por diferencias de eh... sociales, a lo mejor no podían acercarse, no iban a participar de las ollas comunes. Pero no fue así. Participaron todos, el 100%, el 100% en las ollas comunes… participó el 100% de los pobladores, de los

vecinos. Fuimos capaces de organizarnos porque aquí todos nos sentimos gente de escasos recursos y esa cuestión nos une más todavía" (Luis, Junta de Vecinos Nº 4; p. 63, líneas 11-18 de anexos).

"Uno cuando es idealista y tiene alguna ideología, tiene los principios, le costaba, pero al final lo lograba. Yo una de las cosas que me acuerdo yo, que alguna vez amenacé con quemarme a lo bonzo con un bidón con agua, felizmente el bidón... como nosotros íbamos a buscar parafina tenía ese olor. Son cosas así puh, que el sargento en ese entonces dijo: 'no, ya dejemos que construya esta gente no más. Aquí al ladito de arriba, que sino el hombre se va a quemar' y ahí vamos" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 5, líneas 9-14 de anexos).

El relato deja ver el como el sentido de pertenencia moviliza y activa la organización entre los pobladores, el trabajo colectivo surge para generar los cambios tan esperados y ayuda a remover la memoria colectiva que los lleva a reforzar su identidad como pobladores. Es un campo de las interacciones que se construye en un espacio de la comunidad e incluye afectos, construcciones simbólicas y significados en la vida compartidos a diario, como señalaba Montero (2004).

A pesar de que muchos de los programas estatales insisten en identificarlos como pobres o meros beneficiarios, los pobladores levantan un sentido de comunidad en la construcción colectiva de sus viviendas y en ese esfuerzo se constituyen como protagonistas de sus cambios. Según Montero (2004) para la psicología comunitaria son importantes estos procesos de transformación y de liberación que se producen en personas en condiciones de vulnerabilidad, puesto que desarrollan formas de adaptación o de resistencia mucho más estables y capaces de transformar la realidad. Aunque concuerdo en lo fundamental con la autora, considero que los procesos de adaptación y resistencia se desarrollan simultáneamente y no de una de una manera excluyente.

En relación al sentido de pertenencia e identidad, Montero (2004) señala que una comunidad vive en constante transformación y evolución donde la interacción genera un sentido de pertenencia e identidad social que hace que los integrantes tomen conciencia de sí mismos como un grupo con memoria social (Vásquez, 2001). Una muestra es el siguiente párrafo, donde los pobladores son conscientes de pertenecer a una comunidad protagonista de grandes luchas sociales:

"En Lota, porque en Lota siempre todas las cosas han aparecido en Lota, los movimientos grandes, las huelgas de hambre en Lota, los paros, siempre han sido aquí primero y las hemos iniciado nosotros y después en todo el país. La Huelga Larga, la Ley de las Ocho Horas, por ejemplo, fueron en Lota... la Ley de Lámpara a Lámpara... antes, en todo el país, se trabajaba doce horas, y aquí con una pura huelga hicimos la Ley de las Ocho Horas" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 7, líneas 1-5 de anexos).

"Claro que... la represión fue grande después del golpe con los mineros, fusilaron a los... a los dirigentes, entonces... la gente tuvo temor, y los dirigentes son designados en esa época, designados por el gobierno militar. Después esos mismos... esa misma gente quedó eh... gobernando los sindicatos, hasta que se volvió nuevamente a las votaciones, lo difícil era asumir que me iba de candidato, o sea el que se... el que iba en contra del gobierno militar al final quedaba sin trabajo, incluso hasta las mismas jefaturas de la empresa tomaban... tomaban represión contra los que pensaban distinto, se creían como militares abajo prácticamente. Entonces era difícil la situación, la gente tenía miedo, votaba por los mismos que... entonces cómo cambiar el panorama ése, había que atreverse. Yo, a pesar de todo lo que me pasó para el 73, me la jugué por el... por el cambio democrático, para que volviera la democracia, muchas veces hacíamos... hacíamos encuentros sindicales, nos hacíamos pasar por evangélicos pa'

pasar" (Justo, Presidente Junta de Vecinos Nº 2; p. 16, líneas 25-37 de anexos).

"Sí, fuertes, porque aquí por lo mismo no paró el gobierno militar, nunca paró las minas, pudiéndolas parar ellos, porque el brote social que iba a salir aquí, aquí (¿?) Yo le digo así, los mineros no íbamos a entregar las minas, no íbamos a aguantar que los militares nos pararan las minas, no, no imposible, no, y ellos eso lo tenían clarito" (Luis, Presidente Junta de Vecinos Nº 4; p. 64, líneas 30-33).

"Sí, harto tira y encoge, harto tira y encoge… costó harto trabajo cerrar las minas, a los gobiernos de la Concertación les costó un mundo, les costó un mundo porque era una cosa social grande, eh... fuimos capaces de organizarnos todos los mineros del carbón, todos nos organizamos, todos los sindicatos, donde nosotros íbamos más de cien dirigentes a Santiago, viajábamos, eh... nosotros, nosotros empezamos el movimiento del carbón, como Carbonífera Schwagger, dos años antes que ENACAR, porque a nosotros nos dijeron antes que se iba a cerrar el yacimiento. Entonces nosotros supimos primero el colapso de lo que podía venirse con el cierre de las minas, nuestra mina, porque ENACAR todavía no decía que se iba a cerrar, a nosotros nos dijeron que se iba a cerrar Carbonífera Schwagger y nosotros conversamos con los colegas dirigentes de Lota, y les dijimos: cabros, trabajemos juntos, veamos por qué se viene la problemática, si van a cerrar… nos van a cerrar a nosotros que somos más productivos que ustedes y todo lo demás, significa que ustedes también, a lo mejor el gobierno va a decir: cerremos las minas" (Luis, Presidente Junta de Vecinos Nº 4; p. 59 líneas 26-49 de anexos).

"Con... familias enteras, fuimos al Congreso, llegamos como 3 mil, como 3 mil trabajadores al Congreso, entre mujeres y niños y todo lo demás, fuimos capaces de movilizarnos. Entonces costó aceptar la idea de que realmente tenía que cerrar. No, el gobierno tuvo que hacer... y ahí se

aprovecharon algunas cosas, o sea, se aprovecharon eh... de sacar pensiones, el puente de jubilación, donde con 18 años de mina y con 25 años de trabajo podían tener un puente de jubilación, entonces se negociaban, no negociamos bien si... pudimos haberlo hecho mejor" (Luis, Presidente de la Junta de Vecinos Nº 4; p. 60 líneas 20-26 de anexos).

El relato de los pobladores se refiere a los episodios de huelgas generales que han protagonizado los sindicatos en alianza con los barrios y sus familias, de ahí que el sentido de pertenencia e identidad social sea aquí especialmente fuerte, porque son consecuencia de esta conciencia grupal y son los signos que definen la comunidad lotina como tal. Siguiendo la misma línea de razonamiento, Bolívar (1994, en Wiesenfeld, 1998) explica que cada barrio tiene características específicas, representando una determinada realidad social con aspectos culturales e históricos propios. La comunidad no es estática ni en el tiempo ni en el espacio, como afirma la visión funcionalista-positivista (Guareschi, 2004), sino más bien una construcción histórica dinámica y colectiva, derivada de la interacción entre sus habitantes. Los procesos grupales de "pertenencia, ser miembro o identificarse" analizados también por Wiesenfeld (1998) son aspectos que dan sentido a la comunidad e indisociables de su desarrollo físico. A lo largo de las etapas de la consolidación de un barrio, la última fase consiste en la construcción de un sentido de comunidad en base a relaciones grupales y esta es la parte esencial de un proceso que posibilita la resistencia y construcción de estrategias para hacer frente a las amenazas. En este contexto, se rompe el aislamiento y la preocupación exclusiva por la vida de la familia y se introduce la idea que la satisfacción de las necesidades individuales depende de las prácticas sociales y que éstas suscitan encuentros, intercambios y negociaciones con otros que comparten las mismas carencias.

En las entrevistas encontré que los pobladores y sus familias desarrollan una conciencia permanente de preocupación de las necesidades

de los vecinos, puesto que se trata de barrios que han crecido y socializado con la constante tarea de sortear necesidades básicas, para lo cual han desarrollado estrategias colectivas, prácticas sociales y redes familiares de colaboración a lo que se agrega un nuevo elemento aglutinador: la dignidad del lotino:

"Claro, pero las necesidades son las mismas, y los conflictos no se crean de la noche a la mañana... por crearse, los conflictos están ahí puh, o sea la necesidad está ahí... sí puh, si uno ve, se da cuenta acá en Lota por ejemplo hay cualquier necesidad, y está ahí. Uno que ha recorrido, hay gente que no tiene qué echarle a la olla... lo que sí, la dignidad del lotino es la que a uno le asombra más... de que igual ahí está con la frente en alto" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 9, líneas 8-12 de anexos).

"Es... es, porque ellos tenían, ellos trabajaban las 24 horas sin tener opciones de... de tener horas de colación, de poder ee... eran como animalitos que trabajaban. Y se agruparon de repente, hicieron de una huelga que se llamaba "de lámpara a lámpara". Y luchando, luchando en eso, porque fue histórico, ellos lograron de tener su horario de colación, de tener un poco más de comodidades en su trabajo. Y entonces toda esa historia, porque si no somos hijas de mineros, somos sobrinas de mineros, nietas de mineros, la historia va y todo el mundo, porque... la fuente laboral de nuestras familias eran los mineros" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 159, líneas 35-41 de anexos).

"Oh eh... el momento más que emocionante, por ejemplo, nosotros cuando... éramos dos mil en Schwagger y cuando nos despidieron, los primeros 700, pucha, fue terrible y abrazados como hermanos todos llorando, terrible, terrible porque viejos que tenían 30, 35 años trabajando en las minas del carbón… para esos viejos, y que ya tenían una edad, era como cortarles la vida, eh... muchos viejos después que se acabó el carbón, se envejecieron y se murieron, se murieron de pena, de nostalgia […] Hubo

muertes de pena, de nostalgia, habían viejos que... los buses en Coronel, por ejemplo, empezaba a correr a las 6 de las mañana, para llevarlos al pique, habían viejos de que después de que se acabó el carbón, se cerraron las minas, usted pasaba en la mañana, habían viejos que iban a los paraderos a esperar la locomoción" (Luis, Presidente Junta de Vecinos Nº 4; p. 60, líneas 28-38 de anexos).

Ahora bien, si ponemos atención a lo que dice Márquez (2005) vinculando la idea de comunidad con un sentido de proceso y convivencia, se puede pensar que en el proceso de precariedad y de violencia vivido por los pobladores, existiría un fortalecimiento de los valores de solidaridad y de comprensión a partir de reconocer condiciones comunes de carencia y desamparo. Los mecanismos de acción son creados en el curso de sus contactos e intercambios, y el éxito de sus reclamaciones y movilizaciones colectivas está relacionado con la dependencia de unos a otros y en la unión entre ellos tal como Wiesenfeld (1998) llama la "red social". Con esto, la autora hace hincapié en que la formación de un grupo, como el caso de las organizaciones de pobladores, representa tanto una construcción social como también psicológica.

Es en este sentido que los pobladores han forjado una identidad resistente con la memoria de sus luchas sociales y cuando estas acciones se convierten en reivindicaciones frente a la esfera gubernamental, muestra la evolución que se produce desde la "conciencia de necesidades" a la "conciencia de derechos", es decir, hay un cambio de entendimiento, del mismo modo que opera por ejemplo, con comprender la vivienda como un refugio hasta entenderla como un lugar, o como la búsqueda de la supervivencia a entender que se lucha por mejorar la calidad de vida (Wiesenfeld, 1998).

"Luchas, mire yo me acuerdo que nosotros marchamos contra Pinochet, y nosotros... ¿Quién hizo la primera marcha de cuando estaba Pinochet? Los

mineros del carbón poh, le doblamos el brazo a Pinochet. A nosotros nos esperaban como si hubiéramos llevado un arsenal, si a uno lo esperaban por las calles puh... Yo marchaba con mis mineros, marchábamos puh, si éramos todos iguales, vivíamos todos de la... de la zona del carbón" (Leonor, Junta de Vecinos Nº 13; p. 189, líneas 16-21 de anexos).

"Yo en lo posible, por eso me metí en la unión comunal en este... y después me hice presidente de la unión comunal, me metí por luchar por un proyecto habitacional que sea digno y decente para toda la gente de nuestra... nuestra gente que vive en Lota, y especialmente para nuestros hijos, para nuestros familiares, para nuestros vecinos, para nuestros amigos para todos, y luchar juntamente con el alcalde, con el consejo de concejales y con la organizaciones vivas de nuestra ciudad para poder lograr el objetivo, y si tenemos que hacer alguna protesta la vamos hacer y si tenemos que llamar al gobierno que venga a Lota y se presente en Lota tenimos que hacerlo, porque estamos de acuerdo de hacer que el gobierno haga un plan especial habitacional para Lota, es la única forma que podemos señalar, por ejemplo yo le digo, ahora salió un programa en canal 13, Santiago no es Chile, y es una gran verdad Santiago no es Chile, nosotros también somos chilenos somos lotinos y tenimos el mismo derecho que tenía Santiago o sino en ese caso nos iríamos todos a vivir a Santiago" (Juan, Dirigente de la Junta de Vecinos Nº 6. p. 85, líneas 28-50 de anexos).

En este sentido, la historia de Lota es una historia de autogestión que configura la formación de un tipo de ciudadano que no se articula de la misma manera que en otros sectores sociales. No es un ciudadano que se limita a ejercer ocasionalmente su derecho al voto, al contrario, se configura como un actor que opta por reproducir su propia materialidad, su propia realidad histórica y política (Salazar, 2008). Se trataría de un proceso comunitario, en relación directa con el desarrollo local y más aún en la constitución de un relativo "poder local". Reflexivamente o no, las organizaciones de pobladores están impulsando un proceso complejo que

podría incidir en la aparición de una ciudadanía participativa y en la emergencia de un tipo inédito de democracia social "desde abajo". Es decir, de organizaciones sociales que tienden a habituarse a ser más protagónicas en los hechos, más que en el derecho de ser soberanas (Salazar, 2008).

La comunidad como un proceso histórico, a partir del cual se constituye la identidad de un colectivo específico, influye a su vez en sus propias acciones. Esta mirada no asocia la comunidad a aspectos que son comunes a los barrios pobres, que sugiere la existencia de una uniformidad derivada de las condiciones materiales, más que en determinantes histórico-culturales y locales (Wanderley, 1993). En este enfoque crítico, lo colectivo se percibe como contenido de una comunidad no común entre sus habitantes. Así, las acciones de los pobladores no aparecen como espontáneas, sino como producto de la acción organizada, debido a los intereses percibidos como comunes:

"Bueno, como le contaba yo vengo de una cultura minera, llegué de Lirquén, de la mina de Lirquén, cuando se cerraron las minas de Lirquén, la... el 80% de la gente se vino a trabajar a la mina de Lota y de Schwagger, mi papá se vino a trabajar a... mi papá fue dirigente de los mineros como le decía, allá en Lirquén. Entonces fue un poco difícil para él, porque... entrar a trabajar, porque estaba cuestionado por el hecho de ser dirigente y de izquierda más encima, en un gobierno de derecha de Jorge Alessandri, entonces era bien difícil, pero afortunadamente logramos instalarnos en Lota gracias a la ayuda de los compañeros que nos recibieron en el sindicato y en la población y eso que ni nos conocían, fíjese…" (Justo, Junta de Vecinos Nº 2; p. 15, líneas 37-45 de anexos).

"Claro... hay que seguir en la pelea, eh... yo hace un mes y medio tuve una entrevista con la nueva... con la nueva ministra de vivienda, después de contarle toda la historia que le estoy contando a usted, de lo que han significado los pabellones, de la cultura minera, por qué es importante pa

nosotros... eh... recuperar los pabellones, que no solamente... em... son un patrimonio, sino que también son viviendas de... donde vive la gente, donde viven los ex mineros, o los hijos de mineros viven eh... viven los hijos, ella me dijo: '¿pero vive gente ahí?' Entonces yo le dije: `bueno, se disculpa porque viene entrando', pero es cultura general saber que… Sub-Terra hacía esto... que las casas las construía la ENACAR para los... los trabajadores y todavía seguimos viviendo en esos pabellones, todavía seguimos viviendo ¿me entiende?" (Justo, Junta de Vecinos Nº 2; p. 22, líneas 15-24 de anexos).

8.7.2.2 La comunidad como red de relaciones afectivas

La comunidad se crea de relaciones que se establecen en el barrio y del reconocimiento de que nos necesitamos unos a otros para tener éxito en la vida. Y es a partir de estos contactos con otras personas que comparten las mismas carencias, que los valores solidarios se fortalecen, estableciendo las estrategias de protección, enfrentamiento y reivindicación:

"Volver a Lota es para mí... es como volver a nacer, porque siempre, los nueve años que estuve en Rancagua, siempre añoré volver. En Rancagua es todo más difícil, todo más difícil, aquí tú tienes hambre y tú golpeas una puerta y te dan un pan, no te lo cobran. En Rancagua tú tienes que ganártelo, me entiendes... entonces aquí la gente es más humana, la gente es más amable, más sociable" (Cecilia, Dirigente Junta de Vecinos Nº 5; p. 67, líneas 36-40 de anexos).

"El afecto es fuerte, o sea no es, no es como en otros sectores, otras partes del país. Pa' nosotros, todavía en mi población existe eso de... la tacita de *azúcar, o si a mí me falta un poquito de aceite, lo que sea. Hasta al día de hoy, gracias a Dios, en mi sector se ve todavía eso. Se ve la parte humana, pero ahora con el terremoto" (Soraya, Junta de Vecinos Nº 8; p. 107, líneas 39-42 de anexos).*

"Diferente el sentimiento de la gente de Lota, el sentimiento, porque a mí, yo le decía, cuando se me quemó mi casa, ellos me mandaron ropa, de todo. Porque somos solidarios y porque sentimos el dolor del otro, no en todos lados pasa lo mismo" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; p. 153, líneas 28-30 de anexos).

Cabe señalar que esta red de relaciones, en caso de los barrios de Lota no emerge como parte de un tejido compacto, ni uniforme, ni ordenado. No se trata de un tejido armónico de organizaciones. Muchos de los logros de los pobladores se han debido, no a la presencia de organizaciones sólidas y permanentes, sino a la confluencia de diversos actores y con diversos sentidos de participación, muchos de ellos bajo formas espontáneas de organización, a lo que se suma la acción resuelta de un pequeño grupo de dirigentes automotivados. Esta aparente desorganización no ha sido un obstáculo importante que haya imposibilitado a los pobladores hacer lo que se requería hacer. Es como si este aparente problema de organización tuviera virtudes propias de divergente efectividad:

"Todo, todo aquí estaba todo medio organizado, aquí hubo las ollas comunes, fueron las primeras ollas comunes que se conocieron, se conocieron aquí en Lota, donde venía la gente campesina a dejarle cereales, papitas, porotos a los mineros del carbón... se abasteció... claro, porque como ya había ido un sector del campesinado organizado en los tiempos de… de la 'revolución en libertad', de la, de la 'reforma agraria' de Frei Montalva, se organizaron los viejos, hubo cooperativas, estaban organizados, eran viejos organizados" (Octavio, Junta de Vecinos Nº 12; p. 179, líneas 36-42 de anexos).

"Claro, resistiendo... y bueno, lo mejor de esto es dejar como herencia a nuestro...a nuestro, bueno, ya nieto ya, nieto, a nuestros hijos sabrán hacer lo que tengan que hacer nomás, porque ya han vivido parte de ella (¿?). Pero así, dejarle unos buenos principios a los que vienen, a los más chicos, para

que seamos mejores. Hacer las cosas mejores. Que todo esto que nos ha pasado a nosotros nos sirva como experiencia" (Carlos, Dirigente Sindicato Nº 14; p. 236, líneas 15-19 de anexos).

La comunidad sería, de esta forma, la proveedora de relaciones familiares y estaría relacionada con un tipo de vida donde las personas se reconocen como sujetos involucrados con subjetividad propia (Guareschi, 2004). Tal dimensión es fundamental para que el ser humano pueda realizarse como ser político.

En un razonamiento similar, Krause (2001) afirma que el sentimiento de comunidad propiciada por la convivencia y familiaridad se logra a través de redes de sociabilidad, vecindad, parentesco y amistad. Así, en el siguiente extracto, se refleja esta forma de comunidad:

"Bueno, uno siempre piensa en los demás, porque mi papá fue minero y nos enseñó a compartir con todos, porque en la mina todos son tu familia y si te quedai solo, hasta ahí nomás llegaste. Entonces mi papá, claro, salía mucho y nosotros también pa' la calle a estar con la gente, porque, toda la vida minero, entonces es una... al fin y al cabo cuando cierran una mina matan una familia, porque cuando empieza uno, empieza los otros, igual cuando los pescadores dan la lucha, los demás también lo apoyan, entonces se apoyan unos con otros" (Jessica, Junta de Vecinos Nº 7; p 102, líneas 18-24 de anexos).

"En mi barrio la gente... en mi barrio la gente, todos, trabajamos en conjunto, nos unimos, nos cuidamos. Yo misma como presidenta de mi barrio, porque tenía que ver con todo lo que era la comuna. Y llegaba allá con las ayudas, llegaba y si llegaba me daban un pancito, una agüita, porque sabían que a diario yo ni siquiera comía" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11.; p. 167, líneas 19-22 de anexos).

En este punto vuelvo a lo que señalaba Márquez (2005) y su crítica a las teorías que vinculan la idea de la vida comunitaria sólo a los barrios pobres, porque esta idea muestra un idealismo que oculta las contradicciones de lo cotidiano que muchas veces revelan la reproducción de un modo de vida aislado e individualista. De esta forma la idea de comunidad no es sólo una delimitación del espacio o ser parte de un barrio pobre, las prácticas solidarias se dan en una dimensión que abarca lo procesal, lo relacional y la valoración mutua entre quienes forman parte de ella (Heller, 1991; Wiesenfeld, 1998; Cereceda, 1992):

"Porque hay una… hay algo enraizado en nosotros de que criaron de… como herencia, digamos, de nuestros antecesores, unos viejos combati'os que peleaban juntos" (Carlos, Dirigente Sindicato Nº 14; p. 214, líneas 17-18 de anexos).

"No, no dejarse vender, entonces seguir, o sea, con principios... con principios y valores, no podemos perder nuestros valores... No, no, en lo que uno siente, porque uno hace las instituciones, porque si usted tiene principios errados, a las instituciones las va a guiar por ese... entonces, hay muchos de esos, que quieren estar ahí pa' apropiarse de lo que no corresponde" (Carlos, Dirigente Sindicato Nº 14; p. 235, líneas 38-42 de anexos).

A la vez también existen ejemplos contrarios que nos revelan las contradicciones de la vida cotidiana, que muchas veces reproduce modos de vida aislados e individualistas:

"Claro, se ha ido perdiendo. Por ejemplo si hablamos de la época mía, era una organización fuerte de izquierda, donde todos los vecinos nos ayudábamos... estamos hablando... pero si tu ves esa época, ya esos vecinos, la mayoría, ha muerto. Ahora en este minuto, mi sector está con toda la generación nueva, y eso significa pensamientos nuevos, ideología nueva, cabros que 'no están ni ahí' como ellos dicen. Hay más indiferencia en el tema

político ahora en mi población, o sea ahora ya no es como antes, o sea... antes se decía que era un sector rojo y era rojo, puh… ahora yo noto que los cabros no participan, no tienen participación, no están comprometidos con participar en ningún evento que tenga que ver con algo social. Entonces es muy difícil mantenerlos a los chiquillos conectados con nosotros" (Soraya, Junta de Vecinos Nº 8; p. 109, líneas 13-22 de anexos).

En este sentido, los extractos que he seleccionado, tratan de reflejar una concepción de la comunidad como un campo relacional y por lo tanto formador de lazos de identidad comunitaria, donde la calidad de las relaciones son fundamentales para las movilizaciones colectivas. Intento con estas lecturas acercarme al concepto de lo comunitario, como un valor en el que se pueden fundar las relaciones interpersonales más allá de la socialización característica de la vida cotidiana, dando lugar a lo que Márquez (2005) llama "espacio de realización de lo humano".

8.7.2.3 Vida cotidiana y movimiento de pobladores como experiencia de saber popular

En esta sección observé la experiencia cotidiana de los pobladores y su configuración como sujeto político que intenta controlar su entorno. Así aparece una diacronía en permanente tensión, invisibilizada muchas veces por la contingencia de aparecer como precario, pobre y pasivo beneficiario de programas sociales. Es necesario otorgar a los pobladores la calidad de actores y productores de su cotidianidad. Para Heller (1991) la vida cotidiana es un conjunto de actividades que caracteriza la reproducción de individuos particulares. No se puede reducir lo cotidiano a una instancia de alienación porque se trata de fuerzas contradictorias entre lo particular y lo histórico. Cada ser humano al nacer se encuentra con un mundo ya existente, independientemente de él. En ese espacio aprende a usar las cosas, apropiándose de los modos de uso y sistemas de expectativas dentro de un estrato social determinado. La reproducción del sujeto particular, es

siempre en relación a un sujeto histórico, es decir, de un individuo particular en un mundo y espacio concreto (Heller, 1991).

En este marco los pobladores se objetivarían en la vida cotidiana y esta objetivación está estrictamente relacionada con la producción de su entorno inmediato, es decir su mundo (Heller, 1991), pero un mundo en tensión, reconociendo en lo cotidiano las posibilidades de transformar sus realidades. Para Heller (1991), romper con lo cotidiano estructurado es necesario para adquirir conciencia de los determinantes históricos, lo que implica ir más allá de lo que el entorno ofrece. La autora reconoce que la capacidad para hacerlo se adquiere en la vida cotidiana: aunque lo cotidiano se vea como un contexto de reproducción alienada, es ahí donde se aprenden las habilidades para superarla.

Por tanto, podemos pensar que la práctica de solidaridad cotidiana, tema de mi estudio, no es un conjunto de acciones conscientes de naturaleza emancipadora y transformadora, pero pueden ser vistos como un mediador en este proceso, sin descartar que se puede ser consciente a través del desarrollo de individualidades. Esto dependerá de cada caso, es difícil determinar si una acción es el producto de un proceso de liberación o de uno de reproducción. A partir de las ideas introducidas por Heller (1991) es posible comprender la cotidianeidad de las personas entrevistadas, así como sus formas de superación, concientización y desenvolvimiento en su contexto y lugar:

"Claro, y los mineros se quedaron ahí, o sea, lograron resistir. Entonces lo que se ve en el fondo es que hay una necesidad en la comuna, o en este caso del minero de demostrarle al país de que no eran personas de cero categoría. Por tanto... como te digo yo, irrumpe ahí mucho la política, y empiezan a salir líderes políticos de la comuna, entonces para un político discursar en el país, o discursar en Latinoamérica, o donde fuera invitado y decir que era de Chile, y además que en Chile habían mineros del carbón, llamaba mucho la

atención. Porque además era como un bastión de... era como un bastión de lucha y era un referente político que ya estaba creciendo" (Jorge Sindicato Nº 10; p. 145, líneas 21-28 de anexos).

"Bueno, es que estamos en la mina, porque este fue un país, una ciudad de lucha, nos costó mucho conseguir en la mina, porque también tendríamos que recordar que esta ciudad ha sido muy perseguida, nosotros el año 47 también tuvimos aquí que pasar de la crisis de persecución hacia los pobladores, intervención militar, de allá viene esto. Después viene la del 73, después todo esto que estamos pasando, entonces cuando hablamos... queremos respetar esta unidad, la gente que tiene conciencia sigue al lado nuestro. Pero le reitero: no como antes, cuando se daba esa lucha, digamos. Y yo esto le reitero, el llamado que se hace a nuestros dirigentes. Hay que dejar el personalismo, los intereses creados a un lado, porque aquí nadie sobra, hay un desafío entre medio, así que debemos rescatar lo que perdimos. Y eso sabemos que podemos lograrlo, porque siempre hemos dado muestra con pequeños gestos que los lotinos salen adelante, pero unidos y compartiendo lo poco que hay, ése es nuestro objetivo" (Oscar, Junta de Vecinos Nº 9; p. 130, líneas 1-12 de anexos).

Para algunos autores, la vida cotidiana de carencia, sufrimiento, sumisión y conformismo es uno de los principales obstáculos a la politización del sujeto. Sin embargo, como podemos evaluar en el siguiente relato, las personas a veces tienen la oportunidad de romper con algunos de los mecanismos de sumisión y vivir el movimiento social cuando se acercan a las experiencias colectivas que son educativas, ya que crean oportunidades de conocer otras formas de abordar los problemas y el sistema político, incluso a través de contactos con los mismos miembros de las élites políticas:

"La mayoría de los extrabajadores eran campesinos, eran mapuches, por tanto gente de muy poca educación. Y el movimiento obrero siempre ha estado ahí metido, o sea, donde está la pobreza, donde está la... el cómo se

llama, la lucha, por tanto, de a poco se fue ideologizando este tema. Y ahí tuvo mucho que ver el partido comunista y el partido socialista, que empezaron después a educar a los pobladores políticamente, ¿ya? Y eso se veía mucho, se veía mucho. Entonces, claro, como en definitiva la izquierda quiere tomar (¿?) un bastión de lucha, no tenía nada pa'l norte, no tenía nada pa'l sur, precisamente encuentra en Lota un pueblo, en este caso de mineros del carbón, con historia, con precedentes de lucha, con huelgas muy largas" (Jorge, Sindicato Nº 10; p. 145, líneas 4-12 de anexos).

"Mira, hay hitos importantes con respecto a eso. Lota aún siendo una comuna muy pobre, siempre se solidarizó con otras comunas, cada vez que se le pidió. Y yo creo que pa' este terremoto la gente devolvió la mano. Porque si había un problema en el norte, como lo que ocurrió en el terremoto de aquel entonces, Lota se puso, ¿ya? Aún teniendo pocos recursos, la gente igual sacaba su platita, igual colocaba sus víveres y se mandaban delegaciones para allá, a nombre de Lota. En las teletones, todo este tipo de actividades, Lota siempre estuvo presente, y compitiendo con otras comunas de... oye, cada vez había que poner más, ¿ya? Por tanto, devolviendo la mano también, por supuesto a quienes nos habían ayudado en algún minuto, porque mira, volviendo atrás también, cuando nosotros nos vamos a Santiago después del cierre de las minas, habíamos tenido una pelea magistral aquí en Polvorín con carabineros" (Jorge, Sindicato Nº 10; p. 146, líneas 6-17 de anexos).

Por otra parte, la importancia de un estudio de lo cotidiano es que puede abordarse como expresión de historicidad, a través del cual pueden ser entendidos los procesos culturales. La valoración del estudio de la vida cotidiana está presente en casi toda investigación que busca construir una aproximación al saber popular. Por ejemplo, en el libro *Pedagogía* del oprimido de Paulo Freire (1985) se argumenta que una educación liberadora se hace a partir de la experiencia concreta del educando con aquello que es parte de su vida cotidiana y que tiene sentido para él. Una perspectiva de emancipación se construiría por tanto, a partir de lo cotidiano.

Para Márquez (2005) tomar el barrio como campo de investigación implica un privilegio en el estudio de lo cotidiano, teniendo en cuenta los múltiples aspectos que coexisten en el mismo espacio de vida: religiosos, políticos, económicos, culturales y sociales, entre otros. Del mismo modo, Cereceda (1992) afirma que la comunidad es el espacio de las expresiones de la vida cotidiana, que constituyen una organización compleja, puesto que promueve en sus encuentros personales y colectivos cotidianos, un proceso intrínseco de construcción social al igual que la naturaleza de las relaciones que se establecen en ese espacio:

"Nosotros aquí en la población no empezamos ayer con la organización, no puh, ¡esto viene de las luchas que empezaron lo abuelos que llegaron del campo con lo puro puesto y sin saber leer ni escribir tuvieron que arreglárselas! ¿Y cómo lo hicieron? Haciendo fuerza entre todos, haciéndose entender con lo poco y nada que sabían. Todo lo que hemos logrado se lo debemos a ellos también puh" (Juan, Dirigente Junta de Vecinos Nº 6; p. 89, líneas 1-5 de anexos).

"En su producción estaba media estancada, entonces ellos fueron trayendo gente del campo, en su gran mayoría. Y para eso necesitaban una población que tuviera gente capacitada para... para hacernos funcionar aquí como trabajadores y como habitantes permanentes de Lota. Es así que nuestros primeros asignatarios, nuestros padres, nuestros abuelos, llegaron aquí entre los años 40 y entre los años 50... y gran cantidad de masa. Ahí después... una población que... que se hizo para producir esos efectos, de tener una estructura más o menos... un personal grande, ya que la producción del carbón era materia... estaba siendo materia expansiva" (Juan, Dirigente Junta de Vecinos Nº 6; p. 38 líneas 27-34 de anexos).

Teniendo en cuenta los aspectos de la comunidad planteada como campo relacional, dinámico e históricamente construido, el siguiente

extracto nos hace comprender también, de manera práctica, la vida cotidiana en Lota:

"Y claro, nosotros aquí todos siempre hemos sido pobres, si aquí los gobiernos no han hecho nada, solo se han llevado el carbón pa' los puertos y entonces nosotros hemos tenido que puro pelear y ayudarnos entre nosotros, porque no nos queda otra ¡puh! Pregúntele usted a cualquier lotino como se pelea aquí pué, saliendo a la calle, porque nosotros siempre hemos esta'o organizados desde que esta cuestión del carbón empezó y por eso nos tienen miedo cuando salimos a buscar trabajo fuera" (Oscar, Junta de Vecinos Nº 9; p. 132, líneas.25-31 de anexos).

Salazar (2001) hace ver la importancia de destacar los aspectos que componen lo cotidiano, para comprender la cultura relacional que emerge del saber popular, esto es, analizar la estrecha relación entre vida cotidiana y el proceso de construcción de la historia social de los pobladores y los medios por los cuales se organizan. De acuerdo con el autor, la elaboración de pautas comunes es lo que da sentido a las experiencias y lo que ha configurado su identidad social como pobladores. En este sentido, existe una imbricación de la cultura, historia y una forma de relacionarse con los otros, así es el tipo de interacción entre las personas lo que crea el ambiente en que interactúan y determina el tipo de relación que establecen con el mundo.

8.7.3 Prácticas de solidaridad comunitaria

8.7.3.1 La emergencia del concepto de solidaridad en este estudio

En Lota no podemos entender el concepto de solidaridad sin relacionarlo con las condiciones materiales y laborales de los pobladores y quizás las primeras luces para comprenderlo están en el valor del trabajo en equipo en contextos hostiles, como una estrategia de identidad y de confrontación hacia esas condiciones adversas y poco reconocidas. La

solidaridad emerge aquí como un principio identificador afectivo para resistir, tomando luego forma de cultura que se manifiesta en sus hábitos y prácticas cotidianas. Es probable que la solidaridad del mundo del trabajo haya proyectado sinergias en los barrios, como una manera de enfrentar también la hostilidad de la administración pública en el espacio vecinal. Estas prácticas de solidaridad, serían parte del día a día, prácticas colectivas que emergen en un tiempo desfavorable, durante los cuales se generan acciones como una respuesta afirmativa a una situación de discriminación sufrida:

"Esto fue forjado a pura toma nomás... Sí, eran cerros baldíos éstos. Y la gente... empezamos a emparejar, emparejar, después empezamos a luchar pa' que pusieran agua. Esto era un barrial aquí, después la luz…" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 1, líneas 39-41 de anexos).

"Sí, bueno, el proyecto del agua fue uno, porque aquí la gente no tenia agua, solamente como le digo las primeras casas, eh... tenían el agua, que era... que no se consumía porque era agua del ferrocarril que hacía, que aquí el ferrocarril hacía el agua, preparaba aquí, en el estanque, entonces ese mismo estanque se aprovechaba de alimentar la gente… hicimos un proyecto que se llamaba Fondo Esperanza, que era un... de unos extranjeros, entonces ellos nos dieron un millón y medio para que nosotros extendiéramos con la *(¿?) con los otros vecinos que no alcanzaban el agua" (Jessica, Junta de Vecinos Nº 7; p. 96, líneas 4-10 de anexos).*

Un aspecto observado en las entrevistas que sirve como ejemplo de la divergencia conceptual, es el significado de la solidaridad. ¿Cuál sería entonces la solidaridad? Lo que se desprende de las entrevistas es que, si bien la solidaridad tiene que ver con la "ayuda", en realidad va más allá de eso, porque se trata de algo más intenso o afectivo, quizás, de lo que es vivido por ellos. El intercambio de experiencias y apoyo mutuo que conforman la vida cotidiana de estas personas se consideran como

obligaciones, es decir, reglas de conducta, de sociabilidad, que tienen sus raíces en el día a día. Por ello, conviene comprender las reglas de un colectivo específico en cuanto su construcción social, orígenes, significados y conceptos:

"Construir yo no, sino que la gente de más arriba... por los otros, la otra gente. Pero eso, después, ya solamente quedan en los recuerdos (¿?)... si uno va y, o sea, no es que uno espere que lo reconozcan, pero que alguien diga, oiga, este tipo hizo esto y esto otro. Ahora esto mismo que estamos haciendo ahora por los ex-mineros de que tengan pensión, tampoco esperamos de que lo reconozcan, pero que alguien por lo menos se acuerde en el tiempo de que... esto va a quedar en la historia puh, en la historia del movimiento obrero y del movimiento social que estamos haciendo ahora" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 5, líneas 19-25 de anexos).

Dado que el término "solidaridad" ha resultado tan extraño o vacío de sentido para los sujetos de esta investigación, como un "choque" clásico de los conceptos que impone un investigador en el trabajo de campo, utilicé en las conversaciones con los pobladores la palabra "ayuda", no obstante, en el transcurso percibí que éste no era un término completo que remitiera exactamente a lo que estoy definiendo como la "solidaridad" en este estudio, de modo en este caso pueden existir manifestaciones que no son exactamente de ayuda, sino mas bien "gentilezas" que podrían ser mejor comprendidas como normas de sociabilidad. Por ejemplo, hubo un día que estaba hablando en el patio de un vecino y me comentó sobre la difícil situación por la que su vecina estaba pasando: el marido fue hospitalizado a causa de un tumor cerebral y con dos hijos para criar no había gestionado a tiempo su jubilación. Poco después, esta misma vecina a la que el entrevistado hacía referencia, le alcanzó a través del cerco que separaba los terrenos de sus casas, una botella de refresco diciendo: "Le paso este encargo para que le ofrezca a su visita". No era una típica situación de ayuda, sino de algo más complejo que implicaba relaciones, historias y complicidades

tales que fundaban esa solidaridad proactiva. La vecina, pese a tener todos esos problemas descritos, nos regalaba refresco al ver que estábamos bebiendo agua. Y esa fue parte de otras observaciones de campo que me permitieron entender mejor la cuestión de la "solidaridad" en estos barrios y que también pude advertir en otros relatos:

"Lo que Lota mantiene vivo es la feria, que es de todos los días, porque anda toda la gente pa'llá, es que por una 'chaucha' uno compra una cosa, no es como en otros la'os que si no están las lucas, no comprai nomás, quedai fuera. Y acá no, po, acá de repente una cosa que vale luca, buta, ya, si no tení plata te la pasan nomás y te dicen que pa' la otra vuelta me la pagas porque te ven la cara y saben que estai mal" (Leonor, Junta de Vecinos Nº 13; p. 191, líneas 7-11 de anexos).

Las ferias libres son parte de la comercialización muchas veces informal de los alimentos. Se trata de comercialización callejera de frutas y verduras, como un mercado de compraventa de abastos entre vecinos, oficio que no sólo permite la sobrevivencia a los implicados, sino que también les garantiza identidad, asociatividad, sentido de familia, comunidad y socorro mutuo, entre otras cosas, que en el fondo son prácticas cívicas que se dan en un espacio, pero que todavía no es posible explicar cómo se mantiene su persistencia temporal. Así yo buscaba en estas prácticas hilos conductores que me permitieran encontrar el origen de este tiempo, el tiempo otorgado por los pobladores para el intercambio mercantil y no especulativo, como decía Moreno (2004), quien lo señala como el tiempo de la cultura popular cíclica. De este modo, un grupo con memoria atribuye valor a las situaciones y acciones que implican un retorno o intercambio en igualdad de condiciones. De alguna manera la solidaridad puede ser así entendida como un elemento de la resistencia porque reconoce determinantes históricos de asociación entre personas:

"Viene de las luchas que empezaron lo abuelos que llegaron del campo con lo puro puesto y sin saber leer ni escribir tuvieron que arreglárselas ¿y como lo hicieron? haciendo fuerza entre todos, haciéndose entender con lo poco y nada que sabían. Todo lo que hemos logrado se lo debemos a ellos también ¡puh!" (Juan, dirigente Junta de Vecinos Nº 6; p. 89, líneas 1-5 de anexos).

Como se puede apreciar, se le atribuye un fuerte valor a las acciones de los fundadores. Sin estas referencias a los antepasados, inmigrantes rurales que la historiografía chilena llamó "el bajo pueblo", concepto que definió al conjunto de sujetos populares unidos por experiencias comunes como la pobreza, cuyos actores quedaron al margen del sistema productivo precapitalista y capitalista, lo que determinó su incorporación gradual hacia un mercado laboral industrial focalizado en zonas mineras y urbanas (Henríquez, 2012). Sin estos referentes, es imposible comprender el saber organizativo acumulado en personas que expulsadas del mundo rural, pasaron por precariedad y cesantía en la cuidad, pero que luego se constituyeron como un actor colectivo y, más tarde, tomaron la forma de obrero industrial precario. Estas trayectorias vitales, sin duda ayudan a entender mejor las acciones de solidaridad entre los pobladores, lo que traté de identificar en las entrevistas.

Lo que emerge desde los relatos según mi análisis, es que la condición de dependencia mutua que ha trascendido en los barrios de Lota, la solidaridad, aparece con notoriedad y se relaciona con un intercambio continuo de pequeños servicios entre las familias, esto es, el apoyo a todas las horas y con todos los problemas. Estos servicios tienen una gran importancia debido a que permiten enfrentar mejor los tiempos de escasez, enfermedad, maternidad y desempleo. Hay un estilo de estar permanente cerca, casi en contacto físico y al alcance del oído, con la puerta de casa siempre abierta para intercambiar información, servicios o simplemente ir y venir para pedir una opinión o un objeto prestado:

"Aquí lo bueno que tiene es que la gente no se esconde y encierra en su casa, la mayoría de las chiquillas estamos todo el día a grito pela'o conversando y si a alguien le falta algo pa' parar la olla lo dice sin vergüenza: 'oye, tení un cuartito de arroz que me prestí' y así nos arreglamos, y cuando hay alguna visita inesperada, mi vecina siempre me salva con platita y me presta, pa' servirle algo a la gente ¡po!" (Leonor, Junta de Vecinos Nº 13; p. 189, líneas 6-11 de anexos).

Para Morales (1993) las características de la solidaridad se relacionan con la naturaleza del grupo, lo que garantiza la unidad y varía en función de los tipos de grupos, en el entendido que la solidaridad de la familia no es la misma que la de la empresa o la política, ni la de los barrios obreros. Según el autor, estas diferencias se deben a causas sociales. En este sentido, las prácticas de ayuda mutua e intercambio de favores, tan comunes en los barrios populares, expresan el efecto de un tipo de solidaridad, la que existe entre un grupo de vecinos, del que son parte muchos de los entrevistados. Los aportes de Morales (1993) ayudan a comprender estas prácticas vecinales, puesto que el autor dice que uno de los elementos más recurrentes en estas prácticas es un fuerte sentido de familia, en las formas de la amistad y la preocupación por los demás, en donde la solidaridad surge cuando es necesario. Así la solidaridad es descrita más en cuanto a práctica y no como sentimiento, puesto que sólo aparece cuando es necesaria, como en el intercambio de favores entre vecinos:

"A mi vecina María le limpio y le riego las aguas residuales porque ella no tiene nadie que le ayude en la casa, el pozo de agua que tengo en el patio le sirve a todos. Las mediaguas fueron hechas el fin de semana, y un grupo de chiquillos trabajó a cambio de comida, la que tiene que dar la persona interesada, si ¡¡puh!! (...) cuando nace un niño, hay hartas visitas porque toda la población sabe del acontecimiento" (Olga, Dirigente Comunal Nº 11; Pág. 154, líneas 8-13 de anexos).

En este sentido, vemos una concepción de la solidaridad que une a los pobladores de una comuna pequeña como Lota. Las costumbres y los valores caracterizan la sociabilidad de los mismos, donde los ajustes para garantizar la base material de supervivencia están relacionados con los modelos sociales y culturales del barrio, haciendo que se mantengan los códigos propios. El barrio reproduce las contradicciones de la sociedad en general y a su vez permite la conservación y transmisión del objetivo que es común e importante para todos: preservar la unidad y la solidaridad.

Para Morales (1993) esto favorece tanto el mantenimiento de los grupos familiares, como su red de dependencias mutuas. El barrio popular es un factor de preservación de la cultura. Pero también es un elemento que absorbe tensiones generadas por el modo de vida urbano y facilita los ajustes necesarios para la sobrevivencia material, afectiva y social de sus habitantes. En el siguiente relato se perciben las amenazas que en ocasiones se ciernen sobre lo común:

"Tiene que ver a nivel mundial yo creo, el famoso capitalismo nos "enseña" de alguna manera a ser poco solidario, y hay un tema... hay un vecino que tiene un refrigerador, el otro lo ve, quiere tener uno mejor, si ese cabro chico sale con una bicicleta, el otro le compra una bicicleta mejor al cabro, o sea ese... ese afán personalista con el que tenemos que luchar todos los días... que hemos ido adquiriendo las personas, que no había antes, que antes se trabajaba todo en sociedad, que se compartía..." (Justo, Junta de Vecinos Nº 2), p. 25, líneas 41-46 de anexos).

Salazar (2001) describe la emergencia de una cultura de la solidaridad a partir de la participación de los individuos en asociaciones o cooperativas que trabajan en ella y esta experiencia tiende a llevarlos a la práctica de relaciones solidarias en otros ámbitos de la vida, como la familia, la comunidad, las organizaciones sindicales o políticas:

"Sí, sí... lo que pasa es que Lota, bueno... siempre ha sido marcado como un punto rojo aquí, hemos sido marcados como un punto rojo, eh... lo que pasa por la... por la idiosincrasia, por... todos hijos de mineros antiguamente, viene una cultura de organización, de reclamar las cosas, de que aparezcan líderes" (Luis, Junta de Vecinos Nº 4; p. 56, líneas 44-47 de anexos).

Lo que sí está claro, es que la cultura de la solidaridad nace cuando los pobladores comienzan a reconocer sus derechos y responsabilidades y tiene que ver con la construcción colectiva de un proyecto que, por la naturaleza de su proceso, establece interacciones que son aplicadas en igualdad de condiciones, sin caer en la exclusión y la dominación de los demás.

Si extendemos la mirada a los objetivos de las asociaciones de vecinos en Lota, por ejemplo, los principios expresados son aplicados en la lucha por condiciones de una vivienda digna, no obstante, esa es una lucha y un propósito que teóricamente sirve a toda la comunidad sin distinción. A ello hay que agregar el respeto entre las personas, basado en la percepción de que todos tienen igualdad de derechos. Aquí la perspectiva de los movimientos populares de Salazar (1999, 2001) que relaciona la solidaridad con la organización social y política, es pertinente para entender estos procesos, porque según el autor, la solidaridad antecede a la movilización. Por su parte Melucci (1999) señala que existe una ligazón entre las movilizaciones colectivas más visibles y las variedades de acción menores realizadas por las personas en una esfera más íntima. El relato siguiente me ayuda a entender estas cuestiones:

"Nosotros en un principio cuando llegamos a la población nos hemos apoyado entre los vecinos porque si usted ve a su vecina con cabros chicos, con hambre, como se va a quedar tranquilo. Entonces nosotros en la pobla organizamos la asociación de vecinos pa' ver como resolvimos los problemas más graves y así fue creciendo hasta que dijimos que esta cosa la tenemos

que ver con los que están ma' arriba y así fue como organizamos las primeras marchas a Concepción. Entonces la idea fue agruparnos todos, ve, que la necesidad no sea un factor de división, que sea algo de unión" (Oscar, Junta de Vecinos Nº 9; p. 126, líneas 42-48 de anexos).

Como vemos, la cuestión organizativa del barrio en sí, no es necesariamente predecible. Se trata más bien de algo que está presente en el día a día en los pobladores y así podemos entender que las prácticas comunes son expresiones organizativas de lo cotidiano y esto lleva a analizar la acción colectiva a partir de las prácticas cotidianas, la subjetividad y la intimidad (Spink, 2004; Melucci 1999). En este contexto, lo cotidiano se torna un elemento importante para los investigadores de movimientos sociales y ya no como un espacio vacío de sentido. Salazar (1999) por ejemplo, afirma que los movimientos que antes podían ocurrir de un modo casi silencioso, ahora pasan a ser valorados como signos de resistencia. De este modo, los temas de los movimientos sociales han cambiado las formas de abordar lo cotidiano, valorando también las prácticas concretas, cotidianas, apoyándose en las estructuras comunitarias fundadas en la solidaridad grupal:

"Mire, yo tengo mis años, ya soy una persona grande, y me he dado cuenta que desde arriba hay una falta de respeto con los pobladores, de los parlamentarios en la zona, de los concejales. El alcalde, las autoridades políticas y las autoridades de base, nunca han entendido como son los vecinos que enfrentan el día a día. Pienso que hay cierto dogmatismo innecesario, que la gente no lo entiende, derecha e izquierda, eso confunde, porque si hay que pelear una cosa, hay que pelear por sacar a Lota de adelante, llámese con la derecha, con la izquierda, pero tenemos que tener un punto de encuentro, que es la participación y un programa claro, contundente, donde los ejes sean el desarrollo de la persona humana, el desarrollo en vivienda. Un proyecto creíble, que, que tenga seriedad, sólo así

la gente va a participar en las cosas que quieren los gobiernos" (Héctor, Junta de Vecinos Nº 3; p. 44, líneas 17-26 de anexos).

Lo importante a destacar aquí es que la reciprocidad aparece como esencial para la solidez y estabilidad de las redes sociales, de ella depende la supervivencia del grupo y su seguridad económica y social. La marginalidad asegura su supervivencia a través de la reciprocidad puesto que al compartir sus recursos escasos e intermitentes con los que están en similar situación, los habitantes de los barrios marginales pueden afrontar juntos las circunstancias que afectan al individuo aislado. El siguiente extracto así lo confirma:

"Aquí, si a usted le falta algo, nunca va a faltar el vecino que le tire una salvavidas, siempre que no se haya porta'o mal ¡po! Claro, porque usted sabe que cuando uno es considerado, sabe que alguna vez él también lo va a salvar a usted ¿ve? Claro, puh, porque aquí también hay gente que se aprovecha y a ésos, nosotros les damos el corte nomá. Yo, por ejemplo, cuando me voy a dar una vuelta al puerto a veces traigo pescado y el vecino del kiosco me salva con mercadería pa' llevar pa' la casa y así nos vamos arreglando" (Ramira, Dirigenta Vecinal y Sindical de Lota Nº 15; Pág. 240, líneas 6-11 de anexos).

En relación a estos intercambios, Lomnitz (1985) define tres grandes categorías de transacciones para el trueque de bienes y servicios en el barrio: el mercado, basándose en la ley de la oferta y la demanda, sin generar relaciones sociales duraderas, la redistribución, que se concentra en una institución o individuo que llega a la comunidad a través de ellos y la reciprocidad, el intercambio de favores que son consecuencia y parte integral de una relación social.

Puntualizando en la formación de redes de reciprocidad, la autora afirma que los estudios en los barrios marginales y comunidades urbanas a

menudo hacen referencia a este tipo de intercambio. Cornelius (1973, en Lomnitz, 1985) menciona la existencia de redes informales que facilitan la adaptación al medio urbano de la población proveniente del mundo rural. Señala que para constituir esas redes se hace uso de todos los recursos tradicionales para su fortalecimiento. Entre éstos, el parentesco, la vecindad y la amistad, integrados en una ideología de la ayuda mutua. En mi caso, encontré muestras de esas redes informales en los barrios lotinos:

"Lo bueno fue que aquí la mayoría de la gente que llegó a trabajar a la mina era gente de los campos, venía gente del sur y llegaron hasta con los animales en un principio y eso les sirvió harto a los viejos pa' hacer las primeras casas, iban con los bueyes a buscar madera, pa'l campo. Claro, porque esto se hizo con hartas mingas o sea entre todos, como es la costumbre de la gente del sur pue', y eso quedó como una costumbre en la población. Así que cuando hay que parar una mediagua nos juntamos los que somos y le ponemos el hombro, claro que el vecino tiene que ponerse con unos buenos vinitos" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical de Lota Nº 15; p. 243, líneas 1-8 de anexos).

Un aspecto destacable es que la reciprocidad depende de la proximidad física y la confianza mutua. Así como la proximidad genera mayores oportunidades para la interacción social, la vida en los barrios articula una sucesión de acontecimientos imprevisibles. La ayuda mutua requiere proximidad para ser viable y eficaz. La confianza es abordada como algo propio que se produce entre los que tienen las mismas necesidades, pero también de la capacidad para enfrentar, el deseo de entrar en una relación de intercambio mutuo, la voluntad de cumplir las obligaciones implícitas en la relación y la familiaridad para una aproximación donde la probabilidad de rechazo es baja. La autora analiza que la existencia de estas redes implica la posibilidad de utilizar los recursos sociales de los marginados como mecanismos de sobrevivencia y fines de producción, es decir, solución concreta a problemas urgentes:

"Aquí en la población si nosotros nos hemos organizado es para cambiar las cosas y no pa' seguir viviendo indignamente y si en un pasado nos aliamos con la gente de la izquierda era porque pensábamos que el cambio estaba por ahí. Hoy seguimos luchando, pero ya sabemos que si no lo hacemos nosotros, si no salimos a la calle a cortar el camino, a poner una barricada, no conseguimos nada. Y eso lo hemos aprendido aquí dentro en la población, sabemos que si no nos apoyamos entre todos no va a pasar nunca nada con nuestro sueños de cambiar tanta injusticia" (Octavio, Junta de Vecinos Nº 12; Pág.182, líneas 29-36 de anexos).

Esta afirmación coincide con lo que dice Guareschi (2004) para quien el término solidaridad es un valor que tiene como presupuestos dos dimensiones centrales, la de una relación de comunión, es decir, gente amiga que está junta y la de la acción. Así en la solidaridad, hay un espacio para la realización del sentido, la necesidad de los otros, como garantía de singularidad de los individuos. En el mismo sentido, Moreno (2004) aborda la solidaridad como una consecuencia de la confianza mutua, una meta y una utopía, haciendo hincapié en la búsqueda de otros enfoques a los tradicionales movimientos sociales que tratan de construir una nueva cultura política.

En mi opinión y a propósito de las pistas que ofrecen los entrevistados, me inclino por una definición de la solidaridad que relaciona el sentido de ayuda mutua con la acción colectiva hacia la transformación social. Pienso que, en base a la emergencia de los datos, es la solidaridad la que hace que el grupo recree formas de supervivencia y transforme la realidad a través del apoyo mutuo y el compromiso personal y social.

8.7.3.2 Solidaridad comunitaria como acción política informal y espontánea

Por otra parte, también me interesa destacar, como resultado del surgimiento de nuevos valores en la organización, la creación de estrategias de acción poco formalizadas o no institucionalizadas, entre los pobladores. Para Salazar (2001) estas estrategias son prácticas socio-políticas de la sociedad civil, en base a actores informales de acciones colectivas, tales como la solidaridad comunitaria y el mutualismo:

"Ahora la cosa aquí esta cambiando por la cuestión de que los partidos políticos se anduvieron asustando con nosotros cuando les dijimos que íbamos a ir a Santiago a reclamar por tanta espera. Y por eso nosotros nos aburrimos de seguirles la corriente a los partidos que nos estaban desordenando el gallinero en la población y nos tenían peleando entre nosotros. Y decidimos hacer nuestra propia protesta, juntos, como personas que quieren mejoras para todos" (Soraya, Junta de Vecinos Nº 8; p. 109-110, líneas 49-4 de anexos).

En este contexto, la representación de las organizaciones se somete al propio grupo en la red asociativa local. Estos se considerarán responsables frente a sus vecinos y no tanto frente a las autoridades o al tejido institucional político-partidario. Es un tipo de dirigencia que sienten más ligado a sus bases que a las instituciones públicas. De este modo, los grupos hacia las instituciones han desarrollado una opinión más bien crítica, lo cual contrasta con el apego que tienen hacia su comunidad local, a la que consideran el espacio natural de su acción política, mostrándose así más de acuerdo con una militancia social local, que partidaria nacional (Salazar, 2001). Esta condición de articularse entre organizaciones sociales de base y pequeños grupos de dirigentes vecinales, ha configurado de alguna manera, un tipo de sociedad civil, haciendo emerger también, un nuevo tipo de ciudadano:

"Mire, nosotros con los chiquillos de la población siempre hemos dicho: el día en que yo como dirigente me pase pa'l lado de los de corbata, de esos que vienen a buscar el voto una vez a la quinientas, usted sabe de quien estoy hablando, ese día me tienen que puro echar de la pobla. Claro, porque uno ya tiene su vida hecha aquí, tiene a su familia repartida por toda la población y uno no va tirar su vida pa' la basura ¡¡de un día pa' otro, pue'!!" (Ramira, Dirigente Vecinal y Sindical Nº 15; p. 249, líneas 7-12 de anexos).

Aquí nos acercamos a la cuestión de la individualidad y la afectividad, que tal como indica Melucci (1991) defiende la existencia de un entrelazamiento creciente entre las cuestiones de la identidad individual y la acción colectiva. En este sentido, la solidaridad del grupo no estaría separada de la búsqueda personal de las necesidades afectivas y comunicativas de los miembros en su cotidiano. En el análisis basado en la teoría de la acción colectiva de Mellucci (1991) se impregnan los elementos que componen la categoría analítica de identidad colectiva. La primera consistiría en la organización, la segunda en la conciencia de pertenencia al grupo, la tercera a las interacciones, la cuarta a las acciones de solidaridad sociopolítica y la quinta a las relaciones con otros actores colectivos y el entorno. La solidaridad es fundamental para el proceso de formación de una identidad colectiva que se construye como una serie de lazos interpersonales que dan lugar a sentimientos de cohesión social.

Esta definición orienta a comprender la consolidación de la identidad colectiva y la conciencia política, a partir de la identificación de intereses comunes con los otros, lo cual da origen al sentimiento de reivindicaciones colectivas planteadas por los entrevistados. Un ejemplo de esto, es que muchos de los dirigentes entrevistados mantienen relaciones y vínculos activos con la mayoría de los vecinos, conocen de sus problemas, hablan a menudo con muchos de ellos. Estas relaciones informales no se instituyen en el lugar habitual de encuentros vecinales sino, principalmente, a través de

las visitas que efectúa el dirigente quien dedica gran parte de su tiempo en actividades varias. De esa forma, se deja de identificar la organización con la sede social o el calendario de reuniones que se realiza en la misma. Los hechos muestran que la mayor parte del tiempo suele estar vacía esa "sede social", ese espacio físico, y que la comunidad vecinal se constituye en gran medida, en las relaciones que el dirigente va construyendo en las redes poblacionales, relaciones que se despliegan en el espacio informal de la calle, antes que en el espacio formal de la sede. El movimiento callejero del dirigente debe ser entendido como la forma en que realiza su inserción orgánica en el tejido asociativo espontáneo de los pobladores:

"Oiga, pero si esta población la hicimos entre todos y todavía la estamos poniendo de pie y todos los días hay cosas pendientes que hacer. El otro día, por ejemplo, estaban los viejos jugando un partido de fútbol y había que hacer unos hoyos pa' enterrar la basura, así que fui donde ellos jugué un poquito a la pelota y después estuvimos toda la tarde trabajando con los cabros pa' poder enterrar la basura ¡¡pue!! Porque aquí no se puede parar, siempre hay cosas que hacer y hay que irlas conversando con los vecinos. Es lo bueno y lo malo que tengamos que hacer todo nosotros, porque aquí la autoridad no se acerca… la mayoría de los viejos está sin trabajo" (José, Junta de Vecinos Nº 1; p. 9, líneas 24-31 de anexos).

Los investigadores del comportamiento político en general, consideran la solidaridad una habilidad esencial en los procesos de lucha para promover la cohesión del grupo y la unidad y cooperación entre aquellos que luchan por el mismo objetivo. Salazar (2001) complementa esta idea al relacionar la solidaridad con el sentimiento generado por el desempleo y las propuestas neoliberales del "Estado mínimo". Indica que hay un sentimiento de abandono por parte de un Estado incapaz de proporcionar las necesidades básicas de supervivencia de la población que genera el sentido de solidaridad como estrategia de acción política que rompe con la fragmentación y el aislamiento. Wiesenfeld (1998) reconoce un importante

papel a los vínculos sociales y afectivos en el barrio, junto con la construcción de viviendas. Según la autora, constituyen la base del espíritu de organización y lucha que los residentes han consolidado para resistir las amenazas de desalojo, por lo tanto, confiere a estos vínculos un papel político. En relación con los procesos de organización colectiva, las reflexiones de Spink (1989, 2004) también resultan pertinentes para el análisis, puesto que la autora afirma que cuando se parte de una visión liberal de la comunidad, partimos de la idea de que en la comunidad no existe capacidad de autoorganización ni de adquirir su propia conciencia de ciudadanía, siendo calificados como eternamente dependientes. De ahí, entonces, que los agentes externos se adjudiquen el rol de *concientizarla:*

"Claro, y como consecuencia de eso, yo le digo de que la mayoría de los partidos de la Concertación... no hubo reuniones pluralistas, participativas, no las han hubo. Usted puede entrevistar a los presidentes de los partidos ¿cuándo hizo reunión con su barrio? ¿Cuáles son los temas? ¿Las interrogantes? Porque si es participación, no podemos estar esperando que pa' cuando lleguen las elecciones acarreen a la gente pa' hacernos propaganda y no escuchar los planteamientos reales de la gente" (Oscar, Junta de Vecinos Nº 9; Pág. 130-131, líneas 49-4 de anexos).

Esto coincide con los principios que subyacen a mi investigación, el estudio de las habilidades y la creatividad propias de la comunidad, de prácticas y hábitos que no fueron "enseñados" por agentes externos, sino creados por la población. Sería lo que Wiesenfeld (1998) denomina potencialidades sociales endógenas, es decir, capacidades que la comunidad tiene para enfrentar las diferentes situaciones que encuentra. Las formas organizativas existentes y la capacidad de reconocer sus prioridades en cuanto a recursos de movilización y acción, transitan paso a paso, sin una ruta predeterminada (Spink, 2004).

Spink (2004) critica las concepciones liberales, que ejercieron gran influencia sobre la psicología y que definen a la comunidad como producto de la asociación de individuos independientes. El autor cree que, gracias a las acometidas liberales, existen pocos estudios sobre conceptos que, en su opinión, son decisivos para comprender los procesos de cambio social, tales como el cooperativismo, la autoorganización y la solidaridad, que involucran colectividades y las actuales formas de interacción y por lo tanto no pueden ser reducidas a nivel individual para fines de comprensión.

A lo largo de este estudio, me percato de que hay una distinción bastante frecuente entre dos conceptos de solidaridad, uno que se refiere a una acción dirigida a las personas que necesitan algún tipo de recurso, donde hay un sentido de diferencia y de verticalidad, y otro, existente entre personas que viven en condiciones similares, por tanto cargado de un sentido de igualdad, a lo que Spink (2004) llama horizontalidad. La definición propuesta sobre la práctica de la solidaridad, revela una condición de la igualdad que estaría detrás de las prácticas existentes en la comunidad de Lota, puesto que se trata de una solidaridad que se une de unos a otros de una manera sólida, compartiendo las mismas responsabilidades y consecuencias. Si hay una preocupación con la formación de lazos de solidaridad entre las personas, es que antes debe existir la conciencia de un "nosotros".

Este *nosotros* afirma que la solidaridad existe si la identidad de comunidad se forma y se comparte plenamente. Por lo tanto, podríamos pensar que se desarrolla solidaridad entre las personas que comparten un sentido de igualdad y pertenencia. En un barrio, la identidad social se forma a partir de la proximidad entre las personas por una historia de acción y de conciencia de pertenencia (Martín-Baró, 1989; Montero, 2004). La proximidad aparece en las entrevistas como una condición que permite la unidad entre los pobladores, en donde Morales (1993) indica que no sólo la

proximidad física basta, sino que debe haber una disposición para que las relaciones se establezcan.

Una historia compartida es el segundo factor responsable de la existencia de un *nosotros* y aquí la historia es un punto de referencia de los conocimientos y significados colectivos. Lota es una comuna que no habría alcanzado sus logros si no fuera por la organización de su gente hacia un objetivo común. Cuando les preguntaba en las entrevistas que me comentaran algo sobre el día a día en el barrio, muchos hablaban de la unión que sentían, trasladando su significado más allá de una cuestión de "lugar", dirigiéndolo a una cuestión de afecto (Montero, 2004). Así es posible pensar que, además de ser una expresión de cooperación y asistencia mutua, las prácticas de solidaridad revelan una dimensión identitaria, lo que consolida un compromiso real en la vida cotidiana entre pobladores.

De este modo y a la luz de los testimonios entregados por los pobladores de la comuna de Lota, queda en evidencia la presencia de un protagonismo popular en la historia local y en la construcción de identidades al extremo de producir una fisura o fractura en la forma de entender la comunidad, lo que plantea nuevos dilemas teóricos, haciendo necesario examinar el problema con más detenimiento, especialmente, por parte de los propios pobladores, ciudadanos.

9 CONCLUSIONES

Una de las primeras reflexiones de este estudio, es que las estrategias de los programas de acción contra la pobreza aplicados en Chile desde mediados de los noventa, muestran un claro distanciamiento de las conceptualizaciones originales de la psicología comunitaria latinoamericana, especialmente de su modelo de participación de la comunidad. A cambio han ofrecido una perspectiva de la participación social débil, como una forma de integración y generación de recursos, para completar el proceso de intervención. En el fondo, sólo tratan de activar las habilidades personales mediante la incorporación a un plan o programa de trabajo. Se trata de intervenciones que no consideran una articulación sinérgica con las organizaciones comunitarias ni una perspectiva multidimensional de los problemas. Cuando aplicamos una mirada histórica en torno a los movimientos de pobladores, es posible comprobar que en estos programas, aparece de forma explícita o implícita la intención de estimular la experiencia de participación popular, pero acotada y funcional al programa, en donde finalmente los objetivos se centran en las carencias y necesidades individuales de los beneficiarios y la intervención no tiene efectos sobre las causas más profundas de los problemas de los pobladores.

Las actuales estrategias de estos programas aún cuando se definan como una opción para provocar procesos de desarrollo local, proceden con lógicas que no favorecen el ritmo de vida de las comunidades, sino más bien con las del mercado, que determina la oferta y demanda de diferentes servicios, trabajos, oficios y potenciales actividades que pueden realizar las personas. De esta manera las experiencias de una comunidad como en el caso de Lota, indican que los efectos de la intervención social no son neutros, constituyendo a las personas intervenidas como sujetos pasivos, lo cual influye en la mantención y reproducción de su condición de excluidos o permanentes tutelados.

Sin embargo, pese a lo anterior, constato que existen comunidades que han logrado generar acciones colaterales a las exigidas por este tipo de modelos, siendo comunidades de pobladores que durante el desarrollo de las intervenciones han sabido sortear la rigidez de las mismas anteponiendo su batería de "activos sociales" para enfrentar las contingencias y solucionar los problemas más 'reales' a esa situación determinada. En este sentido, los pobladores saben utilizar extensivamente las redes de autoayuda, muchas veces marginalizadas e invisibilizadas, reviviendo un trabajo comprometido con el espacio local que recupera las experiencias de solidaridad implementadas desde años en la comunidad.

Esto deja ver la emergencia de un modelo de organización local que resiste o cuestiona a las políticas públicas que no fomentan la participación de los pobladores en la política local. Se cuestiona de esta forma el diseño que se usa en los programas sociales del gobierno y se hace necesario pensar desde otras perspectivas para otorgarle nuevos sentidos al tema de lo local y lo comunitario.

Al respecto, Moser (1996) en su investigación sobre "comunidades, vulnerabilidad y pobreza", señala que existe una relación inversa entre vulnerabilidad y "activos", que serían los medios de resistencia que pueden movilizar los hogares para hacer frente a las privaciones, entre los cuales estarían la mano de obra, los activos productivos, las relaciones familiares y el capital social. En relación a ello las comunidades más vulnerables, expuestas y sin redes poseerían "activos" más débiles, o menos medios de resistencia a condiciones adversas, lo que les hace ser muchas veces más intervenidas, pero no necesariamente "habilitadas".

En cuanto a los activos, es posible ver que en los entrevistados emerge la noción de "capital comunitario", que implica las normas, la confianza y las redes de reciprocidad que facilitan la cooperación en una comunidad, apareciendo como un conjunto de capacidades colectivas, junto a la

reproducción de una cultura común, la sociabilidad interna y la capacidad para enfrentar situaciones adversas.

En muchos casos examinados a lo largo de este trabajo, las organizaciones de pobladores han constituido históricamente tradiciones cívicas de sinergia local que les han permitido en la práctica contar con grandes reservas de capital comunitario, configurando una fuerte identidad con un significativo nivel de desarrollo. Aquí pueden ocurrir dos cosas, que este capital contribuya al éxito del programa o, por el contrario, que no cumpla con los objetivos, pero que sí desarrolle alternativas a lo que se quiso implementar.

En Lota se trata de un capital comunitario que como activo cobra vigencia con sus organizaciones vecinales, las que han desarrollado desde los orígenes de su asentamiento, cierta dignidad interna donde el concepto de solidaridad ha ocupado un espacio protagónico en el diario vivir. Coincidentemente, han sido aquellas organizaciones las que han logrado mejoras sustantivas en su nivel de vida. Este activo que desde el punto de vista de los pobladores, ha sido de vital importancia para superar situaciones de persecución política o para alcanzar algún logro material como las viviendas, así como también ha servido como propio regulador social al interior de las familias ayudándolos incluso en las situaciones de alcoholismo, consumo y tráfico de drogas, violencia, entre otras.

No obstante, y en ello coinciden pobladores e investigadores sobre el tema, las reservas de capital comunitario han sufrido un desgaste, dejando como consecuencia la desprotección e inseguridad en las personas que componen las "comunidades cívicas". En muchos casos la fuga o la erosión de capital comunitario, se ha debido a la deficiente aplicación de las políticas sociales que en su afán de legitimidad de poder, han operado de manera puramente instrumental, sin considerar el enorme potencial histórico contenido en lo local, es decir, sin resolver las tensión entre saber popular

v/s saber instrumental del capital social, entendido éste como el soporte de políticas y acciones de gobierno que aseguran el éxito de éstas y como un objetivo incorporado en la estrategia para su propia construcción-reproducción (Putnam, 1993). Las constantes afirmaciones de los entrevistados, indican la necesidad de ser reconocidos en un proceso que ha llevado años de construcción y no en una evaluación proyectista-inmediatista que abarca unos pocos meses.

El desafío de proyectar procesos de desarrollo social desde las estrategias de intervención, es una tarea compartida para lo cual se requiere considerar ritmos y tiempos diferentes según cada grupo al que se accede. Los pobladores en este estudio han sido claros en expresar a través de sus relatos, que en las organizaciones populares existe el deseo de ser reconocidos como un otro en el diálogo horizontal y en su capacidad de construir un proyecto barrial desde un sí mismo abierto al otro pero sin tutelas que les estigmaticen ni rotulen en categorías subalternas.

De ahí que sea necesario revisar los alcances de las actuales intervenciones promovidas desde el Estado, motivando la participación de una psicología comunitaria en las políticas sociales que nos permita hablar desde la micropolítica, que genera procesos de politización de la participación social, pero para que fortalezca el papel de la sociedad civil en la lucha contra la pobreza y la exclusión. Se trata por tanto de la construcción de espacios que promuevan la perspectiva de derechos, contraria a la de marcos asistenciales. Es en este sentido que esta investigación puede contribuir a visualizar los riesgos que hay para la psicología comunitaria cuando pierde su naturaleza crítica y e interés en el cambio social. Lo importante es poner atención a las tensiones que acompañan la estrategia de intervención de las políticas sociales.

En los resultados también se ha indicado que el aumento de las intervenciones basadas en la comunidad no parece producir compromisos

políticos en los interventores, quienes muchas veces aparecen como actores limitados y atrapados en aspectos instrumentales cuando trabajan en las comunidades, privando a las comunidades de la autonomía necesaria para generar un desarrollo propio. Esta situación no favorecería por tanto, la comprensión de las causas de la desigualdad y la pobreza, restringiendo su capacidad para generar propuestas de cambio y transformación social. Esto se relaciona con que siempre existe un riesgo potencial cuando se acepta un tipo de intervención institucional en la comunidad, principalmente porque podrían debilitarse las tradiciones cívicas y el sustrato intrínseco para el cambio social.

La mayoría de las personas entrevistadas coincide en que las políticas sociales implementadas en Chile en los últimos decenios son técnicamente incompatibles con la participación de la comunidad, puesto que se basan en las carencias y necesidades más que en las capacidades endógenas de las personas. De esta manera hay acuerdo en que es un error considerar al individuo como beneficiario de las políticas sociales, porque se opone a los principios de la intervención de la comunidad.

Sin embargo, estas consideraciones pueden resultar ingenuas cuando incorporamos la variable sociopolítica. De esta manera, en Chile como en América Latina, el modelo neoliberal impregna las políticas sociales y están lejos de producir un cambio real en el desarrollo humano y la construcción de ciudadanía, puesto que tienden a reducir la participación de la gente, mientras que las ayudas entregadas, siempre están restringidas a cosas puntuales, lo cual produce un efecto que recuerda la relación caridad-limosna para asegurar la promoción de los derechos humanos. En base a ello, los programas sociales tratan a las personas de manera uniforme y descontextualizada, es decir, sin tener en cuenta la producción de sus procesos subjetivos, su intercambio de experiencias o la expresión de sus sentimientos y en menor grado se desarrollan prácticas de emancipación para fomentar que los individuos se reconozcan como sujetos de derechos.

Uno de los aprendizajes que obtuve en la experiencia de trabajo con la comunidad de Lota, es que una de las formas para no sucumbir a los modelos globales de la intervención psicosocial, es reencontrarse con el espacio comunitario como un legítimo lugar de realización de la democracia, lo cual ayudaría a una progresiva incorporación de los sectores más excluidos y marginados de la sociedad.

No obstante, es preciso hacer algunas consideraciones para no caer en la idealización de la vida comunitaria o en palabras de Bonet, en la *romantización de la posición subalterna*, es decir caer en la validación de criterios y argumentos críticos por el único hecho de pertenecer a una posición subalterna, lo que convertiría la función del investigador en dotar de retórica científica los argumentos críticos de los movimientos sociales urbanos (Bonet, 2011).

Pese a que concuerdo con esta crítica, creo se debe considerar que se trata de estudios que orientan su mirada a la realidad de los movimientos urbanos y sociales europeos, caracterizados por mantener una red interactiva de grupos y organizaciones en una interrelación permanente con los problemas barriales, pero como problemas urbanos, dirigiendo sus demandas a la propia sociedad civil y en donde las autoridades intervienen con cierta persistencia para dar respuesta a esas demandas, a través del uso de formas convencionales y no convencionales de participación en la ciudad (Bonet, 2011) y en este sentido, son absolutamente diferentes a la realidad de lo que ocurre en comunas como la de Lota. En el caso de Lota la realidad no se ha caracterizado por un exceso de intervenciones estatales, sino todo lo contrario, una insuficiente intervención que ha centrado la lucha de los pobladores a la autogestión de sus propios bienes comunitarios básicos. En otras palabras, se trataría de una reacción por omisión de intervención.

Si para Castells (1997) los movimientos barriales europeos han generado reacciones defensivas contra las imposiciones del proceso de

globalización, las intervenciones impuestas y violentas al paisaje urbano, para el caso de Lota se trata de una identidad solidaria autogestionada que reacciona frente a las escasas y puntuales intervenciones del Estado. De esta forma, lo que para Castells (1997) es globalización material, para los contextos urbanos latinoamericanos esto no deja de ser algo remoto y simbólico.

Si se piensa la deriva global como movimiento urbano desde el centro, se estaría negando la posibilidad de ver las reivindicaciones locales como un marco favorable para situar y hacer comprensibles determinadas dinámicas que tienen su expresión en territorios concretos. Aunque una característica común sea la reactividad porque emergen "en contra de" y algunos pueden ser muy conservadores, muchos otros tienen una orientación progresista tal como menciona Harvey (2007) en el sentido que este tipo de luchas basadas en la solidaridad local y en una especie de particularismo militante, no son en sí mismas conservadoras, pero pueden llegar a serlo si no son capaces de ligarse con los temas políticos más allá de su propia comunidad (Bonet, 2011). El movimiento de pobladores en Chile sin lugar a dudas no ha derivado en esta trayectoria, ya que por una parte no ha prescindido de la política como marco de acción a través de las redes barriales y por otra, porque históricamente han generado movimientos cívicos de orientación progresista, como fue el ejemplo de resistencia política a la dictadura militar en el período álgido de las protestas nacionales. En este sentido, los movimientos de pobladores operan como una especie de traductores de los contextos en donde se despliegan las resistencias. De este modo, han sido capaces de leer e interpretar relaciones de poder y a partir de ellas, pensar y reconstruir nuevos marcos de relación, logrando por lo tanto, un despliegue de energías creativas y autogestionadas sobre la comunidad en la que están insertos, a partir de una definición de la política como realidad sociohistórica.

Este tipo de procesos han resultado en el desarrollo de una solidaridad comunitaria, como una habilidad vital para promover la cohesión del grupo, la unidad y la cooperación entre ellos. Así la solidaridad se presenta como estrategia de acción política que rompe con la fragmentación y el aislamiento. Es esto lo que emerge con fuerza en mi trabajo, el dialogo con los pobladores, el manifiesto malestar entre los pobladores, una incomodidad que se deja ver muchas veces bajo la forma de resistencia y demanda social pendiente con la institucionalidad. La trayectoria histórica de los pobladores de la comuna de Lota tiene como característica principal según lo observado, el desarrollo de varias tendencias significativas tales como la aparición y consolidación de una cultura social de autogestión y cogestión en los actores vecinales, lo que puede entenderse como la validación de un incipiente protagonismo cívico y de un sentido local de autonomía, así como la presencia activa de una memoria social focalizada en las luchas y realizaciones de las propias organizaciones y redes vecinales.

Es una energía organizativa que pese a la lógica de privatización de lo social como consecuencia del desmantelamiento del Estado, encuentra su forma de expresión y se abre en medio de las racionalizaciones, privatizaciones y desregulaciones del aparato institucional. Las experiencias vitales presentadas en esta investigación dejan ver que los movimientos de pobladores, con su fe en el activismo microsocial, constituyen una alternativa que da respuestas a las paradojas actuales, en las que como personas podemos combinar el abandono del sujeto histórico (lucha de clases y movimientos sociales) con la urgencia de satisfacer intereses instrumentales y la búsqueda de mayor de mayor autonomía, libertad individual y capacidad competitiva. Por estas razones debe recordarse que la mayor parte de los temas que han surgido entre las unidades vecinales estudiados y las administraciones institucionales lo han hecho por la aparición de diversos movimientos reivindicativos barriales, que han crecido y se han desarrollado en medio de estos contextos políticos. Y aquí es necesario enfatizar que son muchas las modalidades que van reinventando

los movimientos de pobladores a modo de sentir que efectivamente practican un tipo de participación ciudadana.

Cuando el reclutamiento de los pobres no aparezca estructurado en dispositivos que coarten el conflicto o la demanda colectiva más calificada, se podrán desarrollar ámbitos de participación más reales. En este sentido, toda participación que no haga ingreso a la esfera política, continuará siendo una participación mínima, mediocre, que no permitirá el ejercicio ni la emergencia de liderazgos democráticos. Lo pequeño no siempre es hermoso. No lo es, en tanto la inclusión social sea sólo para quienes más tienen y el resto siga ceñido a participaciones compensatorias, como si fuesen comunidades que sólo existen en la imaginación de diseñadores sociales que viven lejos del contexto social. La influencia de la política en la psicología comunitaria o en la intervención social debiera ser siempre explicitada a los actores involucrados. En este sentido se sugiere que en la tensión existente entre los diferentes actores involucrados en la política que incluye, la institución contratante, agentes, beneficiarios y la comunidad que recibe el impacto social de la intervención, debe quedar claramente manifiesto que los objetivos de una intervención tienen significados que no son políticamente neutrales, puesto que en toda intervención hay ideologías y valores que están en juego y éstas son variables a tener en cuenta ya que pueden dar lugar a consecuencias negativas para la comunidad, por lo que se debe advertir y conocer la pertinencia de las mismas. De esta forma, es importante tener en cuenta el contexto político, con el fin de evaluar los riesgos de someter a la comunidad a unos procesos que fortalecen el sistema a expensas de la emancipación del sujeto. Debido a esto, debiera quedar siempre en claro que la política social no es un simple escenario para la intervención social, sino al contrario, es esencial para la comprensión de las condiciones de posibilidad, tendencias y consecuencias prácticas de la intervención y aportan diferentes contextos discursivos que determinan el lugar que se atribuye a la sociedad civil y a los beneficiarios de los cambios.

Cuando decidí volcarme a las historias de las personas, al relato vívido de los pobladores, buscaba reflexionar y sistematizar lo que ha sucedido en Chile en las últimas décadas, así muchos malestares y preguntas a la realidad de la comunidad intervenida me ayudaron a abrir canales de entendimiento, sin pretender constituir axiomas o principios, y sin querer estar muy lejos de la realidad de la propia lucha social de los pobladores, como señala Zibechi (2007, p. 31):

> Tomar los relámpagos insurreccionales como momentos epistemológicos es tanto como privilegiar la fugacidad del movimiento, pero sobre todo su intensidad, para poder conocer aquello que se esconde detrás y debajo de las formas establecidas. Durante el levantamiento se iluminan, aun fugazmente, zonas de penumbra (…), la insurrección es un momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus capacidades, sus poderes como capacidades de hacer, y al desplegaras muestran aspectos ocultos en los momentos de reposo y de menor actividad colectiva (Zibechi, 2007, Pág.31).

Los resultados de mi estudio dan cuenta de un movimiento de pobladores que hace frente a las instituciones, diseñando formas comunitarias espontáneas y abiertas, que por trance vital de cotidianidad precaria, van decidiendo y haciendo en el día a día, desplegando soluciones allí donde se demanden. Esto dice mucho de algunas caracterizaciones que se han hecho de los movimientos de pobladores, en donde los sectores populares descubren sus potencias sólo al desplegarlas. Y es en esa cualidad de despliegue de esas potencias, es donde se visibilizan sedimentos sociales divergentes y creativos:

> Iluminar las sociabilidades subterráneas, moleculares, sumergidas, ocultas por el velo de las inercias cotidianas en las que se imponen los tiempos y los espacios de la dominación y la subordinación (Zibechi, 2006, Pág. 31).

Por tanto, entender que estamos ante el solapamiento de realidades muy distintas es un primer acercamiento a una comprensión más genuina de las formas de acción de los movimientos de pobladores, entendiendo que la forma en que opera el Estado y los sectores populares es completamente opuesta. La primera se hace de forma vertical, ligada a las instituciones y su acción social se produce de forma "cauta y controlada" en donde el movimiento culminante es el Programa. En cambio, en las acciones de los pobladores que emergen horizontalmente, se da en forma espontánea y se funda en la organización y territorialidad de la vecindad. Y es en este punto donde me quedo, dando cuenta de este hecho, de esta construcción, de estas experiencias que me provocan y convocan nuevamente al espacio microsocial, desde donde podemos articular otras posibilidades de lo social, lo comunitario y lo psicosocial.

10 REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Abramovich, V. (2006). Una aproximación al enfoque de derechos en las políticas y estrategias de desarrollo de América Latina. *Revista CEPAL, 88 (35-50).*

Aceves, J. (1999). Un enfoque metodológico de las historias de vida. Ciesas-México. *Revista proposiciones Nº 29,* marzo 1999, Ediciones Sur, Santiago.

Aguayo, L. (2007). *Memoria e identidad en dos barrios de la zona del carbón. Narrativas de Fundición (Lota) y Puchoco-Schwagger (Coronel).* Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología Social y al título de Antropólogo. Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Área Ciencias Sociales, Escuela de Antropología.

Alcántara M. (1995). *Gobernabilidad, crisis y cambio. Elementos para el estudio de la gobernabilidad de los sistemas políticos en épocas de crisis y cambio.* México: Fondo de Cultura Económica.

Alfaro, J. (2000). *Discusiones en Psicología Comunitaria.* Santiago: Universidad diego Portales.

Alfaro, J. (2012). *Psicología Comunitaria y Políticas Sociales: Estudio del Campo Técnico del Psicólogo de la Intervención Social en el Marco de los Servicios Sociales Comunitarios Españoles.* Tesis Doctoral inédita no publicada. Universidad de Girona. Director: Alipio Sánchez Vidal.

Andréu, J. García-Nieto, A. y Pérez, A. M. (2007). *Evolución de la teoría fundamentada como técnica de análisis cualitativo.* Madrid: CIS.

Aravena, J., y Betancur, C. (1999) Crisis y reconversión laboral del carbón. En *Proposiciones Vol.27.* Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1999. Recuperado de: http://www.sitiosur.cl/r.php?id=566. [12-07-2010]

http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=3221&doc=&lib=Y&rev=Y&art=Y&doc1=Y&vid=Y&autor=&coleccion=&tipo=ALL&nunico=15000027#descargar

Arenas, A. y Benavides, P. (2003). *Protección Social en Chile, Financiamiento obertura y Desempeño 1990 – 2000.* Santiago: Oficina Internacional del Trabajo.

Arias, R. y Muñoz, J. (2008). Hacia una reconceptualización de la política social; revisión del debate teórico más reciente. *Ciencias Económicas, 26,* 157-181.

Arriagada, I. (2003). Capital social: potencialidades y limitaciones analíticas de un concepto. En: *Capital social: potencialidades analíticas y metodológicas para la superación de la pobreza.* Compilado por Arriagada, I. y Miranda, F., Comisión Económica para América Latina y el Caribe, División de Desarrollo Social, Proyecto ITA/02/049, Santiago de Chile, pp. 13-83.

Arriagada, I. y Mathivet, C. (2007). *Los Programas de alivio a la pobreza Puente y Oportunidades. Una mirada desde los actores.* Santiago de Chile: CEPAL.

Arrieta, C. y Garita, C. (2012). Construcción de política social: retos para la psicología comunitaria costarricense de cara a los procesos de formación profesional y a la definición del papel psicológico comunitario. En: Alfaro, J., Sánchez, A. y Zambrano, A. (eds.) *Psicología comunitaria y políticas sociales: reflexiones y experiencias* (pp. 359-380). Buenos Aires: Paidós.

Baeza, M. (2002). *De las metodologías cualitativas en investigación científico social. Diseño y uso de instrumentos en la producción de sentido.* Chile: Edic. Universidad de Concepción.

Banco Interamericano de Desarrollo (1995). *Hacia una economía menos volátil. Informe de progreso económico y social.* Washington, D.C.: BID.

Banco Interamericano de Desarrollo (2001). *Descentralización y efectiva participación ciudadana: Seis Relatos Cautelares.* Oficina de Evaluación y Supervisión.

Banco Mundial (2002). *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/ 2001: lucha contra la pobreza.* Recuperado el 2 de febrero de 2009, en: http://www.worldbank.org

Banco Mundial (2008). *Global Economic Prospects: Technology diffusion in the developing World 2008.* Washington, DC: Banco Mundial.

Banco Mundial (2010). *Serie de Indicadores de Gobernabilidad.* Washington, DC: Banco Mundial

Banister, P., Burman, E., Parker, I., Taylor, M. & Tindall, C. (2004). *Métodos cualitativos en psicología. Una guía para la investigación.* México: Universidad de Guadalajara.

Bardin, L. (1986). *El Análisis de Contenido.* Madrid: Akal.

Barrientos A. y Santibañez, C. (2009). New forms of social assistance and the evolution of social protection in Latin America. *Journal of Latin American Studies. 41,* 1–26.

Barrientos, A. (2004). Latin America: towards a liberal informal welfare regime. En: Gough, I. y Wood, G. (eds)., *Insecurity and welfare regimes in Asia, Africa and Latin America: social policy in development contexts.* Cambridge: Cambridge University Press, pp. (121-168).

Bauman, Z. (2003a). *Modernidad líquida.* Buenos Aires: F.C.E.

Baylis, J., y Smith, S. (eds.). (2001). *The Globalization of World Politics.* Oxford: Oxford

Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo.* Barcelona: Paidós.

Beck, U. (2001). Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política. En: Giddens, A. y Hutton, W. *En el límite. La vida en el capitalismo global.* Barcelona: Tusquets.

Bengoa, J. (2007). *La comunidad Reclamada. Identidades, Utopías y Memorias en la Sociedad Chilena.* Santiago: Catalonia Ltda.

Bertaux, D. (1993). La Perspectiva Biográfica: Validez Metodológica y Potencialidades En: Marinas, J.M. y Santamaría, C. 1993. *La*

Historia Oral: Métodos y Experiencias. Editorial Debate. Madrid. España.

Biglia, B. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Social Research, Volumen 10*, No. 1, Art. 8 Recuperado el 25 de febrero de 2009, en: www.qualitative-research.net/index. php/fqs/article/view/1225/2666

Blauert, J. (2000). *Seguimiento y evaluación participativos en América Latina: Panorama bibliográfico y bibliografía anotada.* Institute of Development Studies http: Recuperado el 24 de noviembre de 2008 http://www.preval.org/documentos/ 00409.pdf

Boeije, H. (2010). *Analysis in qualitative research.* London: Sage.

Boltvinik, J. (2005). Una estrategia para la superación de la pobreza en América Latina, *Revista Comercio Exterior, Vol. 42*, No. 5, México, (pp 454- 464).

Bonet, J. (2011). Cuando cómo participar importa. Análisis de los impactos de la participación ciudadana en las políticas de regeneración del centro histórico de Barcelona. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales. 1* (1) pp. 4-26.

Bonnefoy, J. (1994). *Una propuesta de tipología de las políticas sociales en Chile.* UNICEF.

Cabruja, T; Iñíguez, L. y Vázquez, F. (2000). Como construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisis, 25,* 61-94.

Cáceres, T. (2003). Estudio de caso: ¿Construir un barrio o un baile de los que sobran? Villa Nuevo Resbalón de Cerro Navia y Villa San Arturo de Maipú. En Márquez, F. (2003). *Historias de ciudadanía entre familias pobres urbanas: La incidencia de las políticas sociales locales.* Chile: Fundación Ford SUR 2002-2003.

Campero. G (1998). *Actores sociales y la transición a la democracia en Chile. Colección de Estudios CIEPLAN 25.* Santiago: CIEPLAN.

Cárcamo, H. (2005). Hermenéutica y Análisis Cualitativo. *Cinta de Moebio 23,* 204-216 www.moebio.uchile.cl/23/ carcamo.htm

Castel, R. (2004). *Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social.* Buenos Aires: Topia Editorial - Colección Fichas del Siglo XXI.

Castells, M. (1983). *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements.* Berkeley and Los Angeles: The University of California Press.

Castells, M. (1997). *El poder de la identidad. Volumen 2º de La era de la información: economía, sociedad y cultura.* Madrid: Alianza Editorial.

CEPAL (2007). *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe.* Santiago de Chile.

CEPAL (2012) *Panorama Social de América Latina.* Naciones Unidas: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Cereceda L. (1992). *Participación de la Comunidad en el Desarrollo Social: Logros y Proyecciones.* Santiago: Mideplan.

Coffey, A. y Atkinson, P. (2005). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación.* Antioquia: Editorial Universidad de Antioquia.

Cohen, J. (1995). *Associations and Democracy.* New York and London: Verso.

Comisión Económica para America Latina y el Caribe (CEPAL) (1995). *Modelos de desarrollo, papel del Estado y políticas sociales: nuevas tendencias en América Latina. Santiago:* Cepal Document LC/R.1575.

Contreras, D. (2002). *Pobreza y desigualdad en Chile: 1987-1992. Discurso, metodología y evidencia empírica.* Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Coraggio, J. (2011). *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital.* Alberto Acosta y Esperanza Martínez (Editores). FLACSO/Abya Yala. Quito.

Cordero, V. y Rocca M. (2007). *Relatos Silenciados...Pobreza y Exclusión Social.* Santiago de Chile: Forja.

Cowan, K. y De Gregorio, J. (2005). *Distribución y Pobreza en Chile.* Chile: Estudios Públicos, CEP.

Cunill, N. (2002). Ciudadanía y Participación: la necesidad de su reconceptualización. En: *Revista del doctorado en el estudio de las Sociedades latinoamericanas. Primer Semestre 2002.* Chile: Universidad Arcis.

Delamaza, G. (2005). *Tan lejos tan cerca. Políticas públicas y sociedad civil en Chile.* Santiago: LOM Ediciones.

Denzin, N., & Lincoln, Y. (Eds) (2005). *The Sage handbook of qualitative research.* Edition 3rd ed. Thousand Oaks, Calif.: Sage Publications, cop.

Doménech, M.; Iñiguez, L. (2002). La construcción social de la violencia. *Atenea digital, 2* Disponible en: http://lues.uab.es/ athenae2/Doménech.pdf

Drake, P. (1999). *El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa.* Chile: LOM

Duschatzky, S. (2000). *Tutelados y Asistidos: Programas Sociales, Políticas Públicas y Subjetividad.* Argentina:Paidós.

Duschatzky, S. y Correa, C. (2002). *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones.* Buenos Aires: Paidós.

Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado de bienestar.* Valencia: Alfons el Magnánim.

Espinoza, V. (1995). Redes Sociales y Superación de la Pobreza. *Revista de Trabajo Social, 66, 31-44.* Recuperado el 2 de febrero de 2009, http://scholar.google.es/ scholar?q= Espinoza, +V.+(1995).+Redes+Sociales+y+Superaci%C3%B3n+de+la+Pobreza.+Revista +de+Trabajo+Social,+66,+3144.yhl=esyum=1yie=UTF-8yoi=scholart

Evans, P. (1996). El Estado como problema y como solución. En: *Desarrollo Económico, Vol 35,* Nº 140, Buenos Aires, Ides.

Feliu, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital, 12,* 262-271. Disponible en.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/ article/view/447

Feres, J. (2001). *La pobreza en Chile en el año 2000.* Santiago: Mideplan-CEPAL

Flick, U. (2006). *An introduction to qualitative research.* London: Sage.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido.* Montevideo: Nueva Tierra.

Freire, P. (1999). *Pedagogía de la esperanza.* México: Siglo XXI

Freitas, M. (1993). *Prácticas en comunidad y Psicología Comunitaria.* Brasil: Universidad Federal do Espíritu Santo, Mimeo

French-Davis, R. (2003). *Entre el Neoliberalismo y el Crecimiento con Equidad. Tres décadas de Política Económica en Chile.* Recuperado el 28 de enero de 2009, http://books.google.es/ books?hl=esylr=yid=VydSfUzs2oYCyoi=fndypg=PA11ydq=

Fundación Nacional de Superación de la Pobreza (2005). *Metas Milenio.* Chile: Fundación Nacional de Superación de la Pobreza.

Gadamer, H. (2001). *Verdad y Método. Vol. 1.* Salamanca: Sígueme.

Gainza, A. y Pérez C. (1993). *Don Manuel: el último antiguo de Niebla. La historia de su vida.* Santiago: Universidad de Chile.

Garay, A. (2005). *Poder y subjetividad. Un discurso vivo.* Tesis doctoral disponible en www. dialnet.unirioja.es

Garay, A., Íñiguez, L., Martínez, M., Muñoz, J., Pallarés, S., y Vázquez, F. (2002). Evaluación cualitativa del sistema de recogida de sangre en Cataluña. *Revista Española de Salud Pública, 76* (5) 437-450.

Garcés, M. (2002). *El mundo de las poblaciones.* Santiago: Lom

Garcés, M. (2002). *Tomando su sitio, El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970.* Santiago: Lom

Garretón, M. (2002). The transformation of Collective Action in Latin America. *CEPAL Revista 76,* Abril. Santiago: ECLAC.

George, S. (2011). *Sus crisis, nuestras soluciones.* Barcelona: Icaria Intermón Oxfam.

Giddens, A. (1997). *Modernidad e Identidad del yo.* Barcelona: Península.

Góis, C. (1999). *Estudio de la relación entre actividad comunitaria y conciencia personal.* Tesis doctoral España: Universidad de Girona

Gois, C. (2005). *Psicología Comunitaria: atividade e consciência.* Fortaleza: Publicações Instituto Paulo Freire de Estudos Psicosociais.

Gomá, R. (1996). La reestructuración de los sistemas de bienestar en Europa. *Revista Internacional de Sociología, 15,* (95-120).

Gordo, A., y Serrano, A. (2008). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación*. Madrid: Pearson Educación.

Guareschi, P. (2004). *Psicología Social Crítica como práctica de liberación.* Porto Alegre: Edipucrs.

Hardy, C (2004). *Equidad y protección social: desafíos de políticas sociales en América Latina.* Chile: LOM.

Hardy, C. (1997). *La reforma social pendiente.* Chile: Ediciones de Chile 21.

Hardy, C. (2004). *Equidad: el desafío de las políticas sociales América Latina.* Chile: LOM.

Harvey, D. (2007). *Breve Historia del Neoliberalismo.* Madrid: Akal.

Heller, A. (1991). *Sociología de la vida cotidiana.* Barcelona: Ediciones península.

Hernández, E. (coord.) (1996). *Participación, ámbito, retos y perspectivas.* Caracas: CESAP

Herrera, M. y Castón, P. (2003). *Las políticas sociales en las sociedades complejas.* Barcelona: Ariel.

Holzman, R. y Jorgenseen, S. (2000). *Manejo Social del Riesgo: un Marco Conceptual para la Protección Social y más allá.* Washington, D.C.: Banco Mundial.

Huneus, C. (2000). *Problemas de Participación Política en América Latina.* Chile: Contribuciones 12000.

Huntington, S. (1968). *Political order in changing societies.* New Haven: Yale University Press.

Iacovone, R. (2010). *Neoliberalismo y Metamorfosis Social Lota, la factibilidad de los planes de reconversión tras el cierre de la mina ENACAR.* Tesina para optar a Grado Académico de Licenciatura en Historia y Ciencias Sociales. Chile: Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS Escuela de Historia y Ciencias Sociales.

Ibañez, T. (1990). *Aproximaciones a la Psicología Social.* Barcelona: Editorial Sendai.

Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política.* Barcelona: Gedisa.

Ibañez, T. (2001). *Psicología Social Construccionista.* México: Ed. Universidad Guadalajara.

Ibarra, P. (2005). *Manual de sociedad civil y movimientos sociales.* Madrid: Síntesis.

Irarrázaval, I. (1995). Habilitación, Pobreza y Política Social. *Revista Estudios Públicos, 59,* 69- 146.

Klein, N. (2008). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre.* Argentina: Paidós.

Klikberg, B. (2002). Hacia una nueva visión de la política social en América Latina desmontando mitos. Disponible *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal* http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29002102 , acceso en 10/07/ 2011.

Krause M. (2001). Hacia una redefinición del concepto de comunidad cuatro ejes para un análisis crítico y una propuesta. *Revista de Psicología Nº 2,* pp. 49-60. Universidad de Chile, Chile.

Krause, M., Jaramillo, A., Monreal, V., Carvallo, H., y Torres, A. (2011). Historia de la psicología comunitaria en Chile: Desde la clandestinidad a la política pública. En M. Montero y I. Serrano-García (Compiladores). *Historias de la Psicología Comunita- ria en América Latina: Participación y Transformación* (pp. 92-116). Buenos Aires: Paidós

Lailhacar, R., Torres, H., Chandía, R., Luarte, L., Chaparro, R., Montenegro, M. y Varela, E. (1982). *Juventud, drogas y neoprén.* Santiago: Leo Ediciones.

Larraín, J. (2005). *¿América Latina Moderna?* Santiago de Chile: LOM

Larrañaga, L. (1994). Los Consejos Económicos y Sociales Comunales: Posibilidad o Ficción de Participación Comunitaria Local. *Estudios Sociales Nº 81,* trimestre 3. Santiago: Corporación de Promoción Universitaria.

Larrañaga, O. y Conterras, D. (2010). *Chile Solidario y Combate a la Pobreza.* Documento de Trabajo, PNUD.

Leiva, L. (2003). El tema de la participación de la psicología comunitaria en las políticas del Nuevo Trato, *Polis 2012,* Recuperado el 05 agosto 2013. http://polis. revues. org/6996; DOI : 10.4000/polis.6996

Lira, L. (2003). La cuestión regional y local en América Latina. CEPAL, *Serie Gestión Pública, 44.*

Lomnitz, L. (1985). *Como sobreviven los marginados.* México, D.F.: Siglo Veintiuno.

Marambio, J. (2003) *Identidad cultural en la zona del carbón.* Santiago: LOM

Márquez, F. (2003). *Etnografía Villa Nueva El Resbalón.* Santiago: Documento de trabajo SUR/Fundación Ford.

Márquez, F. (2005). *Nostalgia y Reclamo. Pobreza, Identidad y Contrato Social en Chile.* Tesis de Doctorado. Universidad Católica de Lovaina. Bélgica.

Márquez, F. y Sharim, D. (1999). Del testimonio al relato de vida. *Revista Proposiciones Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias soc., 29, 7-10.*

Martín Baró, I. (1985). *Acción e Ideología: Psicología Social desde Centroamérica. (2ª ed.).* San Salvador: UCA Editores.

Martín Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación.* Madrid: Editorial Trotta

Martín, M. (2004). Nuevos desafíos de la estrategia de crecimiento más gasto social. En *FLACSO 2003-2004. Los nuevos escenarios Internacionales* (pp. 275-300). FLACSO.

Martínez, J. y Palacios, M. (1996). *Informe sobre la Decencia. La Diferenciación Estamental de la Pobreza y los Subsidios Públicos.* Santiago: Ediciones Sur.

Mayan, M. (2009). *Essentials of qualitative inquiry.* Walnut Creek, Calif.: Left Coast Press.

McAdam, D. (2005). *Dinámica de la contienda política.* Barcelona: Hacer.

Melluci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia.* México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.

Melucci, A. (1994). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Revista Zona Abierta, 69*: 153-180.

Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información* Madrid: Trotta.

Mideplan (2001). *Participación de la población en organizaciones en Chile. Documento Nº 8, diciembre 2001.* Chile: División Social. Santiago.

Ministerio de Desarrollo Social (2012) *Informe de política social.* Chile: Gobierno de Chile.

Ministerio de Desarrollo Social (2012). *Informe de Política Social 2012. Santiago Chile: Observatorio Social.* Disponible en http://www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/ ipos-2012/ index.html [recuperado el 14-6-2013].

Ministerio de Desarrollo y Planificación (2009). *Fundamentos para la operación de un Sistema Intersectorial de Protección Social.* Santiago de Chile: Mideplan.

Ministerio de Planificación (Mideplan). (2001). *Pobreza e indigencia e impacto del gasto social en la calidad de vida.* Chile: Mideplan.

Mokate, K. (1999). *Eficacia, eficiencia, equidad y sostenibilidad: ¿Qué queremos decir?* INDES: Banco Interamericano de Desarrollo.

Montenegro, M. (2001). *Conocimientos, agentes y articulaciones: Una mirada situada a la Intervención Social.* Tesis Doctoral Programa de Doctorado en Psicología Social Universidad Autónoma de Barcelona.

Montero, M. (1984). La Psicología Comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos. *Revista Latinoamericana de Psicología, 16*, (3), 387-400.

Montero, M. (2000). Reflexiones sobre los fundamentos éticos de la Psicología Comunitaria. Universidad Central de Venezuela. En: *Modelos de Psicología Comunitaria para la promoción de la salud y prevención de enfermedades en las Américas.* OPS. OMS. Salud y Sociedad. 2000. Nº 7.

Montero, M. (2002). Vidas Paralelas: Psicología Comunitaria en Latinoamérica y Estados Unidos. En: Montero, M. (Coord.). *Psicología*

Social Comunitaria: teoría, método y experiencia. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Montero, M. (2004). *Introducción a la Psicología Comunitaria.* Buenos Aires: Paidós

Montero, M. (2006). *Teoría y Práctica de la Psicología Comunitaria. Tensión entre comunidad y sociedad.* B. Aires: Paidos.

Montero, M. (2010). Crítica, autocrítica y construcción de teoría en la psicología social latinoamericana. *Revista Colombiana de Psicología. Vol. 19,* Nº 2, p. 177-191, Julio - Diciem bre 2010 ISSN 0121-5469 Bogotá, Colombia.

Morales, G. (1993). Estrategias de Intervención Comunitarias desarrolladas en Chile en la década de los 80. En: Olave, R. y Zambrano, L. (Comps.), *Psicología Comunitaria y Salud Mental en Chile* (pp. 109-127). Santiago: Universidad Diego Portales.

Moreno, L. (2004). *Acercamientos empíricos y conceptuales al fenómeno de la pobreza. Ponencia realizada en la VII Cátedra Alberto Hurtado de Liderazgo social Pobreza y desigualdad en el Chile de hoy.* Santiago, Chile: Universidad Alberto Hurtado.

Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político.* Barcelona: Editorial Paidós.

Narayan, D. (2002). *Empoderamiento y Reducción de Pobreza: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.* Washington, D.C.: Banco Mundial.

Olivera, P. (1998). Culture and coeducation between generations. *Psicología USP (online), Vol.9,* n.2, pp. 261-295.

Oppenheim, L. (2007). *Politics in Chile: Socialism, authoritarianism, and market democracy.* Boulder, CO: Westview Press.

Ortega, L. (1992) *El mundo del carbón en el siglo XIX, Mundo minero. Chile siglos XIX y XX.* Santiago: Ediciones Universidad de Santiago de Chile.

Ortiz, E. (1993) *Identidad y Cultura Minera. Lota.* Chile: Fondo De Desarrollo de la Cultura y las Artes.

Oxhorn. P. (1995). *Organizing Civil Society. The Popular Sectors and the Struggle for Democracy in Chile.* University Park, Penn: The Pennsylvania State University Press.

Pacheco, J. (2006). *Programa puente: Evaluación de una metodología de intervención social para la superación de la extrema pobreza.* Tesis para optar al grado de Magíster en Trabajo Social y Políticas Sociales. Universidad de Concepción, 2006.

Pereira, L. (1998). La reconstrucción del Estado en América Latina. *Revista CEPAL, número extraordinario,* octubre.

Piron, L. (2004). *Rights-based approaches to social protection.* Recuperado de: <www. odi.org. uk/AfricaPortal/pdf/social_protection/rights.pdf>.

Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, M. (2005). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador.* San Salvador: UCA Editores.

Posner, P. (2008). *State, market, and democracy in Chile: The constraint of popular participation.* New York, NY: Palgrave Macmillan.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (2012). *Desarrollo Humano en Chile y Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo* Santiago: PNUD

Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (1990). *Desarrollo Humano: Informe 1990.* Colombia: Tercer Mundo editores.

Pujol, J.; Montenegro, M. y Balasch, M. (2003). Los límites de la metáfora lingüística: implicaciones de una perspectiva corporeizada para la práctica investigadora e interventora. *Política y Sociedad, 40*(1), 57-70.

Putnam, R. (2000). *Bowling alone, mimeographed.* London: Hill.

Raczynski D. (1996). Estrategias para combatir la pobreza en América latina: diagnósticos y enseñanzas de política. En: Raczynski D. (ed.) *Estrategias para combatir la pobreza en América Latina: programas, instituciones y recursos.* Santiago de Chile: Andros Productora Gráfica.

Raczynski, D. (1995). *Estrategias para combatir la pobreza en América Latina: programas, instituciones y recursos.* Chile: Cieplan.

Raczynski, D. (2002). *Equidad, Inversión Social y Pobreza. Innovar en cómo se concibe, diseña y gestiona las Políticas y los Programas Sociales.* Documento preparado para el Seminario Perspectivas Innovativas en Política Social. Desigualdades y Reducción de Brechas de Equidad. Chile: MIDEPLAN – CEPAL. Santiago.

Raczynski, D. (2008). *Sistema Chile Solidario y la Política de Protección Social de Chile. Lecciones del pasado y agenda para el futuro.* Santiago: CIEPLAN.

Raczynski, D. y Cominetti, R. (1994). *La política social en Chile: panorama de sus reformas.* Santiago de Chile: CEPAL, Serie Reforma de Política Pública Nº 19.

Raczynski, D. y Serrano, C. (2005). *Las políticas y estrategias de desarrollo social. Aportes de los años 90 y desafíos futuro.* [En red]. Recuperado el 25 de enero de 2009: http:// www.asesoriasparaeldesarrollo.cl

Raczynski,. D. y Serrano C. (2003). *Programas de superación de la pobreza y capital social. Evidencias y aprendizajes de la experiencia en Chile.* Seminario Capital Social y Programas de Superación de la Pobreza: Lineamientos para la acción.

Raymond, E. (2005). La teorización anclada (grounded theory) como método de investigación en ciencias sociales: en la encrucijada de dos paradigmas. *Cinta de Moebio, septiembre, número 023.* Chile: Universidad de Chile.

Rehren, A. (2008). El Impacto de las Políticas Autoritarias a Nivel Local. *Estudios Públicos Nº 44.*

Reyes, M. I. (2005). *Principios y valores subyacentes a la Psicología Comunitaria en Chile: Un análisis de las publicaciones nacionales entre 1993-2003.* Paper presentado en el VI Encuentro Nacional de Estudiantes en torno a la Psicología Comunitaria, Santiago.

Ricoeur, P. (1991). Life in Quest of Narrative. En D. Wood (Ed.). *On Paul Ricoeur*. London: Routledge.

Roberts, B. (2001). *Las nuevas políticas sociales en América Latina y el desarrollo de ciudadanía: Una perspectiva de interfaz.* Documento

elaborado para el taller Agencia; Conocimiento y Poder, nuevas Direcciones. Wageningen.

Rodríguez, A. (2009). Social policies in Uruguay: a view from the political dimension of community psychology. *American Journal of Community Psychology 43* (122-133).

Rodríguez, G., Gil, J. y García, J. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa.* Málaga: Ediciones Aljibe.

Ruiz Olabuénaga, J.I. E Ispizua, M.A. (ed.). (1989). *La decodificación de la vida cotidiana.* Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto.

Salazar, G. (1997). *Descentralización y Sinergía Histórica Local: Fracasos y Desafíos.* Chile: LOM

Salazar, G. (1999). Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección. *Revista Proposiciones Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias sociales, 29,* 198-211.

Salazar, G. (1999). *Historia contemporánea de Chile. Tomo 1. Estado, legitimidad, ciudadanía.* Santiago de Chile: Lom.

Salazar, G. (2001). Proyecto y exclusión: dialéctica histórica de la desconfianza en Chile, en *Confianza social en Chile: desafíos y proyecciones.* Chile: Ministerio Secretaría General de Gobierno. División de Organizaciones Sociales, Santiago.

Salazar, G. (2003). Ferias libres: espacio residual de soberanía ciudadana. (1era parte, cap. I). En: *Intervenciones en la ciudad (Colección).* Santiago de Chile: Sur.

Salazar, G. (2008). *El poder constituyente de Asalariados e Intelectuales (Chile, siglos XX y XXI).* Chile: LOM.

Schkolnik, M. y Bonnefoy, J. (1994). *Una propuesta de tipología de las políticas sociales en Chile.* Chile: UNICEF.

Serrano, C. (2005). *La política social en la globalización. Programas de protección en América Latina.* Chile: Serie Mujer y desarrollo Nº 70, CEPAL.

Singer, P. (2002). Economía solidaria versus economía capitalista. En: *Sociedad y Estado, Revista semestral de Sociología, UNB, volumen XVI,* Nº 1-2.

Sojo, A. (2003). Vulnerabilidad Social, aseguramiento y diversificación de riesgos en América Latina y el Caribe. *Revista de la CEPAL, 80,*121-140.

Sojo, A. (2004). *Vulnerabilidad social y políticas públicas.* México: CEPAL.

Solimano, A. (2005). Hacia nuevas políticas sociales en América Latina: crecimiento, clases medias y derechos sociales. *Revista CEPAL, 87* (45-60).

Spink, P. (2004). Redes Solidarias, Autogestión e Solidariedad. En: Guareschi, P. (org.) *Estrategias de invención del presente: a psicología social no contemporánea.* Porto Alegre: Editora PUCRS.

Spivak, C. (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* Barcelona: MACBA.

Strauss, A. y Corbin, J. (1990). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada.* Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.

Sunkel, G. (2003). La pobreza en la ciudad: capital social y políticas públicas. En: *Capital Social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma.* Chile: CEPAL

Tarrés, M. (2001). *Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social.* México: FLACSO.

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política.* Madrid: Alianza Editorial.

Thompson, J. B. (1995). *The media and modernity.* Cambridge: Polity Press.

Tironi, E. (2010). *Radiografía de una derrota: o como Chile cambió sin que la Concertación se diera cuenta.* Chile: Uqbar Ediciones.

Tocqueville (2002). *La democracia en América. Ciencia política.* Traducción de Dolores Sánchez de Aleu. Madrid: Alianza Editorial.

Tomassini, L. (1998). Gobernabilidad y políticas públicas. En: Raúl Urzúa y Felipe Agüero, *Fracturas en la gobernabilidad democrática.* Santiago: Centro de Análisis de Políticas Públicas.

Touraine, A. (1990). *Movimientos sociales hoy*. Barcelona: Editorial Hacer.

Trinidad, A; Carrero, V.; Soriano, R. (2006).*Teoría Fundamentada Grounded Theory. La construcción de la teoría a través del análisis interpretaciónal.* Madrid: Centro de investigaciones sociológicas CIS.

Ugá, V. (2004). La categoría "pobreza" en la formulación de la política social en el Banco Mundial. *Revista de Sociología Política, Curitiba, n. 23,* nov.

Ugalde, A. (2006). Las Dimensiones Ideológicas de la Participación Comunitaria en los Programas de Salud en Latinoamérica. En: Menéndes, E.; Spinelli, H. (Comps). *¿Participación Social para qué?* Buenos Aires: Editorial Lugar.

Vaccari, P. y Astete, M. (2011). Reseña de Ovejero y Ramos (2011) Psicología social crítica. *Quaderns de Psicología, 13*(2), 77-80.

Valdés A. (2000). El Poder de las Complicidades. En: *Los Caminos que Buscamos. 30 Innovaciones en el fortalecimiento del Espacio Público Local.* Santiago: Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, Centro de Análisis de Políticas Publicas, Universidad de Chile.

Valla, V. (2000). Redes sociales, poder y salud según perspectiva de las clases populares en una coyuntura de crisis. *Interface (Botucatu) 2000, Vol. 4,* n.7, pp. 37-56.

Valles, M. (1998). *Técnicas cualitativas de investigación social, Reflexión metodológica y práctica social.* Madrid: Síntesis

Varela, J. (2008). Historias de vida: la crisis del mundo rural. En: Gordo, A. y Serrano, A. (2008). *Estrategias y Prácticas cualitativas de investigación social.* Madrid: Pearson Prentice Hall.

Vázquez, F. (1996). *El análisis de contenido temático. Objetivos y medios en la investigación psicosocial* (Documento de trabajo, pp. 47-70) Universidad Autónoma de Barcelona.

Velasco e Cruz, S. C. (2004). *Globalização, Democracia e Ordem Internacional.* São Paulo: Editora da UNESP-Campinas: Editora da UNICAMP.

Verd i Pericàs, J.M. (2001). *Itinerario Biográfico, recursos formativos y empleo. Una aproximación integrada de carácter teórico y metodológico.* Tesis Doctoral en Sociología Departamento de Sociología Universidad Autónoma de Barcelona.

Vergara, P. (1990). *Políticas hacia la extrema pobreza en Chile 1973-1988.* Santiago: FLACSO.

Wiesenfeld, E. (1998). Entre la invasión y la consolidación de barrios: análisis psicosocial de la resistencia al desalojo. *Estudios de Psicología, 1998, vol.3,* n.1, 33-51.

Zibechi, R. (2006). *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales.* B. Aires-La Paz: Tinta Limón y Textos Rebeldes.

Zibechi, R. (2011). *Territorios en resistencia.Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas.* España: Baladre.